TOSTA GARCIA

Jacobilla


LUX
LIBERTAS




DATE DUE

| | | | |
|---|---|---|---|
| MAY 07 2007 | | | |
| MAY 14 2007 | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |
| | | | |


JACOBILLA
F.º J. Losfa García

# JACOBILLA

## NOVELA DE COSTUMBRES EXÓTICAS

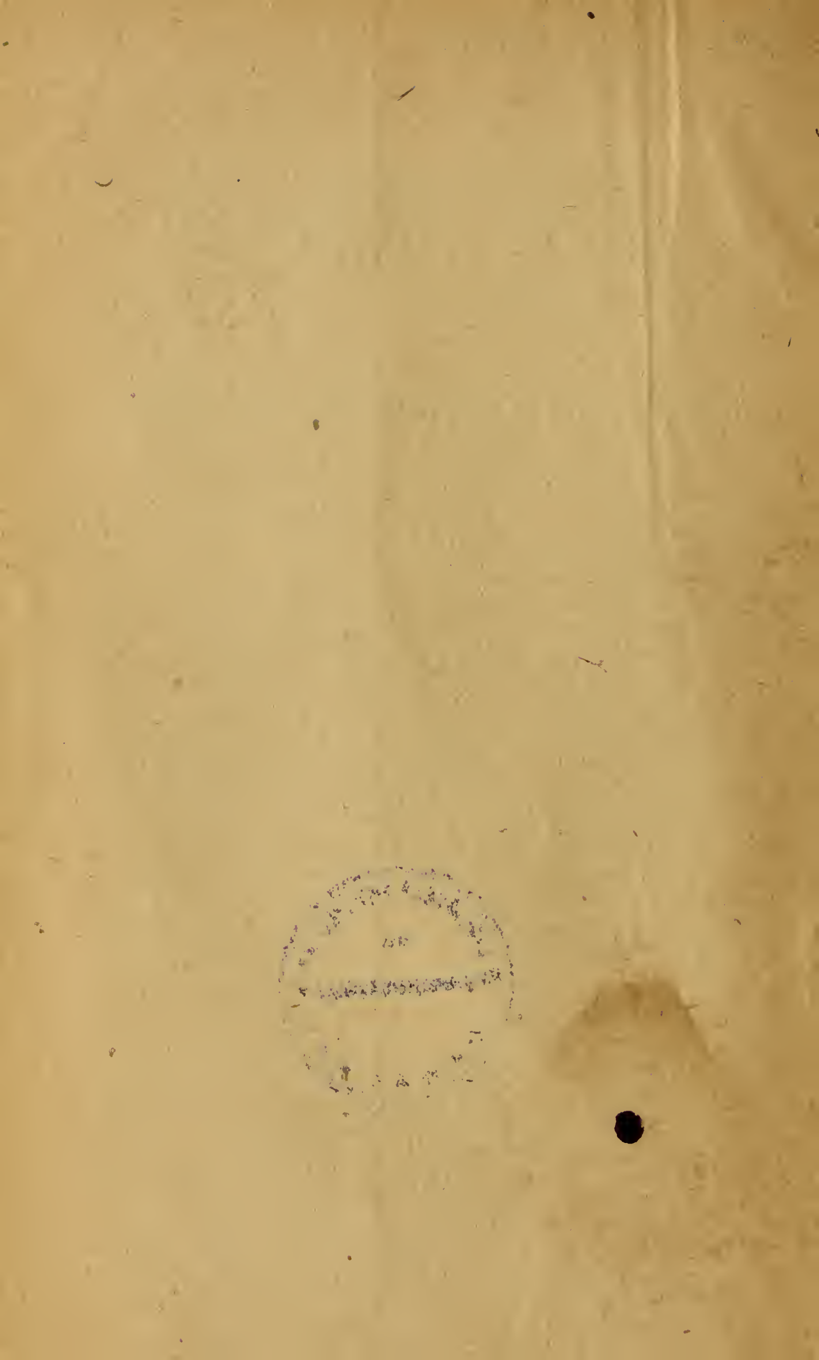
POR

F. TOSTA GARCIA






CARACAS
TIPOGRAFIA "LA SEMANA"
1910



# JACOBILLA

---

## I

### SE ALZA LA CORTINA

Jacoba Marín había salido de Madrid con las más firmes intenciones de mejorar de posición, sacudiendo el polvo á la muy pícara fortuna, que siempre le había mostrado el rostro esquivo. Cansada de pasar la pena negra en su enjuto cuarto de un tercer piso en la calle de Jacometrezo, donde se consumía bordando en fino, desde el alba hasta cerca de la media noche, para ganarse las dos tristes pesetillas conque á fuerza de combinaciones y milagrosos equilibrios, lograba diariamente medio alimentarse, junto con su valetudinaria madre y su inútil tía; cansada de tantas estrecheces, angustias y privaciones, resolvió, segura de la potencia de sus alas, abandonar el capullo, y, cual gallarda mariposa levantar el vuelo en busca de zonas más propicias á sus privilegiadas aptitudes.

¿De qué resortes hubo de valerse la paupérrima para dar ese paso tan trascendental en la carrera de su vida?

Ya lo vamos á saber.

Un día, de cuyo mes y año no andan muy acordes las crónicas de porteros, sota-barbas, horteras, criadas y mozos, aunque todas estas lumbreras de barrio sí afirman unánimes, que fué en los comienzos del pre-

sente año, de *gracias* ó desgracias, tan discutido por las especialidades eminentes del mundo cronológico, para saber si hemos de tenerlo por el primogénito del siglo XX ó por el *maraquillo* bitongo del moribundo XIX; un día, en que la Jacobilla se levantó con humor de perros, ó mejor dicho de *perras*, por haber amanecido sin una *chica* siquiera en la gaveta, tiró á un lado con violento ademán, bastidor, agujas, punzón, tijeras y ovillos; y, plantándose ante su espejo, que era de los liliputienses ovalados que se cuelgan en las aldabas, monologueó de esta manera:

—"Nó, esto no puede continuar así. Por más que yo pierda vista, uñas y paciencia inclinada perennemente sobre estas telas, sacando y metiendo hilos y más hilos, nunca podré subvenir, siquiera medianamente á mis necesidades, á las de mi querida y anciana madre paralítica, que es la pobre una momia de la casa á quien hay que cargar, rodar en el sillón, vestir y alimentar como á una chiquilla, ni á las de mi tía Teresa, mujer angelical, pero decadente é idiotizada por su mal de nervios y el fanatismo religioso.

"¡Cuándo pudo pensar mi buen padre, que un día su hija mimada, podría llegar á este calamitoso estado! Periodista de gran talento y fama, enérgico hombre de lucha, (íntimo amigo, compadre y colaborador de mi padrino el malogrado Ruiz Zorrilla), pasó su vida entera defendiendo los verdaderos intereses del pueblo español y combatiendo en todos los terrenos por la santa causa republicana, su pasión vehemente, su adorado ensueño...... Dióme muy esmerada educación, tan esmerada, que aunque me esté mal el decirlo y hasta el pensarlo, ni la más elevada princesa, ó grande de España de primera alcurnia, puede saber más de lo que yo sé (aquí se sonrió la niña de satisfacción y aparecieron en el vidrio del humilde espejo, unos dientecillos blancos y menudos que parecían perlas).

"Hablo y escribo en tres idiomas, francés inglés y castellano, conozco la esgrima, el tiro, la equitación y

el ciclismo. Canto en clásico y en flamenco; es decir, corto en los dos géneros, en el *grande* y en el *chico*. Bailo y manejo la bandurria y las castañuelas, como la más refinada maja de la tierra de María Santísima; pero todo eso con tal perfección, que al maestro Chuecas, quien me daba á hurtadillas algunas de sus sabias indicaciones en el arte, se le caía la baba de entusiasmo cuando yo, en traje característico le hacía la chulapa en el baile español de los *Cuadros Disolventes*; sobre todo, cuando me meneaba con las manos en la cintura cantando aquello de *con una falda de percal planchá*.... Y á mi tía Teresa, que es una beata de las de Miura ó El Saltillo, ¿no hubo de darle un patatuz fenomenal cuando me vió una noche vestida de torero, imitando *en familia* al protagonista de la zarzuela *Caramelo*, cuando baila, después de cantar aquello de: *yo no sé si fué de día, yo no sé si fué de noche*? ¿Y mi buen padre, no me comía á besos cuando, en traje de Margarita, le cantaba el aria de las joyas de la ópera *Fausto*? (al evocar este recuerdo los grandes ojos negros y cejas *ídem* arqueadas, se le humedecieron y las pestañas se movieron en el vidrio como alas de mariposa).

"Escribo regular en prosa y hasta en verso, pues me aprendí á Gil y Zárate de cuerito á cuerito. No manejaré los *dedales* tan por lo alto como la sin par doña Emilia Pardo, cuyo estilo es de rica filigrana; pero muchas veces (aquí lo digo muy en secreto) cuando mi padre amanecía enfermo del asma, era la nieta de mi abuela la que, previas explicaciones que desde su lecho me daba, escribía el artículo del día, que para nosotros significaba el verdadero *plat du jour*, porque las veinte pesetillas entraban y salían siempre justas, cayendo en nuestro hogar como la lluvia alimenticia y regeneradora de que nos habla la Biblia; y es fama que cuando tan peregrino cambio acontecía, el jefe de la redacción de nuestro diario, que pasaba por muy listo en los achaques de su profesión, después de leer las catorce cuartillas del artículo, acomodábase nerviosamente los anteojos

y decía :— "Éste Marín viene hoy hecho una cantárida, está endiablado; pero en fin, que salga á la calle su cartucho de dinamita.... ya veremos! Don Práxedes Sagasta necesita muy bien este rejonazo para que se afloje un poco de coyunturas"...... Luégo, entregando los papeles al cajista, el tal señor, que era muy dado á frases de retruécanos y de doble sentido, añadía con aire guasón: "*Durillo* hase mostrado en estos días para soltar los *duros* de la subvención clandestina, que tan *dignamente* recibimos por hacer oposición acomodaticia; y si tan *compleja espectativa* (le gustaban mucho estas dos palabrillas) *dura*, pagaremos aquí todos el *durazno*, pues no *duraremos* muchos días...... (Aquí movió un poco el rostro la rebelde y se retrataron en el espejo las orejas, que eran pequeñas, rosadas y tan perfectas como las celebradas de la Venus de Milo, y continuó en su monólogo):

"Por sobre todas estas cualidades, nada comunes tratándose de una hija de Eva, tengo la supina de haber sido honrada á carta cabal y trabajadora como una hormiga, hasta el punto de haberme sostenido al lado de mi madre y de mi tía durante cuatro años sin molestar á nadie y sin recibir dádivas de ninguno de los tantos adoradores que han querido favorecerme, acaso con no muy buenas intenciones.... Mis bordados y los barquillos que hace diariamente Teresa, ayudada por la pobre enferma, han sido un valladar establecido entre mi honradez y la pendiente de la corrupción. Cuando quedé huérfana de padre, no había ni un maravedí en la casa, pues los pocos ahorros se invirtieron en su larga y penosa enfermedad. La dirección del diario á que tantos años prestó sus servicios, como *una gran manifestación humanitaria*, costeó su entierro y nada más, limitándose á publicar en su elogio una inmensa necrologia, muy mal escrita por cierto y acompañada desgraciadamente, de un retrato, tan feo y obscuro, que más bien podía tomarse por su caricatura póstuma, según era de defectuoso el *cliché* y de imperfecta la impresión.

Tal es el proceder de los partidos y de las empresas periodísticas con sus denodados servidores: la gazuza en vida, y después de muertos, algunas palabrejas en la edición del día; y luégo, completo olvido para su viuda é hijos! Y conste que así proceden todos en España, conservadores, liberales, moderados y republicanos. Ingratitud é indiferencia con los que la sirven bien, son herencias atávicas de nuestra raza!

(Como al producir Jacobilla esta verdad como un templo, frunció el ceño con mona indignación, se destacó en el espejillo su frente blanca y espaciosa, coronada por uno como promontorio de negros rizos, del cual sobresalía en el centro un caprichoso pico, que había sido y era la tentación de sus admiradores.) "¿Y qué he ganado yo con todo esto, qué he ganado con saber tánto y con haberme conducido tan bien? Que nadie me haga caso y estar muriéndome de necesidades en este rincón, sin más recursos que el triste bordado y lo poco que traen los barquilleros, que ya no basta para nada y preveo los días en que tengamos que acostarnos sin comer.

"Aquí no me quedan más que dos caminos: la prostitución ó la emigración, pues como soy tan pobre, no encontraré novios, sino seductores. Opto por lo segundo, es decir, por abandonar á Madrid. Desde Mahoma es sabido que nadie es profeta en su tierra, por lo cual resuelvo buscar otro teatro donde no me conozcan, otra patria que me sea más propicia, otro cielo donde desplegar mis alas para poder volar más alto, ó para en último caso caer, pero no en este lodo de mi obscuro barrio, sino en otras playas, en otros sitios, en otras ciudades, en donde nadie me conozca. Esto bien puede ser un suicidio, pero será un suicidio digno, un sacrificio juicioso. Tomar un veneno ó arrojarme por el viaducto de Segovia no sería propio de mí.

"Recursos para ausentarme no me han de faltar, pues he podido conservar unos brillantes valiosos de mi padre, que él estimaba en mucho porque fueron de

su madre. Con el producto de la venta de ellos, verificaré el viaje y me compraré algunas cosillas indispensables. Mi madre y Teresa son las que me inquietan, no puedo llevármelas ni sé cómo dejarlas, estando la una medio muerta y necesitando la otra, aunque medio viva, de mi dirección y consejos para todo; pero en fin, ellas verán cómo se las componen; les dejaré algo de dinero y santas pascuas. No va una á malograr su carrera por tan poca cosa; y además, muy poca persona habría de ser yo si al cabo de dos meses no pudiera mandarles con qué vivir mejor que ahora. Ya lo creo que les mandaré"....

Y como mientras pensaba de este modo se iba vistiendo á la carrera, porque no era mujer que dejaba las cosas para el siguiente día, el curioso lector, echando miradas á hurtadillas, podrá saber que nuestra heroína, aunque pequeña de cuerpo, es de formas admirables, de blancura extremada, y tiene la cintura tan enjuta, las caderas tan voluptuosas y las piernas tan bien contorneadas, que ella misma al mudarse las prendas íntimas del traje, sentía placer en recrear sus ojos por aquellos encantos tan enloquecedores.

A los pocos minutos estaba lista para echarse á la calle, con el alto sombrero puesto con suma elegancia, los guantes abotonados y el estuche de terciopelo azul en la mano, dentro del cual estaban los brillantes.

Ya entrada la noche regresó á su casa con un mozo detrás, cargado de paquetes, de un maletín muy mono de cuero amarillo y un baúl más grande del mismo cuero, con ribetes y punteras de cobre.

Ni en diez capítulos podría pintarse detalladamente el inmenso asombro de la tía Teresa, al ver á su querida sobrina entrar en aquella facha y con extraordinarios preparativos, ni el mayúsculo escándalo que hubo de armar cuando supo el disparatado plan de viaje que la niña tenía entre manos. Hubo desmayos, súplicas, agrios reproches, tiernas lágrimas, invo-

caciones á todos los santos mártires y hasta á las once mil vírgenes; hubo de todo eso hasta las doce de la noche, en que Jacoba, después que se había calmado un poco la marimorena, le dijo entre cariñosa y seria:

—Teresa, todo lo que tú me has dicho puede ser verdad, pero ya esto no tiene remedio, lo he pensado y lo haré por sobre el mundo entero. Yo soy mayor de edad y libre de mis acciones. Te quiero mucho, tú lo sabes y desearía verte razonable para no disgustarnos. Yo aquí no tengo ningún porvenir, y voy á buscarlo fuera. Te dejo el cuarto pago por un trismestre y cincuenta pesetas para que dirijas el barco lo mejor que puedas, hasta que te mande nuevos recursos. Cuídame mucho á mamá, y si en sus instantes de lucidez notare mi ausencia, engáñala con cualquier pretexto. Sabrás de mí, pues siempre te escribiré. Voy á acostarme, porque es muy tarde y necesito madrugar para coger el tren de las seis y media. Me despertarás á las cinco en punto; ya lo sabes, llámame muy quedamente para que la pobre enferma no se alarme. Hasta mañana!

Teresa no respondió una palabra, se quedó absorta y como lela ó petrificada, después de haber oído aquel razonamiento rudo é inquebrantable de su sobrina; aquellas bruscas declaraciones no admitían réplica, por lo cual guardó silencio y la vió acercarse de puntillas á la cama de la idiota, besarla suavemente en la frente, enjugarse algunas lágrimas con el pañuelo blanco, y luégo, desvestirse y acostarse con la mayor tranquilidad. En cuanto á ella, suspiró tres veces hondamente, lloró mucho, rezó los quince misterios y se metió en su cama apagando la luz, no á dormir, porque el sueño andaba muy lejos de aquellos párpados rojos é hinchados y de aquel cerebro en ebullición, sino á pensar en mil y mil cosas lúgubres y á esperar que el reloj diese las cinco, para despertar á la terca viajera, que en aquel instante dormía ya como una bienaventurada.

## II

### LA HEROÍNA EN CAMPAÑA

París : 29 de Abril de 1900.

Mi querida Teresa :

Imagino cómo habrás estado durante estos dos meses transcurridos sin saber nada de tu querida sobrina. Tantos incidentes han ocurrido en mi vida en este corto espacio de tiempo y ha sido tan nueva y agitada, que los dos meses me parecen años y veo allá, en muy remota época, el día en que tuve el valor heroico de abandonar la casa y á los dos seres que constituyen mi mayor afecto.

Había guardado silenció por no mortificarte con las dudas, temores y malos ratos que he tenido que pasar hasta encontrarme en una situación, si no verdaderamente feliz, por lo menos aceptable ; y tienes la prueba material de ello en la circunstancia de poder remitirte, como lo hago por giro postal, doscientas pesetas, que te caerán como miel sobre hojaldres, porque las cincuenta aquellas que te dejé, por más que hayas hecho el milagro de los cinco mil panes, deben estar ya tan delgaduchas, que no habrán de alcanzarte sus restos ni para medio cocido.

Supongo cuántos rosarios y letanías habrás rezado por mi salud y buena suerte, y creo que los santos y santas, principalmente Nuestra Señora de Lourdes y San Antonio, que son tus preferidos, cansados ya de tí y de tus eternas machacas, habrán tirado fuerte de las barbas al Padre Eterno ; y que éste, aunque sulfurado por la confianzuda bromilla, habrá empezado á ocuparse un poco de mí, pues sin saber cómo, los caminos se me han abierto, no estoy mal y creo seguramente que haré carrera.

Al llegar aquí, me parece ver que te persignas, alzas las manos al cielo y preguntas: —¿Pero cómo habrá sido eso? ¿Qué estará haciendo Jacobilla? ¿En qué forma habrá conseguido este dinero? ¿Será bueno ó malo, Dios mío?

Ten paciencia, tía, que ya vas á saberlo todo; tranquilízate, porque lo que tú estás pensando indignamente de mí, no ha sucedido; y, créemelo, no sucederá por fortuna para mí y por honor y respeto á la sagrada memoria de tu hermano mi buen padre, quien en sus últimos instantes me dijo: —"Adiós, mi Jacobilla! Te bendigo y te dejo como única herencia, el honor y la ilustración. Que la última te sirva para conservar el primero!"

Con ese talismán en el alma soy inmune y puedo atravesar por entre las hogueras del mundo, sin que las llamas me quemen ni el vestido.

Voy á referirte minuciosamente todo lo que me ha pasado desde que nos separamos.

Si estás débil por los ayunos, el cilicio y más que todo eso por el agotamiento de las cincuenta consabidas pesetas, toma primero un buen caldo con dos huevos tibios adentro y una copa de Jeréz para que puedas seguir leyéndome, porque la epístola es larga, como lo verás por el volumen de cuartillas numeradas que contiene, escritas en papel delgado y por una sola cara como para ir á la imprenta. Lleva sus capítulos y será una como carta-novela.

¿Te asustas con la noticia?

Pues no hay remedio, gran mojigata; tú sabes que mi fuerte es la pluma, y tienes que aguantarte el solfeo, como mi única confidente.

Entro en materia.

Cuando silbó el pito, arrancó la locomotora y te dejé en el andén con dos lagrimones agitando tu pañuelo, me conmoví tánto, que me hubiera tirado al suelo al haber sido posible. Todos los recuerdos juveniles se agolparon en mi mente, sentí un vacío inmenso y me parecía que en lugar de rodar, me elevaba en un globo para perderme en el aire. Las ca-

lles y los edificios pasaban ante mis ojos como meteoros, y realmente, tuve miedo; fué entonces que pude medir la audacia de mi determinación y los peligros que podía correr saliendo sola con dirección á París, sin una carta de recomendación, con poquísimo dinero y sin saber siquiera el lugar á donde iba á llegar. Realmente, aquello fué un solemne disparate, una calaverada sin nombre, que el éxito no disculpa.

Cuando salimos al campo, el aire fresco y el bello panorama disiparon un tanto mis malas impresiones y pude fijarme en los compañeros que me habían tocado en el vagón, que era de los de pasillo ó *couloir*, como los llaman los franceses, pues como sabes, tomé pasaje de segunda clase, siguiendo tus consejos, para no ir en compañía de la gente burda de tercera.

Iban, un argentino, que venía de Sevilla, dos franceses, un señor decorado, compatriota nuestro, que iba á dirigir nuestras instalaciones en la Exposición de París, una dama portuguesa, que parecía muy distinguida y un cura madrileño de abultado seguidillo, tan obeso y de asentaderas tan desarrolladas, que sin ir muy cómodo, ocupaba dos asientos; total: un *complet* de abigarramiento muy peregrino.

No arrugues la cara por la descripción gráfica del abate; así era y así lo pinto. Ustedes las gazmoñas son las verdaderas culpables de que estos prójimos engorden tanto, así los miman, así los cuidan y así los regalan....

Nada más incómodo y repugnante que las primeras horas en un viaje largo y entre personas que no se conocen.

Nadie hablaba en el vagón, unos sacaban periódicos, otros libros y todos se lanzaban miradas escrutadoras y hurañas. El argentino procuraba ver el paisaje con su binóculo y el cogullá hacía exploraciones con su enorme cabeza, buscando comodidad para cuando se le ofreciera dormir.

Los dos franceses, sepultados en sus grandes cuellos, parecían de cera, unas veces inmóviles en sus asientos sin pestañear; y otras haciendo afectados mo-

vimientos como fantoches. Estos caballeros de aquende los Pirineos, nuestros vecinos, que en un tiempo fama tenían de conversadores, joviales y galantes en donde quiera, y sobre todo en los viajes, ahora están insufribles por ridículos. Odiando mucho á los ingleses han dado en la manía de imitarlos en todo: en las costumbres, en los *sports*, en el traje, en el modo de saludar: y principalmente en eso de atravesar leguas y más leguas sin desplegar los labios. Por tal motivo nada hay más fastidioso que hacer las jornadas en compañía de franceses, á quienes la imitación servil y la fatuidad han torcido su antiguo carácter nacional, para convertirlos en momias fumadoras y meditabundas. Tú sabes, tía, que siempre he sido muy enemiga de esa moda, costumbre ó vicio de fumar, de ese achaque tan feo, tan sucio y tan pernicioso que ha caído como un castigo sobre la necia humanidad, que por el placer suicida de inutilizarse lentamente la laringe, los bronquios, el exófago y el corazón, sacrifica bolsillo, salud, bien parecer, finura y educación. Tú sabes que mi ideal ha sido, es y será encontrar un novio que no fume; y sabiendo eso comprenderás como me chocó lo que voy á referirte. Los dos ejemplares de la esitrpe gala decadente, que por desgracia habíanme tocado de compañeros, quisieron hacer lo que incivilmente y por una *viveza* cursi acostumbran con frecuencia poner en práctica los franceses en los vagones en dónde no es permitido fumar. Sacaron dos cigarros, rascaron dos cerillas; y así que habían arrojado las primeras bocanadas de hediondo humo, que me hicieron estornudar, y las primeras cenizas que el viento llevó á mis ojos, nos dijeron á la portuguesa y á mí:

—¿ *Permetez vous, Mesdames* !

La hija del Duero hizo fríamente una mueca con pretensiones de sonrisa, y nada contestó.

Yo en cambio, muy en alta voz y hasta con rudeza les dije, en francés:

—No, caballeros, yo no lo permito porque el humo me estorba, la ceniza me ciega y el reglamento lo

prohibe terminantemente más que la galantería, tan olvidada por ustedes.

Los dos *franchutes*, quedáronse algo cortados con la andanada y articulando algunas excusas, salieron del vagón con no muy buen talante y fueron á fumar á la galería.

El argentino entonces se quitó la cachucha y poniéndose de pies, me dijo con verdadero entusiasmo:

—¡ Muy bien, señorita; felicito á usted por su entereza!

Luego añadió en muy buen francés:

—Ha dado usted una soberbia lección de urbanidad á esos dos groseros. El golpe ha sido para ellos un verdadero Fachoda, pues se han retirado maltrechos. Como usted viaja sola, yo estoy á sus órdenes para cualquier incidente ó complicación que ocurra.

Al decir esto me presentó su tarjeta que decía: "general Martín Pérez."

Entonces lo miré con atención, era un hombre de regular estatura, de porte altivo, fisonomía varonil, que representaba cuarenta y cinco años de edad, que tenía los ojos pardos y un hermoso bigote castaño con algunos pelos blancos, que no lo afeaban sino más bien hacían que resaltara más la cutis fresca y rosada de su rostro marcial, algo tostado por el sol tropical.

—Mil gracias, caballero—le contesté cariñosamente—no necesitaré sin duda de su generoso apoyo, primero porque el lance no pasará de ahí; y segundo, porque yo sé hacerme respetar cuando viajo sola.

Al decir esto alcé un poco el tapa-bolsillo del mantón de viaje y le mostré la nacarina cacha de mi revólver *Smith & Wesson*.

—Magnífico!—exclamó el hijo del Plata—he aquí el tipo de mujer española que me encanta y con el cual he soñado toda mi vida—y tranquilamente volvió á sentarse, continuando en su contemplación del paisaje como si nada hubiera acontecido.

## III

### CONTINÚA LA BREGA

Durante esta escena notaba yo, observándolo con el rabillo del ojo, que el señor decorado no me quitaba la vista de encima. Desde el principio habíase mostrado muy atento y obsequioso, corriendo las cortinillas si me daba el sol y procurando que estuviese más cómoda en el asiento, ahora, era remarcable su deseo de dirigirme la palabra y la circunstancia referida lo decidió á decirme:

—Señorita, yo también, y acaso con mejores títulos que ningún otro como compatriota, tengo el derecho de ofrecer á usted mis servicios en todo; y así lo hago sin reservas.

—Estimo en lo que vale su noble oferta, caballero. ¿Va usted hasta París?

—Sí, voy á dirigir nuestras instalaciones en la Exposición. Soy el Delegado oficial y me llamo el marqués Ramón de los Espárragos, para servir á usted. Permítame ofrecerle mi tarjeta.

Comprendí que el noble comisionado había visto en mí un venturoso idilio, una fácil conquista, una dulce pera que podría coger desde el camino con sólo estirar el brazo. Yo también había visto en él una puerta que se abría, un horizonte que se destacaba, una fórmula para realizar los planes que en mi mente bullían, una luz que brillaba en la obscuridad é incertidumbre de mi nuevo rumbo, por lo cual me sacudí como la paloma antes de emprender el vuelo y contestéle con la mayor gracia, salero y coquetería que llevaba en mi arsenal.

—Oh! señor marqués, cuán amable es usted. Sin titubear acepto su protección, porque es usted español y porque me inspira confianza, teniéndolo por un perfecto caballero.

—¿La gracia de usted, señorita?

—Jacoba Marín, su servidora.

—Será usted acaso familia de los Marín de Toledo ó de los de Salamanca? Conozco tantas familias nobles de apellido, Marín!

—No, señor marqués, yo no soy noble, soy una humilde plebeya, hija de Vicente Marín, á secas.

—¿De Vicente Marín, el terrible periodista que tánto ha combatido por la República en estos últimos años?

—Sí señor, y en eso me honro mucho.

—Hace usted muy bien—contestó el marqués examinándome con mayor atención—porque el talento tiene su nobleza, quizás la más valiosa en los momentos actuales.

El presbítero mofletudo, al oír el nombre de mi padre abrió tamaños ojos. Debió sentir uno como foetazo en el rostro porque se removió en su rincón, mirándome como un basilisco. Acaso recordaría la elocuencia de aquellas frases aceradas, la potencia del verbo irresistible conque en más de una vez el gran difunto flagelara las incontinencias del clero y su inmiscuición en nuestras agrias luchas políticas.

El de los Espárragos notó sin duda el desagradable aspecto del cura, porque guiñando los ojos díjome con marcada intención:

—Hace usted muy bien señorita, se lo repito, en enorgullecerse con el nombre que lleva—y mirando de frente al clérico añadió—porque su padre fué un noble y franco luchador de gran talento. Aunque contrario á sus ideas, siempre lo admiré lo mismo que á Ruiz Zorrilla. Muertos ambos hoy, su memoria debe ser respetada por todos los españoles, á menos de que se trate de hombres-zamuros, que no respetan ni los cadáveres......

Nada contestó á la *indirecta* el personaje de la sotana; pero debió sentir el rejonazo, porque se salió del vagón en el acto con el rostro zahareño y fué á colocarse junto con los franceses en el pasadizo, que quedó totalmente interceptado por su mole colosal.

—¿Conoce usted por ventura á ese sacerdote?—pregunté al marqués.

—Mucho, y es muy conocido en Madrid por sus historias. Se llama Robustiano Ancheta, es de la falange intelectual de sacerdotes periodistas, y, con el pretexto de ir á Roma á la celebración del año santo, se quedará seguramente en París, rindiendo culto á otras divinidades......

—Ello no es extraño y siempre oía referir á mi padre muy graciosas anécdotas relacionadas con otros benditos padres, que habían hecho lo mismo y que apareciendo como mansos corderos en su feligresía, los había visto él no pocas veces, bailando el can-can en el *Moulin Rouge* y en *La Cigale*......En cuanto á sus frases benevolentes relacionadas con la memoria de mi padre, debo dar á usted las más expresivas gracias, señor marqués; y veo, que comienza su tarea espontánea y generosa de ser mi protector. Nunca encontraré cómo pagarle tan señalado servicio!

—Nada de eso, amiga mía, yo no presto servicio alguno, sólo rindo justicia á sus méritos personales y venero como es debido la memoria de su ilustre padre—y luégo, acercándoseme un poco, añadió en tono muy familiar—¿Sin duda, va usted también hasta París, de paseo?

—Sí, señor, voy á París; pero no á pasear, sino á buscar ocupación.

—Ocupación; es decir, ¿irá usted recomendada á alguna casa ó persona?

—No señor, á nadie conozco allá y de nadie llevo recomendación.

—Cascabeles! pues es algo dificililla su empresa.

—No lo creo, por una razón muy sencilla.

—¿Cuál?

—Porque yo sé hacer de todo......

—¿De todo? Cascabeles! Vamos por partes. ¿Qué es lo que sabe usted, señorita?

—Lo que no hacen muchos hombres juntos. Hablo y escribo bien en tres idiomas. Sé llevar libros y hacer traducciones literarias. Soy hábil en costura, en cocina y en bordado en fino. Toco, bailo, declamo; y más que todo, manejo las especialidades

del género flamenco tan á perfección, que si el mundo alegre me conociera, sería una celebridad y haría mi fortuna.

—Hola, hola!—exclamó asombrado y muy alegre el marqués, cuyos ojillos brillaron como los del ratón cuando siente el olor del queso—entonces tiene usted razón y hasta yo mismo podría proporcionarle ocupación al llegar á París.

—¿En qué forma, de qué género?

—Por lo pronto necesito una *maja*, para la Sección de Andalucía, donde se ha montado un gran café cantante. Yo tenía contratada á la Dolores Jiménez, que como sabrá usted es *flor número uno* en el arte; pero á última hora se ha enfermado y no he podido traerla conmigo. ¿Querría usted ó podría usted reemplazarla?

En lo blanco de los ojillos ví retratarse las pícaras intenciones del de los Espárragos; pero como yo también tenía elaboradas las mías, preguntéle sin titubear:

—¿Y bien, señor marqués, podría saberse cuánto iba usted á pagar á la Dolores?

—¿Por qué nó? Cincuenta francos diarios y gastos de viaje de ida y vuelta.

—Pues yo no le sirvo entonces.

—¿Por qué motivo?

—Porque soy algo más cara.

—¿Y á cuánto aspiraría usted?

—A cien francos diarios, hotel en París y regreso asegurado.

El marqués me miró sorprendido, se rascó la oreja derecha y algo cortado con mi aplomo respondió:

—No tendría inconveniente; mas sería preciso saber cuáles son sus aptitudes, porque yo no la he visto ni oído trabajar; en fin, veremos, veremos....

—No hay veremos, dudas ni inconvenientes; al llegar á París ensayaremos, me verá usted y me oirá; si le gusto, habrá contrata, y si nó, tan amigos!

—Oh! muy bien, señorita; veo que es usted persona muy práctica y entendida. Así lo haremos.

Los demás incidentes del viaje en ese día no merecen los honores de minuciosa descripción por rutinarios; fastidio general, entrada y salida de viajeros en cada estación, carreras por aquí, disputas por allá, gritos de los vendedores de bebidas y periódicos; los carabineros, *inmóviles como cariátides*, en el andén; el monótono grito prolongado y cantado con fúnebre entonación de nuestros conductores españoles.

—*Seeeñoorees pasaaojeerooos al treeeen!*

Ya muy tarde de la noche, casi en la madrugada del siguiente día, la locomotora silbó lentamente como cansada ya de tanto rodar, fué acortándose la marcha, hasta que se detuvo el tren con fuerte sacudida de vagones.

La trasnochada voz del conductor, siempre con el mismo sonsonete, gritó:

—¡Andaya! ¡Cuarenta minutos de parada, cambio de tren, fonda, cambio de monedas y aduana!

## IV

## EN TIERRA FRANCESA

Tantas cosas juntas en aquella hora intempestiva y anunciadas de manera tan peregrina y con tan extraño canto, causaron gran consternación y pánico entre los viajeros; todos nos levantamos, recogiendo apresuradamente nuestros equipajes y se formó tal baraunda en la salida, que el de los Espárragos, que estaba durmiendo en un vagón, no pudo salir á acompañarme, como me lo había prometido, y yo iba bajando sola con mi maletín en la mano, cuando un brazo me ofreció su apoyo al descender, una mano me quitó el maletín y una voz me dijo en la obscuridad:

—Aquí estoy esperándola, señorita, para acompañarla y serle útil en todo.

Era el americano, que había bajado el primero y que me saludaba tranquilo, correcto y fino, como si hubiéramos estado en un salón de baile.

No tuve otro camino sino el de aceptar, porque la gente nos empujaba; y además, porque positivamente su ayuda era de un valor inapreciable en aquellos momentos. Todos los viajeros en bullicioso tropel entramos á la sala de inspección ó registro, y cada cual fué depositando sus maletas en los largos mostradores, abriendo las cerraduras y tratando de ser despachado de los primeros. Yo no sé de qué artes ó habilidades se valió el general Pérez, acaso del milagroso *pourboir*; pero es lo cierto, que el blanco tiz del reconocedor marcó mi maletín y el suyo, casi sin registrarlos y fuimos despachados los primeros. En seguida fuimos á la taquilla del cambio, en donde las pocas pesetas que llevaba quedaron mermadas en una tercera parte, al convertirlas en francos; luégo compramos los nuevos billetes en otra taquilla, ocupamos un vagón en el nuevo tren y marcando nuestros asientos para que otros no los tomasen nos fuimos al *bufet*, pues yo tenía hambre y mucha sed.

Con mil trabajos conseguimos que nos sirvieran algo, y cuando estábamos en el segundo plato, se nos incorporó el marqués, que venía jadeante buscándome.

—Por fin la encuentro á usted — dijo tomando asiento á mi lado.—¡Qué espantosa confusión y cómo molestan á los viajeros en estas aduanas francesas; por fortuna que este caballero, según veo, ha tenido la bondad de acompñarla. ¿Ha comprado ya su nuevo billete?

—Sí, señor mío—contestóle algo amoscazado el argentino—cuando una dama está bien acompañada, es inútil hacerle esa pregunta.

Creí necesaria mi intervención para evitar alguna mala inteligencia.

—Caballero—dije al general—tengo el gusto de presentar á usted al señor marqués de los Espárragos, persona á quien vengo recomendada, y con quien probablemente firmaré un contrato como artista.

El americano me miró con suma extrañeza y dirigiéndose al marqués, le dijo:

—Señor mío, tengo mucho gusto en ofrecerle mi amistad. Ignoraba que esta señorita viniera á cargo de usted, y creyéndola sola, he pensado cumplir con un deber de galantería ayudándola en lo poco que me ha sido posible. ¿Puede usted acompañarnos á comer?

—De mil amores—respondió alegremente el español—se ha conducido usted como un cumplido caballero y aprovecho la ocasión para igualmente ponerme á sus órdenes.

Restablecida la cordialidad, seguimos comiendo juntos, muy de prisa porque ya quedaban pocos minutos.

A poco llegó el garzón encargado de cobrar el valor de los cubiertos. Venía con un latón en la mano, donde depositaba el dinero.

El de los Espárragos quiso adelantarse á pagar los nueve francos importe de los tres cubiertos, pero Martín Pérez le dijo, sacando su portamonedas:

—No, señor, la invitación es mía y es usted mi huésped en esta mesa.

—Está muy bien—contestó sonriendo el marqués—y desde ahora invito yo para el almuerzo de mañana.

Muy pocos pasajeros quedaban ya en el comedor, cuando una voz seca y vibrante como un clarín, gritó:

*—Mesieurs les voyageurs pour Paris en voiture, s' il vieus plait, en voiture!*

Salimos corriendo precipitadamente, porque todos sabíamos que en Francia no es como en España. Allá los empleados de ferrocarril tienen entrañas, tienen alma, tienen corazón y no dejan á los viajeros por ningún caso; los llaman, los buscan, les enseñan su vagón y tienen educación y miramientos; mientras que aquí, son unos cabos de escuadra ó unos estafermos, impolíticos y groseros; al decir: *en voiture*, el que no anda listo se queda, y el que no encuentra su carro se fastidia, pues por más que pregunte y suplique, no hay un empleado piadoso que lo saque de apuros.

Cuando salimos al andén ya estaba la máquina pegada y humeante; y como habían verificado manio-

bras y agregado nuevos carros, no sabíamos en qué lugar había quedado el nuestro. Empezamos á dar carreras de arriba para abajo, y muchos desgraciados hacían como nosotros, en la mayor angustia porque temían quedarse.

—¡ Mi vagón ! ¿ En dónde está mi vagón ?—gritaban varias voces alteradas.

—Yo tenía el número 1.930—exclamaba una señora derramando lágrimas—¿ en dónde habrá ido á parar ? Voy á quedarme y á perder mi equipaje !

Y dos gendarmes se paseaban muy tranquilos, y muchos empleados de uniforme daban órdenes, sin oír á nadie y sin ocuparse de aquella suprema desesperación.

De golpe se abrió la ventana de un vagón á lo lejos, salió una mano que parecía un guante de jugar sable, detrás de la mano una cara que parecía un mascarón de fuente romana. La inmensa mano nos llamaba, y del mascarón salía una voz formidable que decía :

—Señorita, caballeros, éste es el vagón de ustedes ; corran ligero, que se quedan !

Oh ! mayúsculo asombro ! oh ! providencial aviso ! Aquella mano era la del padre Robustiano Accheta, y aquella voz era la suya, que nos llamaba.

Corrimos, él nos abrió la puerta y entramos, cayendo abrumados de cansancio en los asientos, precisamente en el instante en que el tren se ponía en marcha.

Incongruencias humanas y cosas variables de la vida, aquella mole en hábito sacerdotal que tan chocante me había sido por sus modales, ahora me parecía simpática, buena, generosa y se me representaba con perfiiles de arcángel.

—Muchas gracias, señor abate—le dije en cuanto pude articular frase—gracias á su buena acción no nos hemos quedado.

—No merece la pena, señorita—contestó sonriendo—he cumplido con un deber de compañerismo y nada más.

—¿ Y cómo supo usted que éste era nuestro coche ? —preguntóle el argentino muy admirado.

—Del modo más sencillo; yo encontré este vagón solo, entré y conocí en el acto el maletín de usted y el de la señorita; á poco llegó esta dama, que era nuestra compañera en el otro tren (al decir esto, señalaba á la portuguesa, que allí estaba en un rincón y yo no la había conocido); luégo quisieron entrar otras personas; mas como yo había marcado con distintos objetos todos los asientos, y les asegurase que estábamos completos, logré que nadie más entrara, á fin de poder ir con mayor comodidad. Cuando dieron la orden de partida, viendo que ustedes no llegaban, me puse á buscarlos con la vista y al fin logré hacerlos venir, de lo cual estoy muy contento, porque me habría dado mucha pena verlos quedarse.

El padre Ancheta se había metamorfoseado, me parecía un santo!

—Deme un abrazo, compatriota—dijo el de los Espárragos, tratando de alcanzar las espaldas del coloso—es usted todo un hombre y mi gratitud así lo pregona. Aunque este no es mi vagón y mi maleta está en otro carro, aquí me quedo y declaro que á usted debemos nuestra salvación!

La portuguesa, que hablaba un poco el castellano, nos expresó también su alegría con algunas frases de felicitación; y pocos momentos después todos nos reclinamos en nuestros asientos, rendidos por el estropeo.

—Yo creo—dijo el padre Ancheta, después de cerrar su libro de oraciones—que podemos dormir un poquillo antes de que amanezca, y como todos somos conocidos y de confianza, propongo correr las cortinas de las ventanas y la pantalla de la luz.

—Aceptado!—exclamamos todos, que no estábamos deseando otra cosa. Mientras verificaban la operación, la portuguesa y yo nos quitamos los sombreros, sacamos nuestras mantas de viaje y nos arrebujamos en los dos rincones de la derecha. Lo mismo hicieron nuestros acompañantes, acomodándose hacia la izquierda, y, después del *buena noche* de ordenanza,

dado por el clérigo, se cerró la pantalla y quedó el vagón en completa obscuridad.

No puedo asegurarte, Teresa mía, si dormí ó no, pues tal operación es difícil con el traqueteo y constante trepidación; mas sí creo que me aletargué mucho rato y hasta soñé que estaba oyendo misa en una catedral muy grande y que oía las notas de un inmenso órgano, que recorrían el diapasón desde el bajo más profundo hasta el tiple más agudo, unas veces imitando al oboe y otras al pífano; pero como al despertarme al amanecer noté que la música continuaba, vine á sacar en claro, que no había tal catedral ni tal órgano, sino que el bendito padre estaba roncando como un cerdo, ó mejor dicho, como un bienaventurado, pues ahora caigo en que puedes encontrar grosero el símil, tratándose de persona ordenada *in sacris*.

Sin ninguna otra particularidad y sin que por fortuna entrase más gente en nuestro compartimiento, llegó la hora de almorzar y un garzón uniformado nos lo notificó así. El de los Espárragos, que como se sabe era el anfitrión, invitó al padre y á la portuguesa, y los cinco fuimos atravesando pasadizos y vagones, hasta que llegamos al del restaurant, que tenía cinco mesitas laterales de á cuatro cubiertos cada una y un pasaje en el centro para el servicio.

Allí se estaba lo mismo que en tierra, lo mismo que en cualquiera fonda, y salvo el meneo, te aseguro que hubiera almorzado opíparamente, pues aunque no eran muy abundantes las raciones que nos servía el *maitre d'hotel*, de casaca azul, kepi y botones dorados, sí estaban bien sazonadas y mejor presentadas; y los vinos que pidió el marqués, fueron de los de primera clase y de mayor precio.

Yo me veía en los espejos dorados del lujoso vagón y, con mi alto sombrero y el paltó de viaje, tenía un aire muy distinguido. Nadie hubiera podido pensar que aquella mujercita tan mona y elegante y tan obsequiada de todos, fuese la misma que cuatro días antes comía sopa de ajos y pan duro, vestida de trapillos, en un rincón de su obscuro cuarto.

El padre Ancheta no quedó muy á gusto con las diminutas porciones que servían á cinco francos por persona, y se desquitó bebiendo á más y mejor y aumentando el *lastre* con seis huevos salcochados que en un papel cargaba, y que mezcló con la ensalada de lechugas, diciendo: — Este es un regalo de mi hermana, que no puedo desairar y que ofreceré con permiso de ustedes. Son huevos muy frescos y de gallina especial, negra y copetona....

—¿Y qué particularidad tienen los huevos de esa clase de gallinas?—preguntó riendo el general Pérez.

—Que fortifican, amigo mío, que fortifican mucho—contestó don Robustiano, engulléndose una porción considerable del plato restaurador.

—Y sobre todo—insinuó irónicamente el marqués—cuando se trata de personas tan débiles y anémicas como usted....

—Lo que abunda no daña—contestó alegremente el glotón; y para probar que también sabía de pullas, añadió: —Vale más ser repollo que *espárrago*....

El equívoco fué muy aplaudido por todos y principalmente por el marqués, á cuyo nombre aludía y que se creyó en el deber de brindar *champagne*, con lo cual terminó el almuerzo y regresamos á nuestro compartimiento, no sin dar algunos traspiés por los estrechos pasillos.

Ya cerca de París se acercó el señor de los Espárragos, y en voz baja preguntóme:

—¿Tiene usted alguna casa ú hotel preparado para llegar?

—Absolutamente—le contesté—ya le he dicho que no voy recomendada á nadie y que jamás he visitado la gran ciudad.

—Pues no se ocupe usted de nada, deje todo á mi cargo y llegaremos al nuevo y gran hotel del Trocadero.

—Está muy bien, señor marqués; yo vengo á sus órdenes y cuasi es usted ya mi director.

Los ojos del Delegado brillaron de manera extraordinaria, ya pensaba tener la paloma entre la jaula, ya

se imaginaba el iluso estar saboreando su dulce, fresca y sabrosa carne; pero, ay! qué lejos andaba el infeliz de semejante prebenda!

Una cosa pensaba el asno y otra la que le ponía la sincha.

Una cosa pensaba el cazador incauto y otra la astuta y desconfiada ave.

Yo lo miraba venir y me ponía en guardia, diciendo para mis adentros:

—Soberano y chusco chasco te vas á llevar, pretencioso y anémico mequetrefe, al intentar, así como de paso y de bóbilis bóbilis, pescar en tu añeja remanga á una sardina tan lista, resbalosa y escamada como yo, que tiene la cola de oro, las escamas de plata y los ojos de brillantes. ¡Zape gato!

V

RUIDOSO ÉXITO

"Nunca fuera caballero,
de damas tan bien servido,
como fuera Don Quijote
cuando de su aldea vino."

Así pudiera yo exclamar, trasconejando los sexos y los nombros para llamarme la Dulcinea del generoso y cumplido caballero de los Espárragos, porque si al gran Cervantes hubiérale tocado en suerte conocerle en aquellos tiempos en que escribiera su libro inmortal, seguramente que habría llenado más de un capítulo con su peregrina personalidad liliputiense, que acaso hubiera podido tomar por alguno de los enanos ó malandrines, que merodeaban por los añosos castillos de su fantasía.

Ni Cleopatra la reina de Epiro, que al quedar viuda la solicitaron, pidiendo su mano incontables príncipes, ni Semíramis, la reina de Asiria, que después de sus célebres proezas, según la tradición, fué trans-

portada al cielo en forma de paloma; ni la una ni la otra pudieron ser más felices que esta tu sobrina bordadora en *fino* y famélica en *grueso* de la calle de Jacometrezo, convertida hoy por arte de sus pies, de su garganta, de sus contorneos y de sus gracias, en la emperatriz del mundo civilizado, cuya capital es este divino París.

Nadie puede ser más dichosa que yo, al verme admirada, solicitada y perseguida por marqueses, condes, generales, literatos y banqueros, que de maneras mil pretenden seducirme con sus requerimientos y con sus dádivas.

Ninguna más orgullosa y satisfecha con tan singular prestigio y con la fortuna de tener día y noche á mi lado, como ministro, guardián ó Cancerbero, al muy generoso Delegado español, que se ha convertido en mi sombra; ó más claro y hablándote en términos místicos para que lo comprendas mejor, empecinada cartuja, que siempre está á mi lado como el perro de San Roque, como la culebra que picó á San Pablo el ermitaño, ó como el bendito escapulario de San Blas, que tú me colgabas al cuello cuando era chica....... Pero te aseguro que á mí no me picará este boa decorado, este marqués de cachivaches, por más que me está tratando como á una reina y mimándome como á una deidad favorita.

Ahora recuerdo que no te he pintado al referido señor de los Espárragos; y tú sabes que, en las novelas, es punto imprescindible la descripción de los personajes; de tal manera, que yo conozco más de tres ó cuatro autores de mucha fama, que cuando emprenden tan manoseada tarea, se deleitan en gorgoritos de recitación tan detallada, que muchas veces el pobre lector, que es la víctima propiciatoria, tiene que arrojar á un lado el libro, frotarse los ojos, recostarse muellemente en la poltrona y tomar algunos minutos de reposo para poder continuar aquellos interminables farfulleos de bizantina pintura.

Yo me apartaré de la escuela llamada *modernista*, y en dos periquetes te describiré mi tipo.

Anda muy cerca del medio siglo, pero está tan fresco y conservado, viste tan correctamente y cuida de tal modo su persona, que ojos menos expertos que los míos apenas le concederían cuarenta navidades. Es pequeño pero de buen porte y elegante, usa perilla y bigote ensortijado á la rusa, carga en el índice un gran solitario de mucho brillo y quilates; y si no fuera por los dos grupillos de importunas arrugas delatoras que rodean sus grandes ojos negros, el marqués nos metería gato por liebre, y muchas sardinas podrían caer en su remanga, tomándolo por garrido mocetón.

En una palabra, es en miniatura un trasunto fiel del inmortal caballero de la Triste Figura, y soy para él en esta aventura más que la fregona del Toboso, la condesa de Trifaldi, la princesa Micomicona ó la Bella Cazadora, ante la cual iba perdiendo la vida por un arrumaco inoportuno y una mala partida del descuidado Sancho.

No puedes imaginarte con qué finura y cortesía me trata el pequeño Quijote; llámolo así, porque es verdadera locura ó manía la que por mí siente. Me ha hecho sus declaraciones en todos los tonos y ha apelado á todos los recursos en el arte conocidos; me ha escrito innúmeras cartas, recorriendo desde el estilo épico hasta el lacrimoso, me ha regalado desde las más famosas perlas y esmeraldas hasta las más humildes rosas y violetas, sin conseguir de mi parte más que sonrisas y palabras muy amables. Con este sistema he logrado tener á mi hombre hecho un merengue de puro dulce y he logrado convertirlo en uno como filón inagotable; basta decirte que me tiene en este gran hotel con todas las comodidades de una reina, y que sufro al pensar cuando le llegue la hora del tremendo desengaño, ó sea la de caer desastrosamente del Rocinante de sus aspiraciones, magullándose las espaldas al convencerse de que nada podrá obtener de mí!

La noche del ensayo obtuve un éxito asombroso. Figúrate que la que hacía de maja era una francesa,

y estas desabridas chicas del Sena, por más que quieran imitar á las españolas no lo conseguirán en ningún tiempo. Hacen nuestra caricatura y nada más; es decir, ridiculizan criminalmente la gracia y la zandunga de las inimitables hembras ibéricas.

Cuando salí á las tablas, le dí tres vueltas al mantón de manila, moví la cintura y empuñando los palillos dí cuatro *pataítas* para cantar una sevillana, todo el mundo cayó boca abajo, empezando por el marqués, quien después de haberme oído y visto, se acercó diciendo:

—No hay más que hablar, Jacobilla; queda usted contratada, según sus condiciones; es usted la gracia hecha carnes!

El día que me estrené en la sección llamada Andalucía, hubo disloque general y se agotaron todos los licores del depósito de las consumaciones. Los franceses, y principalmente los visitantes extranjeros, me aplaudieron hasta el delirio.

Unos gritaban:

—Bravo! bravo! la nouvelle Otero!

Algunos hijos del Támesis:

—Very Well, hurra, hurra!

Otros hijos del Tíber:

—Molto bene, ragazza!

Muchos paisanos nuestros:

—Olé por las hembras de gracia!

En los días subsiguientes, para ver á la real hija de mi madre ha sido necesario madrugar mucho y hacer larga cola, lo que podrá darte una idea del entusiasmo que he sabido inspirar en este gran certamen del mundo. Para que no creas que me estoy dando bombo y que estoy haciendo exageraciones ridículas, te envío varios diarios que de mí se ocupan; sobre todo, *El Fígaro* y *El Eclair*, en donde, después de minuciosas descripciones encaminadas á decir de qué manera tan prodigiosa meneaba las manos y los pies, cómo mi voz parecía la de un jilguero y cómo mis movimientos rivalizaban á los de una hurí, te darás

el mayúsculo gusto de contemplar el retrato de tu sobrina en el traje característico de manola.

No frunzas la cara, gran mentecata, que ello debe más bien llenarte de orgullo; porque no es bicoca ni moneda muy corriente eso de llamar la atención en París; y aunque el bailar y cantar para el público ha sido un oficio no muy noble en otras partes, aquí no es afrentosa profesión, puesto que en ella han hecho carrera y gran fortuna, Ivette Guilbert, que se ha retirado á vivir de sus rentas; la bella Otero, que actualmente funciona en Marigny; Eloy Fouler, que cosechó nimbos aéreos de gloria, hechos por ella misma en la Serpentina, y otras estrellas más del cielo de Tersícore, de Melpómene y de Talía. Como yo no *trabajo* por las noches, he podido disponer de casi todas las mañanas para estudiar y admirar la Exposición, de la cual quiero trasmitirte mis impresiones, no sólo para que tú formes idea de ella, sino para distraerme yo escribiéndote estas líneas, que, como te lo predije al comienzo, ya te irás convenciendo que por su extensión, pasan de castaño á obscuro.

Mi juicio habrá de ser sin duda el más imparcial de todos los que hasta hoy han visto la luz pública, puesto que ningún interés sino el de la verdad me guía.

## VI

## EL PARTO DE LOS MONTES

Principio por decirte que esta gran *lata*, será probablemente la última del género que se llevará á cabo en París, á juzgar por el desengaño general de güelfos y gibelinos, de expositores y visitantes, de directores y especuladores, de víctimas y de victimarios.

En otros tiempos existían más nobles miras para estos espectáculos del progreso humano y de la civilización. Los franceses tenían grandes ideales.

Hoy sólo le rinden culto, y culto bestial al dios Franco.

Hasta en la rastrera época de Napoleón III, la Francia, á pesar de su tiranía, quería remontar; aspiraba á ser gran potencia europea y á dominar al mundo por su comercio y por sus industrias, ya que no había podido dominarlo por las armas, á pesar del genio colosal del eminente tío de tan menguado sobrino.

Por eso las exposiciones de aquellas décadas causaron verdadero asombro y admiración y tuvieron completo éxito.

La exposición celebrada después del aciago año de 70, cuando la Francia cayó humillada á los pies de la Prusia, esa fiesta del trabajo fué á mi entender la mejor de todas, porque entonces tanto el gobierno como el pueblo francés, aspiraban más que todo á brillar y á levantarse á los ojos de las demás naciones. Thiers, Mac-Mahon y Gambetta, esforzadamente y de consuno, fueron los cíclopes de aquella gran rehabilitación moral y material. La república fué la diosa tutelar que inspiró á gobernantes y á gobernados para cubrir á aquel infinito *matemático* de millones exigidos por el vencedor germánico, que como Breno, llevó el célebre væ-victis, no hasta la exageración, sino casi hasta la impiedad y hasta la grosería........

Por eso, después de la repetición del milagro de las bodas de Canaán, en que el pueblo francés, en lugar de vino, todo lo convirtió en oro para saciar á las feroces águilas del norte, celebróse aquella exposición modelo, quedando en evidencia que el sistema republicano no era un mito en Europa y que bajo sus auspicios pueden establecerse gobiernos más serios y progresistas que los decadentes gobiernos monárquicos. Todo esto quisieron probar y dejaron probado aquellos hombres del pasado, mientras que los actuales, han querido hacer una exposición tan monumental, que les ha resultado *el parto de los montes.*

Como los franceses se creen tan altos, tan poderosos y tan superiores á los demás hombres de la tierra, hánse imaginado ya que no necesitan agradar á nadie sino explotar á todos.

El Comité Directivo con la acuciosidad de la urraca y con el instinto de la araña, ha recogido en todas partes y de todos modos, los rutinarios cebos y carnadas y con las más agresivas intenciones para los visitantes, ha tegido la inmensa tela para que caigan todos, como inocentes insectos.

De ahí que desde hace ocho años, desde el 13 de julio de mil ochocientos noventa y dos, empezaron á tejer la gran atarraya para pescar al mundo entero. Establecieron una lotería universal, y con el anzuelo llamado *bonos de la exposición*, recogieron sesenta y cinco millones de francos de todos los países, para, junto con los donativos del Estado y de la municipalidad de París, formar el bloque de cien millones que ha invertido el mencionado Comité Directivo en los trabajos. A esto se agrega que treinta y ocho naciones tomaron parte en la obra, organizando cada una á sus expensas, por medio de comisarios especiales, las respectivas instalaciones, edificando la mayor parte hermosos pabellones ó palacios en la calle llamada de "Las Naciones," entre los cuales descuellan el de Italia, el de Alemania, el de Bélgica y el de Rusia, resultando la verdad incontrovertible, que la Francia es la que menos ha gastado en esa babilónica trampa, armada con artera premeditación, no para causar la admiración de nadie, no para brillar en ninguna forma digna ni decorosa, sino para atrapar los luises, para esprimir y sangrar sórdidamente á los incautos hijos de todas esas naciones que han venido á dejar entre sus ganchos, no solamente el producto honrado de sus ahorros, sino el sudor de su frente y hasta el cuero de las carnes de sus cuerpos.

Qué explotación tan monumental!

Ojalá que hubiera sido así la puerta de la Concordia, que lleva ese nombre y ha resultado ser un enano en cuclillas y en traje de payaso.

Hace mucho tiempo que venía preparándose el gran asalto. Los propietarios de casas y hoteles formaron un sindicato de extorsión, para subir un cuarenta por ciento á todas las habitaciones y consumos y dismi-

nuir otro cuarenta por ciento en buena calidad y *confort*, resultando de tan honesta determinación, que por ejemplo, si antes pagaba el turista doce francos para vivir muy malamente, ahora el infeliz visitante tiene que pagar veinte para vivir como un galeote, con la irritante añadidura de que en todas partes aparece como demás y es tratado con el mayor desprecio, porque como los gavilanes *lutecianos* tienen tantos pavos que desplumar y devorar, no se toman siquiera el trabajo, como primero, de suavizar sus carnes con el vinagre de la hipocresía.

Las naciones del continente sur-americano, han echado en esta vez, como decimos, *la casa por la ventana,* y los noveleros españoles hemos hecho lo mismo. Resulta, querida tía, el fenómeno ó la rareza, de que hallándose una dentro de aquellas inmensas galerías, calles y pasadizos, se llega á imaginar que pasea por la Puerta del Sol ó por la Fuente Castellana, pues casi todos los concurrentes hablan el divino idioma de Cervantes y de Garcilaso.

Muy extensa es el área donde se han levantado los edificios é instalaciones y verdaderamente causa dolor saber que tanto trabajo humano y tanto dinero de la comunidad, se han invertido en aquellas obras para un simple capricho ó supérflua ostentación de vanidad, que habrá de disiparse como el humo, cuando entre á funcionar la piqueta demoledora, sin dejar otros recuerdos que el de las vistas fotográficas, cuando tantos millones han podido servir para el mejoramiento de las clases obreras, haciéndoles concebir esperanzas halagüeñas de premios mensuales obtenidos por loterías *ad-hoc,* cuyos billetes se comprarían con bonos de buena conducta; y acaso por este medio, lograría alejarlas de la senda del anarquismo, sistema salvaje y estúpido cuyo puñal asesino no acaba con el mal que lo produce, sino que desacredita y hunde á la institución que tan torpemente lo emplea como remedio.

El inmenso polígono que forma el plano de la expresada área, tiene la figura de un raro cetáceo de cuatro grandes patas, que se llaman: Avenida Nico-

lás II, con el grande y el pequeño Palacios, que contienen las exposiciones de bellas artes, la primera; Esplanada de los inválidos, con las instalaciones de industrias diversas, á uno y otro lado, la segunda; El Trocadero, con las exposiciones de las colonias francesas, la tercera; y el Campo de Marte, con todo el resto de la Exposición, desde la torre de Eiffel (que no ha sido rivalizada por ningún otro monumento, sino más bien vejada por la grotesca gran Rueda que le han puesto al lado), el Chateaux D'eau y la gran Sala de Fiestas, la cuarta pata, que es la más gorda. El vientre ó tubo digestivo del enorme animal es el Sena, que lo atraviesa longitudinalmente, teniendo la boca en el puente de la Concordia y el rabo en las proximidades de Auteuil.

Parece increíble, mi buena Teresa, que con tantos pañitos haya tan poco chocolate; pero es la verdad, allí no encuentra el espectador inteligente nada nuevo que admirar. En las bellas artes, pongamos por caso, ¿qué se exhibe? Los mismos mármoles y cuadros que ya hemos visto en otros museos y exposiciones, con algunas pinturas y estatuas hechas para este año, pero ni los nuevos, ni los viejos conocidos, sirven para hacer antesala á los de segundo orden de los museos del Vaticano. Compararlos con los celébres, sería profanación tan irritante que haría poner el grito en las nubes al Apolo de Belvedere, haría derramar el agua por nervioso pataleo á la Venus Afrodita en el baño, enfurecerse á Las Musas y silbar de rabia á la voraz serpiente del maravilloso grupo de Laoconte, que es mármol hecho vida, expresión é idea; y en cuanto á pinturas, los testigos de la Transfiguración apretarían airados los puños; en La Incredulidad, Santo Tomás hundiría despechado el dedo en la llaga del Cristo; la Madona di Foligno, furiosa, frunciría el ceño; y sobre todo, los ángeles del sublime fresco de la Capilla Sixtina, indignados anticiparían el toque final de sus trompetas para castigar á los irreverentes que quisiesen parangonarlos con los mamarrachos de la Exposición.

En las galerías de industrias, decoraciones, manufacturas etc. ¿qué se admira de nuevo y de notable? Nada, las mismas vidrieras, los mismos escaparates y las mismas instalaciones abigarradas que se han exhibido en todas las exposiciones con sus rutinarios pasillos y mostradores y sus conocidas *Mademoiselles des vitrines*, de ajustado corset, queriendo venderle todo á los visitantes á triple valor del natural, por estar acompañadas sus zalameras ofertas por los roncos ecos de los fonógrafos y por el chirrido ensordecedor de las máquinas.

## VII

### TIMOS Y RASQUETAS

Cobran en las taquillas de uno á cuatro billetes por entrada de cada persona, cuando en otras Exposiciones jamás habían cobrado más de un franco. Luego que el incauto viajero está dentro; es decir, después que ha caído en la trampa el pajarillo, comienza el desplume *en frío*, pues tiene que seguir pagando francos y más francos, para poder ver los distintos cebos ó carnadas que han sido bautizados con el sugestivo nombre de *Atracciones*, y como pasan de treinta, resulta que para verlas todas hay que hacer un respetable desembolso diariamente. Al no hacerlo así, tendría el pobre turista que regresar á su domicilio sin haber visto el Palacio luminoso, ni el de las Danzas, ni el de los Trajes, ni el de la Electricidad, ni el de las Máquinas, ni los Panoramas, ni la Aldea Suiza etc.; regresaría, en fin, sin haber visto nada, pues, te lo repito, es necesario ir pagando todo detalladamente, desde la silla en que se sienta hasta el aire, (que no se respira), pues lo que absorben bronquios y pulmones es un finísimo polvo cargado de microbios, y qué microbios, á cual más dañinos! Son microbios cosmo-

politas que al cruzarse, siguiendo naturalmente la ley atávica de todas las naciones, han mejorado, progresado y engordado de tal manera, que el desgraciado que pasa un día en aquellos salones, cultiva tal almáciga de bacterios, que ni los agentes de las Compañías de Seguros de vida, se tomarían la pena de catequizarlo para una póliza. Ay! Teresa de mi alma, ¿y qué te diré del sandio á quien se le ocurra el disparate de almorzar ó comer en los *restaurants*, ó tomar un *boc* ó un refresco en los botiquines de aquella urdimbre sierramorénica?

Ese queda como el infeliz mártir San Sebastián.

Allí nadie se escapa, todo ha sido dispuesto para que los comensales ó bebedores salgan famélicos, sedientos y robados.

¿Y qué resultado ha tenido semejante estupidez mercantil, qué ha hecho el público ante tan leonina actitud?

Lo más natural del mundo y lo rutinero en estos casos. Los extranjeros en defensa de su *fuero* metálico, que es el más sagrado de los fueros humanos, han huído espantados de la Exposición, de las Atracciones, de los llamados Palacios, de los grandes hoteles; en una palabra, los *pichones* han volado llenos de pavor ante los impíos desplumadores de todos los gremios y de todas las especies, los visitantes han huído de París como se huye de un abismo ó de una banda de garduñas. El extranjero que pensaba pasar tres meses aquí, ha permanecido una semana y el provincial que vino á quedarse diez días, se ha quedado dos únicamente; la desbandada ha sido general y ricos y pobres han esquivado el Caribdis de la moderna Nínive.

El despecho de los especuladores es indescriptible, se dicen quebrados y buscando á quien echar las culpas de su fracaso han reclamado del Comité Directivo grandes perjuicios por haber dado mayor número de permisos para instalaciones de los necesarios y convenidos; y por no haber celebrado todas las fiestas ofrecidas.

Imbéciles! Sus quiebras son una consecuencia lógica de las inmancables leyes del desatino. Quisieron tirar tanto de la manta que se les ha roto, porque las multitudes tienen el instinto de conservación tan desarrollado como el de los animales.

El caballo cuando se siente castigado por el fuete y por las espuelas del bisoño y majadero jinete, se sacude en furibundos corcovos y lo bota al suelo; mientras que lo cargaría leguas y más leguas en su potente lomo, llevándolo del freno con dulzura y dándole descanso en las frondas y abrevaderos del camino.

Cuan distinta sería la situación de los mercachifles parisienses, si en lugar de aumentar el sesenta por ciento, hubieran rebajado el veinticinco á los precios naturales. La concurrencia habría sido diez veces más grande y los que hubieran venido por un mes se hubieran quedado dos; y las cartas que son los mejores *reclams* y los más elocuentes heraldos del mundo, estarían hoy diciendo á los cuatro puntos cardinales: "Venid, venid volando á este Paraíso encantado, en donde se goza por diez y se gasta por cinco." En cambio, ha sucedido lo contrario, y no hay padre, hermano, pariente ó amigo, de los desgraciados que han venido á la Exposición, que no reciba una carta en estos ó parecidos términos: "Por ningún caso cometas la locura de venir. Esto es uno como laberinto de Creta, en donde los prójimos en lugar de encontrar Ariadnas con hilos munificentes, sólo encuentran descocadas Mesalinas, que los dejan sin un céntimo, y descarados Cacos armados de ganzúas de todas dimensiones y forjadas al calibre de la profesión que ejercen. Aquí ni se come, ni se bebe, ni se duerme. Los extranjeros somos los Cristos en medio de estos atroces fariseos, que se la pasan echando pestes de los judíos, y son peores, mil veces peores que aquellos de la tragedia histórica del Gólgota. Salgo en el primer tren de mañana, robado, triste y escuálido"............

Y no extrañes la última palabra de este párrafo anterior, ni el uso de la palabra *escuálido*, que es sinónimo de flaco; no extrañes, Teresa, el desencanto de ese

modelo de carta, y no extrañes tampoco que yo te escriba tan largo sobre este mismo tema, ni que yo y todo el mundo pongamos el grito en el cielo por la cuestión gazuza, porque óyelo bien, querida tía, en esta gran capital del llamado orbe civilizado, en esta pasmosa Lutecia, pobres y ricos, avaros y espléndidos, *han pasado hàmbre.*

El caso es muy lógico y voy á comprobártelo.

En los *restaurants* llamados de *prise fige*, que son los preferidos por la generalidad y en donde el valor de cada comida es de tres ó cuatro francos, inclusive vino, sirven un *hors d' euvre*, dos platos, á elección, una botella de vino, blanco ó tinto y dos *deserts.* Esta ración podría ser suficiente para un comensal no muy glotón, si la sirvieran completa, pero no hay tal cosa. Todo lo traen tan recortado que es un verdadero primor en el arte de la cicatería. El dichoso *hors d' euvre* se compone: ó de una diáfana ruedecilla de salchichón con cuatro rábanos, ó de una hostia de mantequilla y una flaca sardina de *lata;* siguen luego los dos platos *á elección*, que por más que el paciente sea práctico y escoja los que prometan ser más ventajosos, vienen siempre tan bien calculados y medidos á compás, que tiene naturalmente que aguardarse ávido el prometido *desert*, que resulta la última engañifa, pues viene tan *desierto* ó incierto, que no se compone sino de una pera y un átomo de queso.

En los *restaurants* llamados á la carta, en esos antros pavorosos, donde circulan gravemente, cogotudos garzones de casaca á las órdenes de un fantoche uniformado que se llama *maitre d' hotel*, en esas aristocráticas guaridas, sin que la diosa Ceres pueda vanagloriarse del servicio, se come algo mejor; pero la sorpresa es insólita cuando en bandeja de plata presentan al comensal una *adicción* de quince ó veinte francos por lo menos, si ha comido solo, y de las estrellas del espacio, ó de las arenas del mar, si lo ha hecho acompañado de amigos ó de *amigas*, porque entonces *Monsieur* ó *Madame La Gerante*, saben que al anfitrión le da pena hacer ningún reclamo y paga

sonriendo como el carnero, que agoniza después de recibir la cuchillada.

Qué cosa tan distinta es nuestra España, querida Teresa! En nuestras fondas no habrá el estilo hipócrita, ni el engañoso aparato de estos *restaurants;* pero allá bulle exhibiéndose en todo nuestro generoso espíritu nacional; allá hay abundancia y casi derroche en vinos y en comidas. Ni se humilla ni se enflaquece al comensal. Se le ofrecen llenas las bandejas, llenas las ánforas y botellas, repletas las compoteras, colmadas las cestas, para que á su antojo se sirva lo que guste, sin restricciones ni cortapisas indignas, desde la carne, el pescado, las aves y legumbres, todo rico y todo fresco, hasta los vinos sin rivales y las variadas y dulces frutas; allá, en ese mi caro terruño, todos, á porfía, sienten placer y hasta orgullo en que el viajero ó visitante beba y coma sin tasa ni medida, para que sepa y pregone muy en alto, que España, pobre y cargada de vicisitudes, es grande y espléndida siempre, no degenera en sus nobles instintos, se acuerda de que fué dueña y señora del mundo, y, sus hijos morirían primero, antes que especular tan torpemente, aplicando la liturgia de la miseria y de la tacañería, á los extranjeros que la honran con sus visitas.

Terminaré este Capítulo asegurándote, que este París tan ponderado, á pesar de su incomparable riqueza, á pesar de su movimiento vertiginoso, está en decadencia y herido de muerte por la usura. Le aguarda el fin trágico de las grandes ciudades históricas, como Nínive y Babilonia, como Roma y como Atenas, ha llegado á su apogeo y el tramonto está cercano.

La caída es inevitable. Si logró levantarse después de Sedán, no se escapará del fracaso de la Exposición; de esa feria *rastaquouere,* en donde han quedado en berlina sus miserias y sus instintos rapaces.

De hoy más los extranjeros, que han sido el origen de su grandeza, huirán de la moderna Gomo-

rra, sabiendo, como saben, enseñados por la experiencia, que en sus puertas están escritas para ellos las célebres palabras de la mansión del Dante: *Lasciate ogni speranza, voi che' antrate.*

Circunscribo mis cargos y pronósticos á París, á esa caldera que hierve desde el alto del Sagrado Corazón en Montmartre, hasta un poco más allá de la torre Eïffel, porque el resto de la Francia es otro pueblo no contaminado aún. En las provincias hay otras costumbres más honradas, más francas, más sanas; y en ellas se encuentra el antiguo tipo francés que ha desaparecido de la gran capital para dar cabida á ese sibaritismo, á esa cortesía irónica, á la egoísta superioridad y falsos perfiles del carácter parisiense.

## VIII

## GATO POR LIEBRE

Me parece que te estoy oyendo exclamar:

—Pero qué demonio tendré yo que hacer con tantos enredos y explicaciones sobre los franceses y sus hábitos, y sobre la Exposición y sus engaños!

Espérate, santurrona, y recuerda que no escribo para tí solamente. Estas impresiones forman parte de un libro que publicaré algún día, y que será libro de actualidad, de costumbres modernas y de enseñanzas prácticas; libro que, sin enredos novelescos y sin ficciones poéticas, pintará mi vida, para que en ella se inspiren las jóvenes que vivan solas en el mundo y puedan, á mi ejemplo, atravesar incólumes é impertérritas, todas las hogueras mundiales, todos los arroyos sociales y todo el cenagoso mar de las pasiones, sin quemarse las manos, sin salpicarse el vestido y sin corromperse el alma.

Contráigome á hablarte exclusivamente de mi persona por ser lo que más debe interesarte.

Tengo caleza de lujo, donde voy al Bosque y en la avenida de las Acacias, soy una de las que más llama la atención, no tanto por mis trajes que están dando la moda, sino por mi figura, que todos encuentran *chic* y *gentille.*

No arrugues la cara, mujer, por esas dos palabrillas en *muciú.* Ellas quieren decir simplemente que tengo salero ó *ángel,* como dicen los andaluces, y con esa credencial en París, se hace fortuna y se abren todas las puertas.

Bueno, Teresa mía, sabe también que tengo mi sociedad, mi tertulia de íntimos que me hacen la corte diariamente en el camarín del teatro, que es un saloncito muy mono, en donde me visto y hago la *toilette.*

Mis constantes parroquianos son el de los Espárragos, el general Martín Pérez, argentino que ya conoces, un colombiano de nombre Arturo Barroeta, Secretario de la Legacióon de su país, Pierre Carbonnier, colaborador del *Fígaro;* y, tírate de espaldas y has la señal de la cruz por lo que vas á leer, el panzudo clérigo Robustiano Ancheta, mi compañero de viaje, no ya de sotana y sombrero de teja, sino vestido muy correctamente de elegante flux de casimir claro, sombrero de paja con ancha cinta azul, monóculo, bastón de vuelta y zapatos blancos de playa. Un verdadero Adonis lipón. ¿Qué cómo se ha verificado tan extraña metamórfosis? Ya vas á saberlo.

A los ocho días de estar cantando en la Exposición y enseñando al bailar todo lo que Dios me ha dado, es decir, piernas, brazos, hombros, y otras cosas más, empecé á recibir tarjetas y regalos que era una bendición en forma de diluvio de flores y de joyas. Una tarde trajéronme un precioso ramillete de camelias con una rica sortija de esmeraldas y brillantes, en donde venía engarzada con cinta roja

una tarjeta que decía: "Antonio de Nájera, desea visitar á usted y presentarle sus felicitaciones, y con tal fin espera la contestación en la puerta del Hotel."

¿Qué podía yo hacer en mi condición de artista, ante tal galantería y amabilidad tan exquisita?

¿Cómo negarme á recibir en el acto y á dar las gracias á un *amateur* que tan regiamente se exhibía? Hubiera sido muy ridículo de mi parte no hacerle pasar adelante.

—Garzón,—dije al que me había entregado la tarjeta y el regalo,—haga usted pasar al salón al caballero que aguarda abajo y dígale que iré al instante á recibirle.

Me arreglé un poco el traje y el peinado y momentos después bajé al salón.

Allí me encontré con la figura más rara de varón que puedes imaginarte, una especie de hipopótamo vestido á la *derniere,* un mamarracho con humos de elegante, algo así como la efigie de Heliogábalo en traje moderno; y era lo peor del cuento que yo conocía aquel adefecio, sin poder precisar cuándo y cómo lo había tenido ante mis ojos. Estaba segura de haber visto aquella cara en otro cuerpo, sin poder explicar en qué sitio ni en qué época. Tú sabes que tengo una memoria privilegiada y que rostro que vea una vez no lo olvido jamás, pues bien, en esta vez no daba en bola. Mientras estábamos en los cumplidos y frases de rúbrica, entre personas que inauguran amistades, mi cerebro daba saltos retrospectivos, buscando la clave del enigma. ¿Qué pájaro es éste, de dónde sale este figurón?—preguntábame interiormente, y ninguna luz brillaba en las tinieblas de mi pensamiento; hasta que al fin, el hombre me vió de cierta manera, y, siempre mentalmente exclamé:—"*Eureka*", no saliendo del baño desnuda como Arquímedes al encontrar el centro de gravedad, sino lanzando la más explosiva carcajada que tú habrás oído en tu vida. Aquella mirada lividinosa del señor

de Nájera, me hizo recordar y reconocer al cura del vagón............

—Pero qué le pasa á usted, señorita,—dijo lleno de asombro el falso caballero. ¿Por que ríe usted de manera tan ruidosa?

Quise responderle algo, intenté formular alguna excusa; pero no pude. Otro acceso de risa, otra terrible carcajada cortó mis palabras.

—Pero esto es insoportable, esto es una burla atroz, señorita Jacoba,—rugió furioso el apócrifo de Nájera. —¿Puede usted explicarme lo que tal cosa significa?

Al fin logré dominar la nerviosa hilaridad y enjugándome las lágrimas, respondíle:

—No se enfade usted, señor mío, son arranques naturales de mi carácter. Es que lo he conocido á pesar de su disfraz y lógicamente me río de tan peregrina transformación.

—¿Que me ha conocido usted?—articuló poniéndose pálido el *barbián* de monóculo.—¿Por quién me ha tomado usted?

—Yo no lo he tomado por nada ni por nadie; pero estoy segura de quién es usted........

—¿De modo que pretende usted conocerme mejor que yo mismo?

—Perfectamente.

—¿Y quién soy yo?

—Robustiano Ancheta, el cura del vagón!

El tiro fué tan certero, que el Tenorio improvisado estuvo á punto de desmayarse por la impresión. Su frente se cubrió de gruesas gotas de sudor, y tapándose la cara con sus trémulas manos, dijo en tono de plañidera confesión:

—Es cierto, Jacobilla, declaro mi enorme falta. Tentaciones de Satanás han querido meterme en estos líos; pero usted es muy buena y generosa, usted tiene un gran corazón y me guardará el secreto. ¿Verdad, Jacobilla, que usted no dirá nada que pueda comprometer á este calaverón sacerdote?

—Viva usted tranquilo, que por mí nadie sabrá nada.

—¿Me lo ofrece usted de buena fe?

—Se lo juro á usted, padre Robustiano.

—Oh! pero qué buena es usted! Mil gracias. Oígame otra confesión: yo no tengo defectos de ninguna especie, odio todos los vicios, practico todas las virtudes, pero soy débil ante las tentaciones de la carne, no he podido vencer á la lujuria, porque soy hombre antes que sacerdote...........

—Tiene usted razón y lo comprendo muy bien, por eso el matrimonio clerical es una reforma importante, que se impone en este siglo.

—Sí, amiga mía, en esa indispensable reforma nos ocupamos muchos interesados, y su consecución es uno de los alicientes que me llevan á Roma; pero tiene sus bemoles, costará trabajo y la obtendremos al fin; pero si para entonces me las guardan, quedaré lucido.... Entre tanto y mientras suena la anhelada hora de la regeneración y de la perfección del clericalismo, creo que tengo derecho á esperar algo más que el secreto de una mujer tan noble y generosa como usted, que es un ángel por su figura y por sus acciones....

—Alto ahí, señor Ancheta; nada de exageraciones, ni de bondades cacareadas. Si le guardo el secreto es porque me importa un comino que usted vista de hábito ó de seglar, si me reía al principio, era simplemente por el brusco cambio, y si he ofrecido guardarle el secreto, es por discreción y nada más!

—¿Es decir, que debo perder toda esperanza de merecer su afecto? ¿es decir que *nada más* tengo que esperar de usted?

Al decir estas palabras los ojos del pecaminoso disfrazado brillabaa de manera peculiar. Creí llegado el caso de que aquel hombre me conociera á fondo.

—Oiga usted,—le respondí—á pesar de la profesión que por necesidad ejerzo, soy una de las mujeres más honradas y virtuosas que pisa la tierra; si la casta

Susana viviera, no se desdeñaría de que la comparasen conmigo, si el mismo Salomón se presentara á cubrirme de oro y de brillantes para que fuera su concubina, le escupiría la cara; y si á un rey en persona se le antojara hacerme su favorita, le daría con la puerta en las narices. ¿Cómo se le ha ocurrido á usted, mi buen padre, hacerme así á quema ropa semejantes insinuaciones?

Entonces aconteció una cosa muy rara; el padre me contempló como admirado algunos instantes en silencio; y luego arrodillándose ante mí, como si se tratara de adorar á una santa, alzando los brazos en actitud suplicante, dijo:

—Perdón, mujer sublime!

—Alzese usted, señor abate,—contestéle sonriendo,—la cosa no es para tanto. Otros también se han engañado conmigo, y muchos más se engañarán.

—¿Pero usted no me guardará rencor por el atrevimiento y podré seguir visitándola desinteresadamente, sin que nadie se entere de mi metamórfosis pecaminosa?

—Ya se lo he dicho,—le respondí condolida de la cara humilde y suplicante con que me hablaba,—no tengo inconveniente en guardarle el secreto, no lo sabrán mis amigos; y sobre todo, mis amigas artistas, que como usted debe suponer, son muchas y muy amables.... Entre ellas podrá el *sagrado pastor de almas* elegir mansas ovejas para su rebaño. En cuanto á mí, sólo puedo ofrecerle puésto de amigo en mi tertulia, y lo haré con gusto, porque acabo de convencerme de que usted es bueno, es justo, y tiene un gran corazón.

—Aceptado, incomparable criatura, aceptado, mujer insigne. Aquí, y en todas partes me tendrá usted como un adorador platónico, como un testigo de sus virtudes y de su inteligencia, y hasta como un fiel mastín para defenderla de las calumnias del vulgo.

—Muy bien,—díjele, presentándole la rica sortija que me había enviado con el ramillete,—puesto que

hemos firmado pacto de alianza amistosa, me reservo las flores como gaje y le devuelvo á usted su joya, para que figure en más propicias manos.

—Pero, por Dios, Jacoba,—contestó empujándome suavemeute la mano,—conserve usted esa sortija precisamente como en testimonio de su honradez y de mi flaqueza, como una prueba de su austeridad y de mi incontinencia, de su carácter fuerte y de mi humana liviandad. Usela, que en su dedo brillará dignamente y no humille con la devolución, al que en lo porvenir será su más respetuoso amigo, su más desinteresado vasallo.

Yo guardé la sortija conmovida, y en cuanto al señor de Nájera, ha cumplido sus ofertas al pie de la letra, y no falta jamás á mis tertulias, en donde el muy tuno ha hecho más de una conquista erótica, por mi silencio absoluto respecto de su personalidad y porque á fuer de perro viejo, que late sentado, ha sabido escoger pimpollos tan apetecibles, que podrían ser dignos hasta del capelo de un cardenal.

No hagas la cruz ni te persignes, hipócrita beatica mía, al leer esta parte de mi carta, ni vayas á tirar á un lado las cuartillas, porque esto mismo hacen casi todos los colegas del famoso clérigo Robustiano Ancheta, en sus frecuentes excursiones á Roma. Te aseguro que la mayoría de los que han venido con ocasión del Año Santo, están haciendo quince y raya en las capitales del tránsito, y si no temiera levantar polvareda de escándalo, podría citarte muchos nombres propios y conocidos de por allá, pero yo no los critico, sino encuentro natural el procedimiento, porque como te he dicho en varias oportunidades, creo que los sacerdotes deberían ser casados y tener su familia y sus hogares respetables. Hombres al fin, no hay porque hacerles cargos cuando cumplen uno de los mandatos evangélicos: *Creced y multiplicaos!* Además, te advierto para consuelo de tus escrúpulos, que aunque en són de crítica pudiera escribir estas líneas, la justa férula aplicada á algunos malos clérigos, no podría en ningún caso envolver ataques contra la re-

ligión cristiana, porque ella continúa vencedora á través de los siglos, por más que algunos réprobos la ofendan diariamente con sus incorrectos procederes.

Cuando salió el falso de Nájera del salón y yo me disponía á subir á mi cuarto, un hombre que seguramente estaba en el contiguo gabinete de lectura, se dirigió de pronto hacia mí. Era el general Pérez que vivía en el mismo hotel y, que sin duda, había oído la conversación.

Yo me inmuté un poco; pero él me tranquilizó diciendo con acento cariñoso:

—No tema usted, señorita Jacoba. Soy yo quien estaba en la otra pieza y he tenido la fortuna de oír su diálogo con el padre libertino.

—Oh! qué sorpresa me ha dado usted, creí que estábamos solos. ¿ Y qué piensa usted de lo que ha oído ?

—Lo que yo pienso, señorita, me lo reservo por ahora, algún día lo sabrá usted. Unicamente puedo decirle que es usted el tipo de mujer con que yo sueño, el ideal que busco hace tiempo en mis continuos viajes. La escena del vagón y lo que acabo de oír me hacen comprender su superiodidad sobre las demás mujeres, y que al fin he encontrado yo lo que buscaba. Reciba una vez más mis aplausos calurosos. Yo la admiro !

De ahí á una declaración no había más que un paso y temerosa de que se repitiera el incidente, creí estratégico no pedir explicaciones, limitándome á decir :

—Mil gracias, General, es usted muy bondadoso conmigo. Disimule si lo dejo, pues subo á vestirme para ir al ensayo. ¿No irá usted el viernes por el camarín ?

—No faltaré, y me propongo estar siempre á su lado en todas partes y á todas horas. Algún día sabrá usted por qué razón.............

—Hasta la vista.

—Nos veremos en el ensayo.

## IX

## EL CAMARIN

Tengo como todas las artistas célebres, mis días de moda y de recibo, y á mi camarín concurre los viernes la llamada *cremme* parisiense; es decir, las notabilidades literarias, políticas, bursátiles; y una turba de mozalbetes de casas aristocráticas que imaginan tener monopolizado el derecho de vestir bien y de enamorar á todas las mujeres de teatro. Este es el motivo por el cual detrás de bastidores se sabe primero que en ninguna otra parte, la caída de los ministerios, el alza y baja de los valores públicos, el mérito de las obras que se publican ó representan, el éxito de los autores y los actores, y hasta el nombre de los caballos que han de ganar al siguiente día en las carreras; en una palabra, el camarín de las artistas es algo así como el antiguo *Forum*, como la oficina de redacción de un periódico, como la plaza pública, ó como el buzón de la mutilada estatua de Pasquín, allí todo se sabe, se discute, se anuncia y se murmura, allí se desgarran virtudes, se destrozan honras y se ennegrecen reputaciones inmaculadas. La calumnia encuentra allí terreno muy propicio para su dañina simiente.

El último viernes, con ocasión de haber anunciado Albert Renard, director del teatro Olimpia, que vendría á tratar un asunto de interés, relacionado con mi carrera artística, todas las butacas estaban ocupadas. Unos leían periódicos, otros fumaban, estos referían chistes picantes, aquéllos tomaban café, mientras que yo, asistida por mi camarera, daba los últimos toques al traje de Carmen, papel que caracterizaba. Fué introducido en aquel instante el señor Renard, y después de los saludos y presentaciones del caso, la conversación general rodó sobre diversos temas.

—¿ Qué piensa usted de nuestro actual medio político y literario ?—preguntó el director del Olimpia al marqués de los Espárragos.

Este, que seguramente no esperaba el trabucazo, y que por otra parte no era muy versado en tales achaques, manoseándose la perilla, contestó:

—No soy gran voto en la materia; pero el señor general Martín Pérez, que es tan apto en el manejo de la espada como de la pluma y que es muy entendido en todo, responderá por mí. Le cedo la palabra.

—Siempre estoy dispuesto á complacer á los amigos,—contestó el aludido,—pero ¿puedo ser franco en mis opiniones sin ofender susceptibilidades?

—Completamente franco,—respondieron todos los presentes.

—Aquí estamos como en familia.

—Muy bien,—añadió Martín Pérez, rodando su sillón para el centro del concurso,—ya que en esta pequeña república existe ilimitada libertad para el pensamiento humano, (cosa muy rara en estos días), voy á emitir mis ideas suplicando sólamente que no se me interrumpa. Cada cual reserve sus argumentos para la réplica, que acepto desde ahora la discusión, porque mis juicios no son infalibles.

El de los Espárragos, el de Nájera, Carbonnier, Barroeta y Renard, acercaron sus sillas y el simpático argentino se expresó de esta manera:

—La literatura y la política van de capa caída en Francia. Los Balzac, los Syelles y los Gambetta han desaparecido dejando muy pocos imitadores. En literatura no descuellan hoy sino dos hombres, un novelista y un dramaturgo: Zolá y Rostand. Los otros no son más que grandes copistas de la escuela inglesa, de la alemana, de la española; y hasta de la rusa. Muy hábiles los franceses en la asimilición se han inspirado para sus dramas y comedias en los clásicos españoles López de Vega y Calderón, puesto que en los modernos escritores ninguno ha heredado la savia de Molière y de Racine. Para sus poesías han bebido en las fuentes de Lord Byron, Shakespeare, Goethe y Heine, y para sus novelas de costumbres, en Cervantes, Walter Scott, Galdós, Valera y Tolstoy.

En política sobresalen dos hombres, Clemenceau y Waldeck Rousseau; el primero, formidable atleta del diarismo, hace tiempo que con las fuerzas de Anteo, viene luchando por la justicia, por la libertad, por la verdadera república y por todas las buenas causas, sin conseguir llegar á la cima, lo cual no es extraño en un país donde hay necios que aplauden las vulgaridades é insultos de Rochefort, los lirismos y fanfarronadas de Drumont, los alardes quijotescos y seniles del vate Coppée; y más que todo, en un país donde hay quien siga á alborotadores de arrabal como Deroulede y Guerin. Waldeck Rousseau, además de ser abogado y orador de primera fuerza, tiene el singular mérito de haber sabido sujetar esa avalancha salvaje de odios y venganzas, promovida por la comparsa cesárica del llamado *Nacionalismo*, que quiso hacer del Ejército una especie de divinidad para conseguir entre sus filas algún otro emperador de café-concierto, como el malogrado Boulanger. El Primer Ministro francés supo con habilidad suma poner dique á la funesta corriente del Nacionalismo, á esa furiosa tempestad que se desencadenó sobre la egregia frente de Zolá, queriendo aplastarlo por su noble actitud en la defensa de un hombre inocente, convertido en víctima propiciatoria.

El enjuiciamiento de Zolá por la emisión de sus ideas, será siempre una mancha para la nación de donde salió un día el sublime código de los DERECHOS DEL HOMBRE, porque hasta en el supuesto de que Dreyfus hubiese sido culpable, existiendo en Francia la libertad del pensamiento sin restricciones, Zolá tenía pleno derecho de creer inocente al condenado y degradado oficial, y de decirlo así, y escribirlo en todos los tonos, y hasta de acusar, como lo hizo, á los magistrados prevaricadores, porque en esa tierra legendaria de la libertad, se ha dudado de todo y se ha atacado todo, sin que tales derechos constituyeran delitos....

—Hay que hacer algunos distingos á su soberbio y elocuente discurso, señor Pérez,—interrumpió sonriendo Carbonnier.

—¿Cuáles son?—preguntó el suramericano, acariciándose el poblado bigote gris.

—En primer lugar, que no todos los franceses pensamos iguales, puesto que la gran mayoría, encabezada por el diario que yo tengo á honra representar, tomó el estandarte de la reivindicación hasta conseguir el triunfo de la justicia; y, en segundo término, que si la vida literaria de Francia estuviese obscurecida en la actualidad tan completamente como usted lo asegura, si tal supuesto negado de nuestra decadencia intelectual llegara á ser cierto, habría no obstante un refulgente sol que nos haría brillar ante las demás naciones.

—¿Podría saberse el nombre de ese nuevo planeta? —inquirió con irónica sonrisa el general Martín Pérez.

—Claro que sí,—respondió entusiasmado el redactor del *Fígaro* poniéndose de pies,—ese nuevo sol se llama el periodismo, motor de progreso, espejo de luz, crisol de vida intelectual, donde se hallan refundidas todas las energías de la época. Las corrientes literarias se marcan en nuestro calendario por ciclos, hemos tenido ciclos de poetas, de historiadores, de novelistas, de dramaturgos y de oradores. Estamos en el ciclo del diarismo, y, él representa nuestro actual movimiento literario!

—¿Y el teatro,—exclamó Renard,—cómo olvidarse del teatro, cómo hacer caso omiso de ese palenque diario, en donde luchan todas las tendencias del presente medio social, flagelando los vicios, ridiculizando las malas costumbres y estimulando las virtudes en todos los tonos, desde la tragedia y el drama, hasta las canciones de los cafés conciertos? ¿Cómo silenciar ese elemento de vida y de progreso actual, en donde centellea el sarcasmo, vibra la gracia, se exhibe el talento, brilla la cultura y abunda el delicado sentimiento? No tenemos actores y actrices que son el asombro del mundo? ¿No tenemos al gran Coquelin y á la inimitable Sarah Bernard?

—Ese punto me toca á mí contestarlo.—dijo el señor de Nájera, cuyos alientos de buen predicador le ve-

nían haciendo cosquilla en la lengua.—Se ha hablado del teatro en términos sublimes, pues bien, yo sostengo que el teatro francés no es sino un dechado de corrupción; aquí se sacan á relucir todas las desnudeces sociales sin cubrirlas siquiera con un tenue manto de poesía y de pudor, como acostumbraban hacerlo en mejores días los maestros Racine, Molière y hasta Febal y los mismos Dumas. Hoy tenemos en la escena, repitiéndose centenares de veces, abominaciones como *L' Assomoir*, de Zolá, y la *Femme de chez Maxim*, de Feydeau, atrocidades llamadas Revistas, en donde no hay caldero para las frases, pues salen crudas, ni trajes para las mujeres, pues salen desnudas, ó cuando más, en camisa ó cubiertas de ligeras telas de malla, luciendo todo lo que les ha dado el arroyo, de donde son oriundas. Allí no se oyen sino chistes de taberna, equívocos de cuartel, y lejos de ser espejo de moralidad y escudo de buenas costumbres, como acabo de oírlo ponderar, la escena francesa es algo así como la antesala de los dicteriones, la crisálida de donde surge el enjambre de mariposas Venus, que contemplamos revoloteando por los grandes *boulevares* y por los teatros alegres, para ir á posarse en definitiva á las salas de los hospitales. En España, por fortuna, las cosas no han llegado á ese extremo, pues aunque hay autores y actores que han intentado extralimitarse y tomar la pendiente corruptora, el buen sentido de la mayoría se ha impuesto, quedándose en el justo medio; y tales indecencias y semejantes abominaciones han ido á refugiarse á los teatruchos de *cante* flamenco, no frecuentados sino por los vagabundos de oficio, por la gente perdida y por alguno que otro extranjero turista, que quiere tomar apuntes raros para su cartera de viaje.

Nadie puede negar que el teatro español, tanto el clásico como el moderno, está á cien toezas por encima del francés, y tomando por base la población y el estado de prosperidad actual de ambos países, en donde las ventajas de Francia son indiscutibles, es gloria, y mucho más, para el ingenio español, tener,

como tiene, tan marcada superioridad de buenos autores, en todos los géneros teatrales. En cuanto á actores, hay que convenir en que Coquelin en Ciranó de Bergerac, y Sarah Bernard en L' Aiglon, son inimitables; pero María Guerrero es muy superior á esta última, porque además de la juventud, fresca gracia, distinción y naturalidad que posee, cualidades que se eclipsan ya en la otra, por hallarse en el tramonto de la vida, tiene la artista española mejor escuela, tiene el *quid divinum* de la escena para magnetizar al público, es la personificación del naturalismo en las tablas, y ninguna como ella ha sabido cambiar sin brusquedades el carácter de sus papeles, de tal manera que la misma Sarah, que es su amiga y admiradora más entusiasta, ha tenido que convenir en ello, y como mujer de gran talento, aseguran las crónicas, que un día almorzando juntas en París la dijo, imitando la respuesta de Alejandro á Diógenes: "Si yo no fuera Sarah Bernard, desearía ser María Guerrero."

Convengo con el amable señor Carbonnier, en la superiodidad francesa en el ramo periodístico, muy descuidado, sin duda, entre nosotros; pero no en la superiodidad teatral, apelo á su buena fé recordándole para terminar, la conocida y elocuente fórmula: "Al César, lo que es del César, y á Dios, lo que es de Dios."

Y el metamorfoseado padre Ancheta, por una de esas distracciones, ó mejor dicho, *sugestiones* de la vida, creyéndose, sin duda, en el púlpito, echó la bendición á sus oyentes, mas con tal maestría, con tal unción evangélica, con tal fervor religioso, que todos, tomando aquello por una guasa imitativa, rompieron á reír estrepitosamente. Imagínate tía, como reiría yo que estaba en el secreto del orador!

Calmada, un tanto la general hilaridad, me creí en el deber de meter mi cuchara, ó de *terciar en el debate,* como dicen nuestros parlamentarios. Enjugando las lágrimas que la risa me había echo correr, pedí la palabra y me fué acordada entre frenéticos aplausos.

—Señores,—dije, tomando asiento en medio de la reunión,—yo voy á hablar muy en serio sobre un punto que me concierne, por ser del arte, y que ha sido silenciado esta noche por todos. Me refiero á la canción y á los cancioneros franceses; quiero disertar sobre ese elemento vital de la distracción moderna, sobre ese género festivo, gracioso, intencional, donde ha venido á refugiarse el antiguo carácter francés, alegre, vivaz, satírico y lleno de chispeantes alusiones, carácter, que por desgracia ha perdido la actual generación, por su prurito de imitación servil á los ingleses. Yo tengo á Polin, á Fregusson, á Ivette y á la Judit, por verdaderos artistas; sobre todo, el primero es una notabilidad de la época, y no comprendo como en esta gran Exposición, en que se han acordado de tantas futilezas, no hayan erigido un palacio para honrar á la Canción y á los cancioneros antiguos y modernos, á esos graciosos y espirituales vates, que tanto en el pasado como en el presente, con sus picarescas y humorísticas coplas, han retratado épocas y personajes de las distintas clases sociales, siendo en el actual momento literario los voceros del espíritu contemporáneo, de su progreso, de sus modas, de sus costumbres, y el único medio donde se encuentra la antigua alegría francesa, la satírica frase y el espiritual pensamiento.

Garal en el siglo pasado y Polin en el que termina, han sido los dos héreos de la canción, y detrás de ellos hay una pléyade de artistas y poetas nuevos que diariamente hacen las delicias del público. Los cancioneros franceses, como los romanceros españoles, forman escuela, y escuela irresistible, porque es la voz del pueblo hecha verbo, el nervio de las multitudes hecho látigo, el democrático dardo irónico que hizo picadillos de las endurecidas carnes de la familia Borbón, que no respetó ni á la Convención, ni al Directorio, ni á Robespierre el implacable, ni á Marat el cruel, que clavó alfileres hasta en el pecho mismo del gran Napoleón, y puso en ridículo, como para que no dijeran dueñas, á su sobrino "el chico", al degene-

rado de Sedán; y la canción que en el día es aguda flecha, constante púa que hiere los malos actos ó incorrectos procederes de los magistrados republicanos, logrando á las veces corregirlos con mejores resultados que la prensa misma y que las interpelaciones parlamentarias. Ahora es verdad que existe la caricatura del arte, es cierto que por toda la Francia se ha levantado un enjambre de cancioneros vulgares, tontos y procaces, pero son los mercachifles que hay que lanzar del divino templo, y sus impertinencias y chocarrerías, no pueden quitar el mérito ni el sabor típico á ese género de distracción, ni pueden quitar la especial poesía, ni la atracción nerviosa, ni el encanto *sui géneris*, ni la audacia extravagante, ni la cáustica finura, ni la intención elegante á la moderna canción francesa, pues, es la que mejor pinta el carácter nacional y la que conserva el sabor regional de este país que tiende á desaparecer...........

Mi corte, ó mejor dicho, mi *clac* voluntaria, golpeóse las manos aplaudiendo calurosamente mis ideas, el señor de los Espárragos hacía señas y daba voces pidiendo la palabra, cuando hubo de levantarse la sesión, porque había llegado el turno á mi número y la voz del director me llamaba á las tablas.

—Un momento, amigos míos,—les dije,—ya vuelvo, suplico que nadie se vaya en mi ausencia, pues no he concluído en mi peroración sobre los cancioneros.

—Ni yo he manifestado á usted el deseo de mi visita,—contestó el director del Olimpia, sacando un papel del bolsillo.

—Ni yo he despegado los labios en toda la noche,—exclamó, con acento dolorido el *rastaquore* Barroeta, —yo, que tantas cosas tenía que comunicarle......

—Jacobilla! Jacobilla!—gritaba el público impaciente, y sonaba acompasado ruido de palmadas y bastones.

—Un instante,—repetí,—no puedo demorar más la salida; y entré en escena.

## X

## EL REGALO MISTERIOSO

Yo no sé qué tenía la concurrencia del café en aquella noche. Todas las caras estaban animadas y había lleno completo.

Lo más granado del gremio de las *demi-mondaines*, ocupaba los asientos de preferencia, sobresalían sus vistosos y alegres trajes, ondeaban las ricas plumas de sus altos sombreros y deslumbraba el brillo de sus diamantes. La concurrencia de gente distinguida del sexo masculino, era también extraordinaria, y se notaban muchos extranjeros de frac y corbata blanca. Habían redoblado el servicio de gendarmes, se veían brillar muchas medallas, cruces y flores en los ojales y se movían centenares de abanicos, refrescando el aire.

Todo eso lo contemplaba yo por el agujerillo del telón de fondo ajustándome los palillos, mientras la orquesta tocaba el preludio de mi número.

—Apúrese, señorita Jacoba,—díjome la esposa del guitarrero,—mire que esta noche hay en la sala gente muy *superió*, hay dos reyes, un príncipe, un nabad y gran número de personajes que han venido en pos de su fama.

—¿Quién te ha dicho eso?

—Pepe que acaba de entrar. Aquí viene, usted misma le puede preguntar.

El guitarrero se acercó. Era un andaluz de la mejor pasta, sano y alegre á todas horas.

—Pepe, haga el favor de informarme quiénes son esos grandes señores que han venido esta noche al concierto y de quienes usted ha hablado á Manuela.

—No puedo saberlo con *siguridá*, señorita,—me contestó,—me he *referío* á lo que todo el mundo comenta en la sala. Dicen que dos reyes de *incoznitos*, el de Bélgica y de Grecia, el príncipe de Mónaco, y muchos otros pájaros gordos......

—¿Y cómo si están de *incoznitos*, saben sus nombres?—le pregunté riendo.

—Porque estos grandes *maznates* proceden siempre así, andan de tapujo y todo el mundo los conoce, juegan á la gallina ciega con las multitudes bobas......

—Terminó el preludio y salimos al proscenio.

Dime, Teresilla, ¿recuerdas lo que sucedió en la plaza en tiempos del sin par Guerrita, y cuando los madrileños se convencieron al fin de que el retirado y millonario cordovés era el rey del toreo? ¿recuerdas cuando como por arte de magia, daba uno en redondo, otro cambiando, el tercero de pecho, muy ceñido, y plantaba, como magnetizado, al más furioso *miura*, para despacharlo mojándose los dedos con una admirable estocada en los rubios, que hacía innecesaria la puntilla del remate? ¿recuerdas aquella atronadora tempestad de aplausos y de bravos, y aquella lluvia de tabacos, dulces, ramilletes, sombreros, bastones, pañuelos y abanicos que caían al redondel como una calurosa avalancha de entusiasmo? ¿recuerdas aquella marimorena que se armaba tan estupenda que te dejaba sorda, con jaqueca y lela por tres días? Pues aquello era un organillo callejero, un grano de anís, un céfiro blando, comparándolo con el ciclón que se armó en la sala, cuando Pepe rasgueó el preludio en la sevillana y yo me acomodé el mantón de Manila cantando la primera copla de las *malagueñas*. Estuve perpleja y anonadada por espacio de cinco minutos, esperando que cesara el ruido de aquella ovación sin ejemplo; siendo indescriptible lo que pasó cuando canté la última y bailé mi paso favorito; la lluvia que cayó en las tablas no fué de bastones, sombreros, cajas de tabacos, botas de vino, ni pintados abanicos, porque no estábamos en una plaza de toros de España, sino en un café cantante parisiense; pero sí te aseguro que el chubasco fué muy rico, porque cayeron preciosas cajas de bombones, lindos *bouquets* de malabares y violetas, estuches con sus tarjetas portadores de valiosas joyas; y por último, un pañuelo blanco de seda, con una sortija de brillantes atada

en una punta; y en la otra una tarjeta prendida con un alfiler de oro.

Pepe me ayudaba acucioso á recoger tantas dádivas y cuando regresé al camarín, con aquel verdadero botín de gloria, mis admiradores íntimos me recibieron en medio de estrepitosos hurras y bravos, abrazos y felicitaciones. Aquello fué la rúbrica de mi apoteosis.

—Orgullo de la raza ibérica,—exclamó casi llorando por la emoción el amartelado Barrueta,—yo te amo; y así lo declaro en público en esta clásica noche. A grandes pasiones, grandes oportunidades!

El general Martín Pérez miró al colombiano sorprendido, en sus ojos pardos brilló una llama de odio, tuvo acaso el ímpetu de decirle una patochada digna de su necedad, pero se contuvo y tendiéndome la mano murmuró en voz baja:

—Sus triunfos regocijan mi alma, ¿podría usted dejarme ver ese pañuelo blanco de la sortija y la tarjeta?

—Como nó, mi querido General, venía pensando precisamente en hacerlo á usted depositario, como mi amigo de mayor confianza, de estos estuches y regalos, tome usted el pañuelo y todo lo demás, con mil amores.

El argentino me estrechó muy efusivamente la mano, y nada contestó, limitándose á tomar y guardar todos los objetos que le entregué. Cuando sus dedos se rozaban con los míos, noté que le temblaban nerviosamente, y sus ojos estaban húmedos y relampagueantes.

Cuando todos nos hubimos sentado, el señor Renard, sacando el anunciado papel del bolsillo, dijo muy ceremoniosamente:

—Yo hubiera querido hablarle de este asunto, señorita Jacoba, cuando se lo anuncié hace poco, antes de cegar los frescos laureles de esta noche, porque se trata del encargo de un colega y amigo, del administrador de la "Villa des Fleures", el gran casino de la ciudad de Aix-les-Bains, que me suplica la contrate á usted para la presente temporada. Tocándome hacer tal

proposición en las presentes circunstancias, en el momento psicológico de su apogeo triunfal, no me queda otro camino sino inclinar mi balanza ante la Semíramis vencedora y preguntarle humildemente: ¿Por cuánto se contrata usted, en el caso de que le convenga ir, al famoso balneario de los Alpes?

Yo siempre había leído en las crónicas y revistas teatrales, y había oído decir en las tertulias de bastidores, que á Aix no iban sino los buenos artistas, las reputaciones de ambos sexos; en una palabra, la gente de *élite* en los diversos géneros, por lo cual, debo confesarte que mi orgullo fué inmenso y no sabiendo que responder, así, de bruces, me limité á decir:

—Mañana recibirá mi contestación, comisionaré á uno de mis amigos para tratar el punto con usted.

—Convenido,—exclamó alegremente el señor Renard, y poniéndose de pies para marcharse, añadió:

—¿No sería indiscreto saber el nombre de esa persona para fijarle hora y lugar de cita?

Aquella preguntilla, al parecer muy simple, era para mí un compromiso de á folio, primero: porque yo no me había fijado en mi representante, segundo: porque fué lanzada en público y todos mis contertulianos aspiraban sin duda, á poseer mis credenciales, si hubiera podido interpretarse el deseo por las miradas expresivas que me dirigían, sobre todo, el de los Espárragos y el pretencioso Barroeta, quienes telepáticamente ó como por el nuevo sistema de la telegrafía sin alambres, me decían á gritos, que yo solamente escuchaba:

—Desígname, elígeme, escógeme, por lo que más quieras en el mundo!

Verdaderamente que el hombre me reventó con la pregunta, siendo lo peor del cuento que en mi imaginación no bullía sino un nombre, no campeaba sino una personalidad indiscutible que, sin saber cómo, saltó del cerebro á la lengua y de la lengua á los labios.

—Absolutamente,—murmuré, después de algunos instantes de meditación,—el nombre de ese amigo es el general Martín Pérez, puede usted entenderse con él sobre los puntos que desea.

Aquellas palabras fueron un cañonazo de alarma para la concurrencia, una ducha de agua fría para los dos que se creían los candidatos, y un "sálvese quien pueda", para todos, que seguramente se creían demás en aquella fortaleza que había izado bandera proclamando el nombre de su dueño y representante oficial...

En cambio, el general no se inmutó al oír mis palabras, al contrario, parece que las aguardaba, porque instintivamente se había acercado al director del Olimpia y al despedirse fijaron la una del siguiente día, en la oficina de dicho teatro, para tratar y resolver el mencionado asunto.

## XI

## LAS APARIENCIAS ENGAÑAN

Sorprendidos y cohibidos ante aquella demostración de preferencia que daba yo al general Pérez, retiráronse los individuos de mi corte, y más que todos, el marqués de los Espárragos, quien, acaso con justicia, se creía con derechos incontrovertibles sobre mi personalidad artítisca, por los antecedentes de haber sido bajo su protección generosa que había llegado yo á la gran metrópoli babilónica, en donde había dirigido mis pasos con celo cuasi paternal, hasta colocarme y exhibirme, siendo, por así decir, el verdadero factor de mi renombre y gloria. Ciertamente que tenía muchísima razón de asombrarse de tamaña ingratitud el benemérito marqués; pero así somos las mujeres, queridísima tía, caprichudas y tercas como el demonio, y amigas de los imposibles y de la extravagancias; prin-

cipalmente, en materia de hombres, no nos gusta el que se nos mete por los ojos con empalagosos requiebros, sino el que se nos mète por el alma con acciones distinguidas y con procedimientos viriles, á las descendientes de la costilla de Adán, no nos guía frecuentemente sino el corazón y la fantasía, la cabeza y el positivismo, están siempre lejos de nosotras. La misteriosa influencia de ese hombre me domina hace tiempo y me tiene como sugestionada. El no lo sabe, por fortuna, pues jamás me ha hecho una declaración formal, sino las elocuentes manifestaciones en los lances que te he referido, pero te aseguro que su recuerdo no me abandona un instante y siempre lo tengo enclavado entre ceja y ceja, sintiendo mucho ahora no haberlo dejado continuar en sus propósitos, el día que vio la escena con el padre Ancheta en mi hotel, pues seguramente en ese día me hubiera hablado formalmente de su amor, según el rumbo que llevaban sus palabras.

Desde que lo encontré en el vagón, comprendí que estaba llamado á influír poderosamente en mi existencia, y, que era el tipo de las ilusiones color de rosa de mi espíritu, el sér con quien se sueña en las horas de eróticas nostalgias, el ente amado, para quien se guardan todos los encantos del alma, el hombre esperado por la mujer hambrienta de placeres, comprendí que le amaba sin saber quién era, de dónde venía, ni para dónde iba, lo quise sin estar en cuenta de si era soltero, viudo ó casado, mozo ó viejo, pobre ó rico, honrado ó aventurero, me convencí de que era un gran carácter y de que tenía talento y ello bastó para quedar prisionera entre las garras de aquel desconocido suramericano, que me dominaba con la potencia de un águila y con la fuerza de un león. Esta noche, cuando lo oí hablar tan elocuentemente sobre literatura y sobre la decadencia francesa, quedé completamente subyugada, y cuando terminó su discurso me lo hubiera comido á besos y abrazos. Si todas las mujeres pensaran como yo, no querrían sino á los hombres de talento, porque la belleza pasa, el valor abunda hasta

en los brutos, la riqueza es efímera, y sólo el talento perdura, no envejece ni muere con el individuo, sino que se inmortaliza en sus obras, por cuya razón, nuestros nietos recordarán más á Castelar y á Pérez Galdós, que á don Juan Prim y á Martínez Campos, á Juan Valera y á Vargas Vila, que al barbilindo Arturo Martínez y al millonario Fortunato Cienfuegos.

Cuando quedó solo el camarín me quité los arreos teatrales, hice brevemente mi *toilette*, mejoré el traje, me acomodé el sombrero, y me eché á la calle, pues hacía mucho tiempo que habían dado las doce.

Frecuentemente me acompañaban hasta la portezuela del coche la mayor parte de mis íntimos, pero en aquella noche hubo eclipse semitotal, pues solamente me aguardaba el general en la salida del café. Al bajar las escalinatas, me ofreció galantemente el brazo, diciéndome:

—He aguardado á usted, Jacoba, para acompañarla y para darle las gracias por la marcada prueba de distinción y aprecio con que me ha favorecido esta noche. Sus interesados amigos se han ido todos, mientras que yo me hubiera quedado, hasta en el caso de que usted no me hubiera elegido como á su representante.

—Lo sé, y porque comprendo su superioridad y porque sé apreciar sus nobles cualidades, es que me he valido de usted en esta ocasión.

—¿ Nada más que por eso?

—¿ Y le parece á usted poco?

—Nó, pero aspiraba á mayores méritos ante sus ojos, por lo mismo que me cautiva usted tanto.

—Tenga paciencia, mi general, que no á humos de pajas lo he nombrado mi representante......

—Sí, por ese honor me hace tan feliz que no lo cambiaría por el más alto empleo ni la más apetecible dignidad, y si á esto se añade que soy, además, el depositario de sus regalos, encuentro que es inmensa mi dicha; pero el hombre es ambicioso, Jacobilla, y aspiro á más......

En esto llegamos al coche, él me acomodó cuidadosamente todos los estuches y, entregándome el pañuelo con la sortija en propias manos, me dijo:

—Esa es una prenda de gran valor y la tarjeta es muy rara. Parece regalo de un rey. La tarjeta es finísima, tiene una corona y la siguiente inscripción: "Un desconocido admirador á la bella Jacobilla, perla de las mujeres."

—Pues maldita la gracia que me hace ese piropo tan cursi y manoseado. *Perla de las mujeres*, uf! eso lo ha dicho hasta el más ramplón de nuestros poetastros decadentes, y en cuanto á la coronilla real ó ducal, tiene para mí el valor que podía tener una cáscara de nuez, porque yo soy republicana democrática y me repugna todo lo que huela á monarquía.

Diciendo esto subí al coche y tendí la mano al general para despedirme.

—¿Cómo, se va usted sola?—preguntóme con extrañeza,—nada hemos tratado de la cuestión contrato, y yo necesito sus instrucciones para acudir á la cita de mañana.

—Es verdad, amigo mío, que nada hemos hablado del principal asunto. Suba usted al coche.

Y nos fuimos juntos y solos como dos amantes, como dos casados, caminito del hotel, y los que nos vieron salir, (que sí nos verían, pues de fijo que algunos de mis adoradores nos espiaban,) formarían las más atrevidas congeturas, como las estarás formando tú, gran maliciosa, al leer estas líneas; pero nada, Teresilla, nada pecaminoso en ninguna forma, asegurándote que no tuve que hacer alardes de entereza, porque este general es el sér más raro de la creación; al fin me aflojó la andanada, pero completa y sin ambajes, declarándome que me amaba frenéticamente. ¿Y sabes tú lo más raro de este cuento? que el hombre después de pintarme su afecto con un lenguaje y unos términos elocuentísimos, acabó por decirme que era casado y que tenía cuatro hijos en Buenos Aires. Otro lo hubiera ocultado en idénticas circunstancias, pero

este hombre, ó es muy tonto ó se pasa de listo, y conoce muy bien el corazón de las mujeres, porque debo confesarte que esta franqueza en su proceder, lejos de desagradarme me encantó, pues comprendí que me jugaba limpio. Y ¿piensas tú que por esa confesión disminuyó en un ápice el noble afecto y la inmensa simpatía que por Martín Pérez siento? No lo creas, Teresilla pacata, todo lo contrario, la dificultad aumentó el deseo; la fatal contrariedad avivó la pasión vehemente, y al convencerme de que era fruto del cercado ajeno, lo quise más y más, con el poderoso aliciente de lo prohibido y con las ganas imponderables que se experimentan de penetrar en una heredad en cuya entrada hay un poste con una tabla atravesada, que dice: "Por aquí no se pasa". El corazón no tiene que hacer con las liturgias ó trabas sociales, aborrece ó quiere libremente.

Ya te estoy viendo arrodillarte ante tu santo preferido, ante el calvo milagroso, y con los brazos abiertos pedirle á gritos que me salve de este mal paso y que me quite de la cabeza la horrible abominación de haberme enamorado de un hombre casado, ay! mentecata, cuántas habrán hecho lo mismo y no lo dicen, cuántas que pasan por modelos y por intocadas, habrán hecho lo mismo y *muchísimo más;* pero se lo tragan, mientras que yo, que lo declaro y estoy orgullosa de ello, me afirmo en sostenerte que cumpliré impertérrita con todos mis deberes y con el consejo postrimero de mi adorado padre, concebido en esta inolvidable fórmula: "Te dejo ilustrada para que seas honrada". No le costará mucho trabajo á tu San Antonio, te lo aseguro, hacer ese milagro. Yo me mantendré digna del nombre que llevo y del amor inmenso que en mi corazón se anida.

Comprendo que he abusado de tu paciencia y que sentirás en el estómago cierta fatiguilla de leerme, por lo cual voy á dar fin á esta enorme carta con algunos detalles breves é indispensables, en forma de epílogo, que te dejen al tanto de los últimos hechos de mi aventurero y novelesco viaje á la Exposición.

La entrevista verificada entre el director del Olimpia y mi representante, dió por resultado la celebración del contrato en las más favorables condiciones para mí. Pepe el guitarrero fué contratado también, porque el tal andaluz es el complemento de mi fama y la clave de mi éxito, porque me acompaña admirablemente, y sus cuerdas, mis pies y mi garganta han celebrado pacto indisoluble, como el cuerpo con la sombra, la brisa con el mar y el Cristo con el Cirineo.

Dentro de ocho días partiremos para Aix, y demás está decirte, que nos acompañará en la excursión el general Martín Pérez, que al paso que lo llevo, acabará por ahorcar el sable, la política y la literatura, y bailará conmigo unas peteneras............

Qué dulce es el amor verdadero, querida tía, y cuán feliz voy á ser en estos días de asueto, que pasaré en París, paseando en su compañía! Qué programa tan seductor hemos formado, almorzando juntos esta mañana en el hotel Notas! Estos ocho días nos pertenecen y no dejaremos rincón de París, ni de sus alrededores, que no visitaremos juntos, y después, á los Alpes, no como el bravo Tartarín á matar leones y tigres imaginarios, sino á rendir culto al becerro color de rosa, al divino monstruo llamado amor, al único árbitro de la humanidad, en todos los tiempos y en todas las zonas!

De allá te escribiré y te enviaré otro giro, no tan flaco como el que te remití, sino de acuerdo con mi nueva categoría y mi crecido sueldo, para que tú y mi querida madre puedan vivir á cuerpo de reinas, lo cual será mi mayor placer y la única recompensa de esta agitada lucha, que he emprendido por mi existencia y por la de ustedes.

Cuídame mucho á la pobre enferma y no olvides á tu sobrina, que te quiere,

*Jacoba Marín.*

## XII

## RUMBO HACIA LOS ALPES

Las llamadas *ciudades de aguas*, en Europa, constituyen una necesidad, no solamente en la vida moderna de la civilización, sino también desde los más remotos tiempos, porque los que han vivido, y viven combatiendo en la eterna lucha por la existencia, han menester de una tregua, de un reposo, de un descanso en la vera del espinoso sendero, para cobrar aliento, curar las contusiones y adquirir nuevas fuerzas, que permitan al gladiador social continuar en la incesante brega.......

No estamos de acuerdo con el eminente clásico español que dijo : "*La vida es sueño*", creemos, por el contrario, que la vida es lucha.

Por eso Biarritz, Vichi, San Sebastián, Ostende, Plombieres, Trouville, etc., etc., han adquirido tanto renombre en estos últimos tiempos, porque tales sitios, convertidos en deliciosos remansos de las corrientes humanas, en oásis de los desiertos de la vida, en verdes frondas del pulverulento camino, sirven á las sociedades modernas de paradisiaco asilo para restaurar perdidas fuerzas y de agradable mansión en las épocas del estío, como sirvieron en la antigüedad Pompeya y Capua, á las generaciones extintas.

Pero como en este valle de lágrimas todo es ilógico, resulta á las veces que las aguas termales y regeneradoras de tan imponderables sitios, dan resultados contraproducentes y muchas veces, los que van sanos salen enfermos, no por culpa de los excelentes balnearios, sino por la conducta réproba de los bañistas, quienes casi nunca frecuentan las duchas ni las piscinas, las playas ni las fuentes restauradoras, ocupados como se hallan día y noche, alternando entre las emociones de la ruleta y el baccarat, las excursiones, los teatros, los bailes y las aventuras amorosas, muy frecuentes en esos meses de temporada, tan propicios

para la gente *smart*. Aix-les-Bains ocupa puésto de vanguardia entre todas esas ciudades de recreo, y desde la época de la dominación romana, cuando se llamaba *Aquæ Domitianæ* en tiempos de Domiciano, y *Aquæ Gratianæ*, en tiempo de Graciano, viene siendo el punto de reunión preferido por la nobleza y la gente acomodada y de buen gusto, tanto de Francia como de Italia, por la circunstancia de encontrarse la pintoresca ciudad enclavada en los Alpes, á las márgenes del poético lago de Bourget, reclinada á las faldas del empinado Revard, *vis á vis* de las majestuosas montañas denominadas Nivotel y Monte del Gato, rodeada de las verdes y amenas colinas llamadas Treserve, Mouxy y San Inocente, y favorecida por un clima tan benigno, que en los grandes calores jamás el termómetro pasa de 26 grados, y en los grandes fríos apenas desciende á 5, siendo 10 el término medio. Los ingleses, que tienen tan fino olfato para las cosas buenas, saben que en ninguna parte del mundo se veranea mejor que en aquel pedazo de tierra saboyana, que está cerca de Suiza, casi en la frontera de Italia y Francia, enlazado por grandes vías férreas con las principales capitales europeas; y por eso, las mariposas del Támesis acuden por bandadas al precioso nido alpino, desde que la riente primavera dibuja los primeros rayos del sol y desde que los ateridos árboles asoman sus primeros pimpollos. Los hijos y las hijas de la PODEROSA ALBIÓN, son los que toman la vanguardia, ocupando las *villas* más confortables, los más preciosos *chalets* y las mejores habitaciones en los hoteles. Acuden allí también casi todas las notabilidades europeas, en los distintos ramos del arte y del saber humano, las más afamadas sacerdotisas del amor libre, los más hábiles y derrochadores jugadores, y hasta muchas testas coronadas, como el príncipe de Mónaco señor de Monte-Carlo y el rey Jorge de Grecia, cuyas travesuras eróticas y frecuentes pérdidas en los casinos, dicen, por la boca de los crecidos impuestos, que sus gobernados soportan, cuán caras son las golosinas de *les rois que s' amusent*. . . . . .

El 24 de Mayo de 1900 notábase en Aix-les-Bains, una animación extraordinaria; eran las diez de la mañana, había un sol espléndido, estaba el cielo azul y soplaba una brisa impregnada de todo el oxígeno de las montañas circunvecinas y de toda la frescura del lago, cuyas aguas había levemente rizado, antes de venir á refrescar las calles de la población.

Innumerables grupos de personas de ambos sexos, casi todas vestidas de blanco y colores claros, desde los sombreros hasta los zapatos, lo cual constituye la nota del buen gusto y la elegancia entre la gente *chic*, dirigíanse á la Estación principal del ferrocarril, por las avenidas Victoria y de la Estación, que presentaban un magnífico golpe de vista al observador, que junto con nosotros, estuviese colocado en la terraza ó mirador del Gran Hotel Internacional. Allí contemplaría el caprichoso enlace de las serranías que rodean al precioso valle donde se reclina la ciudad de Aix: á la derecha, la colina en que se halla el hermoso bosque Lamartine, coronado por el observatorio: en el frente, y en la parte alta de la población, la granja Chantenerle y las cúpulas del Spléndide Hotel, que se destacan en las caídas del monte Revard; á la izquierda, y atravesando el paseo del Gigot, las dos magníficas avenidas de gigantescos árboles que conducen á la colina de Treserve; y en el fondo, detrás de la Estación, el poético lago de Bourget; y más allá del lago, la abadía de Hautecombe, con su aspecto medioeval, como la reina agreste y solitaria, exclusiva poseedora de aquellas abruptas montañas, que se lavan los pies en las salobres espumas del lago y se adornan la melena con las blancas nieblas alpinas. Y si atraído dicho espectador por la animación de las calles, bajase con nosotros á la plazoleta de la Estación, vería la grande hilera de coches de los hoteles colocados en fila, en asecho de pasajeros y la multitud que se agita anhelante por los corredores y salas de espera.

¿Qué motivaba aquel movimiento inusitado?

La causa de tal aglomeración, era la llegada de una mujer, de Jacobilla Marín, la estrella á la moda del

canto y del baile andaluz, la reina del *flamenco*, que acababa de brillar en Paris. Hacía una semana que en grandes cartelones se anunciaba el arribo de esta célebre sacerdotisa del *cante*, que había hecho tantos triunfos en la Exposición. Su retrato, en traje caracterísco, se veía en todas las esquinas, en todos los muros, en los troncos de los árboles y hasta en los mojinetes de las casas. En ninguna parte, como en las ciudades de aguas, se anuncia con mayor exageración, y si se trata de artistas, cómicos, saltimbanquis, toreros ó jokeis renombrados, sube de punto el interés, porque como en las dichas ciudades, durante los meses de temporada sólo se piensa en distracciones y placeres, los héroes de tablas, de circos y de pistas, tienen seductor prestigio, puesto que son el elemento indispensable para la gente rica del *dolce far niente*, que en esos sitios abunda.

Varias comisiones aguardaban en la Estación á la dichosa hembra de Iberia; una de la *Villa des Fleurs*, otra del Círculo, (establecimientos, que aunque rivales, siempre se asocian para todo, principalmente para desplumar á los visitantes), otra del Club de carreras ecuestres; y otra de la Sociedad de festivales de Aix.

Una lujosa victoria descubierta, abrigada de los rayos solares por un elegante toldo de seda blanca, aguardaba con su cochero y *valet de pied*, ambos de gran librea; mientras que los hermosos caballos de pura raza, piafaban impacientes en el embaldozado de la plazoleta, en donde hormigueaban los curiosos. Por fin el silbato de la locomotora se oyó á lo lejos anunciando la proximidad del tren, que se acercaba á la Estación lentamente, hasta que se detuvo.

La voz del conductor gritó gangosa, breve é inteligible:

—*Aix-les-Bains, dix minutes d' arret, passagers pour Geneve, changent de train!*

A este anuncio se armó mayúscula baraunda, los pasajeros abrían las portezuelas precipitadamente, sacando sus maletas, que se las disputaban en el aire los agentes de los hoteles y casas de pensión, todos

pregonando á voz en cuello, los méritos, ventajas, precios y comodidades de sus repectivos establecimientos, entre los que sobresalían, los del Gran Hotel d' Aix, de Europa, de Inglaterra, de Ginebra, de Paris, de Saboya, en fin, de todos los países, pueblos y sitios conocidos............

Aix-les-Bains es el lugar donde hay más hoteles y casas de pensión, pudiendo asegurarse que en toda la ciudad se reciben huéspedes, lo que sucede también en casi todos los grandes balnearios, cuyas poblaciones son nómades y esencialmente especulativas, en los tiempos de temporadas. Por eso la llegada de un tren es una lucha á brazo partido, y la Estación campo de Agramante, en donde los del oficio se disputan los francos, ó lo que es lo mismo, los pasajeros, de una manera verderamente brutal, por el escándalo que arman y las palabrotas que se dicen; y cuando en el tren viene alguna persona notable ó esperada, entonces el espectáculo salvaje llega á su colmo, porque son mayores las ambiciones especulativas.

Los comisionados que aguardaban á Jacobilla, se abrieron paso á empellones y codazos por entre la apiñada concurrencia, y fueron á recibirla al lujoso vagón de primera clase donde venía. El director de la Villa des Fleurs, que es un gran personaje en Aix, vestido elegantemente de levita negra, sombrero alto, pantalón claro y guantes amarillos se adelantó á la portezuela seguido de sus colegas para ofrecer la mano á la artista al bajar del vagón y multitud de garzones que tenían en las cachuchas el letrero de "Splendide Hotel" se apoderaron de sus maletas y cajas. Jacobilla venía elegantísima con traje color lila, de blancas ramasones, sombrero de paja con plumas negras, arracadas de esmeraldas y brillantes, carriel de piel de Rusia terciado, y un paltó de casimir crema en el brazo. La acompañaban algunos conocidos, nuestros, que creo inútil presentar á los lectores, el general Martín Pérez, Pepe el guitarrero, su mujer Manuela y un bocoy forrado en franela blanca rayada, sombrero amarillo de paja y zapatos de lona blanca,

en quien con sorpresa reconocimos al bendito padre don Robustiano Ancheta, que tuvo la humorada de cambiarse el nombre en la primera parte de este libro por el de Antonio de Nájera, con todas las circunstancias risibles de que ya estamos al tanto.

¿Por qué venía el señor de Nájera en unión de Jacobilla y Martín Pérez? Es asunto que se sabrá en el siguiente capítulo, pues ahora no tenemos tiempo sino para admirar y ponderar la gracia, gentileza y donosura conque la madrileñita, acompañada de su séquito, salió del vagón, montó en la carretela y partió al gran trote para el Splendide Hotel, arrancando á su paso murmullos de aprobación y frases galantes, como una verdadera reina del salero y de la gracia.

## XIII

## UN AGREGADO

Tres días antes de salir de Paris estaba Jacobilla atareadísima en su lujoso cuarto del Hotel del Trocadero, con las modistas que le probaban trajes, el zapatero que esperaba, el garzón que subía paquetes del Louvre y la camarera, que bajo su dirección, se ocupaba en arreglar los baúles, tarea que es siempre difícil y minuciosa, aumentándose, como es natural, los perfiles y requisitos de la benedictina obra, cuando se trata de arreglar el equipaje de una mujer elegante y del gran mundo, que va á exhibirse ante el público con las pretensiones de ser una celebridad, que lleva consigo los últimos toques de la moda y el buen gusto; y que, además, tiene el áureo apéndice de estar enamorada hasta la médula de los huesos y de llevar de compañero al hombre que le ha sabido inspirar tan grande afecto. Es de suponerse que en tales condiciones el viaje tenía que ser para Jacobilla una

como escala de Jacob en que pensaba subir al cielo, una como poética nave de los Areonautas, en que emprendería fantástica excursión á regiones desconocidas para ella, pues, al mismo tiempo que le eran extrañas, las sublimes profundidades del amor correspondido, (pues estaba virgen de alma y de cuerpo,) también ignoraba por completo el nuevo género de vida que le aguardaba en el balneario para donde se había contratado. Mas, no obstante todo esto, aquel viaje era para ella un insólito acontecimiento, que había de influír poderosamente en su porvenir; era, sin duda, la más culminante etapa de la jornada de su vida; el corazón se lo decía, y por eso, quería llevar su arsenal bien provisto de todos los elementos necesarios para librar con éxito la batalla. Hé aquí la razón por la cual, como una experta generala, estuviese personalmente, en bata de mañana, dirigiendo el acomodo de su bien surtido parque, compuesto de preciosos trajes, innumerables sombreros, guantes, sombrillas, capas, mantones y cajas de perfumes exquisitos.

Un garzón del hotel subió con la tarjeta del señor de Nájera, anunciándole que deseaba hablarle dos palabras, con extraordinaria urgencia.

—Este don Robustiano es el hombre más inoportuno que he conocido!—exclamó algo contrariada nuestra heroína, haciendo un gracioso mohín.—Ocurrírsele venir ahora, cuando estoy tan ocupada, pero, en fin, ¿qué hacer? Dígale usted que suba; aquí mismo lo recibiré.

A poco crugieron, resentidas por inusitado peso, las cadenas del ascensor, tembló el pasadizo y abriéronse de par en par las dos hojas de la puerta del cuarto, para poder dar franca entrada á la anunciada mole, que entró haciendo zurdas cortesías.

—Dispense usted, mi excelente amiga, que haya venido á perturbarla en tan inadecuada hora; pero un asunto de la mayor importancia para mí, me trae cerca de usted.

—No tenga usted cuidado,—respondióle Jacobilla amablemente. — Siéntese en esa poltrona y dígame sus pecados. ¿Qué le pasa? ¿Acaso la rubia Amalia le ha dado calabazas, ó la morena Ignacia lo ha cambiado por el colombiano Barroeta? A ambos los observé la otra noche en una mesita del café muy íntimamente, apurando sendas copas de *champagne*......

—Nada de eso me preocupa,—contestó el recienllegado padre vagabundo, arrellanándose en la infeliz poltrona,—demasiado conoce usted mis opiniones sobre estas volubles y casquivanas hijas del Sena. Se tratan por capricho ó por necesidad, cuando nos atrae el feo vicio, empujados por el perverso Satanás; y luego, sobreviene el hastío y el arrepentimiento, al considerar que esas incorregibles Magdalenas, no beben sino en la copa del interés. No tienen corazón ni aman á nadie, el sensualismo y la *galette*, como ellas dicen en su caló, ó la galleta, como digo yo, en puro español, son los únicos alicientes que las guía al aceptar á un hombre............

—Bravo, señor de Ancheta,—dijo riendo Jacobilla,—viene usted hoy hecho un dechado de moralidad. ¿Ha amanecido, por ventura en vena, para volver á echarse los hábitos? ¿Va á emprender por fin, la peregrinación á Roma á presenciar las ceremonias del Año Santo, cansado ya de las abominaciones de Gomorra? Reciba usted mis parabienes, pues nunca es tarde si el arrepentimiento es sincero..........

—En eso pensaba ayer precisamente, mi inteligentísima amiga, cansado como estoy, en verdad, de este abismo sin fondo que se llama París,—contestó el padre Ancheta, sacando su fina caja de carey y tomando un polvo, (pues la seglar transformación no le había hecho perder la fea y frailuna costumbre de solver rapé),—en ese sagrado deber estaba pensando anoche, cuando al salir de la Cigale, me tropecé con el general Martín Pérez............

—Hola!—exclamó Jacobilla, como si le hubieran dado un lancetazo.—¿Conque el general es parroquiano de ese bendito plantel? Me alegro saberlo.....

—Nó, nó, señorita Jacoba, cálmese usted, por Dios, el que se salía no era el general, sino su humilde servidor.

—Ya, ya comprendo,—dijo la madrileña respirando satisfecha,—iría usted á ese centro, despechado á pasar el tiempo y á distraer los desdenes é inconstancias de Amalita é Ignacia? Perfectamente me lo explico.

—Efectivamente,—continuó don Robustiano,—así aconteció en verdad. Al encontrar en la calle á nuestro buen amigo, le comuniqué mi resolución de irme á Roma al ausentarse ustedes de París, pues no quería quedarme sólo, triste y aburrido; él me dijo que no hiciera tal cosa, que era una locura ir á Roma con tanto calor, que si aquí en París estaban los prójimos ahogándose con una temperatura de 32 grados, en la Ciudad Santa sería peor, y que al llegar, podría hasta pescarme una fiebre paludosa, de las que allí abundan mucho en estos meses de calor, que lo más certero sería aplazar mi viaje para el fresco otoño, é irme á respirar los aires regeneradores y puros de los Alpes, en compañía de ustedes; y que, al efecto, debía venir aqní á participárselo hoy muy temprano.

—Ah! gran picarón,—interrumpió riendo Jacobilla,—y usted aceptó en el acto el consejo, sabiendo que á Aix concurre lo más granado de la *cocottería* europea, la nobleza del gremio alegre, pues, aseguran las crónicas, que allí se encuentran bandadas de condesas, marquesas y *baronesas*, que no han visto nunca ni por el forro el aristocrático almanaque de Gotta.

—No tanto por eso deseo ir, maliciosa amiguita mía,—interrumpió con sorna el presbítero,—sino porque Aix-les-Bains está cerca de Roma, casi en la frontera de Italia, se respira un aire magnífico......

—A otro coro con ese organillo, solemne hipocritón. De todas maneras me encanta la noticia, y partiremos juntos con mil amores. Diga al general que ha tenido una feliz inspiración al dar á usted ese prudente

é higiénico consejo, que yo apruebo en todas sus partes, y, que los invito á almorzar á usted y á él el día de la partida, para salir después juntos camino de la estación.

—Gracias, imponderable criatura !—contestó conmovido el padre Ancheta,—gracias mil, corazón de oro, la aquiescencia de usted complementa mi dicha, pues, aunque yo podría muy bien emprender el viaje solo, me aburriría de lo lindo, y pasaría mil trabajos por mi falta de práctica en tales achaques, y especialmente, en el idioma, mientras que, en compañía de ustedes, todo se me facilitará.

—¿ Conque por el idioma ? Gran truhán, si usted habla el francés mejor que Racine y Masillón, siendo la prueba de ello que jamás ha necesitado de intérpretes, para entenderse con la bailarina y la corista......

—Eso es caso distinto, porque en lances de amor, se entiende el hombre con la mujer en todas partes del mundo, hasta por señas; yo me refería á las demás necesidades de la vida......

—Pues para todo cuente usted conmigo, señor don Robustiano, y márchese á arreglar sus maletas, porque el trabajillo es rudo, y el calor principia ya á hacer subir el termómetro.

El padre Ancheta no se hizo repetir la orden, salió alegre como unas castañuelas, del hotel del Trocadero, tomó un coche y se fué al Bon Marché, á proveerse de todo lo que necesitaba para su viaje; y recoge aquí, estira por allá, con sisuras y estrecheces, logró equiparse lo mejor que pudo, encontrándose al día siguiente listo y en disposición, de marcha á la hora del almuerzo en el hotel del Trocadero, con su abultada personalidad enjaezada de la manera extravagante, como la vimos aparecer en la Estación de Aix-les-Bains.

## XIV

## EL SOÑADO EDÉN

La *Villa des Fleurs* es uno de los casinos más bellos y mejor concurridos, no solamente de Francia sino del mundo entero. Imaginaos un espacio de terreno casi en el centro de la ciudad, de dos hectáreas cuadradas aproximadamente de extensión, cercado con un elegantísimo enverjado de hierro, con puertas monumentales para las tres avenidas de la Estación, María y Victoria, lindando por el otro extremo, con los espaciosos jardines del Círculo. El área de la Villa está adornada con pequeños parques divididos por callejones engranzonados, jardines primorosamente cuidados, con kioscos, juegos de agua, plazoletas y espacios umbríos llenos de bancos, poltronas y sillas, para comodidad de la concurrencia. Frente á los asientos, hay innumerables mesitas para servir las consumaciones, que se toman al aire libre. Al costado derecho, se destaca el teatro campestre, colocado de manera que todo el público de los parques y jardines pueda gozar de los espectáculos; del lado del teatro, hay un escenario para los grandes conciertos de música clásica, y en el interior del edificio, hay otro teatro cubierto para la representación de óperas y dramas. Existen seis grandes salones de decoración regia para los juegos, cuatro, destinados al baccarat y dos á las ruletas y caballitos. Los salones del baccarat tienen pinturas al fresco de muchísimo valor y los plafones dorados exhiben una ornamentación tan rica, que muy bien podrían figurar en el Vaticano ó en el Louvre, con la ventaja de estar provistos de ventiladores eléctricos, que mantienen frescos los salones á pesar de la apiñada muchedumbre que por ellos circula y

que ante las grandes mesas se sienta. Hay dos extensos comedores, uno frente al teatro campestre, cubierto de un artístico techo sostenido por columnas de hierro y otro reservado con distintos compartimientos para comidas íntimas. En el segundo piso está el salón de lectura, el de *toilette* para las damas, las habitaciones de los empleados y multitud de cuarticos amueblados muy coquetamente y que se alquilan, por días, por noches y por horas á precios algo caros, en verdad, en situaciones normales, pero no en casos extraordinarios ó imprevistos, en los cuales no se preocupan los clientes en pagar tres ó cuatro francos más, dada la oportunidad con que se les ofrece el hospedaje.....

En el gran Casino de que nos ocupamos, hay de todo lo que el más exigente mortal pueda pedir; y según el criterio con que se le juzgue, puede ser ora un antro de todos los vicios, ó bien un gran dicterión patentado, ora un cielo ó bien un paraíso, una abominación ó una delicia; pudiéndose asegurar, eso sí, que los más refinados Salomones, Lúculos y Birjanes, podrían pasar allí encerrados una larga temporada sin tener que lamentar la ausencia de sus placeres favoritos, pues en los tres ramos hay para todos gustos y de las más exquisitas especies.

El estreno de Jacobilla se había anunciado para el día siguiente de su llegada á Aix, que era domingo; y en esa noche estaba la *Villa des Fleurs* iluminada á *giorno*, las avenidas y callejones, kioscos y plazoletas con pequeños vasos multicolores, los árboles con farolillos de papel rojo y amarillo y el piso todo con luciérnagas artificiales, que á través del boscaje hacían un efecto maravilloso. La concurrencia era tan grande que se habían agotado los asientos, y la muchedumbre de pie, llenaba por completo todos los sitios que servían para el tránsito y desahogo. No se podía, pues, circular libremente como otras noches y el que ocupaba un puésto, allí se quedaba firme para poder

ver y oír algo. Al dar las 8 la banda marcial de Lión, que en los días feriados viene á hacer los honores al Casino, dejó oír uno de los más escogidos números de su repertorio; y después, alternando con la música se quemaron distintos árboles de fuego, de mérito artístico verdaderamente asombroso, pues son hechos por los más afamados pirotécnicos del país que van á exhibir en las temporadas todos los adelantos del oficio, atraídos por los premios que ofrece la Dirección á los trabajos más sobresalientes.

A las diez terminaron los fuegos de artificio con los atronadores aplausos de la multitud, dirigidos á un árbol que representaba el firmamento con todas sus estrellas imitadas en fuegos de bengala, iluminando el retrato de la madrileña que lucía en el fondo rodeada de un nimbo de gloria.

Bajo tan halagadores auspicios se alzó el telón y apareció Jacobilla con el traje de Carmen y acompañada de Pepe el guitarrero. Yo no sé qué misterioso encanto tiene esta mujercita en las tablas, ni qué maravilloso secreto posée para ganarse los públicos. Pequeña, graciosa, bonita y correcta, como una muñeca de porcelana de la fábrica de Sevres á quien le hubieran dado cuerda para bailar y para cantar, no necesita sino salir, hacer dos ó tres movimientos, saludar y sonreír para echar el gancho á la concurrencia y electrizarla, obligándola á que la abrume de palmadas y bravos en cuanto abre la boca y menea los pies. La escena del café de la Exposición que ella misma con tan típica elocuencia taurina refirió en su carta á su tía Teresa, se repitió en la Villa, con la circunstancia remarcable de que entre las flores y coronas de ciclamen que en abundancia le tiraron al escenario, cayó otro pañuelo de seda enteramente igual al que le regalaron en la noche de su ovasión en París, cuyo segundo pañuelo tenía como el primero, una tarjeta en una punta y una sortija de brillantes en la otra.

Cuando Jacobilla se encerró en su camarín á cambiarse de traje para marcharse, estaba fatigosísima, pues le habían hecho repetir las malagueñas más de cinco ó seis veces. Luego que estuvo reposada y vestida, tomó el misterioso pañuelo entre sus manos y en el acto comprendió que era del mismo origen que el primero. La sortija era mucho más valiosa que la de París, y la nueva tarjeta, con la misma corona marcada y con idéntica letra escrita, decía:

"Jacobilla encantadora: de París he venido en pos de usted, estoy alojado en su mismo hotel y si desea saber quién soy yo, esté sentada mañana á las tres de la tarde en el banco que se halla frente al *Laun tennis*, en el parque de la ciudad. El sitio es apartado y tranquilo, allí me conocerá."

Este conde, duque ó príncipe (que noble debe de ser por la corona que ostenta) no se anda por las ramas—pensó Jacobilla, desengarzando la sortija del pañuelo y poniéndosela en uno de los dedos—Soberbia joya! ya lo creo, sus dos mil pesetas valdrá por lo menos. Francamente, que es muy mano abierta este Tenorio y ojalá todos fueran así en el mundo, porque para hacerme estos regalos así, sin conocerme, preciso es ser un Rochils ó cosa parecida. Bien se mira que este caballerito sabe cómo se bate el cobre y es partidario de los refranes elocuentísimos que dicen, "dádivas quebrantan peñas, y amor con hambre no dura." Tan cierto es ello, que yo misma, la fuerte, la invulnerable, picada de la curiosidad más que del interés, me siento tentada á concurrir á la cita para conocer al galán, que tan generosamente se anuncia y que con tanta esplendidez manifiesta su entusiasmo por mí; pero no, imposible que yo haga semejante locura, no por temor de delinquir, que harto segura estoy de mi entereza, sino por no ofender, siquiera levemente, la oculta y enloquecedora pasión que siento por Martín Pérez, esa chifladura del alma, ese sublime disparate de estar enamorada de un hombre ca-

sado y desconocido, sin niguna esperanza por cierto, porque jamás seré su querida, (no por falta de voluntad, debo declararlo) sino por no quebrantar el juramento de honradez que á mi padre hice. Nada, que no concurro á la tal cita, sino que al reunirme con mi amigo en el lugar convenido para cenar juntos é irnos al hotel, le contaré el nuevo y peregrino lance y le mostraré el segundo regalo de mi tenaz perseguidor. Hecha esta resolución mental, abrió la puerta y se dirigió á uno de los comedores reservados, donde la aguardaba el general, sentado cerca de una mesa y con un sillón vacío al lado, que él ocupaba con su gabán y su bastón.

## XV

## ALMAS TRASPARENTES

—Por fin llega usted, amiga mía—dijo Pérez, poniéndose de pies y ofreciéndole el asiento—caramba! estaba impaciente y creía que algo le había pasado ó que se había olvidado de mí.

—Es cierto, general, que lo he hecho aburrirse aquí tan solo; pero se me fué el tiempo pronto entre cambiar de traje, hacer recoger con Pepe y con Manuela los ramos y demás chismes. Pero usted no está bravo, verdad?—y dándole un suave pasagonzalo en el hombro con el abanico y sentándose á su lado, añadió sonriendo y mostrándole el pañuelo misterioso:

—Usted me perdonará seguramente, porque traigo en la mano mi salvo conducto....

—Y eso qué es, Jacobilla?

—Un nuevo presente de mi desconocido Mecenas.

—Cómo se explica eso? No lo dejamos en París?

—Muy claramente, él vino sin duda por el mismo camino que nosotros y acaso por el mismo tren.

Estaría cansado del fastidio ó de la *lata* de la Exposición, y se ha venido á veranear. No es chico de mal gusto....

—Pero, ¿quién es él, por fin? ¿Le conoce usted?

—Ca! hombre, qué voy yo á saber quién es ese tío tan espléndido! Si nos conociéramos estoy segura de que no estaría perdiendo conmigo su tiempo y su dinero, porque ya lo habría puesto en su lugar—y añadió con un gracejo y una expresión, que eran peculiares de ella sola—á las estrellas españolas se las admira, se las contempla; mas está vedado tocarlas....

—¿Y qué piensa usted hacer con este segundo regalo?

—Pues claro está, lo mismo que con el primero, traerselo á usted para que lo vea, se imponga del contenido de la tarjeta y me dé sus consejos; en cuanto á las sortijas me las guardaré, son botín de guerra, son como las cajas de tabacos que se tiran á los toreros. Guardarlas á nada me compromete.

—Ah! el enemigo se propone en esta vez cargar de firme—dijo riendo el general, después de haber leído la tarjeta—aquí hay cita formal y muy romántica por cierto, en un apartado banco debajo de alameda umbría y cerca de las aguas que murmuran al caer en el platón de la fuente artificial que hay en aquel sitio.... Eso va á ser el comienzo poético de un idilio, lo cual no perderé yo por cierto, pues á esa hora me ocultaré detrás de los árbóles á presenciar la cita. Lo permite usted?

—Lo que yo no permito es que usted se burle de esa manera. Hablemos en serio, yo tengo pensado ir á la cita pero acompañada de usted para que el Lovelace en cuestión me deje tranquila y crea que somos casados ó amantes. Es un modo fino de desengañarlo.....

—Y un modo más fino todavía de tomarme á mí como instrumento—contestó algo mortificado el general.—Si eso fuera verdad, yo sería el hombre

más feliz del universo, pero siendo una ficción, me siento deprimido, Jacobilla, créalo usted; sobre todo, porque hace tiempo sabe usted que yo la amo apasionadamente y he notado que de su parte hay el propósito de evitar explicaciones sobre ese asunto tan esencial para mi vida y para mi dicha presente y futura!

La madrileña se sintió profundamente tocada del acento de severidad y amargura de aquellas palabras del general Pérez, casi estuvo á punto de cometer la imprudencia de confesarle que ella lo amaba también inmensamente; pero se contuvo con no poco esfuerzo, y contestó:

—Calma, amigo mío, no precipite usted los acontecimientos. Zamora no se tomó en una hora. Yo soy diáfana como el cristal y no tengo en el mundo marido ni amante, querido ni prometido. El amor de mi pobre madre y de mi buena tía y la grande estimación, el cariño entrañable que por usted siento, llenan todos los espacios de mi vida. ¿Crée usted que si eso no fuera cierto, estaría yo aquí al lado suyo, pasando, sin duda por su querida, pues todos los que nos conocen y nos ven siempre juntos, así se lo imaginarán?

—Eso precisamente, amada de mi alma, es lo que me mortifica, ese papel en cierto modo ridículo que estoy haciendo al lado de usted, Jacobilla adorada. Para el público soy su amante y en la intimidad nada más que su amigo. Yo desearía que fuera lo contrario, que nos creyeran simples amigos y fuéramos amantes apasionados..... Ya basta de dudas y vacilaciones, mi amor por usted es muy verdadero, muy grande y muy noble, yo he encontrado en usted la mujer que me hacía falta, mi complemento, mi ideal, lo he encontrado algo tarde es cierto, pero lo he encontrado, y dicen en mi país, que nunca es tarde si la dicha es buena. Y como la felicidad de amarla á usted es óptima y como después de haber atravesado el desierto creo haber llegado á la tierra de promisión, en ella me

quedo y levanto mi tienda para compartir con usted los días que me restan de existencia !

Martín Pérez, cuando esto decía con voz trémula y apasionada se había acercado á Jacobilla, le había estrechado las manos y sus ardientes labios casi las rozaban, pues no había una pulgada completa de separación entre su poblado bigote y las sonrosadas uñitas de la madrileña. Ella, lejos de fingir vulgares escrúpulos, estrechó á su vez, muy efusivamente las manos del general, acercó sus rojos y provocativos labios y le dejó colar por el oído este ritmo ó divina melodía :

—Yo no puedo contener por más tiempo el volcán que mi corazón quema. Lo quiero á usted mucho ; pero tenga paciencia, deseo que lo sepa y nada más por ahora. Para el público seremos amantes, no me importa un bledo "el qué dirán," pero en la intimidad nos adoramos, nos queremos mucho, aunque por ahora, platónicamente. ¿Está usted contento ?

—¿Cómo no ? si al fin veo un rayo de luz en medio de las tinieblas en que vivía, al fin le hallo un perfil simpático y asequible á la rara visión de su personalidad que he venido persiguiendo, porque yo me preguntaba : ¿qué especie de mujer es esta tan distinta á las demás, no tiene amores con ningún otro hombre, porque yo la sigo de cerca y puedo asegurarlo, á mí me ha dado remarcables pruebas de confianza y estimación, mas al mismo tiempo, rehuye y esquiva las oportunidades en que yo pudiera declararle mi pasión, qué enigma será éste ? Tales dudas y cavilaciones han venido inquietando mi espíritu desde que la conocí. Ahora respiro, ahora me siento dichoso, porque esas nubecillas que deja usted interpuestas para la realización de nuestra suprema dicha, para los divinos goces del verdadero amor correspondido, yo espero que desaparecerán en breve. Sí, estoy contento Jacobilla mía ; pero yo quiero enseriar nuestro compromiso, quiero que me jure usted amor y fidelidad eternos, cualesquiera que sean las circunstancias que en lo porvenir puedan presentarse !

—¿Y por qué nó, amado de mi alma?, yo soy mujer de grandes resoluciones, lo peor que pudiera saber ya lo supe por su misma boca, que es usted casado. Estaba resuelta á no decirle nunca que lo amaba y á que esa imposible pasión muriera como nació en el secreto íntimo de mi alma, mas no se puede jugar con fuego, fuí débil y se lo confesé. Ahora, aunque supiera que usted fuera un general apócrifo, el peor de los bandidos, lo amaría y no aceptaría tampoco ni la mano de un rey si me la ofreciera en matrimonio! Yo seré suya hasta la eternidad, se lo juro por la sagrada memoria de mi padre; pero no traspasaremos las fronteras del platonismo erótico, porque á mi padre también le juré en el solemne instante de la muerte, que sería honrada, y, no quiero ser perjura por respeto á su memoria y por respeto á mí misma.

Había tal sinceridad en aquellas palabras, tan profunda convicción en el acento y en la expresión de Jacobilla, que el general no pudo menos que admirarla y sentir que en su corazón aumentaba más y más el purísimo amor que por ella sentía.

—Está bien—le contestó, pasándole el brazo por los hombros y sellando el compromiso con un prolongado beso en la boca—acepto la peregrina fórmula y seré desde hoy, lo que usted quiera que yo sea, con tal de no separarnos jamás. Es la mayor prueba de verdadero afecto que puedo darle. Usted será el astro y yo su satélite.

—Oh! gracias, general, no sabe usted lo feliz que me hace con esas nobles y abnegadas palabras, porque ahora sí creo que me ama de veras.

Un garzón que hacía rato estaba observándolos y que por prudencia se había mantenido á distancia, para no estorbar el íntimo diálogo, acostumbrado como buen sabueso á aquellas escenas tan frecuentes en el Casino, comprendió que ya era tiempo de intervenir, porque para tiernas expansiones bastaba con lo hablado, sobre todo, cuando en aquellos sitios era corriente arreglar asuntos de tal jaez, sin tantos paliques ni circunloquios.

—¿Desean ustedes alguna cosa?—preguntó muy cortesmente.

—Sí—contestó Pérez—dos copas de vino Madera, una cena fría, una botella de buen Burdeos, y como final, dos tazas de café.

—En seguida *Monsieur-Dame*—respondió frotándose las manos el garzón, porque presentía excelente *pourboire* de aquel galán de tan buen aspecto, que acompañaba nada menos que á la heroína de la noche.

## XVI

### OJEADA RETROSPECTIVA

Durante la cena, que duró más de una hora, Jacobilla y Martín Pérez, tratándose ya como novios ó desposados, refiriéronse los antecedentes más culminantes de sus respectivas vidas. La primera refirióle casi todos los pormenores que ya conocemos narrados por ella misma; por lo cual es inútil la repetición; y el segundo, cuya biografía ignoramos, contóle que era hijo de uno de los principales generales de Juan Manuel Rosas, el gaucho afortunado que con poder omnímodo gobernó á Buenos Aires por tantos años, á pesar de la esforzada lucha que tuvo que sostener el caudillo liberal argentino con su tenaz contendor Lavalle, jefe de los unitarios ó conservadores. El padre de Martín Pérez era gaucho como Rosas y empezó á servir con su compadre Juan Manuel, (como él lo llamaba), desde la campaña contra el Brasil el año de 1827. Mandaba un brillante cuerpo de caballería, y en la célebre batalla de Ituzaingo, dirigida por el general argentino Carlos María de Alvear, una terrible carga de su escuadrón, fué la que decidió el triunfo. Cuando la sublevación de Lavalle en 1829 y el infame fusilamiento del gobernador Dorrego, Pérez acompañó á Rosas que sostuvo la Federación y la Legalidad, encontrándose en la gran batalla de Puerto-Marques, y en las que se libraron más tarde en Cascomus y en el

Quebracho; de modo que desde 1827 hasta 1850, en que murió en un encuentro, había acompañado lealmente á Rosas, peleando por la causa democrática en contra del conservantismo ó *unitarismo*, que llegó hasta hacer pacto con los extranjeros, para conseguir el poder y derrocar á Rosas, quien á pesar de haber sido cruel á las veces con sus enemigos, por los accesos de cicopatía que violentaban su carácter despótico, nadie podrá negar que fué un luchador heroico por la causa del liberalismo americano. Martín Pérez, junto con su amor y entusiasmo por los principios liberales, había heredado de su padre, valiosos y extensos hatos de ganados y bestias, que él había sabido cuidar y aumentar, montando grandes queseras al estilo holandés y una empresa de salazón de carnes en alta escala, para exportar á Europa y para enviar á Chile y al Perú, lo que en la actualidad le producía una gran renta, la cual invertía en frecuentes viajes que eran su placer favorito. Desde muy joven había seguido la carrera militar, encontrándose en casi todas las principales guerras civiles ocurridas en los últimos años, siendo en las llanuras una necesidad para los gobiernos por el ascendiente heredado de su padre que tenía entre los gauchos, y que él había sabido aumentar por su comportamiento, hasta el punto de serle fácil montar, en tres ó cuatro días, cinco ó seis mil jinetes de aquellos afamados centauros argentinos, que hacen primores á caballo, ora con el lazo, ora con la lanza, ora con la carabina. Con tan sólido prestigio era una potencia irresistible, casi siempro era Diputado al Congreso y era una influencia burocrática de primer orden. A los veinticinco años se había casado con la hija única de un riquísimo dueño de hatos, vecino suyo, unitario hasta la médula de los huesos y muy enemigo de su padre, lo cual no impidió que consintiera en el matrimonio con su hija, porque según decía riéndose á carcajadas: "del aceite y del vinagre saldría muy buena ensalada y juntándose aquellas inmensas propiedades vendrían á ser sus hijos y sus nietos, los primeros capitalistas de la República Argentina". Si no

fué muy feliz aquel matrimonio, en cambio fué muy laborioso y fecundo, porque su fortuna, como queda dicho, aumentóse enormemente y tenía don Martín una hija de quince años en el Colegio del Sagrado Corazón de Buenos Aires y tres varones, el mayor de veintidós años, ya en la Academia Militar, y los otros dos, en escuelas de primeras letras. Su esposa había sido una mujer muy hermosa, muy buena, muy hacendosa; pero por desgracia, había perdido el juicio hacía algunos años y hallábase en la actualidad enferma y recluida en una bella casa de campo cerca de la capital. En sus buenos tiempos no tuvo otros defectos la infeliz, sino los de ser harto celosa y exageradamente gazmoña, hábiéndose entregado de tal manera á la sugestión mística, que por completo pasaba sus días alternando entre las fiestas religiosas, las sociedades sostenedoras del culto, los bazares de caridad y otras faenas filantrópicas. Habiéndola inducido á estas propagandas los consejos de los Reverendos padres jesuítas, cuya influencia privaba sin contradicción en las esferas de la alta sociedad de Buenos Aires, y en tales regodeos, gastábase la respetable dama cuantiosas sumas anuales, que iban á engordar las cajas y cepillos de los discípulos de Loyola.

Terminó su historia el locuaz Pérez, agregando por último, que había venido á Europa en misión muy importante del Gobierno de su país, pues era de los íntimos amigos del Presidente. El objeto de dicha misión se contraía al establecimiento de un banco agrícola y al enganche de inmigración italiana, todavía en mayores proporciones que las desarrolladas por otros establecimientos similares, pues su país estaba llamado á ser el coloso de la América del Sur, por su creciente progreso y por el increíble aumento de su exportación, alcanzado en los últimos años, con la particularidad de que no solamente carne exportaba para Europa, sino hasta trigo, queso y algodón.

Jacobilla oyó aquel largo relato ó discurso con la más profunda atención, y Pérez se llenaba de asombro

cuando la oía citarle hechos notables de la historia de Buenos Aires, hablarle de San Martín y sus virtudes y criticar á España, por no haber sabido dar á tiempo la independencia á sus colonias, como hubiera debido hacerlo también con Cuba y Puerto Rico, oyendo los sabios consejos de Pi y Margal. La madrileñita, tan inteligente como seductora, sentíase muy orgullosa sabiendo la clase distinguida y los méritos que poseía el hombre á quien se había unido, empujada por su destino ó por la casualidad. En aquel juego había echado suertes, porque muy bien habría podido resultar el escogido de su corazón, algún aventurero ó bandido disfrazado, como á las veces acontece; y aunque en honor de la verdad, hay que sostener que ella se había enamorado de Pérez; principalmente por su gran talento, no le caía mal la noticia de que era inmensamente rico y estimado, por aquello del picaresco refrancillo que dice: "hasta al infierno se puede ir, en buen caballo que lucir." Lo que sí la mortificó mucho, poniéndola como sobre alfileres, fué cuando el general le habló de su matrimonio, de su "buena, hermosa y desgraciada" mujer y de sus hijos; y muy bien hubiera podido Pérez verdaderamente omitir aquellos enojosos é innecesarios detalles, al haber sido un poco más versado en el conocimiento del corazón femenil, á menos que, á fuer de gran marrajo y táctico, lo hubiera hecho á posta, precisamente para irla poco á poco acostumbrando el paladar al picante pero sabroso brevaje que él pensada tendría que beber, andando el tiempo, su melindrosa amante platónica, entregándosele incondicionalmente, después de haberse echado á las espaldas sus preocupaciones matrimoniales y distingos de mujer apegada á su honor. Martín Pérez, finalmente, sentía inmensa satisfacción por ser el dueño absoluto del puro y noble amor de Jacobilla, por estar en conocimiento, además, de la distinguida clase de mujer con quien se había ligado, que no era una vulgar cantadora de *flamenco*, de las que abundan tanto en España, sino una heroína del deber, una luchadora social, que por salvarse de los horrores de la miseria y por soste-

ner su familia, denodadamente se había lanzado al palenque, arrostrando todo género de peligros. Ambos sintiéronse orgullosos de sus recíprocas conquistas, y parecíales que habían despertado de un largo sueño, y que ahora iban á comenzar una nueva vida y á trillar un nuevo sendero, poblado de hermosos paisajes y de nubes rosadas sobre cielo azul.

Bajo tan agradables impresiones terminaron de cenar y seguramente hubieran continuado remontados en tan celestiales atmósferas, si no los hace caer de la dorada cima, la enorme cuenta presentada por el garzón en una linda bandejilla de plata. Los precios del *restaurant* de la Villa, tienen fama por lo exorbitantes, corren pareja con los del Café Maxim, de la rue Royale en París, en donde no se detallan partidas sino se cobra en bloque. Ello se explica, porque en la Villa no comen sino los jugadores y las grandes *cocottes*, á quienes les importa un bledo el derroche de algunos francos más, cuando minutos antes, han ganado ó perdido cien ó doscientos luises, que minutos después pueden correr igual suerte... No obstante esa temible fama, Pérez y Jacobilla tuvieron por mayúscula atrocidad el hecho de que les cobraran treinta y ocho francos por una insignificante cena; y como el primero abonó la nota sin chistar, y por añadidura dió cinco francos de propina al garzón, creyó éste sin duda, al verlo salir del brazo con su elegante compañera, que aquel gallardo y pródigo extranjero, sería, por lo menos, el *maharrajá* de Kapurtala, ó algún príncipe ó nabad que de incógnito, viajaba en pos de los favores de la célebre españolita.

Muy alegres salieron del pequeño comedor y respiraron el aire fresco del parque.

Enamorados verdaderamente, ambos sentíanse en aquella noche de su compromiso, en un estado de ánimo tan halagador, que todo lo veían bajo un prisma de súbita felicidad. Les parecía que el mundo y la naturaleza habían cambiado de aspecto, que la concurrencia entera participaba de su dicha, pues veían las caras más contentas y las luces iluminando más es-

pléndidamente, la extensa área del hermoso parque que los invitaba á pasear por sus calles casi solitarias ya, por lo avanzado de la hora. Por ellas divagaron en dulcísimos coloquios durante mucho tiempo, sentándose en los bancos, perdiéndose en las intrincadas callejuelas de flores y verdura, hasta que pasadas las doce, retiráronse al hotel, conviniendo en salir juntos al siguiente día después de almorzar, para concurrir á la cita del misterioso personaje perseguidor asiduo de Jacobilla.

## XVII

## UN REY BOHEMIO

¿Quién no conoce en Aix-les-Bains á Jorge, el rey de Grecia? En los muestrarios de fotografías, en las vidrieras de los almacenes, en los salones de lectura de los hoteles, por donde quiera se tropieza con su retrato en traje correctísimo, pues siempre está vestido á la última moda. Hace muchos años que no falta á ninguna temporada y allí lo conocen hasta los chicos de la calle, pues es muy popular y confianzudo; sobre todo entre las *demi-mondaines* tiene un prestigio extraordinario y si no mienten las crónicas, la afluencia anual de tantas preciosas Venus que de las cuatro partes del mundo llegan en bandadas á aquel delicioso lugar, es ocasionado, en primer término, á su proverbial generosidad para con ellas, porque se citan más de cuatro que han hecho su fortuna por haberle caído en gracia y merecido sus reales favores, llegando hasta adquirir títulos de nobleza y á tener palacios, y á arrastrar lujosas carrozas por las históricas calles de Atenas.

Oh! poder de los tiempos destructores y decadencia de las razas! Oh! caprichos de la efímera gloria y volubilidad de las grandezas humanas!

Grecia que estuvo un día á la cabeza de las demás naciones y que fué la cuna de la civilización, del valor y del saber en todos sus distintos ramos, que tuvo filósofos como Platón, Sócrates y Aristóteles, sabios co-

mo Tales, Parmenides y Anexágoras, generales como Milcíades, Temístocles, Cimón, Leonidas, Arístides y Pericles, médicos como Hipócrates, trágicos como Eurípides y Esquilo, críticos y dramáticos como Aristofanes y escultores como Fidias; Grecia, que todavía es la admiración del mundo por su historia, sus monumentos y sus obras, vino á caer bajo el filo de la cimitarra turca y á quedar bajo el pesado yugo de la Puerta, hasta que las Potencias europeas tuvieron que intervenir para evitar aquella gran hecatombe de cristianos y aquella bofetada dada en pleno rostro á la civilización. Rusia, Inglaterra y Francia, después de la batalla de Navarino que aseguró la independencia del infeliz pueblo helénico, impusiéronle un rey, cuya elección recayó en el príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo y en defecto de éste, que no quiso aceptar la dulce breva, acaso por ser hombre de gran clarovidencia, se fijaron las potencias en el joven Othon de Baviera, á quien no pudieron soportar los griegos por ser pagano de cuenta y lo destronaron en 1854. Después de este soberano revolcón las *tutelares* Potencias hubieron de buscar otro rey y fueron con el anzuelo á Dinamarca para pescar al príncipe Guillermo, que con el título de Jorge I, empuñó las riendas, fundando la dinastía de los Jorges, que como se ha visto, en todo piensan menos en gobernar seriamente. El actual rey ha sido un libertino de á folio, *amateur* refinado de los faisanes teatrales, aves de bellísimas plumas doradas; pero de muy pocas carnes. En su persecución ha hecho Jorge peregrinaciones célebres de incógnito, por distintos países y con su escopeta al hombro detrás del anhelado *chastre*, podría rivalizar con el típico cazador que nos delineó Alejandro Dumas.

Cuando Su Majestad va á comer al *restaurant* de la Villa des Fleurs, lo cual acostumbra con frecuencia, es muy sabido, porque desde temprano se arregla muy esmeradamente una mesa especial hacia el lado derecho y casi en el centro del largo comedor que está frente al teatro campestre. Dicha mesa se adorna con dos preciosos ramilletes de escogidas flores, y se colo-

can varios gendarmes disfrazados é individuos de la policía secreta cerca del lugar y en los pasadizos del comedor. Inútil vigilancia, que hace reír á los anarquistas de aquel rey pupilo é insignificante, porque ellos se fijan de costumbre para sus criminales atentados en los mandatarios y poderosos notables y de gran valer. Cuando Jorge come en la *Villa des Fleurs* hay cuantiosos ingresos en sus cajas, porque se disputan, se pujan y se apartan las mesas próximas á la mesa real, siendo pagadas á precios increíbles por las *cocottes* que desean estar cerca del rey, con el doble fin de tener la honra de comer en su compañía y para probar fortuna, y, ver si logran llamar su soberana atención. Cuántos lujosos trajes de finísima seda adornados en valiosas piedras y canutillos, qué constelación de brillantes, perlas, esmeraldas y zafiros relampagueando en las orejas, los dedos, las cabezas y los cuellos! Esa noche es considerada como de gala en el *restaurant* y los precios son dobles en todos los servicios de comidas y de bebidas.

Es tiempo ya de que nuestros lectores conozcan personalmente al degenerado sucesor del gran Pericles, pues basta ya de exordios y circunloquios, relacionados con su personalidad abstracta. Traslademósnos á su morada del Splendide Hotel y allí lo encontraremos, al día siguiente del estreno de Jacobilla, á las diez de la mañana, todavía en bata en su lujoso cuarto de tocador, acompañado de tres personas íntimas, su secretario, el Ministro de la Guerra y el jefe de su policía, individuos que generalmente le acompañan y que son los verdaderos resortes de su gobierno, los hombres de positiva influencia, los que dan y quitan empleos en el reino, en razón de que han logrado dominarlo, halagando su pasión favorita por el bello sexo, hasta el punto de convertirse en rufianes burocráticos, que llevan recados, traen cartas, fijan citas, dan regalos, pagan pensiones y cuidan á Su Majestad, cuando anda en belenes ó en picos pardos.....

Jorge en bata de cuarto, no es el mismo de los retratos, ni el que tan esbelto y gentil se mira por las ca-

lles y lugares, ora pedestre, ora en coche. Allí en aquella confianzuda semi-desnudez, á pesar de tener la cara y las manos embadurnadas de crema de Ninón, se convence el curioso escudriñador de que está ya bastante ajado por el tiempo y los placeres, dejándose ver las orejas muy claramente las sesenta navidades que lleva en el coleto el mujeriego dinamarqués.

—Oye, Tomás,—dijo muy alegre, dirigiéndose á su Secretario,—¿qué opinión tienes tú de Jacobilla, crées que caerá pronto en la remanga?

—Aseguro á Su Majestad que será cuestión de pocos días—contestó el aludido—ya le hemos endulzado las entrañas con las dos sortijas, hoy probablemente concurrirá á la cita y al ver á Su Majestad y al saber de quien se trata, asunto concluido, la paloma caerá como han caído tantas. No es posible resistir á los atractivos de la distinción, del poder y del dinero....

—¿Y tú qué piensas, Emilio?—preguntó el monarca, dirigiéndose al Ministro con esa familiaridad régia, que consiste en tratar de tú á sus subalternos, y en llamarlos frecuentemente por sus nombres de pila, lo cual enorgullece y pone muy huecos á los leales vasayos—tú qué piensas, que estás ahí tan calladito?

—¿Me permite Su Majestad hablar con franqueza?—inquirió el Ministro poniéndose de pies y tocándose la cabeza con la mano á guisa de militar saludo.

—Habla, Ministro, habla con entera cofianza.

—Pues bien, yo no opino como mi honorable colega el señor Secretario, esa españolita tiene un querido ó amante que la acompaña á todas partes. Es un americano del Sur, que desde Madrid se fué con ella á París, entiendo que se aman de veras y que la tal Jacobilla, se da humos de muy honrada. Creo que no es fácil la partida y que para conseguir esa Julieta, es preciso apartarla de su Romeo.

—Nada más sencillo, si realmente esa es la dificultad—gruñó el jefe de la policía, que era un hombre rechoncho, parecido á un ogro con patillas.

—¿Y qué podríamos hacer en ese caso?—preguntó una vez más el soberano—dános tu fórmula, Ramón.

—Mi fórmula es quitar el estorbo — contestó el ogro muy contento de que el rey lo interrogara—yo puedo hacerlo de dos maneras, ó denunciándolo como anarquista, ó provocándolo en público para obligarlo á batirse conmigo.

—Esas son medidas muy extremas y muy escandalosas—exclamó el Secretario—además, si es cierto lo que afirma mi honorable colega el Ministro, podría hasta darnos resultados contraproducentes, puesto que la Inés ama tanto á su don Juan.

—¿Y qué hacemos entonces?—gritó Jorge, retorciéndose los bigotes, lo cual acostumbraba en sus momentos de impaciencia—cómo es posible que nos meta así en barajas una tocadora de castañuelas? ¿Para qué es la diplomacia, de qué sirve el talento, en dónde está la política de mis cortesanos, qué se ha hecho su gran habilidad para los negocios arduos?

Todos guardaron silencio, porque comprendieron que detrás de aquel trueno podía estallar la tempestad y detrás de la tempestad una *crisis* que es á lo que más teme la gente palaciega, porque en pos de la crisis, viene la cesantía, que para ellos es peor que la peste bubónica.

El Ministro designado con el nombre de Emilio, y cuyo apellido es inútil escudriñar, sacó el pañuelo y se secó el copioso sudor que por su frente corría, y después de un corto silencio, dijo:

—La cita es á las tres de la tarde y creo que debemos tener calma y meditar. Los acontecimientos nos fijarán el *modus operandi*. Después de la cita, resolveremos!

—Y apartaremos todos los inconvenientes—añadió el Secretario.

—E iremos hasta el sacrificio, si menester fuere!—concluyó enfáticamente el jefe de policía.

Jorge los vió á todos y satisfecho de tanta abnegación y lealtad, desarrugó el ceño, sonrió alegremente; y frotándose las manos, exclamó:

—Bueno, bueno, amigos míos, el resultado de la cita nos hará el juego y nos marcará el rumbo. El Ministro tiene razón. Déjenme solo y háganme entrar al ayuda de Cámara, para vestirme porque es tarde.

Los cortesanos salieron como fantoches movidos por un resorte, haciendo cortesías y caminando hacia atrás, porque las liturgias monárquicas, no permiten que á los reyes se les dé la espalda á ninguna hora, en ningún sitio, ni por ninguna circunstancia. A poco entró el Ayuda de Cámara, vestido de riguroso frac.

—Buenos días, Majestad—dijo hincando una rodilla en tierra.

—Buenos días, Luis,—contestó el rey,—álzate y procede sin tardanza á arreglarme lo mejor que puedas. Necesito que me pongas hoy conquistador!

—¿Y cuándo no lo ha sido Su Majestad? No obstante eso, haré los mayores esfuerzos para conseguirlo y complaceros.

Diciendo esto, comenzó la labor ciclópea que diariamente ejecutaba para retocar aquel esperpento y convertirlo en el gallardo y elegante caballero, cuyos galanteos se disputaban tanto las Ninon de Lenclos y Margaritas Gautier de Aix-les-Bains.

Lo primero que hizo, fué darle un fregoteo con un jabón especial en la cara, manos y cuello, después sacó un estuche misterioso y le pintó de un suave color blanco y rosado tenues, las mejillas, las manos, la frente, las orejas y las uñas; luego, el pelo, las cejas y el bigote, de un color castaño claro, tan natural y brillante, que era una maravilla de los progresos químicos en el arte; en seguida lo afeitó, lo peinó, le rizó el pelo y le retorció el bigote á la rusa con un hierro calentado en el gas; y finalmente, lo ayudó á vestirse un traje veraniego de los más elegantes, compuesto de un flux de finísimo casimir inglés, estilo muselina, color claro, con pequeños cuadros de un tono más subido, corbata osbcura de seda con una hermosa perla incrustada en el alfiler, que le sujetaba el lazo, de forma ma-

rina, cuello alto abierto en el centro, sombrero de paja de Italia, con ancha cinta del color de la corbata, zapatos de cuero *glace* amarillo y guantes pajizos.

Nadie hubiera pensado que aquel garrido joven, que apenas representaba treinta años, fuese el mismo que poco antes contemplamos tan desmejorado envuelto entre los pliegues de su bata.

Cuando salió al comedor á almorzar, pues eran ya las doce pasadas, en razón de que la transformista faena había durado cerca de dos horas, sus empleados le aguardaban en la mesa de costumbre y poniéndose todos de pies, lo felicitaron muy calurosamente por su elegancia, anticipando muy halagüeños pronósticos con relación á la próxima cita.

## XVIII

## EN EL QUINTO CIELO

¿En dónde se nos ha metido el imponderable y benemérito caballero de rompe y razga, el descarriado pastor de almas, que responde al nombre de don Antonio de Nájera?

Al llegar á la estación y cuando Jacobilla al trote de sus alazanes, emprendió marcha triunfal hacia las excelsitudes del Splendide Hotel, en compañía de su séquito, él, toro jugado en siete plazas, se escurrió por entre la multitud, dejando su pequeño equipaje depositado en la Estación y por aquello de que "el buey solo bien se lame," se fué á pie en busca de alojamiento cómodo y barato, lo cual y dicho entre paréntesis, como consejo al lector que se sienta con vocación de turista, es siempre el mejor sistema para el que llegue por vez primera á las ciudades de aguas, en donde los especuladores aguardan á los viajeros como aves de rapiña.

Tuvo la fortuna nuestro caballero de encontrar, al cabo de media hora de informaciones, buen cuarto en

el hotel Moutarde, tranquila casa de huéspedes situada en la calle del Temple, cerca de la avenida Victoria, por la moderada suma de ocho francos diarios, con derecho á almuerzo y comida en la mesa redonda ó *table d' hote*, desayuno y vino comprendidos. Además del buen aspecto y situación central de la casa, á dos pasos de la *Villa des Fleurs*, al señor de Nájera gustóle mucho la clientela, que era femenil en su mayor parte; y sobre todo, aquel raro nombre de *Moutarde*, ó sea *mostaza*, agradóle sobre manera porque indicaba, sin duda, que allí mantendrían á los parroquianos en subido temple, ó *amostazados* .....

Muy contento por su hallazgo, lo cual no dejaba de ser una suerte en un lugar en dónde la vida es tan cara, fuése á la Estación en busca de sus baúles y se instaló en pocos minutos, si no como un nabad ó como un abad, al menos como un hombre práctico que sabe disfrutar de los placeres mundanos, con la octava parte de lo que gastan los necios derrochadores. Cuando tocaron el segundo repique en la esquila del hotel, anunciando el almuerzo, ya don Antonio estaba de punta en blanco, lavado, afeitado, vestido correctamente y con su flor en el ojal. Así hizo su aparición en el comedor, cuando estaban ocupados la generalidad de los puestos, por gran número de señoras y señoritas, pues apenas habría cinco ó seis caballeros. La razón de aquella mayoría del bello sexo en el hotel *Moutarde*, se explicaba por estar alojada en él la compañía del *Ballet Volante*, que funcionaba en la *Villa des Fleurs*, cuyo elenco montaba á treinta y dos bailarinas de distintas edades y nacionalidades. Cuando precedido del *maitre d' hotel*, que iba á colocarlo en su silla, se acercó á la mesa, todas las miradas se fijaron en el nuevo comensal y es de suponer los alusivos chistes que se dirían al oído sonriendo las bailarinas al contemplar aquella tempestad de carnes que se les venía encima, cuando menos la esperaban...Las dos que se hallaban sentadas á su derecha é izquierda, una italiana y una suiza, quedaron cohibidas y estrechas, pareciendo dos vinajeras de cristal al lado de un garrafón. En cambio,

el de Nájera estaba como en el Paraíso, sentíase como el pez en el agua y hubiera podido aplicársele muy bien las palabras de la Salve: *bendito tú eres entre todas las mujeres!*

¿Pero qué intuición milagrosa, qué buena estrella le había llevado á aquella casa, que parecía un rinconcito de la gloria, poblado de bellos ángeles y querubines? ¿Sería, sin duda, el malintencionado Pateta, que lo empujó hacia aquel peligroso Edén, ó acaso el bueno y campechano de San Roque, que le trasmitió el olfato de su inteligente perro, para encontrar aquel nido de odaliscas y sultanas? Allí había para todos los gustos, altas y gruesas como robles, pequeñas y delgadas como juncos, morenas, catiras, blondas y castañas, todas alegres, todas bien vestidas, espirituales, graciosas y con un relampagueo de ojos tan sugestivo y tentador, que era como para achicharrar á cualquier prójimo. Don Robustiano, desde el primer momento, se fijó mucho en la vecina italiana, por sus hermosos ojos negros, por sus labios rojos, bellos y húmedos y porque en el corte de la cara y en el cuerpo, era de un parecido asombroso con Jacobilla. Procuró ser muy atento y amable con ella, sirviéndole vino cuando observaba su copa vacía, y pasándole los platos y las compoteras que venían de mano en mano, dando la vuelta de la mesa, hasta que al fin pudo entrar en conversación, encarándose resueltamente con la vecina.

—¿La señorita es italiana?—le preguntó en francés.

—Sí, señor, soy de Turín y tengo aquí diez días trabajando en la Villa des Fleurs,—contestóle, pero en un francés tan chabacano, que Ancheta, casi tuvo que adivinar las palabras.

—Entonces,—la dijo amablemente,—como yo soy español y comprendo algo de italiano, es mejor que usted me hable en su idioma y yo le contestaré en el mío. Creo que así nos comprenderemos mejor.....

—Oh! perfectamente,—replicó muy alegre la hija del Po, en la dulce lengua del Ariosto y del Dante,—

cuando yo estuve en Madrid, me desempeñaba admirablemente con los amigos.

—¿Y cuándo estuvo usted en Madrid?

—El año pasado, cuando fuimos á trabajar al teatro Apolo.

—Y ¿cuál es su profesión, tiple ó dramática?

—Soy *voladora*, para servir á usted.

Don Robustiano se aclaró el pecho, tragó y se puso rojo como una remolacha, tanto desparpajo no le pareció verosímil, por lo cual creyó que la palabrilla aquella, tan sospechosa, debía de ser un *lapsus.*

—¿Voladora? es decir, ¿usted querrá darme á entender que es bailadora?

—No señor, *voladora,* así como suena, yo pertenezco á la compañía del *baile volante.* ¿No lo ha visto usted? Nosotras bailamos en el aire......

—Nó, en verdad, yo he visto maromeras ó bailarinas, que bailan en la cuerda teza; y hasta en la floja; pero en el aire, jamás......

—Pues ya nos verá usted; vaya esta noche á la Villa de once á doce.

—Con muchísimo gusto iré indudablente ¿y cómo es el nombre de usted?

—Laura Orsini. Al terminar el almuerzo daré á usted mi tarjeta.

—Mil gracias, señorita, yo también daré á usted la mía. Me llamo Antonio de Nájera, y le ofrezco mi amistad.

—De mil amores, *mío caro,* yo tengo en Aix siete días y los he pasado muy fastidiada, porque no había encontrado un amigo íntimo con quien pasear y hacer excursiones. ¿Supongo que á usted le agradarán las excursiones?

—Oh! me gustan muchísimo, Laura, y sobre todo, tan bien acompañado, creo que sería capaz hasta de convertirme en un Petrarca.

—*Molto bene,*—contestó riendo la turinesa, mostrando unos dientes blancos y parejos como una chacal,—ya veo que es usted espiritual é inteligente.

A pesar de que todos los comensales almorzaban con apetito devorador, acaso debido á las saludables duchas, al aire vivificador de los Alpes ó á la escasez de las porciones que repartían los sirvientes del hotel, aquella animada conversación de Laura con el recienllegado, no dejó de llamar la atención en la mesa, principalmente de dos colegas de Laura "altas y gruesas como robles" que se hallaban sentadas en frente, y que muy picarescamente reían y hablaban en voz baja.

—¿Qué te dice Berta?—preguntó Laura á una de las dos mujeronas,—apuesto á que se está ocupando de mí.

—Seguramente,—contestó la aludida,—ella celebra como yo la fortuna que has tenido esta mañana de adquirir un relación nueva y de saber que has hecho tantos progresos en el español.

—Por lo cual te felicitamos muy cordialmente,—añadió la otra gorda riendo y levantando su copa.—A tu salud!

—A la mía sola nó,—replicó Laura levantando la suya,—bebamos también á la salud de este amigo, que tengo la honra de presentaros.

—Antonio de Nájera,—dijo don Robustiano, alzando al aire la suya.

—Berta Rampollini, para servirle.

—Augusta Gironda, amiga de usted.

Y las cuatro copas se tocaron en el centro de la mesa, y, fueron escanciadas en señal de amistad.

Después de los postres don Robustiano, que no cabía de contento dentro de sus anchos pantalones, invitó á sus nuevas amigas á tomar el café, debajo de un emparrado que había en el jardín.

—Oye, Augusta,—dijo una de las gruesas dirigiéndose á su compañera,—ya tenemos un nuevo cliente para el Revard. Al señor le convendría mucho la receta que tan bien nos ha aprovechado.

—Con tal que Laura nos lo preste algunas veces,—contestó Berta riendo.

—¿De qué se trata?—preguntó Laura, que estaba distraída, oyendo algo que le decía en voz baja el emocionado caballero de Nájera.

—Recordaba,—repuso Berta,—que yo y mi amiga Augusta cuando llegamos á Aix, estábamos desmesuradamente gordas y subiendo diariamente á pie el monte Revard, nos hemos adelgazado un poco. ¿No crees tú que al señor de Nájera, le convendría incorporarse á nosotras para hacer lo mismo?

—Seguramente que sí,—exclamó riendo de muy buena gana don Robustiano,—desde mañana cuenten ustedes conmigo.

—Nó, yo no lo presto, amigas mías,—dijo entre chanzas y veras Laura, haciendo un ademán dominante con el abanico,—y sobre todo, no quiero yo contribuír á que se desplome el Revard con tres colosos semejantes sobre sus hombros. Con ustedes dos basta y sobra, pues con la cooperación del señor de Nájera, en esos ejercicios pedestres, podrían ustedes correr el riesgo de engordar más en lugar de enflaquecer......

## XIX

## IDILIO PECAMINOSO

En estas y otras charlas pasaron como una hora debajo del emparrado, Berta y Augusta fuéronse al Círculo á probar fortuna un poco en las mesas de *baccarat*, y Laura y don Antonio, convinieron en que irían á pasar el resto del día, visitando las Gargantas de Sierroz, que es uno de los paseos ó excursiones más renombrados y más cerca de la ciudad, pues sólo dista tres kilómetros que pueden hacerse muy cómodamente en carros especiales que parten de la plaza Carnot, cuatro veces por día. Dirigiéronse allá para salir en el de las tres de la tarde, y no poco trabajo les costó á los nuevos amigos conseguir asientos, pues, como sucede siempre en tales casos, otros habían

pensado lo mismo, y eran muchos los excursionistas, en su mayoría ingleses y norteamericanos de ambos sexos. Como Laura era pequeña, delgada y elegante, obtuvo puesto ligero, porque muy gustosos se corrieron de lado los pasajeros para darle campo; pero en cuanto á don Antonio, nadie quería tenerlo de vecino y solamente por la intervención oficial del colector, hubieron de exprimirse contra toda su voluntad, para que aquella mole humana los comprimiera y triturara por el camino. El carro, lleno de bote en bote, atravesó á lo largo toda la calle de Ginebra, cruzó á la derecha y después de pasar el puente de Sierroz, se detuvo gritando el conductor:

—*Arrivée tout le monde descend!*......

Todos los viajeros dejaron el carro apresuradamente y siguieron á pie por un camino como de cincuenta metros de largo, que conduce al embarcadero ó caricatura de puerto, donde se toma el pequeño bote de vapor en que se visitan las decantadas Gargantas, que no son otra cosa sino la estancación artificial de las aguas de un torrente que cae por la falda de la montaña próxima, y que navegando se remonta casi subterráneamente, por una encrucijada ó profnndidad sombría, á donde jamás penetran los rayos del sol.

El Carón y su ayudante, ó sean los dos barqueros de aquella extraña travesía, son los mismos que hacen el expendio de billetes, que importan franco y medio por persona, ida y vuelta.

Laura y el señor de Nájera entraron en el vaporcito, cuyo nombre es Cristóbal Colón, acaso por ironía, y á pesar del frío intenso que sintieron al comenzar la marcha por el cambio brusco de la temperatura, encontraron muy poética y rara aquella navegación casi subterránea, aunque les pareció muy corta, porque apenas habrían andado unos mil doscientos metros, cuando se detuvo el Cristóbal Colón, al pie de una escalera que conducía á una estrecha galería, tribuna ó pasaje adherido á la roca y que tenía de largo como doscientos metros.

Los excursionistas, perplejos, no sabían que hacer, cuando el Carón saboyano les dijo:

—Por esa escalera hay que subir, se pasa por la galería y se llega al restaurant que hay en el molino de Gresy. Aquí os espero yo para el regreso!

Como la escalera no era muy fuerte y el pasadizo aparecía muy estrecho é inseguro á la simple vista, todos dudaban, hasta que don Robustiano y Laura dieron el ejemplo subiendo los primeros.

—Bravo!—gritaron algunas voces y todos siguieron algo avergonzados de que en semejante lance el más gordo y pesado, hubiera tomado la iniciativa.

Susto, y no poco, pasó Ancheta cuando ascendía por el enjuto pasadizo, agarrado del pasamano, porque todo se movía y temblaba con su peso. Había un lugar en donde era tan angosto el sendero, que apenas cabía de lado su abultada persona. Las tablas crugieron y los débiles atravesaños de aquella especie de trampa suspendida, rechinaron meciéndose como para desprenderse. Quiso retroceder, pero le fué imposible, porque detrás de él venían subiendo uno á uno los demás pasajeros; se detuvo un instante á tomar aliento y á meditar, pero no pudo, porque le gritaron varias voces llenas de angustia:

—No se detenga, por Dios, caballero, porque su peso cargando sobre un solo punto puede hacer rendir las viejas tablas de este parapeto. Adelante, adelante, ó pereceremos todos!

Don Robustiano comprendió en el acto la realidad del inminente peligro, porque sentía que los zoquetes se aflojaban, los clavos cedían y el pasamano oscilaba. Miró hacia el abismo y horrorizado echó á andar velozmente, pasadizo arriba, como alma que se lleva el demonio, hasta que llegó jadeante á la cima, jurando una y cien veces no volver á pasar jamás por aquellas infames y movedizas *montañas rusas*, aunque lo derritiesen en la última paila del infierno. Laura llegó también asustadísima, sintió un vértigo en el tránsito y hubiera caído, indudablemente, si no se agarra del

potente brazo de su compañero, quien por no detenerse de nuevo en su ascensión se la echó al hombre como Sísifo á su peña, ó como San Cristóbal á su mundo, depositándola tiernamente en uno de los bancos del restaurant y ofreciéndole una copa de vino Madera para restaurar sus fuerzas.

Cuando estuvo repuesta, díjole su amigo con mucha sorna:

—Y bien, Laura, ¿cómo siendo usted *voladora*, tuvo miedo de caer?

—Ah! porque cuando yo vuelo en los teatros, me sujeta el tramoyista por los hombros, con un delgado hilo de acero, y ahora estaba suelta......

—De hoy más, querida amiga,—dijo el de Nájera con sonrisa de Mefistófeles,—no andará usted nunca suelta, pues yo la ataré día y noche, con las cadenillas de mi ardiente amor.

La Margarita del Po sintió el flechazo en el corazón é incapaz de ruborizarse por la galantería, se puso alegremente de pie y contempló con impúdicos deseos á su robusto Tenorio.

Todos los excursionistas llegaron echando pestes y maldiciones contra aquel abuso de los especuladores y contra la falta de policía y régimen municipal que permiten la existencia de aquella peligrosa galería. Nuestros dos amigos resolvieron perder sus billetas de regreso por el vaporcito, y se volvieron á la ciudad por el ferrocarril, tomándolo en la estación de Gresy. Eso mismo hicieron todos, renegando del paseo, salvo una extravagante inglesa muy rica, que se quedó admirando la cascada y encargó comida en el restaurant diciendo:

—Oh! esto es deliciosamente bello, el peligro y el paisaje de la travesía me encantan. Regresaré á la luz de la luna, lo cual debe ser espléndido.

Uno de los turistas, hermoso negro trinitario, dueño de haciendas de cacao, fué de su misma opinión y le pidió permiso para acompañarla, lo que ella aceptó sin titubear, ordenando al garzón:

—Prepare usted dos cubiertos, en lugar de uno, y sirva champagne porque hay otra persona de buen gusto en la partida !

Carón, pues, no se fué solo con su barca, recibió orden de esperar á la inglesa y á su compañero antillano, mediante una buena propina que ella ofreció, y súpose de muy buena tinta, que ella anotó al siguiente día, en su cartera de viaje, que aquella noche había sido una de las más felices de su vida . . . . .

No hay como los ingleses para saber gozar !

Ancheta y Laura llegaron al *Moutarde* casi de noche, muy fatigados por las emociones y faenas. Fuéronse á sus respectivos cuartos á reposar un poco y á cambiarse de trajes. Al toque de campana, volviéronse á juntar en la mesa, en donde hubo muchos comentarios respecto á la insipidez, al fastidio y á los riesgos que se corren en la tonta excursión á las Gargantas de Sierroz. Después de comer, volvieron á salir juntos, dirigiéndose á la *Villa des Fleurs* é igualmentes juntos regresaron al hotel cerca de las dos de la mañana, viniendo muy entusiasmado Ancheta con las maravillas de *La Ballet Volant* por haber tenido la dicha de contemplar á la que él llamaba ya *su* Laura, tratándola de *tú*, en el primer cuadro, titulado, *El despertar de las flores*, haciendo el papel de *crisantema*. En este baile que es muy bello é interesante, *su* Laura y las demás voladoras vestidas lujosa y artísticamente, se elevaban y descendían cruzando el escenario en todas direcciones, como si realmente no estuvieran sujetas á la ley de gravitación y fuesen, en verdad, un animado cesto de preciosas flores que la brisa hubiera esparcido por el aire. En el segundo cuadro titulado *Las aves en la Selva*, representaba su sílfide una golondrina y batiendo las alillas le había mostrado (por supuesto, no solamente á él, sino al público entero) sus deliciosas y bien contorneadas formas, apenas veladas por un tenue, vaporoso y trasparente tul, é iluminadas por proyecciones eléctricas de diversos colores. Aquella Laura, así metamorfoseada y convertida en ave por el ingenio mecánico, le pareció tentadora,

algo así como un querubín descendido del quinto seno celestial, ó una hurí de los libidinosos serrallos conque soñara Mahoma en sus nostálgicas excursiones.

Nadá más podemos ni queremos explicar respecto á la íntima unión de esta feliz pareja, que como tantas en Aix-les-Bains, se unen y desunen por millares, con la ligereza y volubilidad de la brisa alpina, que al pasar por la empinada cumbre de la montaña del Diente del Gato, parece impregnarse de las ardientes condiciones eróticas del ejemplar felino que le prestó su nombre; pero sí estamos en autos para asegurar, que de aquella noche en adelante, no volvieron á separarse más los dos enamorados. Juntos salían y juntos entraban de día y de noche, y como cambiaron sus cuartos por dos que se comunicaban, vivían como reciencasados que saborean las dulzuras de la luna de miel, como dos amantes y poéticas tórtolas, que revolotean felices por el bosque y regresan al nido á juntar sus piquillos, arrullándose con tiernas caricias......

## XX

### DE CUERPO ENTERO

Pero no basta á los curiosos lectores conocer esas intimidades, ni estar al tanto de las trapisondas y belenes de don Robustiano Ancheta á su llegada á Aix, como tampoco habrán de conformarse con los incidentes que le ocurrieron en su viaje de Madrid á París, ni con saber sus travesuras en esta última capital durante la Exposición. Personaje conspicuo de este libro, que no tiene de novela más que el nombre, porque sus hechos han ocurrido al pie de la letra, y sus escenas son simples copias del natural, tenemos la obligación de escudriñar un poco su pasado, tenemos el deber de presentarlo de cuerpo entero, mirando un poco hacia atrás, detallando algunos rasgos de su biografía, á fin de que los lectores que ya conocen el *santo*, conozcan también la peana y algunos de sus milagros.....

En España como en la América del Sur, que es su hija legítima, las profesiones y oficios se heredan con frecuencia, hay familias de músicos, de toreros, de cómicos y de políticos; sobre todo de estos últimos, la familia es larguísima..... Los Anchetas en España casi todos han sido sacerdotes, el abuelo de don Robustiano fué de los beneméritos curas que en tiempos de Napoleón, cerraron la iglesia, cambiando el hisopo por el trabuco y haciéndose guerrilleros para salvar el honor y la independencia de la patria querida. El padre fué carlista desaforado y también en tiempos de Zumalacarregui, de quien era fervoroso partidario y admirador, empuñó el sable y organizó una gruesa partida por los alrededores de Palencia, de cuya iglesia era vicario. Como las épocas cambian y la civilización las modifica y pule, á don Robustiano Ancheta, no le cupo la honra de ser guerrillero, sino periodista. En lugar de las balas manejó los tipos y en vez del trabuco empuñó la péñola, colaborando en los principales diarios católicos; mas con tal éxito, que al poco tiempo su nombre fué popular en todo el reino y se le tuvo y tiene entre los ultramontanos, como uno de los luchadores de vanguardia por el brillo de la fe cristiana y por el mantenimiento de sus doctrinas y fórmulas primitivas, sin las adulteraciones y componendas pecaminosas introducidas por el liberalismo, con las abominaciones llamadas matrimonio civil, divorcio, descentralización de bienes de manos muertas, instrucción laica, expulsión de jesuítas, prohibición de conventos y demás congregaciones religiosas. Como un energúmeno ha combatido don Robustiano por la prensa, semejantes innovaciones, y en un diario que fundó últimamente en Madrid, de que es Redactor en jefe, y que durante su ausencia dirige un colega de su confianza, en ese diario que subvenciona el partido carlista, decía no hace mucho "que el catolicismo estaba llamado á desaparecer en el siglo XX, si no volvía á los benditos tiempos de Torquemada, si no cogía el freno con

los dientes y levantaba en cada pueblo una hoguera inquisitorial para consumir á los modernos herejes, que se disfrazan con los falsos nombres de libres-pensadores, radicales y socialistas."

No solamente como periodista de combate del partido carlista, es conocido en España el eminentísimo Ancheta, sino también como orador sagrado de primer orden, lamentando mucho sus admiradores, la estúpida restricción de la ley que no permite á los clérigos ocupar curules en la representación nacional, sin cuya circunstancia egoísta, Ancheta estaría hace tiempo en las Cortes, poniéndole las peras á cuarto á Sagasta, Salmerón, Pi Margal y Canalejas. Además de su talento indiscutible, posee don Robustiano una actividad asombrosa, ha fundado en Madrid varios establecimientos de notoria importancia, un Asilo para ciegos, otro para huérfanos, una Casa de Hermanitas de los pobres y un Hospicio para mujeres, todo lo cual sostiene sin otras rentas que las limosnas y el producto de los bazares de caridad, que fomenta continuamente, debido á sus múltiples relaciones sociales, tanto en la aristocracia como en las clases comerciales, agrícolas é industriales. Su comportamiento como sacerdote ha sido correcto en la extensión de la palabra, salvo en un punto algo gordo y muy negro: en el de las mujeres. Las Evas, desde su adolescencia, fueron su lado flaco, su perenne tentación, el constante lazo que Lucifer le ha tendido (así lo piensa él, por lo menos,) para hacerlo descarriar del buen sendero. Ya para tomar las órdenes sagradas, estuvo á pique de perder su vocación por una segunda tiple del Apolo, de que se enamoró locamente hasta el extremo de hacerla salir de la compañía de zarzuela donde trabajaba, llevársela hasta Irúm, y luego vivir públicamente con ella en el hotel Escurra en San Sebastián, en donde la hacía pasar por su sobrina.....

Después de este escándalo, que terminó por intervención de su tío don Críspulo Ancheta, canónigo de Sigüenza, quien lo hizo entrar en razón, logró orde-

narse algunos meses más tarde. Ya hecho cargo de un curato muy lucrativo en la Diócesis de la Coruña, fué suspendido de sus funciones y sometido á juicio por seducción de la hija mayor del boticario del pueblo, con la circunstancia agravante de ser la boticaria su hija de confesión y Presidenta de un Instituto de Beneficencia, fundado en el mismo pueblo por el padre Ancheta. Los vecinos lamentaron mucho su partida y pidieron al Obispo su absolución, porque era muy querido en el lugar por sus buenas obras de misericordia, por su generosidad, por su talento, por su abnegación y por su desinterés con todos los feligreses de quienes era el amigo, el consejero y el paño de lágrimas en todos los apuros. Esta buena conducta y los empeños influyentes de su familia, lo hicieron salir del atolladero, quedando absuelto del juicio con la única pena de no poder ejercer más curatos durante diez años. Fué entonces que se dedicó á la oratoria y entró á combatir con tan buen pie en las falanges del periodismo católico, adquiriendo nombre y reputación como uno de los más ilustrados clérigos de España, hasta el punto de haber sido elegido como uno de sus representantes para ir á Roma á presenciar las solemnes festividades del Año Santo y ha sido también por ese motivo que hemos tenido la fortuna de conocerle, haciéndolo aparecer con sus méritos y defectos en estas páginas, que no son sino el reflejo de la verdad, sin dañinas intenciones de ninguna especie, ni para el culto que respetamos, ni para los colegas de Ancheta, ninguno de los cuales puede arrojar la primera piedra, porque casi todos cojean de ese pie; y en definitiva, porque esa no es falta, ni siquiera pecado venial. Es inevitable función humana de la que no puede prescindir ningún hombre, y que está pidiendo á gritos una saludable reforma en los códigos eclesiásticos, por virtud de las cuales pueda el sacerdote contraer legítimo matrimonio, tener hijos legítimos y formar hogares honorables, que serían un ornato para la sociedad. El autor de este libro, en unión de otros Diputados, propuso esta innovación en forma de

ley, en uno de los Congresos de Venezuela, y no se aprobó por la influencia de un alto personaje del Gobierno, pues la expresada ley, tenía mayoría en ambas Cámaras. El liberalismo, andando el tiempo, conseguirá esta reforma, lo mismo que ha conseguido ya la ley de divorcio, que era igualmente una gran necesidad para el país.

## XXI

### DUDAS Y CAVILACIONES

Martín Pérez no podía conciliar el sueño la noche del estreno de Jacobilla, después que bajo tan agradables impresiones regresaron juntos al hotel en un coche de número, porque es larga la distancia de la *Villa des Fleurs* al Splendide y las calles son muy empinadas, por hallarse reclinadas en las faldas del Revard. El aristocrático hôtel no se cierra á ninguna hora del día ni de la noche, hay en todos los servicios empleados que se relevan, por lo cual el argentino y la madrileña, tomaron sus respectivas llaves en el tablero numerado del lujoso escritorio y después de subir juntos en el ascensor, se dieron un beso y las buenas noches cerca de las puertas de sus cuartos, que estaban en un mismo piso.

Pérez se desvistió con calma, profundamente emocionado, se metió en el lecho y apagó la luz eléctrica, que al desaparecer de la estancia, por un raro fenómeno de alucinación mental, fué súbita á iluminar su cerebro llenándolo de raros pensamientos y profundas cavilaciones.

Su situación no era para menos y comenzó por preguntarse, ¿cómo era posible que un hombre serio, de sus antecedentes, se encontrara envuelto en aquel extraño y hasta ridículo lance de amor, que había nacido en un vagón, se había desarrollado en París y había hecho explosión en Aix; ó mejor dicho, no había

hecho tal explosión, sino que, á semejanza de un cohete ó triquitraque partido en dos, al aplicársele la brasa había producido un ligero chisporroteo, un insignificante fuego fatuo, resultando el parto de los montes, ó sea el increíble compromiso de unos *amores platónicos,* contraídos con una heroína de café concierto, que por las apariencias tenía aires de persona distinguida, decente y honrada; pero que también podía ser una farsante de á folio, y una hipócrita redomada que ponía en juego todas esas astucias y chicanas para sacar más ventajoso partido, dominarlo mejor y acaso dejarlo en berlina? ¿Y si Jacobilla era de la estofa de mujeres que emplean ese sistema, si, como podía sospecharse por su profesión y por su vida libre, había tenido otros amores, qué papel tan ridículo estaba él haciendo y cómo lo criticaría el mundo, si se llegara á saber que él no estaba más que *haciendo el oso* á una Susana apócrifa y adorando á una vestal falsificada?

Indudablemente que los tiempos de la caballería andante habían pasado. Cervantes los hizo desaparecer con el lanzón del caballero de la Triste Figura y mal podía él, hombre serio y juicioso, hacerlos reaparecer ahora, adorando una Dulcinea, que no era del Toboso, una Aldonsa Lorenzo de refajo corto, zapatillos bajos y mantón de Manila, una *señora de sus pensamientos* nada más, pues al proponerle entrar en las vías de hecho á que todo enamorado mortal con barbas aspira, ella le había contestado: "zape gato, *ne touche pas la reine!*" Y, oh! debilidades supinas de los hombres fuertes, cuando del corazón chorrea la gota de sangre causada por la saeta de Cupido, él, Martín Pérez, rico, general prestigioso, temible gaucho, inteligente, gallardo, adorado en su país por muchas mujeres de alto y bajo rango, había convenido en ser el héroe de un Paracleto imaginario y sin las condiciones especiales de Abelardo, remontarse á las regiones ideales del casto amor por complacer á una Eloísa de cuya honestidad nadie podía responder. Nó, aquello era un absurdo, una calaverada indigna de un hombre circunspecto, una chi-

fladura, un capricho que á todo trance era preciso arrancarse del caletre. Sí, á la hoguera con aquellos libros de caballería, ó sea con aquellas liturgias hueras de amorcillos platónicos conque la tal Jacobilla pretendía embaucarlo. No había más que pensar, aquello no podía realizarse. Al siguiente día le hablaría muy claro, planteándole la cuestión en estos términos: "ó todo ó nada, ó amor completo y correspondido ó inmediata ruptura."

Estas ideas y otras más raras aún, estuvieron horadándole el cerebro casi hasta el amanecer, hora en que pudo conciliar el sueño.

A las nueve de la mañana despertóse sobresaltado y nervioso. Pidió el desayuno, se lavó y vistió apresuradamente, pues tenía necesidad de tomar aire. Al verse en la calle se acordó de que el día antes había recibido una tarjeta de don Robustiano Ancheta, saludándolo y enviándole la dirección de su domicilio, y como no lo había vuelto á ver después que llegaron y el padre le había caído tan en gracia por su carácter franco, por su inteligencia y acaso porque ambos cojeaban del mismo pie, el de las faldas, resolvió dirigirse á su hotel y comunicarle algunas de las impresiones que lo inquietaban y que le habían hecho pasar la noche en vela. En los últimos días de su residencia en París, había hecho muy buenas migas con Ancheta, por las razones indicadas y por esa familiaridad y simpatía que une á los españoles y á los americanos del Sur, donde quiera que se encuentran, sea en el exterior, en mar ó en tierra, ó sea en el interior de sus respectivos países, en donde unos y otros se tratan como hermanos, haciendo honor al atavismo de la raza, al sentimiento de la común estirpe, tan preclara como heroica, aunque indisciplinada y levantisca. A los diez minutos de marcha, descendiendo por tortuosas calles llegó al hotel *Moutarde,* deseoso de comunicarse y desahogarse con su amigo, y su sorpresa fué mayúscula cuando al preguntar por el señor de Nájera informáronle que todavía estaba durmiendo, cosa inusitada en un hombre que hasta en París madrugaba,

lo cual es mucho decir, porque quien tal locura comete en la gran ciudad, sólo se encuentra en las calles con los traperos, barrenderos y carros del aseo urbano, que le dan el *¡ quién vive !* en la nariz.

—Yo quiero verle con urgencia,—dijo al criado en el acto, pues hasta pensó que estaría enfermo y que llegaba á tiempo para ayudarlo en algo,—llámelo usted y llévele mi tarjeta.

Algunos minutos después, regresó el sirviente y con disimulada sonrisilla, le dijo :

—Puede usted subir, el señor le aguarda, segundo piso número 29.

Pérez montó velozmente la escalera á dos peldaños por tranco, empujó familiarmente la puerta del 29 y al entrar, notó que alguna persona se había escapado hacia el fondo del cuarto, por una puertecilla de comunicación que existía en el tabique divisorio. Don Robustiano salió á recibirlo en bata, á la oriental, muy llena de alamares y adornos, estaba agitado, rubicundo y con enormes ojeras, señales evidentes de formidable trasnochada. Un perfume femenil acarició su olfato al entrar y en la estancia se notaba que se habían querido disimular algunas cosas precipitadamente.

—Dispense usted, amigo mío,—díjole Pérez con sorna,—que haya venido con el alba y *tan inoportunamente* á despertarlo. No lo había vuelto á ver desde nuestra llegada y lo suponía enfermo.

—Adelante y siéntese, mi querido general,—contestó Ancheta, tendiéndole el brazo y acomodándolo en una poltrona,—ha hecho muy bien en venir, pues hoy pensaba yo buscarlo. Mil gracias por su atención y por sus bromillas de : *con el alba* é *inoportunamente.* Nada de eso, contra toda mi costumbre, héme quedado durmiendo hasta esta hora. He pasado mala noche......

—O muy buena,—interrumpió sonriendo Pérez,—pues cuando se está acompañado y se ha elegido tan buen hospedaje, no hay motivos para pasar malas noches......

—No comprendo por qué dice usted eso, general,—respondió el apócrifo de Nájera con una cara tan inocente, que habría desorientado al más suspicaz.

—Porque al entrar al hotel vi un coro de ninfas que salía. Todas iban vestidas iguales como colegialas ó hermanas de la caridad......

—Sí, sí, (aunque es mala la comparación,) son las *voladoras* que irían al ensayo.

—Cómo es eso, amigo mío, ¿quiénes son esas voladoras?

—¿Pues no lo sabe usted? Las que forman la compañía de la *Ballet Volant*, que funciona en la *Villa des Fleurs.*

—Ah! ya caigo. ¿Viven aquí?

—Sí, mi querido don Martín, aquí moran esos treinta y siete duendes, y aquí, por tentaciones del enemigo, he venido á caer también.

—Acabara usted, padre Robustiano,—exclamó Pérez, poniéndose de pies alegremente,—ya comprendo su eclipse de estos días, la causa de sus desvelos y ya adivino quién fué el duendecillo que voló de este cuarto á mi llegada. Magnífico, soberbio, amigo mío, está usted aquí en su elemento!

—Es usted muy malicioso, general, aquí no había nadie, yo estaba solo......

—¿Me deja usted empujar esa puertecilla?—dijo Pérez riendo y avanzando hacia el tabique.

—Por ningún caso, amigo mío, eso sería un abuso, pues en esa pieza vive una señora de Culóz, que ha venido á tomar duchas......

—Que usted probablemente le administra, porque es muy servicial con las damas, y porque le gusta mucho esa ciudad de Francia que está cerca de Macón. Entendido, don Antonio, entendido,—respondió Pérez con maliciosa intención.

—Por Dios, general,—dijo Ancheta ruborizándose,—variemos de conversación, es usted un hombre terrible en materia de suposiciones. ¿Cómo está nuestra amiga Jacobilla, después de su gran triunfo de anoche? ¡Qué mujer, cada día se hace más admirable!

—Precisamente, — contestó Pérez enseriándose,— venía á hablarle de ella y á hacerle más que una consulta, una verdadera confesión, porque es muy raro lo que me está pasando, además de tenerlo á usted por amigo de confianza lo creo un gran especialista en el ramo......

—Ha hecho usted muy bien, general, porque sabe cuánto lo estimo y cuánto me interesan sus cuitas. Siéntese y hábleme con toda confianza. Oh! cuánto le agradezco esta elocuente prueba de amistad!—Al decir estas frases, Ancheta emocionado, varió de fisonomía, tomó un aire reposado, dulce, casi patriarcal, porque realmente aquella prueba de aprecio y de respeto que le daba un hombre inteligente como el general argentino, viniendo á distinguirlo en medio de su liviandad, era una tácita reivindicación de su réproba conducta y significaba que Pérez lo tenía por un hombre justo, correcto y digno. Sus ojos se humedecieron por la agradable impresión que experimentaba al verse honrado de aquella manera, hasta llegó á olvidarse de su Laura, que estaba en el otro cuarto quizás atisbándolo por el agujero de la llave, se olvidó de sus incontinencias, de sus frecuentes faltas de castidad, del único pecadillo que empañaba su conciencia de armiño y que perturbaba su corazón de oro, para transformarse de repente, saliendo del desordenado paréntesis en que se encontraba y volver á ser el varón justo, sabio y progresista, para volver á encarnarse en la cumbre honorable de su augusta personalidad, para tornar súbitamente á ser el generoso, abnegado y constante bienhechor de sus semejantes, el padre de los huérfanos, de los desvalidos y de los ciegos, el fundador de hospitales, de asilos para la indigencia, el sacerdote modelo y ejemplar.

Martín Pérez acercó su butaca á la de Ancheta y con reposada voz, y con la elocuencia que le era peculiar, le refirió todas las circunstancias de su amor por Jacobilla, el compromiso inverosímil que con ella había contraído, las dudas que lo asaltaban en lo tocante á la honorabilidad de su amada y todo el cúmulo, en

fin, de ideas y preocupaciones que le habían impedido dormir en la noche. Aquello fué un desahogo franco, una confesión formal que duró como media hora.

Ancheta lo oyó entre sonrisas benevolentes y sorbos de rapé, sin pronunciar una palabra; y luego que hubo concluído, le dijo:

—No me sorprende en nada el estado de revolución en que se halla su espíritu, estando en el momento psicológico de una gran pasión; y si ello pudiera medirse por el termómetro, estaría usted en los 40 grados de amorosa fiebre. Prácticamente conozco el caso, porque ¿á qué negarlo? me he encontrado en idéntica situación algunas veces. Los atacados del mal no se engañan, conocen el peligro, miden la profundidad del abismo donde van á precipitarse, presienten las consecuencias de la caída, pero no se detienen, una mano misteriosa los empuja (la de Pateta, sin duda) hacia la simas del pecado, y hoy un peldaño, mañana otro, van bajando, bajando, con un placer infinito, con una fruición deliciosa hacia el fondo de la tentadora prevaricación. Usted no ignora quien soy yo, sabe que tengo en mi país un gran nombre legítimamente adquirido, tengo sagrados deberes que cumplir con la sociedad que me admira y me estima, y con mis asilos y congregaciones caritativas, que son mi orgullo, sabe usted, mi querido general, y si no lo sabe, se lo digo ahora, que yo me jacto de no ser malo, creo que soy un buen representante de la religión cristiana, y sin embargo, he delinquido, y delinco, por la flaqueza de la carne humana y por la mala organización en que vivimos. ¿Qué tiene, pues, de extraño que usted, cuyas restricciones no son tan severas como las mías, haga lo mismo?

Ahora, respecto á los méritos de Jacobilla, y más que todo, respecto á su virtud y honradez, viva usted tranquilo. Es un ángel, cuyas alas no han logrado ni siquiera chamuscar las hogueras del vicio, es un alma fuerte contra las tentaciones, á pesar de su ilimitada libertad y del peligroso oficio que ha elegido para sostener su familia, es pura como la imagen de la

Castidad y resistiría hasta á la cuchilla de Diocleciano. Yo la conozco, aunque de lejos, desde la cuna, porque fuí enemigo de su padre, hombre de gran talento, aunque radical y republicano. En los días en que la he tratado de cerca en París, me he convencido de que no hay dos mujeres en el mundo que se la parezcan. ¿Qué no le ha ofrecido á usted sino el amor platónico? Qué aún amándole tanto como le ama, todavía resiste porque el deber y el juramento hecho á su padre la contienen?

Eso prueba á usted la clase de mujer de que se trata, la fibra de acero toledano de que está formado su corazón, el damasquino temple de su alma, esa joven es un brillante que rueda por el arroyo, una perla que se desliza por las turbias corrientes del mundo, asegure usted esa preciosa joya, ya que no puede hacerla su mujer legítima, pues la creo digna hasta de sentarse bajo un regio solio, por su belleza, su virtud, su talento y su ilustración, déle el puésto que élla le pida, hágala su hermana, su amiga, su amante espiritual, en cualesquiera de esas categorías lo hará á usted más dichoso que la más espléndida cortesana con todos sus favores, como fué más dichoso Salomón después de haber tenido innúmeras concubinas con el puro é ideal amor de la hija del rey de Egipto, pintado tan poéticamente por el rey sabio, en El Cantar de los Cantares.

Martín Pérez, sugestionado por tan elocuentes frases, quedóse contemplando mudo á su inteligente interlocutor, y hubo de pensar en el acto, qué dechado de perfección podría ser aquel hombre si no existieran mujeres en el mundo, ó si llegara á establecerse la previsora é indispensable reforma que permitiera el matrimonio á los clérigos, obispos y cardenales, á fin de que tan delicadas y augustas funciones fuesen ejercidas por venerables padres de familia y no por prevaricadores inculpables. Después de esta breve consideración mental, tendióle los brazos, exclamando:

—Gracias, mi excelente y talentoso amigo, sus cesudas palabras han devuelto la calma á mi espíritu y

la alegría á mi alma. Gracias también por Jacobilla, y en nombre de ella lo invito á almorzar hoy con nosotros en el Splendide Hotel. Es usted el tipo perfecto del verdadero sacerdote cristiano, el moderno Pablo de Tarso, que deberían imitar muchos de sus hipócritas colegas, que, dándose golpes de pecho, cometen las más grandes acciones pecaminosas......

Ancheta quiso formular una excusa, alegando ocupaciones, que tenía que despachar su correspondencia, etc., etc., pero el general, conociendo que la verdadera causa de la excusa era la imposibilidad de salir con él sin previa explicación ó permiso, de la clandestina dama del vecino cuarto, como hombre muy ducho en aquel género de diplomacia, le dijo:

—Yo no admito disculpas, amigo mío, vístase usted con calma y *despache toda la correspondencia* que quiera, que yo lo aguardo en la peluquería parisiense de la plaza Carnot, donde voy á afeitarme.

—Convenido,—respondió el padre sonriéndose picarescamente,—este es el caso de responder como el oráculo de Delfos á Alejandro: "Hijo mío, nadie puede resistírsete!"

## XXII

### NOBLE RASGO HELÉNICO

El parque de la ciudad de Aix no es muy extenso; pero es muy frondoso, muy bello y muy bien cultivado. En los días calurosos del estío es un gran recurso para los temporadistas que acuden allí á tomar aire debajo de la fresca verdura de los árboles, de modo que después de almuerzo, los que no gustan del movimiento, de la música y demás emociones de la Villa ó del Círculo, ó los que no duermen la *siesta*, se van al parque en donde hay siempre gran concurrencia de la gente especial que ama la apacible calma de las delicias campestres, sin las peligrosas atracciones de aquellos establecimientos.

La parte más solitaria, más umbría es la que se halla entre el comienzo de la calle de Chambery y el

juego de pelota, *(lawn tennis)*, allí hay copados árboles, cómodos bancos y rinconcitos muy poéticos, hechos *ad-hoc*, para solaz y entretenimiento de los enamorados, que se pasan horas enteras pelando la pava en dulces paliques en aquella "apartada orilla y lejos del mundanal ruido." Es de advertir que no hay en los troncos de los árboles, nombres grabados ni corazones traspasados con flechas. Esas demostraciones del género romántico no se encuentran en aquel paseo y se estilan muy poco en Aix, porque los enamorados que allí concurren son gentes muy prácticas y materialistas, que no toman el rábano del amor por las hojas verdes de la esperanza y de la ilusión, sino por la fruta roja del positivismo y del placer. No aman el adagio cursi de "contigo pan y cebollas," prefieren el de "contigo *champagne* y trufas."

Esa tarde estaba el parque casi solitario, algunas damas solas lo atravesaban con su falderillo detrás, y su libro en la mano, buscando sitio cómodo para leer, otras dichosas parejas, contemplábanse ocupando los mejores bancos por haber llegado primero; y algunos chicos y chicuelas del vecindario, brincaban las cuerdas, ó tiraban en alto sus pelotas, con alegres gritos.

De pronto, un coche se detuvo frente al hotel Lamartine y tres hombres descendieron velozmente, conferenciaron un instante, dos de ellos tomaron la calle que va hacia el centro, mientras que el otro se dirigió resueltamente hacia el juego de pelota deteniéndose en una de las esquinas del cercado, como uno de tantos espectadores que van allí á divertirse ó á apostar á la decisión de las partidas entre *blancos* y *rojos*. Aquel hombre era el rey Jorge y los otros que quedaron en acecho, eran el ministro y el jefe de policía.

A poco llegó otro coche al mismo sitio que el primero, con una elegante dama y dos caballeros que la acompañaban. Bajaron primero éstos, después la mujer, conferenciaron también breves instantes, y luego los hombres tomaron idéntico rumbo que el de

los acompañantes del rey, y la dama, el mismo que éste había seguido, con la diferencia de que en lugar de ir hacia el juego de pelota, emprendió marcha rápida hacia uno de los bancos de la solitaria arboleda. La mujer en cuestión era Jacobilla, é iba vestida con exquisita elegancia: sombrero blanco con plumas rosas, bolero de raso negro con solapa de encajes *belge* y falda de alpaca de seda, del mismo color de los encajes. El abanico y la sombrilla hacían juego con la parte clara de aquel traje tan *chic*, que habría admirado el mismo Worth. Todos los concurrentes del parque al verla pasar con aquellos *andares* tan genuinamente españoles, exclamaron:—¡Qué mujer tan bella y bien vestida!

La llegada de aquellos dos coches casi á idéntica hora, con el mismo número de personas, un protagonista y dos comparsas ó testigos, hubiera hecho sospechar á cualquier curioso espectador, que se trataba de un duelo; mas, como los referidos protagonistas eran, el uno hombre, y la otra mujer, no había otro camino sino el de sospechar que aquello fuese una cita amorosa, aunque chocase desde luego la incongruencia de los testigos al ignorante espectador, porque sin duda no sabía la especie de personajes de que se trataba. Cuando Jacobilla se sentó en un banco, recostando su sombrilla contra el tronco de un inmenso castaño que le daba sombra, y empezó á agitar nerviosamente su abanico dándose aire, el rey que estaba en espectativa, dirigióse rápidamente hacia ella, saludóla muy correctamente con el sombrero, y sentándose á su lado, díjole cariñosamente:

—Ha sido usted muy puntual á la cita, hermosa Jacobilla. Muchísimas gracias.

—Sí, caballero, muy puntual,—contestóle la aludida con sorna,—como lo acostumbro siempre que tengo que cumplir algún deber, por más que sea penoso....

—¿Un deber penoso?—preguntó Jorge con extrañeza,—tenga la bondad de explicarse con mayor claridad. ¿Recibió usted mi esquela?

—Sí, señor, la recibí, y ello me ha obligado á cumplir el deber penoso de desengañar á usted. Yo soy una mujer honrada.

—¿Pero no sabe usted quién soy yo?

—No tengo ese honor, caballero.

—Yo soy Jorge, el rey de Grecia!

Jacobilla dudó de aquella declaración, hecha así tan inesperadamente y contempló asombrada á su interlocutor, sospechando habérselas con algún chiflado; mas al observar su franca y típica fisonomía, y sobre todo, la dominadora chispa eléctrica que despedían sus ojos pardos, acordóse del retrato del monarca griego que había visto en Aix por todas partes, y convencida de que realmente era su misma persona, le dijo sonriendo:

—Tengo á muchísima honra conocer á Su Majestad, pero sostengo mí respuesta. Soy una mujer honrada y estoy comprometida!

—Yo la amo á usted con toda mi alma, con pasión vehemente—exclamó fuera de sí el rey—yo puedo hacer á usted inmensamente rica, puedo ofrecerle un lisonjero porvenir, hacerla marquesa ó condesa, casarla con alguno de mis súbditos, y, hasta hacerla figurar en mi corte con algún elevado cargo....

—Imposible!—contestó la madrileña y su levantisca sangre afluyó á mejillas y orejas, coloreándolas como al contacto de un flagelo—si Su Majestad desea que lo siga escuchando, doblemos esa hoja y hablemos de otro asunto—añadió sacando de su *necesaire* de cuero de Rusia un paquetico—aquí tiene usted las dos sortijas que me ha regalado. La artista podía conservarlas, pero la mujer pretendida y que rehusa, nó!

Atónito quedóse el monarca contemplando un momento á Jacobilla, sin poder explicarse tal proceder en una bailarina. Acaso en su larga vida de aventuras era la primera vez que tropezaba con aquel fenómeno. Hombre bueno, noble y generoso en el fondo, echó á un lado los escrúpulos de su amor propio ofendido y colocándose á la altura de su

puésto, acordóse de que era rey, diciéndole con cariñoso acento:

—Guarde usted esas joyas junto con mis aplausos, Jacobilla, que si el hombre interesado y ambicioso pudo regalárselas con erótica intención, el rey imparcial y justiciero, le suplica las deje en su poder como señal de admiración y respeto hacia su virtud. Yo quiero ofrecerle mi amistad y hacer público alarde de su ejemplar conducta. Permítame llamar á dos testigos para que presencien esta hermosa escena, que soy el primero en admirar!

Y como al decir estas palabras Jorge alzara su bastón al aire, Jacobilla á su vez levantó su sombrilla, respondiéndole muy emocionada y contenta:

—Qué bueno sería el mundo si todos los poderosos pensaran así y qué bueno es entenderse con los grandes, cuando son inteligentes y tienen el corazón bien puesto! Os doy las gracias, señor, por tan nobles palabras, y como he visto que habéis llamado á vuestros acompañantes con el bastón, yo también he llamado á los míos con la sombrilla. Todos deben ser testigos de vuestro elevado proceder!

—Hola, hola!—exclamó Jorge riendo de muy buen humor—¿con qué estábamos de quien á quien, como en campo de beligerantes? ¿Con qué la reina de la gracia, de la belleza y del honor, no había acudido sola á la cita, sino con su guardia secreta? Afortunadamente supe ser en esta ocasión buen general, tocando retirada á muy buen tiempo.....

Casi juntos, aunque por distintas vías, llegaron los *dos estados mayores*; de un lado el Ministro y el Jefe de policía; y del otro, Martín Pérez y Ancheta. Como unos y otros ignoraban el inesperado desenlace de la entrevista, venían con los rostros huraños, en actitud hostil y con disposiciones bélicas, creyendo á guisa de cumplidos caballeros, que se trataba de desagraviar y defender á su rey ó á su dama.

—Señores,—dijo el rey, tomando de la mano á Jacobilla y colocándose entre los que se suponían adver-

sarios—os presento á esta amiga, la más honrada, la más gentil, la más inteligente y la más grandiosa de las mujeres que he tratado en mi vida. Me ha vencido con tan delicadas armas, que no me siento humillado, por su desaire—y luégo, dirigiéndose á uno de los suyos, añadió.—Ministro, teníais mucha razón. Esta fortaleza es inexpugnable, y, te proclamo hombre muy perspicaz y talentoso....

En seguida se verificaron la presentaciones y cumplidos de rúbrica, y entre aquellas seis personas reinó la más completa cordialidad y harmonía, aceptando Jacobilla y sus amigos la cortés invitación que les hiciera el rey para comer juntos aquella noche en la *Villa des Fleurs*.

## XXIII

### GRATOS PASEOS

Cómo pasan con increíble celeridad los venturosos días!

Martín Pérez y Jacobilla, cada vez más enamorados y en pleno idilio, no habían dejado rincón de Aix y sus alrededores sin registrar.

Ningunos más inquietos y andariegos que los mortales dichosos que se enamoran de veras; como cargan un horno en el corazón y un volcán en el alma, necesitan aire y movimiento para no ahogarse ó incendiarse.

En las mañanas y en las tardes, que son magníficas en aquel privilegiado pedazo de tierra francesa, declarábanse en campaña ó en excursión, ora pedestres, ora en tranvía, en coche, en bote, en ferrocarril, en burro ó en ómnibus campestres.

Un día visitaron el viejo arco de Campannus, que se halla en el centro de la playa, frente al gran edificio de los baños, (con sus inscripciones alusivas grabadas en las vetustas piedras y que fué erigido en honor de una ilustre familia romana), sentándose luégo en los

verdes escaños que hay en el atrio del célebre establecimiento termal, (cuyas sulfurosas aguas son infalibles contra el reumatismo), en donde se bañan de tres á cuatro mil personas diariamente y en donde hay ciento treinta y tres empleados de ambos sexos, sin contar con los treinta y tres porteros, que ostentan en sus cachuchas azules las iniciales de la República Francesa. Allí estuvieron cerca de dos horas leyendo los periódicos y distraídos con aquel extraño movimiento, con aquel *maremagnum* de bañistas de todas las nacionalidades del mundo, que apresurados compran billetes en las taquillas para duchas, piscinas y baños especiales; y sobre todo, no se cansaban de hacer comentarios, sobre la multitud de sillas de mano con sus típicos mozos cargadores, que entraban y salían al establecimiento, conduciendo clientes que toman duchas de vapor, y que de aquel modo extraño, se hacen llevar y traer, envueltos cuidadosamente del cuarto del hotel al cuarto del baño.

Otro día, dirigiéronse al establecimiento de Marlioz, situado en el camino de Chambery, á unos mil quinientos metros de la ciudad.

Allí visitaron el extenso y precioso parque, los lindos *chalets* y aquellas salas de baños alimentados por las excelentes aguas denominadas *Fuente de Esculapio, Fuente de Adelaida* y *Fuente de Bonjeau*, montadas con todos los adelantos científicos y con tanto lujo, que se han hecho célebres últimamente en Europa.

Existen cuatro salas: la de *aspiración*, en donde con sólo respirar aquella atmósfera saturada en minerales se refrescan y ensanchan los bronquios, la laringe y los pulmones, (en aquella sala no se desnudan ni *se mojan* los pacientes, se curan por simple asimilación); la sala de *pulverización*, impregnada de átomos líquidos de polvo mineral, que bien se repiran naturalmente, ó bien se administran por duchas en la garganta con aparatos de nuevo sistema; la de *gargarismos*, en la cual se toma el trago para las gárgaras por delgados tubillos que vienen de la fuente natural

y cuyas boquillas de mármol se cambian para cada enfermo, y la de *aislamiento*, en donde el paciente acostado, tranquilo y en su compartimiento especial, puede respirar el gas que despiden las aguas sulfurosas, por medio de curiosas máquinas hidroterápicas.

Así visitaron igualmente las poéticas márgenes del lago Bourget, la Abadía de Hautecombe, el Gran Revard, el paseo Lamartine, llamado así porque fué en aquella pintoresca altura donde se inspiró el gran poeta para escribir su inmortal libro "Rafael", el lago de Annecy, Chambery y Les Charmettes, mansión campestre, donde vivió en su juventud Juan Jacobo Rousseau, con su jardín á la derecha y con su piedra de mármol blanco inscrustada en la pared, con una inscripción alusiva de Madame Epinay. La casa está á cargo de un guardián que cobra un real por cada persona que la visita y se conserva en el mismo estado y con los mismos muebles que cuando estuvo ocupada por el célebre filósofo y por Madame de Warens.

La tarde que regresaban á Aix de este interesante paseo, un mes después de lo narrado en el capítulo anterior, venían muy alegres Jacobilla y Martín Pérez, en un vagón de primera clase, en donde habían tenido la fortuna de quedar solos. Reinaba entre ellos la mayor franqueza, se trataban de tú y nadie al verlos, habría dudado que eran dos novios que saboreaban las dulzuras de la luna de miel. Asímismo los que conocían íntimamente al general Pérez, y sabían que en su país tenía justa fama de *peligroso* con las mujeres, se hubieran tirado de espaldas asombrados al saber que el Tenorio argentino, estaba domado y que durante luengos días, había andado en excursiones con una linda joven á quien amaba y que viviendo junto con ella, no había traspasado los platónicos límites de un amor ideal........

Ella venía pensativa y negligentemente había abandonado sus manos entre las de Pérez, que las estrechaba con efusión.

—¿Qué impresión traes, amada mía?—preguntóle pasándole el brazo por el hombro y atrayéndola suave-

mente hacia el rincón del sofá,—¿qué has pensado de nuestra visita á Las Charmettes? ¿Te habría sido grato habernos quedado allá por unos días?

—Te hablaré con franqueza,—contestó Jacobilla enderezándose un poco, pues las alas de su sombrero agitadas por la trepidación del tréu, rozaban de manera inconveniente las orejas del general,—la casita rectangular, precedida de su terraza y con el precioso jardín á la derecha, me encantó, lo mismo que el pintoresco sitio donde se halla; pero no desearía yo ser ni madama de Warens, ni Teresa-le-Vasseur, ni madama de Haudelot, ni ninguna de las queridas ó mujeres del filósofo ginebrino. Sus ideas políticas y sociales me encantan, pero sus belenes eróticos me repugnan, el hombre de "Las Confesiones" y el "Contrato Social," me seduce; pero el recomendado del abate Pontverre que por cálculo ó por interés, quería y abandonaba con frecuencia á su bienhechora de Annecy, el que llamaba más tarde prosaicamente á su mujer *ama de gobierno* y el que, por fin, sólo quería con amor sensual á la de Haudelot, ese libertino vulgar me repugna, y, no vale la pena que hayamos pagado un franco por ver las habitaciones de los dos célebres amantes de Las Charmettes, cuando aquellos muebles seguramente no pertenecían á Rousseau, sino al último afortunado con quien la de Warens lo suplantara........

—Ya lo sé, amiga mía,—dijo Pérez sonriendo con intención,—tú vendrías más satisfecha si regresáramos del Paracleto, de visitar la celda de Eloísa y de leer las cartas de su enamorado platónico.

—Te engañas—contestó ella muy listamente—no tengo vitola ni vocación para monja; ni mucho menos deseo verte en las condiciones de Abelardo.... Prefiero otro modelo para nuestros amores platónicos.

—¿Cuál?

—El de Flammarión y la condesa de Saint Auge.

—¿Por qué?

—Porque ambos se amaron en vida hasta el delirio, juntos vivieron é hicieron excursiones, lo mismo que nosotros, asegurando las crónicas que sólo después

de muerta la condesa, fué que Flammarión hubo de obtener algún favor positivo de ella....

—¿Cómo, en qué forma?

—Porque ella le legó la piel de sus hombros como pergamino para encuadernar un ejemplar de su libro titulado "En el Cielo y en la Tierra", obra que figura en su biblioteca con una inscripción en letras de oro, que dice: *Souvenir d' une morte.*

—Oh! querida mía, muchas gracias—contestó riendo el general.—Te aseguro que no me contentaría con eso; yo aspiro á tu piel en vida. Queden esos gustos póstumos para los astrónomos, que divagan por el vacío de tan aéreo platonismo....

—Aguarda, aguarda—dijo Jacobilla, con un gracioso mohín—nunca es tarde si la dicha es buena.

El trén se detuvo en la estación, descendieron apresuradamente porque ya era tarde; y en un coche se dirigieron al hotel.

—¿A dónde iremos después de la comida?—preguntó ella, al separarse para entrar en su cuarto.

—Esta noche hay gran festival en la *Villa des Fleurs*—contestó Pérez, besándola—iremos allá.—Cambia pronto de traje que yo voy á hacer igual cosa.

## XXIV

## AFORTUNADO EN TODO

—Oye, Jacobilla,—decía Martín Pérez, algunas horas después, sentado debajo de un kiosco del famoso Casino—esta noche deseo que visitemos los salones del baccarat, estoy cansado ya de fuegos de artificio, del *Ballet-volant*, de los conciertos clásicos, de *Bi, bo, bu*, de sus campanas y de la repetición de los mismos programas. Vamos á probar un poco de suerte.

—Tú dispones—contestó ella sonriendo—el jefe manda y la subalterna obedece.

Con esta resolución tomaron la avenida de la derecha, que en plano inclinado y bordeada por pre-

ciosos arbustos y rosales, conduce á un largo corredor ó artística tribuna, que sirve de peristilo al primer salón destinado al juego, de las *petits cheveauxs* ó sea á la ruleta disimulada por carreras artificiales de caballitos numerados, que corren á la redonda en un gran aparato, impulsados por la fuerza automática de un coime uniformado. Este juego es el preferido de los tontos y tontas, porque tiene la ventaja de no ganarse nunca en él, en razón de que además de los riesgos naturales á que están expuestos todos los apuntadores de monte, tiene un número 5, ó *caballo blanco*, que al salir arrastra á todos, bien sean jugadores de números ó de colores; lo que equivale á una puerta de diez por ciento en cada carrera. Imagínense ustedes si podrá quedarles hueso sano á los pavos que rodean estúpidamente aquella guillotina de bolsillos!

Nuestros dos amigos se detuvieron algunos instantes en aquel matadero humano ó *inhumano*, contemplando las angustiadas caras de las víctimas, que veían rodar sus francos por las insaciables fauces del Caribdis, al rutinario sonsonete de las consabidas frases del director: *Faites votre jeu messieurs*! *Le jeu est fait*! *Rien ne va plus!* Jacobilla tuvo la tentación de poner algunos francos en aquel ignominioso cepillo ó trampa de coger necios; pero Martín Pérez se opuso, diciéndola:

—No vayas á aumentar el número de estos mansos corderos, que sacrifican aquí sin piedad; si deseas jugar guarda tu dinero para el baccarat, en donde se pierde y se gana *sin puerta*, ó sea sin mayores ventajas para el tallador.

Ella obedeció, guardando el portamonedas que ya había sacado para apostar y ambos pasaron al gran pasillo ó salón intermedio, en donde garzones con librea, reciben en cambio de placas numeradas los gabanes y abrigos, que son devueltos á la salida mediante la propina de ordenanza. Martín Pérez, que ya era conocido y estaba inscrito en el libro de referen-

cias personales, presentó á Jacobilla como *madame* Pérez, en virtud de que á los salones reservados, no es permitida la entrada de mujeres *solas*; deben tener marido ó *souteneur*, que son sinónimos, según la extraña lógica de aquella mansión *smart* del vicio patentado.......

Absorta quedóse Jacobilla al penetrar al primer salón del palacio de Birjan, montado con imponderable lujo y repleto de escogida concurrencia de ambos sexos, que jugaban al rededor de las cuatro grandes mesas, situadas en los extremos, ó se paseaban en el centro del salón, esperando puéstos vacíos, ó pasando algún turno de mala suerte, mientras que en los cómodos divanes y poltronas, animadas parejas conversaban con el palpitante entusiasmo que inspiran las dos poderosas deidades á quienes se rinde culto en aquel templo: el Juego y el Amor. Y, cosa extraña, á pesar del lleno completo, tanto en aquel salón principal, como en los tres anexos, reinaba un orden y un silencio admirables, porque los jugadores no desplegaban sus labios y los tertuliantes conversaban en voz baja, solamente se oía el constante retintín de las monedas, el monótono estribillo de los ayudantes de banca, la voz seca del banquero anunciando su punto y los destemplados gritos de los coimes anunciando que alguna banca estaba en remate y que se adjudicaría al mejor postor.

—Hay cincuenta luises!—gritaba el de una de las mesas de la derecha,—setenta; ochenta! ¿No hay quién diga más?

—Cien!—dijo Martín Pérez; y le fué adjudicado el derecho de tallar.

—Cuidado, amigo mío,—observóle sonriendo su Eloisa,—cuidado con lo que vas á hacer en esta noche, mira que el juego es como el amor, se sabe como se empieza, pero es difícil saber como se acaba; y sobre todo, que siendo banquero, estás solo contra todos.

—No temas, que estoy muy acostumbrado á estas batallas,—contestó el general sacando un manojo de

billetes de banco, que entregó á los empleados para ser cambiados por fichas,—en este juego es mucho mejor tallar que apuntar, pues, aún sin *puerta* tiene sus ventajas naturales, como la del cálculo en ciertos lances, la de dejar á los adversarios que elijan y la de jugar obligado á la doble en cada tiro, porque casi siempre está copado el fondo. Si á todo esto se agrega un poquillo de suerte, ya verás como crece el montón......

Esto diciendo, se acercó á la mesa por entre los corteses *puntos*, que le abrían paso como al nuevo rey, ó como al presunto *pichón* que se prometían desplumar. El coime pagador, extendió sobre la mesa los cien luises cambiados en fichas, habiendo hecho rodar cinco por la rendija, como derecho ó contribución que los banqueros pagan al establecimiento en cada talla, y cuando se ocupaba en esta operación, un hombre pequeño, gordo, colorado y de barbas canosas, sacando un paquete de billetes de su cartera, dijo fríamente:

—Banco!

A esta frase todos volvieron la cara hacia el audaz contrincante, que tenía el aspecto severo de un hijo del Támesis, y muchos recogieron sus paradas que ya habían colocado en los cuadros. Como es sabido, este es uno de los lances más interesantes del juego de baccarat, pues, como cualquiera de los puntos en la primera talla tiene el derecho de copar el fondo, con sólo pronunciar esa palabra sacramental, el primer enristre se hace personal entre los dos jugadores y toma el aspecto de un duelo, en que los demás jugadores hacen el papel de testigos, en razón de que no les es permitido apostar sino después que se decida ese primer choque ó parada *de despejo*. Distribuídas las cartas, el inglés se plantó en ambos cuadros. Martín Pérez volteó las suyas y aparecieron dos figuras, ó repugnantes *monos*....

—Carta!—dijo, y sacó un hermoso siete, que hizo rodar al inglés al fondo íntegramente.

La partida se animó á la vista del mayor capital bancario, las apuestas se hicieron más gordas y el afortunado general, echando *ochos* y *nueves*, impulsado por un ciclón de suerte, dió seis pases sin interrupción ; y cuando vió en la mesa un gran promontorio ó calvario de fichas, billetes y monedas de oro, arrojó los naipes y con fina é irónica sonrisa, exclamó :

—*Suite !*

Al conjuro de esta palabra sacramental, que avisa la huída ó retirada del vencedor, y que ha tomado carta de nacionalidad en todas las lenguas, como la otra española de *banco*, porque desde Rusia hasta Patagonia, se juega el baccarat, á pesar de todas las leyes prohibitivas, al anuncio de que el afortunado tallador, tomaba las de Villadiego con tan inmenso botín, los ojos languidecieron, las narices se perfilaron y los corazones se oprimieron de tristeza, pero nadie chistó, por la elocuencia del conocido y antiguo axioma : *dura lex, sed lex.* Aquello era aceptado, aquello lo hacían todos y no había otro remedio sino el de crispar los puños y resignarse á buscar el desquite con el nuevo rey de banca, cuyo cetro se disputaban ya los aspirantes con los consabidos gritos del director y las ofertas de los postuladores.

Alrededor de cuarenta mil francos ganó Martín Pérez en menos de un cuarto de hora; y como al hacer el cambio en la caja del establecimiento, pidió que le dieran la suma en billetes de á mil francos, resultó que pudo fácilmente guardar en su cartera toda la utilidad, y del brazo con Jacobilla, que entusiasmada aplaudía el valor y pericia de su general, encamináronse á curiosear un poco antes de marcharse, por los otros salones de juego, que también estaban llenos de gente y presentaban el mismo aspecto del salón principal, con la diferencia de que en aquellos centros se jugaba con relativa moderación, porque las bancas no excedían de cincuenta luises y se admitían apuestas desde cinco francos. Al acercarse á una de las me-

sas, Jacobilla haló por el brazo, á su galán, y muy animadamente díjole en voz baja:

—Mira, allí está el padre Robustiano jugando y la que está detrás apoyada en su silla, es sin duda, la italiana, con quien ha emprendido sus nuevos amores,—y luégo añadió con maliciosa sonrisa,—esa que tú encuentras algo parecida á mí.......

Martín Pérez se detuvo, vió hacia el lugar indicado, y contestó riendo:

—Efectivamente, es el mismo que viste y calza, y la otra es su gentil Laura; que en verdad, tiene contigo la semejanza que puede haber entre un salomón y un brillante. Pero qué hallazgo! Acerquémosnos cautelosamente y pongámosnos á sus espaldas, para poder observarlos sin ser vistos.

Así lo hicieron, y como en aquellos sitios cuando se está jugando, nadie se ocupa de sus vecinos, porque toda la atención está en las mesas y todos los ojos en las monedas, fichas y billetes que en ellas circulan, pudieron darse cuenta minuciosa de la situación de la sorprendida pareja.

Sin duda alguna que el doctor Ancheta estaba perdiendo, porque tenía las orejas encendidas como un par de tomates, y abundosas gotas de sudor rodaban por su frente; mientras que su mirada nerviosa, fijábase con avidez, ora en la cara impasible del tallador, ora en el cuadro donde estaba apuntando. Y cosa rara, aquel *guiñoso* cuadro perdía siempre, á tiempo que los del otro lado, ganaban sin cesar, teniendo al banquero arruinado. Muchos puntos habían cogido á nuestro hombre como cábala ó como *pito*, para jugar en su contra, y el mismo banquero lo veía con repugnancia, pues comprendía que su mala sombra le estaba haciendo daño. El infeliz sacaba más y más dinero de los bolsillos, y empecinado con la furia del desquite hacía paradas de cinco y hasta de diez luises, que eran arrastradas incesantemente por la incansable paleta ó cucharón del gurrupié.

A la pobre Laura, pintábasele inmensa angustia en el simpático rostro y muy contrariada le hablaba al

oído y le hacía señas para que no jugase más, ó para que se pasase al otro cuadro que era el afortunado, pero Ancheta, con la terquedad y ofuscamiento del perdido, continuó jugando en el mimo lado (en donde ya nadie apuntaba), hasta que sus bolsillos quedaron sin un solo céntimo. Entonces, como impelido por una inspiración satánica, se levantó de la mesa y llamando á un lado á su compañera, le pidió sus joyas para buscar dinero junto con su reloj y su sortija de brillantes. Ella, abnegada y generosamente, convino en el acto, y ambos se dirigieron á una de las cajas á empeñarlo todo por cincuenta luises. Estas mujeres de la vida libre tienen esos rasgos incomprensibles, tratan de sacar de sus amantes todo lo que pueden, pero también les dan todo lo que tienen en ciertos lances supremos!

Apresuradamente volvió el padre Robustiano á la mesa de juego, y, siguiendo, aunque tarde, los consejos de su amiga, empezó á apostar en el cuadro ganador; mas, oh! volubilidad de la coquetona suerte, apenas el renegado presbítero, principió á poner sus luises, cuando la casquivana hada voló hacia el otro lado y todos los cincuenta luises del empeño de las prendas fueron arrastrados al fondo, en medio de las chacotas y murmuraciones del público, que á *sotto voce,* hacía mil graciosos comentarios respecto á la insólita *guigne* de aquel desventurado coloso.

Martín Pérez y Jacobilla lamentaron mucho aquella mala situación de su amigo; pero temerosos de aumentar su pena, no quisieron presentársele, y sigilosamente como habían entrado, saliéronse del salón para dirigirse al hotel, pues era ya algo avanzada la hora y sentían necesidad de reposo.

## XXV

## EXCELSIOR !

Al siguiente día muy de mañana un garzón subió al cuarto del general Pérez á anunciarle que un caballero, cuya tarjeta le entregó, deseaba hablarle muy urgentemente. Al leer la tarjeta que decía "Antonio de Nájera," Pérez ordenó al sirviente que lo hiciera subir en el acto.

—Dispense usted, mi buen amigo,—dijo el anunciado al aparecer en la puerta, abierta por completo para recibirlo,—disimule que haya venido tan temprano á importunarlo; mas, un asunto de la mayor urgencia para mí, oblígame á dar este paso.

—No tenga usted cuidado,—contestóle afablemente Pérez, ofreciéndole un sillón,—siéntese, y sepa que para los hombres como usted, para los amigos de su clase, (que son pocos), siempre estoy á la orden á todas horas del día y de la noche. ¿Qué le pasa? hábleme con toda franqueza.

Aquellas palabras tan francas y cariñosas, animaron un poco la compungida faz del falso don Antonio, que venía arrugada y zahareña, por las impresiones desagradables de la última noche. Bien se comprendía por todo su aspecto, y principalmente, por la depresión sombría de sus ojos, que no había dormido ni un segundo, que estaba dominado por una inmensa tribulación y lleno de agudos remordimientos!

—Soy un desgraciado, un indigno, un réprobo,—contestó el asendereado levita, dejándose caer en el sillón,—no puede usted suponer la situación horrible en que me hallo, estoy deshonrado y lleno de vergüenza, y hasta en disposición de suicidarme.

—¿Pero está usted loco, mi querido doctor?—replicó Pérez fingiendo gran asombro,—¿qué desgracia tan suprema puede haberle ocurrido para que un hombre de su talla y de su inteligencia, pueda encontrarse en tal estado de desesperación?

—Todos los vicios en consorcio, todas las pasiones conjuradas en contra mía, para de falta en falta, y de prevaricación en prevaricación, haberme llevado al abismo de maldad en que me veo sumido, haciéndome cometer todo género de ruines procederes. Soy un desgraciado, mi general, y conociendo la especie de hombre que es usted, he venido á buscarlo como confidente, como egida, como consultor y hermano, como áncora de salvación en este mi horrible naufragio.

Muy bien conocía el general los motivos de la honda pena de Ancheta, testigo como había sido de su desastre en la Villa; pero ante aquella actitud aciaga y al oír aquellas frases de tan amarga decepción, sospechó que algo más serio podía ocurrirle, además de la pérdida en el baccarat, por lo cual le dijo:

—Abrame usted su pecho, amigo mío, refiérame todas sus cuitas, por íntimas que puedan ser, recuerde que igual cosa hice yo con usted en días pasados, y sus consejos me volvieron la calma, y, me han hecho el más feliz de los hombres. Ojalá pueda yo corresponder á tan inmenso beneficio! Lo escucho.

Al padre Robustiano se le humedecieron los ojos, profundamente emocionado, guardó silencio un instante, para reponerse; y en seguida, se expresó de esta manera:

—Lo que voy á confesarle es una verdadera atrocidad, y, ni bajo juramento hecho ante los santos Evangelios, nadie creería en mi país que he podido ser yo el protagonista de semejante drama. Tal es el elevado concepto que allá se tiene de mi honorabilidad! Como lo sabe usted, vine investido con las credenciales de representante del clero de mi diócesis en las grandes fiestas del Año Santo, que actualmente están celebrándose en Roma. Traje, además, muchos encargos de iglesias y corporaciones religiosas, para la compra de ornamentos, imágenes, reliquias, y también algunos pequeños apartados para la adquisición de milagros y para regalos á Su Santidad.

—¿Y cuál es su contrariedad á ese respecto? no alcanzo á comprender......

—Ya verá usted, señor don Martín, ahora viene el trueno gordo, no me interrumpa, por el amor de Dios, déjeme pasar este mal trago pronto,—exclamó nerviosamente Ancheta; y, parándose cuan gordo era en actitud trágica, continuó:—En lugar de ir á llenar tan sagrados deberes, me quedé en París, hecho un libertino, un despilfarrador, y ahora he venido á ser aquí un corrompido, un pillastre vulgar y hasta un ladrón, porque no solamente he disipado una parte del poco dinero que traje, en la concupiscencia más descarada, sino que he llegado, impelido por criminal desenfreno, á perder el resto en el juego; y lo que es peor aún, á perder también todo el dinero ajeno, destinado á tan sagrados encargos.

Ya lo oye usted, amigo mío, soy un indigno, un verdadero estafador, estoy deshonrado!

—Calma, calma, señor doctor, no exagere tanto las cosas, ni se califique tan rudamente,—dijo sonriendo el general,—eso pasa con frecuencia en el mundo. Siéntese, que voy á contarle una anécdota, que viene aquí muy oportuna.

El clérigo, muy asombrado de que sus palabras no hubieran hecho efecto en el ánimo de su frío interlocutor, tomó asiento, sin decir una palabra.

—Hace algunos años,—continuó Pérez, rascando una cerilla y encendiendo un cigarro,—que estando yo en servicio en la ciudad de Buenos Aires, se me presentó al cuartel, un día muy de mañana, el Ayudante habilitado de mi división, que era un valeroso é inteligente joven venezolano, á quien yo estimaba y distinguía sobre manera, por su honradez y por sus buenas ocurrencias.

—"General,—díjome al entrar, saludándome militarmente,—vengo á decirle adiós.

—¿Y para dónde vas?—preguntéle con extrañeza.

—Voy para el país de donde no se vuelve, voy á pegarme un tiro!

Su rostro descompuesto y su actitud resuelta no me dejaron duda de que me estaba hablando en serio.

—¿Y qué te pasa?—inquirí,—¿por qué vas á recurrir á tan trágico extremo?

—Porque he comido queso frito,—me replicó muy seriamente.

—¿Cómo es eso, te vas á matar por tan poca cosa? Estás loco?

—Comer *queso frito*, mi general, quiere decir, en el caló de los garitos de mi país, perder los reales ajenos; y eso he hecho yo anoche, he perdido las raciones de la división......

A pesar de lo vituperable del hecho, no pude menos de reírme al escuchar la fórmula en que me lo confesaba y como aquella era su primera falta, resolví salvarlo, y le dije:

—Vamos á hacer un negocio.

—¿Cuál?—me contestó anhelante.

—Si tú me firmas un documento jurando que no vuelves á jugar jamás en tu vida, te presto el dinero para que salves tu honra; y si faltas al compromiso, te haré pegar cuatro tiros.

—Venga el papel y la pluma,—exclamó delirante de alegría,—gracias, mi general, cien veces gracias. ¡Qué bueno, qué generoso, y qué gran corazón tiene usted!

En seguida, y mientras yo sacaba la suma de mi escaparate, sentóse al escritorio, redactó el documento y me lo presentó firmado y escrito en tinta roja.

—¿En dónde has encontrado tinta de ese color?—le pregunté extrañoso, porque la que yo usaba era negra.

—Aquí, mi general,—respondió mostrándome la muñeca pinchada con un cortaplumas,—he querido firmar ese compromiso con sangre, para darle mayor importancia.

Y así aconteció, el ayudante, que se llamaba Luis Berrío, más nunca volvió á acercarse á una mesa de juego, me abonó puntualmente el dinero prestado, con un descuento diario en su ración, y, continuó siendo un empleado modelo."

—Falta ahora la moraleja del cuento, ó el epílogo de la anécdota,—concluyó Martín Pérez, arrojando la colilla de su cigarro en la escupidera de Sevres.—Si aquello hice yo hace muchos años con aquel obscuro oficial, ¿cómo no voy á hacer lo mismo ahora con un hombre del mérito, del talento, y de la altura de usted, y, á quien como un hermano quiero?

No pudo concluír sus hermosas palabras el general sin ver arrodillado á sus pies al infidente sacerdote, diciéndole entre ahogados sollozos de alegría y de reconocimiento:

—¡Qué hombre tan sobrenatural es usted! Es un santo, y sobre todo, un verdadero sabio, porque al hacerme espontáneamente la oferta de mi salvación, me ha tocado el alma con ese sencillo ejemplo del oficial arrepentido. Ahora miro hacia atrás, y me horrorizo de mis malas acciones. Estoy redimido y soy otro sér, altivo y honesto, que renace como el fénix de las cenizas del pecado. Ya verá usted, general, mi conducta en lo porvenir. Venga papel, digo yo á mi vez, como el ayudante Berrío, venga la pluma para escribir el juramento de mi enmienda, no con sangre de mis venas, pues me falta el valor material; pero sí con las amargas lágrimas de mi firme arrepentimiento y de mi gratitud eterna hacia usted.

Y como al pronunciar estas palabras se pusiera de pies para encaminarse al escritorio, el general le dijo:

—Dígame antes la suma que necesita, amigo Ancheta, para que pueda redactar un simple vale, pues con eso me basta. En cuanto á compromisos, bien puede poner todos los artículos que quiera respecto al juego y otras ruines tentaciones; pero en cuanto á lo que se relaciona con el sexto mandamiento y con las hijas de Eva, no escriba ninguna, porque volverá á delinquir......

El buen padre se sonrió maliciosamente, pensó un momento, y contestó:

—Ya veo que usted no es mal psicólogo y muy conocedor del corazón humano. Comprendo sus dudas respecto á mi corrección en lo tocante al sexto mandamiento; pero llevo en mientes el remedio heroico para cauterizar la dañina llaga de mi pasión libidinosa, y, pienso tratar el ineludible punto reformista con el propio Santo Padre en persona. Con seis mil francos tengo para ir á la ciudad Santa, cumplir mis compromisos, gestionar mi salvación y la del clero, y regresar á Madrid, de donde se los reintegraré al llegar.

Mientras el presbítero, nerviosamente escribía, Pérez sacó de su cartera seis billetes de á mil francos, que le entregó en cambio del vale, diciéndole:

—Si necesitare algo más, puede decírmelo; y entre tanto ¿no sería indiscreto preguntar cuál es ese *heroico remedio* que usted va á buscar á Roma para su salvación y la de muchos de sus colegas; puede saberse cuál será esa gran medida regeneradora y reformista?

—¿Cómo nó?—respondió el arrepentido Ancheta, irguiéndose cuan alto era y tomando una actitud severa, reflexiva é imponente, — yo no puedo tener secretos para usted, porque ha sido el noble protector que ha tendido generosamente la mano para sacarme del cieno de la incontinencia, levantándome de mi vergonzosa caída, á usted debo mi enmienda, y voy á decirle mi plan. Al llegar á Roma voy á pedir una audiencia privada á Su Santidad, á lo cual tengo derecho por el carácter de que estoy investido, y, después de confesarle todas mis culpas y pecados, voy á pedirle el establecimiento del matrimonio clerical, como único medio, como necesidad ineludible en este siglo, para establecer la moralidad en el sacerdocio. Voy á recordarle que todos los apóstoles, con excepción de San Juan, fueron casados, y que la Iglesia primitiva, la pura, la genuina, la fundadora del sublime culto católico, lo permitía, desde luego que en las mismas Santas Escrituras, y, por boca del apóstol San Pablo, se establecía: *Que el obispo no debe tener sino una sola mujer.*

Le traeré á la memoria aquel dicho del mismo Jesucristo, cuando refiriéndose á ciertos sacerdotes exagerados, dijo: "*Los hay que se han hecho eunucos voluntariamente para ganar el reino de los cielos;*" añadiéndole que eso significa, que el mismo Dios, no impuso jamás el celibato en sus dogmas, sino que, sin excepciones, dijo á la humanidad: *creced y multiplicaos, por medio del santo matrimonio*, el mismo Jesús, apoyado en su inagotable sabiduría, creyó, según la natural interpretación de esas palabras, que sólo reducidos á ese estado, podrían dejar de oír el llamamiento ardiente de la carne, que una prohibición absurda había convertido en pecado......

Le recordaré que fué el cruel Concilio de Elvira, á quien se le ocurrió, entre los 81 cánones de disciplina que decretó introducir, en mala hora, el del celibato, ordenando la barbaridad de *que los sacerdotes y diáconos se abstuviesen de sus mujeres*, y no pudieran tener en su compañía más que *hermanas ó vírgenes consagradas, al servicio de Dios.*

Le probaré que tan inconsulta y desacertada medida fué un disparate garrafal, porque trajo la relajación consiguiente en el clero, que en los primeros siglos fué un modelo de virtudes domésticas, pués los sacerdotes casados daban el buen ejemplo á los legos, por su fidelidad y corrección en la manera de vivir, exhibiéndose en la sociedad como modelos de buenas costumbres, mientras que los nuevos mártires del celibato, sin encontrarse en *aquel estado*, que criticó Cristo en las palabras antes citadas, y obligados á estar cerca de *hermanas* y de *vírgenes*, forzosamente tenían ocultamente que caer en las tentaciones de la carne y de ahí la inmensa serie de escándalos en los monasterios, en los conventos y fuera de ellos, que obligaron al célebre obispo Paphucio á declarar que *la clerogamia era incompatible con el sacerdocio, y que si no se daba permiso general, por lo menos, se debía permitir el matrimonio á los subdiáconos;* y cuando en el Concilio de Nicea, se trató de imponer á los sacerdotes casados la dura prohibición de no tocar sus mujeres,

el ya mencionado obispo, con su ilustración y habilidad, tuvo la feliz idea de proponer, y así se aprobó: *que la abstención se dejase á la conciencia y voluntad de cada uno.*

Le haré presente que el grande y sabio papa Bonifacio VIII, de manga más ancha y de procedimientos más sesudos y juiciosos, abrió el compás hasta el extremo de conceder á las órdenes menores el permiso de casarse, ó sea lo que se llamó *Privilegia Canones et fori,* bajo la condición de que vistieran siempre el hábito eclesiástico y usaran la tonsura; y como argumento Aquiles le remacharé el clavo, añadiéndole que el Concilio de Trento, apdotó expresamente esta acertada disposición del mencionado papa.

Y si nada de esto bastare á convencerlo, le diré que San Ambrosio era partidario del matrimonio clerical, y que muchos obispos galos y españoles, después del Concilio de Elvira, siguieron al lado de sus mujeres con el título de *hermanas;* y que en España pudieron casarse, hasta que se celebró el Concilio de Toledo, en el año 527, y en Sicilia, hasta el reinado de Pelagio II.

Le sacaré á colación el noble ejemplo del virtuoso y sabio sacerdote Sinecio de Cirene, quien por no separarse de su esposa muy querida, rehusó el obispado de Tolemaida, y con tal motivo, dijo á su hermano estas hermosas palabras: *Tengo una mujer que he recibido de Dios y de la sagràda mano de Teófilo; y declaro, que no quiero separarme de ella, ni tener que aproximarme a élla á escondidas, como un adúltero, antes por el contrario, deseo tener en élla, muchos y venturosos hijos,* añadiéndole, que á pesar de esta franca y honrada declaración, fué ungido como obispo y fué una gloria del poder eclesiástico y un dechado de virtudes en su diócesis.

Y si todavía Su Santidad no se diere por vencido con tantos antecedentes, le recordaré, por último, que Otón, obispo de Costanza, á pesar de todas las restricciones, permitió á su clero tener mujeres; y, que el ar-

zobispo de Maguncia, cuando ordenó al de su diócesis abandonar las suyas, en el plazo de seis meses, encontró muy enérgica resistencia en el Concilio de Erfurt y en el mismo Milán, hasta el extremo de ocurrir serios disturbios y contiendas civiles, en tiempos de Gregorio VII, entre los Nicolistas y los Patarinos, ó sea entre los partidarios de la iglesia de Roma en contraposición con la de Milán, sosteniéndose con tal motivo, una larga y sangrienta lucha armada, que duró un siglo, hasta que á fuerza de lágrimas, de ruinas y de sacrificios triunfó la causa sostenedora del celibato, bajo el acero despótico de Herlambaldo, que anonadó á los vencidos, con saqueos, incendios, y otras atrocidades, que obligaron á emigrar á centenares de sacerdotes, los cuales aprendieron á gobernarse sin arzobispo, como en una verdadera república, hasta que, andando los años, se encendió de nuevo la guerra y sobrevinieron nuevos conflictos y hecatombes, imponiéndose al cabo, el yugo del celibato, que tantas inconveniencias y escándalos sociales ha venido causando en todas las naciones, donde prevalece la religión católica, y que hoy, en los albores del civilizado siglo XX, afortunadamente, está sentenciado á desaparecer, pues, no sólo el clero alemán ha pedido su derogatoria varias veces á Roma, sino que así mismo lo pediremos en esta celebración del Año Santo, numerosos sacerdotes de todas las diócesis del mundo.

Admirado quedóse Martín Pérez, contemplando aquel rostro iluminado por la chispa de la inspiración, aquellos ojos que despedían fulgores y aquella frente despejada, sobre la cual parecía haberse posado la blanca paloma que anima y guía á los elocuentes predicadores en el púlpito, y, al oír tanta erudición y tantas citas oportunas, reveladoras de fresca memoria, y del detenido estudio que su elevado criterio había hecho sobre la materia en cuestión, se convenció de la superioridad de aquel ilustrado levita, que sin el achaque de su concupiscencia, bien podría considerarse como una lumbrera del clero católico. Al ver

aquella águila que surgía del abismo, se llenó de entusiasmo y le dijo:

—Vuele pronto á Roma, mi querido doctor, y ánimo, no pierda tiempo, repítale todo eso al ilustre León XIII, que es maestro en gobernar la barca de San Pedro, y estoy cierto de que lo impresionará favorablemente. ¿Cuándo piensa marcharse?

—Mañana mismo. Hoy arreglaré todas mis cuentas, abonaré mis deudas, romperé dulces y pecamincsas cadenas, y, al partir en el trén del mediodía para Roma, quedará enterrado en Aix el apócrifo don Antonio de Nájera, y será el doctor Robustiano Ancheta el que se dirige á Roma, á cumplir con sus deberes. No me iré sin venir á despedirme de usted y de Jacobilla.

—Entonces véngase á almorzar mañana con nosotros para tener el gusto de acompañarlo á la estación.

—Convenido,—contestó el eminente sacerdote, tomando su sombrero y apretando efusivamente la mano del general,—espérenme ustedes á las once y media, porque el trén parte á la una.

## XXVI

### EL UNO PARA LA OTRA

Cuando Ancheta regresó al *Moutarde*, llevaba el rostro radiante de placer, subió las escaleras entrando á su cuarto apresuradamente, y como no encontrara en él á Laura Orsini, porque sin duda no se había levantado aún, empujó suavemente la puerta de comunicación, que como nuestros lectores saben, existía disimulada en el tabique.

La bailarina dormía á pierna suelta y su actitud en el lecho era de las más provocativas, pues aunque la discreta camisa de holandilla, adornada en cintas rosadas, la cubría perfectamente; en cambio, marcaba las bellas formas de su cuerpo, y, como tenía el rostro reclinado sobre el brazo derecho, y el abundoso pelo cuidadosamente atado sobre la nuca, quedaba desnudo

el blanco seno con todas sus perfecciones esculturales y con todas la tentaciones lúbricas, aumentadas por los ardientes recuerdos de enloquecedores placeres disfrutados.

Ancheta se detuvo emocionado á contemplar en silencio á su querida, y sea por la generosa conducta por ella observada en la última noche, sea por el brusco cambio que acababa de experimentar en su vida, al firmar el documento al general Pérez, ó bien porque estaba próximo el instante en que forzosamente tenía que abandonarla, acaso para siempre, es lo cierto, que la encontró más linda y seductora que otras veces, observando ahora en sus facciones exquisita finura y distinción, en que antes no había reparado, y le pareció encontrar en aquel cuerpecito tan mono, envoltorio de tan bello corazón, tesoros tan valiosos, que era verdaderamente un crimen abandonar, después que se había tenido la suerte de haberlos encontrado y poseído.—" Nó, eso sería una mayúscula estupidez,—pensó fijando sus libidinosos ojos en cada uno de los detalles corporales de aquella pequeña Pacifae dormida,—no es posible que yo la engañe, cuando ha sido tan buena y tan complaciente conmigo, preferible es decirle la verdad, preferible es sin ambajes, revelarle quién soy yo, á fin de que no pudiendo ya vivir en su compañía, continúe, por lo menos, como mi amiga en lo futuro y, aunque sea de lejos, y espiritualmente, poder cultivar alguna relación con ella. Mi firme intención era haberme ido esta tarde para otro hotel, dejándole una tierna carta de despedida ; y luégo de revestir mi traje sacerdotal y recuperar mi propio nombre, para despitarla por completo, coger el trén de mañana y de este modo pérfido conseguir que ella jamás volviese á ver ni oír hablar del caballero Antonio de Nájera ; mas, al considerar esta pobre joven, tan lealmente entregada á mí, y tan correcta en su conducta desde que conmigo está, me dá lástima y me arrepiento de haber querido proceder de esa manera. Eso sería indigno de un hombre decente. La verdad y siempre la verdad, es el mejor camino en todos los

actos de la vida. Por otra parte,—continuó pensando el delincuente,—puesto que en mi senda aventurera, y entre los abrojos de la disipación, he tenido la dicha de encontrar un alma ingenua y cuasi pura, no debo por ningún caso, ennegrecerla con el rudo golpe de una decepción, sino debo más bien purificarla en el camino del bién, con tanta más razón cuanto que, en esta nueva etapa de mi regeneración, por consejos del inteligente amigo Pérez, no he firmado compromiso alguno que relacionarse pueda con mi obstinada é invencible inclinación al bello sexo; y como felizmente tuve el acierto de seguir al pie de la letra su hábil consejo, claro es que en mi nueva éra, no puedo estar impedido de continuar trillando con discreto disimulo, los dulces vericuetos de *picos pardos*, que tan necesarios son á todo hombre decente que no quiera entrar en los infames abismos del incesto y de la sodomía, claro es que puedo muy bien continuar teniendo mis discretos *belenes*, con la mayor reserva y con el más refinado secreto." Aquí puso fin á sus reflexiones Ancheta; resueltamente se acercó al lecho, despertando á Laura entre besos y caricias, la que sorprendida al verlo en aquel traje tan de mañana, restregándose los ojos, le dijo con asombro:

—¿Cómo, amigo mío, para dónde vas á salir tan temprano? y nada me dijiste anoche!

—No es que voy á salir, Laura de mi vida, es algo más raro aún, es que vengo de la calle.

—Tanto peor entonces. ¿En dónde estabas, se puede saber?

—Como nó, tengo acaso secretos para tí? Fuí á hablar con un amigo al *Splendide Hotel*, con el objeto de conseguir dinero, pues como sabes, todo lo perdimos anoche en el infausto baccarat.

—Has hecho muy mal, Antonio, en salir á ocupar á un extraño, cuando te dige al acostarnos, que todavía me quedaban algunas joyas y algunos *luises* de mis economías, de que podías disponer hoy con el propósito de ver si lograbas desquitarte,—y extendiendo su diminuta mano hacia la chimenea, añadió, sonriendo

con infinita gracia,—en ese cofre encontrarás toda mi fortuna. Dispón de ella, como has dispuesto de mi afecto y de mi corazón.

—Gracias, amiga incomparable,—exclamó Ancheta, conmovido por tan noble proceder,—ya no es necesaria tu generosa ayuda, porque he conseguido con el amigo en cuestión, seis mil francos para salir del apuro. Deseo que te vistas pronto para que hablemos sobre varios asuntos de importancia. En mi cuarto te espero.

Laura se lavó y se vistió en un instante con la prontitud y destreza de la mujer de mundo, acostumbrada á vivir viajando y con la nerviosa intuición de que su amante tenía que decirle algo muy grave. Cuando después de haberse dado la última mano de tocador, llegó al otro cuarto, encontró que su amigo estaba haciendo apuntaciones en la cartera.

—¿Qué hay de particular, qué ocurre de nuevo?—preguntóle cuidadosa,—te noto muy preocupado.

—Siéntate, Laura, tengo que hacerte una revelación,—contestó el presbítero, arrojando cartera y lápiz sobre la mesa.

—Oh! Dios mío! me asustas con ese aspecto misterioso y con esas palabras.

—Pues no te alarmes, porque justamente por el gran amor que te profeso creo que ha llegado el momento de que sepas quién soy yo y de que sepas el lugar para donde voy á partir.

—¿Y vas á ausentarte, por desgracia, mi querido? ¿Qué significa esta determinación inesperada? ¿Acaso has resuelto abandonarme? ¿En qué he podido desagradarte?—preguntó Laura llena de angustia y con la mayor sorpresa,—tú sabes que á ningún hombre he amado en el mundo como á tí. Yo no quiero que nos separemos todavía. ¡Me siento tan feliz!

—Oyeme un momento y ten confianza en mí,—respondió con calma el padre Robustiano,—cuando te conocí en este para mí inolvidable lugar, no te lo oculto, me propuse solamente pasar á tu lado algunos días agradables, porque sentí inmensa atracción hacia

tu persona y hacia tus indiscutibles dotes físicas; pero á proporción que fueron pasando los días, empecé á conocerte á fondo y pude valorar los quilates de tu corazón, la pureza de tu alma, (no contaminada por el medio en que te hallé), y las grandes perfecciones de tu carácter. Pude comprender que á pesar de tu sospechosa condición, no eras una mujer vulgar y que merecías otro género de amor, que el pasajero y puramente sensual, que había pensado ofrecerte con el egoísta intento de pasar alegre y acompañado mi temporada en Aix. Si hubiera realizado esta última determinación, es decir, si no hubiera llegado á quererte del modo noble que te quiero, me habría separado de tí sin decirte quién era, de donde venía y para donde iba, habría sido para tí, un amante anónimo como los muchos que en tu vida habrás tenido y tú habrías sido para mí ave de paso, de las que indiferentemente los hombres cazamos al vuelo en nuestro camino. Pero, te lo repito, he formado mejor concepto de tí y por eso me creo obligado á decirte la verdad desnuda.

La turinesa veía á su amante asombrada, no comprendiendo á donde iría á parar con aquellos circunloquios y perdida en extrañas divagaciones, notábase en su rostro una impresión extraordinaria, reveladora del estado de su alma.

—Tienes razón sobrada, querido Antonio,—exclamó, pasando su torneado brazo por los inmensos hombros del coloso,—comprendo que al hablarme así es porque me amas de veras; pero te suplico me digas pronto la verdad por amarga que ella pueda ser. La copa de agenjo se apura de un trago.

Robustiano Ancheta, como hombre práctico de la vida y con su larga experiencia en ese género de revelaciones peliagudas, adquirida en el confesionario, después de un elocuente preámbulo encaminado á pintar las debilidades humanas, abordó la cuestión morrocotuda, diciéndole lisa y llanamente su verdadero nombre, que él era un sacerdote disfrazado, que de paso iba para Roma en desempeño de la misión consabida, que forzosamente tenía que continuar su

viaje al día siguiente, pues ya se había detenido demasiado tiempo y corría el riesgo de llegar al Vaticano cuando ya se hubiesen apagado los cirios de la gran festividad; terminando la extraña conferencia con algunas frases de relumbrón muy conocidas y con las seguridades de su eterna gratitud, añadiéndole que jamás la borraría de su memoria, que á menudo le escribiría; y en fin, con todas las demás frases de rúbrica que en semejantes casos se estilan.

Absorta y muda quedóse Laura Orsini al oír tan estupenda revelación, trabajo le costaba suponer que aquello pudiese ser verdad y no concebía, que un hombre de las condiciones del señor de Nájera, pudiera ser sacerdote. Al principio llegó hasta á horrorizarse del inmenso pecado por ella cometido, pues á pesar de su vida disoluta, siempre había mantenido en el fondo de su alma el caudal de divina fe cristiana, que le habían inspirado sus mayores; mas, en seguida pensó razonablemente, que élla no podía ser culpable de aquella ilícita unión, desde luego que había entrado ciega en el terreno vedado de la peregrina infidencia. Y caso raro, en el fondo insondable del espíritu humano! Bien fuera porque en realidad se hubiese enamorado seriamente de aquel hombre, ó por la circunstancia de que ahora, al saber que era *fruta prohibida,* le pareciese por lo mismo más sabrosa, es el hecho, que penetrando en lo íntimo de su conciencia, encontraba, que no sentía tanto el haber cometido la falta, sino que sentía muchísimo más no poder seguirla cometiendo; y los recuerdos sugestivos de todas las horas de ardientes placeres que había pasado junto con aquel gran prevaricador de abultado cuello, que amaba con la potencia de un león y cuyas enloquecedoras caricias le habían hecho experimentar desconocidos y sublimes goces, aquellos recuerdos color de fuego, acudían ahora á su acalorada mente, como un tropel de duendes tentadores, gritándole:—"Vas á quedar otra vez sola en el mundo, no abandones ese oásis de afrodisiacas verduras, donde te habías reclinado á descansar de las arideces y sinsabores de la

vida nómade, no bajes del paraíso para volver al arenoso desierto. Lucha y vence al réprobo ahora que lo tienes en tus garras, que conoces su flaqueza y sabes que es apetitosa su carne." Y así pensando la suspicaz hija del Po, se arrodilló á sus pies y anegada en lágrimas, le dijo:

—Conozco la atrocidad de lo que acabas de confiarme, comprendo el abismo que súbitamente se ha abierto entre nosotros; y antes que todo te disculpo, pues no es el primer caso que ha sucedido, ni el último que sucederá en el mundo, de sacerdotes que se entregan á las pasiones amorosas, soy de una tierra en donde á cada paso se han visto y se ven ejemplos de ese género, frecuentes por desgracia en todas partes, mientras no se cambien esas absurdas imposiciones, imposibles de ser cumplidas por contra naturales. Bien conozco la tirantez de nuestra situación, comprendo la extravagancia de mi intento, todo lo palpo, amado mío, y sin embargo, después de la tremenda revelación, ha resultado que ahora te quiero más que nunca! No me dejes! No me abandones! Te lo suplico!

Ante aquel cuadro de gráfica desolación, ante aquella actitud suplicante, tan exenta de fingimientos, y ante aquellas palabras tan inesperadas en la boca de una muchacha, que aunque graciosa y bonita, pasaba por insignificante, Ancheta se impresionó tanto que sus ojos también se humedecieron; y al levantarla en sus brazos para sentarla en la poltrona, colmándola de agasajos, se decía interiormente,—"pero qué hombre tan avisado y conocedor del mundo es el general Martín Pérez, y cuánta razón tuvo para aconsejarme ahora poco, que no pusiera en el documento que firmé, el espinoso articulillo de marras, relacionado con el bello sexo... Cómo me conoce el tuno y sabe muy bien que cojeando de ese pie, iba yo á quebrantar el juramento en la primera emboscada del camino!"

Así pensando y verdaderamente impresionado, dirigiéndose á la cuitada, exclamó:

—No te aflijas, Laura mía, que por nada ni por nadie te abandonaré. Nada importa que mañana parta en cumplimiento de obligaciones ineludibles. Pronto nos volveremos á unir, pues debo confesarte que cuando pensé separarme de tí, al contemplarte dormida, comprendí que no podía hacerlo, y recordé las palabras que Virgilio, en su Eneida, puso en boca de Didón: *agnosco veteris vestigia flammæ....*

—Oh! gracias mil veces, amigo mío,—respondió Laura, besándole las manos,—pero yo no me conformo con eso. Con tu oferta me siento feliz, veo que eres complaciente, mas yo no quiero quedarme por ningún caso. Como tú vas para Roma y ese también es mi camino, me iré contigo, me dejarás en Turín, y en mi casa, y al lado de mi familia, aguardaré tu regreso.

—Todo lo arreglas muy fácilmente, amiga mía, mas eso no es posible, recuerda que desde mañana dejaré de ser Antonio de Nájera para tornar á ser el *padre* Robustiano Ancheta, que irá vestido con su traje talar, con su corona abierta y con su sombrero de teja, teniendo, naturalmente, que variar por completo de conducta. ¿Cómo te imaginas que ese personaje pueda ir acompañado de una mujer?

—Escucha, querido amigo,—insistió Laura anhelante,—para todo hay remedio en el mundo menos para la muerte y todo puede hacerse cubriendo las apariencias; escucha mi plan: mañana muy temprano te mudas á otro hotel, al *Internacional*, por ejemplo, que está frente á la estación y allí muy tranquilamente verificas el cambio, echando abajo el poblado bigote y poniéndote los hábitos. A la hora precisa con solo atravesar la calle tomas el trén; y á poco llegaré yo sola en mi coche, tomaré mi billete y ocuparé tu mismo vagón, quedándome en la estación de Turín. ¿Puede sospechar nadie quién eres tú y quién soy yo? ¿Tiene eso algo de particular y comprometedor?

El padre Robustiano quedóse contemplando á su interlocutora haciéndose cruces interiormente de tan refinada estrategia femenina; y como por su parte,

andaba también buscando un vado para pasar del otro lado, díjole muy afablemente:

—Con franqueza, Laura, has ganado la batalla y me declaro vencido! No te creía tan inteligente, hágase tu voluntad y en tus manos encomiendo mi alma. Eso sí, no tenemos tiempo que perder, busca el sombrero y acábate de arreglar para que salgamos pronto, á recoger las prendas, á hacer algunas compras, para que regresemos pronto á disponer todos los preparativos del viaje.

No es posible pintar la inmensa alegría que experimentó la *voladora* al oír aquellas frases y al convencerse de que había triunfado en sus propósitos. Sus ojos brillaron como el sol después de una tormenta, su cara se tornó radiante y entusiasmada exclamó:

—Tú verás, amado mío, cuan feliz vamos á ser en lo porvenir, muy pronto te convencerás de quien soy yo, sabrás que mi familia es de las distinguidas de Turín y que por una gran decepción, recibida del hombre infame á quien iba á dar mi mano, tuve que abandonar la casa, con gran disgusto de toda mi familia y principalmente de uno de mis tíos, que es cardenal, de otro que es cura de una feligresía del Piamonte y de mis dos hermanas mayores, que son monjas del convento de las *Claras* en Milán.

Ancheta quedó encantado de poseer aquella paloma descarriada de tan mística procedencia, que tan casualmente había caído entre sus manos y quince minutos después, andaba con ella en *victoria* de blanco quitasol, rodando á su lado por las calles y avenidas de aquella población tan animada y riente, en donde habían sido tan felices y que pronto tenían que abandonar acaso para siempre.

## XXVII

## ACTA EST FÁBULA!

Eran las once de la mañana y en el vasto comedor de la terraza del *Splendide Hotel* estaban sentados frente á una pequeña mesa, en donde había tres copas espumantes de *coktail*, Jacobilla y Martín Pérez, elegantemente vestidos con trajes de verano; mientras que al lado de ellos dos *garçones* de casaca, bajo la dirección de un *maitre d' hotel*, igualmente vestido, con el aditamento de una banda azul, característica de muy alto honor en su gremio, preparaban, con todas las reglas del arte, una mesa con servicio para tres personas.

Como este era el día fijado para el almuerzo de despedida ofrecido á Robustiano Ancheta, los anfitriones aguardaban á su invitado, contemplando las verdes montañas y el cielo azul desde aquella privilegiada altura, al mismo tiempo que sostenían un interesante diálogo, sugerido de los comentarios, que hacían uno y otro sobre las cualidades y defectos del personaje que esperaban.

—Te lo he dicho otras veces, y te lo repito ahora,—insinuó Pérez, saboreando su copa de *coktail*,—hay dos reformas que se imponen en el mundo y que pronto veremos realizarse en todas la naciones: el divorcio y el matrimonio clerical.

—Eso es indiscutible,—apoyó Jacobilla, saboreando también su *coktail* con lentitud,—pero á esas reformas se oponen dos fuerzas poderosas, el ultramontanismo y el oscurantismo. La falta de educación social en que vivimos y la perniciosa rutina del egoísta sistema del *laisser faire*, ha preferido la innoble tolerancia de ciertas incorrecciones monstruosas, antes que la franca adopción de esos dos únicos remedios que pueden aplicárseles para estirparlas de raíz.

—Tienes mucha razón, amada mía,—añadió Pérez, —y puedo asegurarte, que las cosas andarán de otra

manera el día no muy lejano, en que podamos obtener esos grandes adelantos que la civilización reclama.

—Ninguna innovación más saludable que la segunda de las dos que has apuntado, porque en el acto se acabarían las tremendas luchas sociales, las horribles torturas de conciencia que los ordenados *in sacris*, tienen que sostener y experimentar para salir casi siempre vencidos por la imposibilidad del celibato, en su verdadera y estricta aplicación. Al obtenerse esa conquista,—agregó Jacobilla con sonrisa irónica,—las *amas de llaves* vendrían á menos inmediatamente, las *sobrinas de curas* pasarían á la historia, las *ahijadas* quedarían en berlina, viniendo á ocupar esos puéstos en las mansiones clericales, la venerable esposa, la matrona augusta del himeneo dispuesto por Dios y consagrado por la Iglesia, dándose de este modo, calor, brillo, honradez y vida santa á esos hogares fríos y estériles en la actualidad, que podrían ser en lo porvenir modelo de virtudes y de honestidad; en lugar de ser como ahora, moradas desiertas en donde por lo menos se peca con el pensamiento y con los deseos; en una palabra, si hasta los ultramontanos extremistas, no pueden negar que casi todos los sacerdotes infringen, de un modo ó de otro, la insensata prohibición, ¿por qué oponerse á una reforma que sólo tiende á regularizar y dignificar la vida del sacerdocio, para evitar que sea atacada por ese vulnerable flanco? Ejemplo al canto, nuestro benemérito amigo Ancheta. Qué hombre tan perfecto sería, si no estuviera expuesto á las frecuentes infracciones mujeriegas á que lo impelen sus grandes pasiones viriles, que no puede reprimir, ni esgrimiendo sobre ellas las poderosas fuerzas de Anteo!

—Es concluyente tu raciocinio respecto á ese punto, —dijo el general entusiasmado por las elocuentes frases de su amiga,—y si en la Argentina tuviéramos establecido el divorcio, si esa Ley salvadora, discutida tantas veces y que á mi salida contaba con mayoría en las Cámaras para su aprobación, si esa otra indispensable reforma social llegara á establecerse entre nos-

otros, cuántos matrimonios desgraciados dejarían de serlo y cuántas uniones felices de más pudiéramos tener! Infinidad de mujeres separadas de sus maridos por diversas causas, que hoy no son ni viudas, ni casadas ni solteras, sino infelices parias, recuperarían su sér moral y tornarían al seno de la sociedad. Multitud de hombres que se hallan en el mismo caso, y entre los cuales tengo la desgracia de encontrarme yó (pues mi pobre compañera, como sabes, perdió el juicio hace algunos años), podríamos igualmente rehacer nuestros hogares, para no vernos obligados á marchar siempre en pos de ilícitos amoríos. Con el divorcio disminuirían los adulterios, y, los crímenes pasionales no tendrían razón de ser, habiendo un medio legal para separarse de los infidentes cónyuges, reafirmándose en cambio, los enlaces por verdadero amor, viniendo de esta manera á ser positivamente indisolubles las uniones, porque estarían sujetas más que por el deber del vínculo obligatorio, por la conveniencia de las dos partes, por el exclusivo afecto, por la homogeneidad de intereses y por el convencimiento de los contrayentes, de haber nacido el uno para el otro, y de que ninguna fuerza humana podría ser suficiente para separarlos!

Al terminar este palique de sociología moderna, que acaso podía ser un párrafo de los discursos que en la Cámara de diputados habría *improvisado* el general sobre ese tema, y que ahora recogía acucioso del fondo de su memoria, para incrustarlo en aquella disertación, una nube negra convertida en forma humana, apareció en la puerta de rejas que dá entrada al jardín; ó mejor dicho, para que pueda entenderse esta endiablada metáfora, digna de la decadente escuela, diremos simplemente, que Su Señoría el Presbítero doctor Robustiano Ancheta, de lustrosa sotana, sombrero redondo con cordones, estilo francés, de cuello alto de vivos morados, cuidadosamente afeitado, pelo corto y su correspondiente corona, empezó á subir arrogantemente la gradería que conduce al comedor y llegó hasta él, acercándose sonreído á la mesa en donde le aguardaban sus amigos.

—Salve al heroico soldado del cristianismo, que aparece otra vez en la palestra con los arreos del combate !—exclamó Pérez, poniéndose de pies y saludando militarmente.—Entonemos un *de profundis* por la desaparición del flux veraniego de franela rayada, por el sombrero *primavera* y por los zapatos blancos !

—Hurra por el orador sagrado y por el religio-diarista eminente, que vuelve á su augusta tribuna á combatir por la fe,—añadió Jacobilla imitando los movimientos del general.—Cantemos un *gori gori* por el descanso del poblado bigote y la melena hirsuta que tanto prestigio tenían entre las sílfides !

—Ya venía yo presintiendo esas andanadas y adivinando ese recibimiento,—dijo alegremente el recienllegado, poniendo en el colgador su sombrero y el devocionario sobre la repisa.—Buenos días, queridos amigos, aquí me tienen ustedes ya en el campamento; aquí estoy regenerado por las aguas lustrales de la experiencia, habiendo dejado detrás de mí, sepultados en la fosa esos recuerdos de mis devaneos......

—Que así sea !—contestó Jacobilla, ofreciéndole una poltrona y acercándole una copa de *coktail*,—ojalá que no siga usted el ejemplo de la mujer de Lot......

—Llega usted como siempre á tiempo,—añadió Martín Pérez,—justamente á la hora psicológica del trago......

—¿ Cómo había de faltar,—dijo el padre, frotándose las manos satisfecho,—sabiendo que era esperado aquí con tanto gusto ? En estos casos recuerdo siempre aquellas oportunas palabras de Jesucristo : *Cuando dos ó tres se hallen juntos en mi nombre, yo estaré en medio de ellos !*

—Soberbio !—exclamó el general,—ya tenemos al hombre en carácter y en su elemento como siempre.

—Y ya me parece,—dijo riendo Jacobilla,—verlo arrodillado ante el Padre Santo, quien al oír la confesión de sus bemoludos pecados, especialmente los que se rozan con el sexto mandamiento, habrá de decirle como Jesús á la Magdalena : *Mucho le será perdonado porque amó mucho......*

—Siempre usted la misma mujercilla cruel y sarcástica,—replicó Ancheta saboreando su copa con fruición,—siempre inteligente y cáustica, mortificando á los prójimos. Yo supongo que el general le habrá hecho saber mis bien intencionados propósitos de enmienda.

—De todo estoy informada, amigo mío, pero como al leer su compromiso firmado, hube de notar que no se decía ni jota de aquel vital asunto de su flaqueza, que hizo exclamar á Bretón:

"Danza en todo una mujer,
viuda, casada ó doncella;
luego el hilo está en saber
¿Quién es ella?"

Al cerciorarme de que no se hablaba de soga en la casa del ahorcado, dije para mí, este papel es letra muerta, es un fusil sin bala, una cuerda de estira y encoge, que deja suelto al buey para que bien se lama......

—Pero eso no es culpa mía,—rectificó prontamente el padre, algo cohibido,—fué don Martín quien me aconsejó que no me metiera en esos trigos, porque podría salir mal librado.

—Ya lo creo,—replicó con sorna Jacobilla.—Don Martín y usted son dos pájaros de cuenta que bien se entienden......

—Gracioso sería,—observó Pérez,—que viniera yo á pasar ahora denteras por naranjas que no he comido. Protesto!

—El almuerzo está servido,—anunció el *maitre d' hotel,* haciendo una profunda reverencia.

—Santa palabra,—dijo el presbítero,—y cortándose el hilo de la conversación, sentáronse los tres á la mesa, que era un verdadero primor en el arte culinario, tanto por la excelencia de los platos como por la forma exquisita del servicio; reinando en ella la mayor animación y cordialidad. Disputábanse la palma la franqueza y las frases joviales. Menudeaban,

junto con los finos chistes, las palabras de doble intención, que tanto se estilan entre personas intruídas, cuando se reúnen y están de buen humor. El estado de espíritu de aquellos tres seres á quienes la casualidad había traído de la mano para ponerlos en contacto, tenían respectivamente sobrados motivos para sentirse contentos.

El obsequiado, que pocas horas antes, por su mala cabeza, había estado con el dogal al cuello, encontrábase ahora en terreno firme, y con nuevos bríos y entusiasmo iba á realizar en breve el dorado ensueño de toda su vida, circunscrito al deseo de conocer á Roma y al augusto representante del apóstol Pedro, pudiendo al mismo tiempo cumplir el honroso encargo que se le había confiado; y si á todo esto añadimos que el astuto pastor llevaba á mayor abundamiento y con las reservas del caso, junto con el otro asuntillo, una oveja descarriada para dejarla en el redil paterno, debemos convenir en sus múltiples satisfacciones.

Los obsequiantes, reunidos también por los raros caprichos del destino, estaban pasando en aquel aristocrático balneario algo así como la luna de miel de sus platónicas bodas, pues aquellos felices días de su existencia, embellecidos por una pasión noble y verdaderamente ideal, hacía que todo lo mirasen al través de un paisaje color de rosa, coronado por un cielo azul cubierto de estrellas. En lontananza estaba la tierra prometida con que nunca pudieron soñar; el uno, porque ya en el tramonto de la vida y con el hogar desierto, por la ausencia de la esposa, no le aguardaban sino contrariedades, dolencias y amargos desengaños en la vertiginosa carrera de disipaciones que para aturdirse había emprendido en los últimos años; y la otra, arrancada por la desesperación del seno de la miseria, al abandonar su osbcuro cuarto de la calle de Jacometrezo, para abrirse paso y salvar á su familia, á pesar de haber salido con la más denodada resolución, jamás creyó llegar á verse tan favorecida por el éxito, ni pensó tampoco alcanzar la extraordinaria ventura de haber tropezado en su camino, con

un compañero de los méritos de Pérez, con el tipo soñado del hombre que su imaginación presentía; ni con la circunstancia de haberse enamorado tanto de él, que ya no concebía en el mundo otra dicha, que la de cultivar ese amor, por sobre todos los inconvenientes y á pesar de las más enormes dificultades. Como ambos sentíanse recíprocamente satisfechos de aquella pasión, digna de la novela, del drama ó del poema, orgullosos de sí mismos, vivían en perpetuo idilio, extraños á los acontecimientos que le rodeaban, trasplantados en aquel valle privilegiado de Aix, como dos aves eróticas y delirantes, que se habían posado allí á buscar refugio, huyendo de las tormentas de sus respectivos alares.

Almorzaron todos con magnífico apetito y antes de los postres, al servirse el vino de honor, alzó Pérez alegremente la copa y dijo:

—Brindemos por la felicidad del viajero, por los mejores resultados de sus asuntos en la Ciudad Santa, y por su feliz regreso á España, donde le esperan nuevos y merecidos triunfos.

La madrileña, levantando en alto la suya, añadió:—Porque el moderno sacerdote se inspire en los adelantos de la época, á fin de que, pueda llevar á nuestra patria el espíritu de tolerancia que tanto necesitamos, para fraternizar con las nuevas corrientes reformadoras!

Con copa también en alto, Ancheta contestó:

—Que la Providencia me ilumine y que ella derrame sobre ustedes todos sus favores, y, que algún día me sea dado el placer de bendecir la suprema felicidad de dos seres tan perfectos, unidos hoy con las dulces cadenas del amor!

Aquel último brindis, como es de suponerse, fué muy celebrado por los anfitriones, y muy cerca de las doce y media serían, cuando se levantaron de la mesa. El padre Robustiano, con la impaciencia propia del viajero que teme perder un trén, apuraba nerviosamente á sus amigos para salir, sacando á cada instante el reloj.

Martín Pérez, ofreciéndole una taza de café, le dijo :

—Tranquilícese usted, amigo mío, que llegaremos á tiempo, el coche del hotel sólo gasta seis minutos de aquí á la estación y ya está aguardándonos en la puerta con nuestras maletas listas. Tenga calma, que vamos á darle un sorpresa.

—¿Cuál es ella?—inquirió Ancheta, algo inquieto por el anuncio, como por las frases aquellas de *nuestras maletas.*

—Que nos vamos con usted, que no lo dejamos, que seguimos sus huellas!—gritó Pérez entusiasmado, poniéndole las manos sobre los hombros.

Esta borrascosa noticia no hizo muy buen estómago á Su Señoría; frunciendo el ceño acordóse del contrabando que llevaba, pero haciendo de tripas corazón, vióse forzado á contestar con aparente alegría :

—Oh! cuánto lo celebro, amigos míos, qué agradable sorpresa. ¿Acaso van ustedes también á presenciar las grandes ceremonias del Año Santo?

—No tanto, amigo Ancheta, en el deseo de complacer á Jacobilla, (que no quiere irse de estos sitios, sin visitar la gran Chartreuse), hemos resuelto hacerlo por vía de Grenoble, por cuya causa, tendremos el placer de ir con usted hasta dicha ciudad, para de allí seguir á nuestra excursión.

—Muy bien pensado—contestó el padre tranquilizándose á medias,—y, francamente, si no fuera por el apremio de mi viaje, ya los acompañaría yo con placer, porque según me han dicho, en ese monasterio hay mucho que admirar.

—A pesar de todo,—insinuó Jacobilla, ajustándose los guantes y guiñando un ojo,—sospecho que á nuestro amigo no le ha caído muy bien la noticia de nuestro viaje. Cuidado como vamos á encontrarnos con *moros en la costa!*

—O más bien con *moras*,—añadió Pérez, tomando su bastón y su sombrero.

—Oh, qué atrocidad, amigos míos,—contestó el sacerdote, poniéndose algo colorado y cogiendo tam-

bién el sombrero y su devocionario,—todo lo contrario, estoy contentísimo de que ustedes me acompañen, y ya se convencerán de que no hay motivo alguno para abrigar malos pensamientos.

Bajaron los tres á la calle, acompañados del fachendoso *maitre d' hotel,* y de los dos garzones, que se esmeraban en hacer zurdas cortesías, en demanda del indispensable *pourboir.* A instancias de Pérez, Ancheta despidió el coche que le aguardaba, haciendo pasar su equipaje al del hotel, en donde entraron todos, partiendo en el acto á gran trote con rumbo á la estación, á donde llegaron cuando precisamente asomaba el *rápido* que venía de París. En el acto tomaron sus billetes, hicieron pesar los baúles, y cinco minutos después estaban instalados en un vagón de primera clase.

Como el trén no se detiene en la estación de Aix sino muy pocos minutos, Ancheta muy inquieto, asomado á la ventanilla, miraba hacia todos lados extrañando no ver llegar á Laura, cuando rápidamente vió salir de la sala de espera, una mujer vestida de negro, cubierta por un tupido velo y seguida de un mozo que llevaba sus maletas. Era ella; por el cuerpo y el andar la conoció en seguida, y al verla subir, atravesar el pasadizo y dirigirse al vagón reservado para damas solas, respiró de satisfacción y se arrellanó en su asiento cuan ancho era. Ya nada lo preocupaba!

La suspicacia de Jacobilla, con ojo escudriñador, examinó al pasar á la recien llegada, sonrióse maliciosamente y preguntó al padre Robustiano:

—Tenga la bondad de decirme, y perdone la curiosidad: ¿Conoce usted esa elegante dama que acaba de llegar?

—Absolutamente; me es desconocida,—respondió el presbítero con fingida indiferencia,—apenas me he fijado en ella al pasar......

—Pues yo sí que la conozco y mucho, queridísimo doctor,—dijo Jacobilla dándose aire con el abanico,—y al despedirnos en Grenoble, le diré su nombre en el oído......

—Verdaderamente que ustedes las mujeres son el mismo Satán personificado,—respondió el padre abriendo su libro, como para poner punto á tan indiscreta conversación.

El jefe de estación tocó la campana de salida, muchas manos y pañuelos se agitaron en señal de despedida y el trén partió á toda máquina dejando oír agudos silbidos.

## XXVIII

### SE DISUELVE EL GRUPO

Nada más agradable á la vista del viajero, que esa zona comprendida entre Aix y la frontera de Italia. Graciosos valles, altas montañas, torrentes de cristalinas aguas, extensos bosques, poéticos lagos, escarpadas rocas, hondos precipicios, y todo eso alternando con terrenos cultivados, con castillos, con *villas* y con los humildes tugurios de los campesinos; y todo eso complementado por la exuberancia de verdura en la vegetación, por luz tropical en la atmósfera y por incomparable azul en el cielo, le llevan de asombro en asombro, y de admiración en admiración, constantemente asomado á las ventanas del vagón, hasta que la proximidad de algún oscuro y largo túnel, de los numerosos que abundan en esa vía, le obligan á acomodarse en su asiento, para continuar contemplando en su imaginación, aquellos hermosos panoramas que han hecho célebre aquel pedazo de tierra saboyana.

Nuestros amigos no cesaban de ponderar tan remarcables bellezas, principalmente Jacobilla, para quien eran totalmente nuevas, familiarizada como estaba únicamente con los áridos y escuetos alrededores de Madrid. Ancheta encontraba mucha semejanza entre aquellas montañas y las de las provincias vascongadas; mientras que el general Pérez, lleno de entusiasmo sostenía, que nada era tan comparable con ellas, como la inmensa cordillera de los Andes. En tanto que los

tres entretenían el tiempo con estas y otras conversaciones animadas, la pobre Laura iba silenciosa, aburrida y meditabunda en su vagón reservado, llevando por compañeras á una señora de lentes, muy gorda y muy rubicunda, esposa de un comerciante genovés que regresaba de la exposición de París, una turista inglesa, que con el *guía* en una mano y la cartera en la otra, hacía constantes apuntaciones; y una hermana de San Vicente de Paúl, de rosario y ancha toca, que iba para el hospital militar de Grenoble. Por esta circunstancia y porque aquellas preciosidades de la vía eran para ella burdo pan cuotidiano, que absolutamente la impresionaban por haberlas contemplado en muchas ocasiones, resolvió Laura aislarse en el rincón del sofá que ocupaba y en dulce sopor entregarse á sus meditaciones. "No me queda otro camino sino el que las circunstancias me han obligado á emprender,"— pensaba meneando constantemente las alas de su ancho sombrero negro por la violenta trepidación del trén,—"no me queda otro recurso sino el de apoderarme á todo trance del albedrío, del corazón, de la persona entera de ese español á quien tanto amo y que ha llenado por completo la medida de mis aspiraciones ideales y materiales. Acaso por ser yo tan diminuta soñaba desde mi niñez con la sin par ventura de pertenecer, no á un *grande hombre,* porque no podía aspirar á tanto, pero sí, por lo menos, á un hombre grande, por aquello de que en los contrastes es que reina el mayor placer. Recuerdo que muchas veces al regresar del colegio, me encontraba por la calle con tropas que venían de hacer ejercicio, y al contemplar al cuerpo de granaderos y á los *tambores mayores*, que marchaban con su bastón á la cabeza de las bandas, me quedaba extasiada como una tonta, admirando aquellos gallardos cuerpos; y otras veces cuando asistía á los circos, se me humedecían los ojos de emoción y abría tamaña boca, viendo á los hércules semi–desnudos, que levantaban á pulso enormes barras de hierro y cargaban sobre sus hombros casi todo el personal de la compañía. Más tarde cuando mi padre

me llevaba á visitar los museos de pintura, recuerdo que mis cuadros favoritos eran Sansón destruyendo el templo, Goliat en actitud guerrera y San Cristóbal con el Salvador á cuestas. Así me explico que mis primeros amores hubieran sido con Giusseppi Guridi, bajo de la Opera Cómica, que pesaba ciento veinte kilos y medía un metro ochenta centímetros de altura, siendo tan *bajo* y tan perverso conmigo el tal figurón, que abusando del frenético amor que me inspiró, hizo de mí una mujer desgraciada, deshonrándome y marchándose para New York, enrolado en una Compañía. Por último, cuando menos lo esperaba, me cayó del cielo otra media naranja, personificada en el ex-caballero Antonio de Nájera y en el actual padre Ancheta, con la rareza inconcebible de parecerse tanto á mi pérfido seductor, que cuando lo ví aparecer en el comedor del *Moutarde*, me saltó el corazón creyendo que pudiera ser Guridi. Por fortuna no era él, sino su trasunto ú homónimo, su *pendant* en cuanto á lo físico y su antípoda en cuanto á lo moral, porque mi nuevo afecto resultó ser un hombre correcto, de gran inteligencia, caballeroso, amable y distinguido en toda la acepción de la palabra, por lo cual he ganado enormemente en el cambio. Verdad es que ha resultado á última hora con una gran nulidad, con el inconveniente de ser sacerdote; pero ya es tarde para reflexionar, ya es tarde para arrepentirse y volver hacia atrás, lo hecho, hecho se queda, y queriéndole tanto no voy á cometer la tontería de desbaratar esa relación, abandonándolo por ese incidente; al contrario, eso habrá de servirme de egida para que ninguna otra mujer me lo quite, ya que he tenido la fortuna de apoderarme de su sér, no en forma de Satán, como dirían los fanáticos, sino en nombre del amor ardiente, verdadero, natural, é inevitable á que todo hombre se doblega, y que ninguna cortapisa, ni prohibición alguna puede domeñar. ¿Cómo y en qué forma lograré conseguir no separarme jamás de ese hombre amado, del cual me alejan todas las trabas sociales, todos los anatemas del rito? El tiempo y los acontecimientos lo resolverán."

Una cosa venía contrariándola grandemente en aquel raro viaje y era la circunstancia imprevista de haberse presentado Ancheta al tomar el trén acompañado de sus dos amigos, que no se habían limitado á despedirlo en la estación, como era lo convenido, sino que sin saber por qué motivo, habían entrado con él al vagón y venían también de viaje. ¿ Hasta dónde llegarían los intrusos ? Esa incertidumbre la mortificaba, porque la tal innovación acaso impediría que ella no pudiese hablar con su amigo en Turín para despedirse y entenderse debidamente. En estas y otras reflexiones pasaron algunas horas, y cerca ya de las seis de la tarde, sintió Laura mucho apetito, y como por prudencia no había querido tomar billete para concurrir al vagón-restaurant, echó mano del *panié* ó cesta que había comprado en Chambery, y, empezó á comer con el entusiasmo de una colegiala.

A las siete se detuvo el trén y el conductor gritó :— Grenoble ! Cinco minutos de parada !

Laura se asomó en el acto á la ventana y vió con sorpresa bajar á Pérez y á Jacobilla, saliendo también detrás don Robustiano cargado de maletas. Aquello la alarmó grandemente, intentó hasta salirse de su vagón ; pero su angustia se trocó en alegría cuando vió que el padre se despedía de él, entrando otra vez aceleradamente en su compartimiento.

—Ah, ya comprendo,—exclamó en voz muy baja,— se quedan en Grenoble, y los dos seguimos juntos y libres en pos de nuestro destino......

El trén continuó su marcha hacia Italia ; Pérez y Jacobilla quedáronse de pie en la estación, saludando á su amigo hasta que lo perdieron de vista. No sin gran sentimiento separábanse del compañero con quien habían pasado aquellos meses tan inolvidables de su vida ; y todavía al contemplar de lejos el negro penacho de humo que el vapor iba dejando en la atmósfera, parecíales continuar viendo la simpática figura del sacerdote, que con su pañuelo blanco les saludaba.

## XXIX

## GRENOBLE

Acto continuo y acompañados del mozo que había cogido sus maletas, salieron apresuradamente á la calle y tomaron el primer coche de los que aguardaban pasajeros para conducir á los hoteles. Dirigiéronse al *Hotel del Comercio,* que se halla situado cerca de la plaza, con reputación usurpada de ser uno de los mejores de la ciudad; y después de instalados, tomaron informes respecto al modo y oportunidad en que se podría visitar la gran *Chartreuse.* Habiéndoseles dicho, que todos los días al romper el alba, salían varias diligencias en esa dirección, mandaron á asegurar dos billetes de ida y vuelta, encargaron que se les llamase temprano y bajaron á la plaza en donde había gran concurrencia, oyendo los acordes de una de las bandas marciales. Después de la retreta que dura hasta las diez y se verifica en un elegante *kiosko,* situado en el centro de la plaza, fuéronse á dar una vuelta á pie por toda la ciudad, entraron á un café cantante, que como todos los de Grenoble, estaba lleno de bullanguera gente de sable y de escandalosas *cocottes,* pues era aquella una plaza militar de las de primer orden en Francia; y por último, fastidiados de aquel bullicio y de aquella pesada atmósfera, impregnada de humo, regresaron al hotel como á las doce y media, teniendo la mala suerte de no pegar los ojos en un momento, porque los dos cuartos que habían reservado para pasar la noche, daban precisamente sobre la cochera ó caballeriza, de donde debían salir las diligencias para la Cartuja, y los cocheros y caballericeros empezaban á traginar desde la una, con tan espantoso ruido, acompañado de interjecciones crudas y de frases mal sonantes que, como queda dicho, no les fué posible conciliar el sueño, y dando vueltas en los enjutos y duros lechos, y matando

insectos y alimañas, en que es tan pródigo aquel detestable hotel, los sorprendió la aurora. Vistióse Pérez apresuradamente, y al ir á llamar á su amiga en el cuarto anexo, encontró la luz encendida, la puerta abierta y parado en el dintel á un elegante mozo que representaba poca edad. Su sorpresa fué grande y mucho más cuando el mancebo le dijo:

—¿Qué se le ofrece á usted, caballero?

Al principio estuvo dudoso y algo perplejo con la inesperada ocurrencia; pero por el metal de voz, por la fisonomía del joven, que con más cuidado examinó, vino á convencerse de que era la misma Jacobilla en traje de hombre, que seguramente había querido darle un bromazo.

—¿Qué significa eso, amiga mía, has perdido acaso el juicio?

—Todo lo contrario, mi general,—contestó la aludida saludando militarmente.—Como sé que el convento de la gran *Chartreuse* no puede ser visitado interiormente por mujeres, he tenido el buen acuerdo de convertirme en su ayudante, para no abandonarle ni un momento en la jornada......

A Martín Pérez le hizo tanta gracia la ocurrencia, y la oportuna respuesta, que arrostrando las malas sospechas que hubiera podido abrigar algún curioso testigo de aquella escena, se abalanzó hacia el fingido mozo, estrechándolo en sus brazos y cubriéndolo de ardientes y apasionados besos, le dijo:

—Has tenido una feliz idea, y por ello te felicito calurosamente.

Inmediatamente bajaron ambos á la plaza, que era el lugar determinado para la salida de los vehículos. Allí encontraron el que correspondía á sus billetes, era un largo y liviano carromato, cubierto con un toldo y que contenía asientos al aire libre hasta para veinte personas y era tirado por cuatro caballos normandos.

Bien sea partiendo de Grenoble, de Chambery ó de Aix, la mejor manera de hacer la excursión al célebre convento es en esta clase de carros, pues, en ferrocarril ó en tranvía, bien se tome la ruta de Les Echelles,

ó bien se tome la de Saint Béron, hay siempre que valerse de vehículos tirados por bestias para poder trepar, lo cual implica trasbordos é incomodidades para los viajeros.

Después de tomar un ligero desayuno de café con leche, mantequilla y *croissants*, en un puesto establecido en la misma plaza para ese servicio, Pérez y Jacobilla subiéronse de los primeros al carro para ocupar mejores asientos.

Multitud de turistas de todas edades, sexos y nacionalidades, se movían diligentemente en la plaza, buscando sus respectivos carros. Aquel diario y matutino espectáculo sorprende verdaderamente y es digno de notarse, que tantas personas concurran allí de diferentes países, sin haberse dado cita, pensando, sin duda, cada cual, que iba á encontrarse solo en la excursión, por no suponer que otros hubieran tenido la misma idea, en igual forma y en idéntico día. Así acontece con frecuencia en Europa, como ya hemos dicho, en todos los espectáculos y paseos, especialmente entre la masa flotante de los sedentarios hijos de la América del Sur, poco familiarizados por ese movimiento continuo de turistas y *sportistas*.

Los carros salieron por la parte Norte, como una procesión de carnaval y después de dos kilómetros de lenta y penosa ascensión, detúvose la caravana para que tomasen aliento los caballos, en una extensa meseta que domina completamente á Grenoble. Durante este breve descanso nuestros dos viajeros, volviendo los rostros, pudieron contemplar aquella vetusta ciudad que conserva el tipo sombrío de la edad media, con sus gruesas y altas paredes, con sus ennegrecidos techos, sus murallas y torreones por doquiera, semejando algo así como una fortaleza china; y junto con aquella híbrida aglomeración de edificios que semejan fuertes y de calzadas de gruesa mampostería, que semejan bastiones, contemplaron el caudaloso Isserne, dando vida, animación y fertilidad á aquella población histórica, que desde tiempos remotos, viene presenciando los furores de Belona y

de Marte, por su situación estratégica y por el espíritu guerrero de sus hijos. Fué en la antigüedad Grenoble baluarte contra la invasión de los romanos y de los bárbaros; y hoy es el centinela avanzado que Francia tiene por esa vía observando los movimientos de la triple alianza, que aunque dormida por los arrullos de la diplomacia, es siempre horrible pesadilla para los vencidos en Sedán.

Después de diez minutos de parada, continuaron los carros su marcha, tomando la ancha carretera que va faldeando hacia la izquierda aquellas montañas llenas de frescor y de verdura. La travesía desde este lugar hasta el convento se hace en cinco ó seis horas y es de las más bellas é interesantes de las que pueden hacerse al través de los Alpes. Los paisajes que se destacan desde aquella empinada carretera son indescriptibles; desde el último riachuelo que desliza sus hilos de plata en el fondo de los barrancos, regando perfumadas y silvestres crisantemas, hasta la brumosa frente del Mont Blanc y del Simplón, que asoman sus siluetas en lontananza. Toda aquella región privilegiada es un cúmulo de portentos de la naturaleza que cautiva sin cesar á los viajeros. A las nueve llegaron á Saint Laurent du Pont, en donde hay un paradero para relevar los caballos; iban, como es de suponerse, muy alegres los espíritus y muy hambrientos los estómagos, por las bellezas contempladas, por el oxígeno respirado y por el ejercicio hecho, por lo cual devoraron el *lunch* y apuraron los licores que á guisa de aperitivo y mientras se hace la remuda, ofrecen con grandes voces los vendedores y vendedoras, acercándose á los carros con sus cestas y bandejas. Saint Laurent du Pont es un lindo pueblo de dos mil habitantes, situado á la margen izquierda del riachuelo llamado *Guiers-Mort* y tiene una buena iglesia de construcción moderna, adornada con una colosal estatua de San Bruno. Siguió la marcha y á poco llegaron á Saint Pierre du Chartreuse, punto de reunión á donde afluyen los visitantes que vienen por los tres caminos, en donde hay que admirar un hermoso

puente hecho construír por San Bruno, que indiscutiblemente fué y es el gran patrono de todas aquellas comarcas. Allí hay una bifurcación de todos los caminos para subir á la alta meseta endonde se halla el monasterio; el de la izquierda, más directo y más rápido, casi siempre lo hacen á pie los viajeros, fastidiados como vienen y con las piernas entumidas por el frío, después de haber permanecido tantas horas sentados; y el de la derecha se desarrolla suavemente por entre bosques de pinos, prados y viñedos, hasta llegar después de un recodo al abra que dá ascenso á la planicie en donde se contempla gallardamente situada la célebre Cartuja. Nada más grandioso que la súbita aparición de aquel hermoso edificio de piedras talladas, de severo y elegante estilo, con sus seis campanarios terminando en flechas y en cruces, que levanta al cielo su imponente fachada, como salida de entre escarpadas rocas y que está rodeado de flores, de arbustos y de extensos prados, donde pacen numerosos rebaños y en donde crecen extensos campos cultivados.

## XXX

### LA GRAN CHARTREUSE

Dos cosas sorprenden, antes que todo al viajero inteligente, la audacia y firmeza ciclópea del varón eminente á quien se le ocurrió construir tan gigantesca obra, arrostrando la oposición del Vaticano y sin el apoyo de ningún gobierno, y la constancia y entereza de los demás generales de la Orden que sucedieron á San Bruno, para sostenerla y cuidarla siempre en progreso, por espacio de ocho siglos, á pesar de las envidias, intrigas y contrariedades que en distintas épocas se han agitado contra aquella institución; por lo cual, preciso es convenir, que Dios presta á las veces parte de su divino aliento y de su poderío á la perseverancia y fe de los humildes, para convertirlos en fuertes y hacerlos realizar portentos!

Los carros se detuvieron á una distancia del convento como de cien metros y los conductores despegaron los caballos, llevándolos á las pesebreras que se han construido para el efecto, del uno y del otro lado; los pasajeros, como un enjambre de mariposas, se desmontaron para subir hacia el monasterio. En una puerta lateral de la derecha había dos monjes legos encargados de recibir la concurrencia y de vender los billetes para el almuerzo, que cuestan cinco francos por cabeza, todo comprendido; y en el extremo del primer patio, á donde se llega después de pasar adelante, había otros dos monjes que se encargaron de dividir la concurrencia de visitantes según la exagerada liturgia del establecimiento, es decir, las damas fueron á un departamento anexo ó sucursal, que se halla á poca distancia hacia el norte, servido por religiosas, y el sexo barbudo, pasó al gran comedor ó *refectorio*, situado casi en el centro del tradicional edificio, en donde se veía un aparador que era una primorosa obra de arte, varios frescos alegóricos, pintados en los muros, y una larga mesa cubierta por finísimo mantel y acomodada en la misma forma y con idéntico esmero y gusto al que se emplea en los más afamados *restaurants*.

El servicio lo hacían varios legos vestidos con hábito blanco, bajo la dirección de un hermano que ejercía las funciones de *maitre d' hotel* ó Gran Mesonero, el cual, con majestuosa gravedad, iba recibiendo los respectivos billetes y acomodando á los comensales en los puéstos que les correspondían, según el orden de numeración.

—Según veo,—observó Jacobilla, con la sonrisa más irónica que pueda imaginarse, dirigiéndose á su compañero en español,—aquí vamos á comer *hombres solos;* y este tío por las demostraciones y cortesías conque nos ha recibido, seguramente tiene trazas de aspirar á la propina, como sus congéneres profanos del mismo arte.

—Claro que sí, amiga mía,—contestó Pérez de muy buen humor,—á la diosa Propina se le rinde culto

desde el Vaticano hasta el último cuchitril; y en este sagrado local, no pueden verse más faldas sino las de los benditos monjes.

—¿Y por qué causa se prohibe la entrada de mujeres á este convento?

—Para evitar las tentaciones, querida Jacobilla,—repuso riendo el general,—para impedir que los pobres anacoretas tengan deseos pecaminosos y por esa misma razón, es que se prohibe la entrada de los hombres al departamento de las hermanas, que antes estuvieron en divina comunidad con los monjes, principalmente á las horas de comer, y que ahora por ciertos inconvenientes y escándalos que no son del caso recordar, se las ha alejado por completo por aquello de que "entre santa y santo, pared de calicanto"......

A pesar de que la rigurosa severidad del monasterio no permite que se coma carne en ningún día del año, no almorzaron del todo mal Martín Pérez y Jacobilla, pues se les sirvió magnífico pan, tortilla, pescado, legumbres, leche, excelente vino, queso, frutas y como final, una copilla del famoso licor conocido con el nombre de *chartreuse*, que allí se fabrica y que constituye la más lucrativa empresa para la comunidad, que se gana anualmente más de medio millón de francos por la gran demanda y consumo que tiene el referido licor en todos los países del mundo.

—¿Sabes que es delicioso este licorcillo—dijo la madrileña paladeando los últimos sorbos del opalino néctar—y que no me sería desagradable repetir?...

—Pues no lo intentes, mi querida,—contestó Pérez con presteza,—pues correrías el riesgo de embriagarte en razón de que esta clase, que como obsequio especial nos brindan á los visitantes, es sacada de pipotes que tienen siglos en las bodegas. Confórmate con lo poco que has tomado y ya verás como te va muy pronto á calentar la cabeza y á hacer bailar sin necesidad de castañuelas......

—Está bien, seguiré tu consejo,—dijo Jacobilla, cuyas orejas se habían puesto rubicundas,—y explíca-

me algo, que tú debes saber mejor que nadie, porque en todo metes tu cuchara, ¿es cierto lo que aseguraba nuestro vecino de la derecha hace poco, que todo cuanto hemos comido y bebido proviene de este mismo monasterio?

—Exactísimo,—afirmó Pérez, encendiendo un cigarro,—aquí hay panadería, lagares, viveros para peces de todas las zonas, cría de cuadrúpedos y aves de diferentes clases, desde la vaca hasta el conejo, y desde el pavo hasta las palomas, aquí hay fábricas de toda especie y este es un inmenso taller, una colmena humana, donde no hay ningún zángano. Aquí se hace mantequilla, queso, conservas alimenticias, tejidos, obras de arte, se cultiva la tierra y se elaboran pastas, perfumes, cosméticos y medicinas patentadas que se venden en Francia y se exportan para el extranjero.

Esta maravilla fué fundada por San Bruno, el cual horrorizado por la réproba conducta del arzobispo Manases, resolvió retirarse del mundo habitado, y el año de 1088, por una concesión que le hizo Hugo, obispo de Grenoble, se vino á esta selva en unión de seis compañeros y fundó esta Cartuja, para poder servir á Dios sin ser gravoso á los hombres. Fué objeto de muchas intrigas y persecuciones, tanto el ilustre canónigo de Reims, como los subsiguientes priores generales, que andando los años fundaron también conventos para mujeres, que se llamaron *religiosas diaconisas* y que por innúmeras dificultades é inconvenientes tuvieron que extinguirse. En la época de la revolución francesa, esta gran Cartuja fué saqueada, fueron lanzados los monjes y desapareció todo, logrando los supervivientes después de aquel ciclón político, volver á esta comarca á reparar ruinas, á buscar objetos perdidos, y á reponerlo y arreglarlo todo en la forma asombrosa que hoy lo estamos contemplando. ¡Poder de la fe y de la acérrima voluntad de los laboriosos monjes!

Concluido el almuerzo todos los excursionistas, sintieron deseos de caminar un poco.

Un cartujo alto y fornido, que parecía un carabinero de hábito blanco, y que oficiaba como guía ó *cicerone*

invitó á los concurrentes á visitar el establecimiento; y cuando nuestros dos amigos levantáronse de sus asientos, parecióles que el refectorio daba vueltas y algo les flaquearon las piernas; pero merced á un par de tazas de café que tomaron pudieron incorporarse á la comitiva.

Lo primero que visitaron fué la sala del Capítulo, qne está adornada con el retrato de todos los generales que ha tenido la Orden, desde su fundación hasta nuestros días, y con veinte y dos cuadros alusivos que representan la vida de San Bruno. El mueblaje es antiquísimo y el sitial que corresponde al general está coronado por una estatua del fundador, obra del escultor Foyatiér. Luego pasaron á la biblioteca que está en un extenso salón con lujosos armarios de dos pisos alrededor de las paredes y provistos de una tribuna circular y de una larga mesa con sillones. Contiene veinte mil volúmenes de incuestionable mérito; en seguidas pasaron á la sala de los mapas, que está anexa y que es riquísima en ejemplares, de todos los países y de todos los tiempos; después pasaron al Gran Claustro, que se compone de ciento treinta arcadas y de extensas galerías en donde están situadas las celdas con sus huertas anexas, que se hallan divididas por dos corredores transversales, en cuyo centro se encuentra el cementerio y la capilla de los muertos, á fin de que los moradores de aquella especie de místico mausoleo, no olviden jamás la lúgubre divisa del cartujo: *de morir tenemos.* En frente se encuentra la capilla de San Luis, fabricada á expensas del rey Luis XIII; y además de estas dos capillas y de la Iglesia principal, existen en el monasterio dos capillas más, la *doméstica,* destinada á las maceraciones y á los rezos diurnos y nocturnos y la de San Salvador, donde pueden oír misa las mujeres. En cada uno de los lugares recorridos, el monje conductor hacía las explicaciones del caso en forma de bombástico sermón, que al dedillo se sabía por haberlo repetido durante muchísimos años. Y como el *pour boir* es el microbio sutil que ha logrado introducirse por

todas partes, tuvieron los visitantes antes de despedirse, que consignar su óbolo en la ancha bolsa del tonsurado *cicerone.*

A las tres de la tarde, hora fijada para el regreso, todos los carros estaban pegados y los excursionistas de ambos sexos, que ya se habían reunido, bajaron muy alegres haciendo mil comentarios y bromas sobre los incidentes ocurridos.

En Saint Pierre quedaron los que iban por las demás vías; y los de Grenoble, que tomaron la misma que habían traído, llegando á la ciudad á las ocho y media de la noche. Martín Pérez y Jacobilla, á pesar de venir sumamente fatigados, resolvieron comer algo en un restaurant y coger el *express* de Roma, que debía pasar á las diez y cinco minutos, pues con sobrada razón preferían llegar aunque fuese tarde, al *Splendide,* antes que pasar otra noche de perros en el recomendo *Hotel del Comercio.*

## XXXI

### VENTUROSO ANUNCIO

El mes de Setiembre tocaba á su fin y los vientos otoñales comenzaban á tumbar las hojas de los árboles.

Las altas cumbres que rodean á la ciudad de Aix, mirábanse ya en las mañanas cubiertas de blanca bruma; y en los más empinados picos que las coronan, aquellas rebeldes crestas que casi tocan las nubes, que son refractarias á la vegetación y que aun en pleno estío están cubiertas de perpetuas nieves, se daban ya el sublime placer de mirar al sol por sobre sus helados hombros, diciéndole jactanciosas al astro rey de la naturaleza :—"Prepárate, gran cobardón, que pronto tendrás que huír de estas hermosas regiones y dejarlas envueltas en su soberbio manto de armiño, hasta que torne á rasgarlo la riente primavera."

Empezaban á cerrarse los hoteles, las tiendas y demás establecimientos públicos; y la cohorte de nómades industriales como perros detrás de conejos,

ó como alciones detrás de codornices, íbanse en pos de sus parroquianos á darles caza, y, á continuar en otros sitios de recreo y de movimiento, á que da vida y anima el cambio de estación, sus negocios y sus especulaciones.

La desbandada había empezado y los temporadistas marchábanse á centenares diariamente por distintas vías; los honestos, tornando á sus hogares á continuar honradamente sus cuotidianas ocupaciones y empleos; y los otros, sectarios del ocio y del placer, eternos vagabundos, á proseguir en Niza, Biarritz ó Monte-Carlo, las constantes giras, los derroches, las conquistas amorosas y las fuertes emociones producidas por las pérdidas ó ganancias en el ruinoso tapete verde.

La *Villa des Fleurs*, el *Círculo* y los demás centros de recreo habíanse cerrado también; de manera, que el general Pérez y Jacobilla, no encontrando ya en donde ir á pasar las tardes y las noches, veíanse obligados á refugiarse en el Parque, ó á emprender largas caminatas pedestres, ora hacia el Gran Puerto; ó bien por la hermosa avenida que conduce á la carretera de Chambery.

Habían simpatizado tanto con aquel balneario, en donde se había desarrollado su inmensa pasión y habían sido tan felices, que querían ser los últimos en abandonarlo, con tanta más razón cuanto que se encontraban muy bien hallados en la soledad y en el silencio que por todas partes comenzaba á imperar.

En aquellos últimos días y aprovechando tan propicias oportunidades, el astuto general Pérez había recurrido á todos los ardides, á todas las mañas, á todas las seducciones y á todas las súplicas, para lograr conseguir de su amada los placeres inefables de la suprema dicha; pero la españolita, á pesar de amarlo con mayor intensidad que antes, se había encastillado en el solemne juramento hecho á su padre moribundo, para no llegar al último extremo, ofreciéndole, en cambio, todas las divinas complacencias que decoran el hermoso cielo del amor, antes de aparecer los poéticos rayos de la anhelada luna de miel. Jamás

ninguna plaza había resistido tan heroicamente los ataques de aquel general tan experto en las lides del amor; su hoja de servicios, como ya lo hemos dicho en otra ocasión, era de las más brillantes en ese ramo, por cuyo motivo sentíase á las veces nervioso y descorazonado, y tornaba á sus antiguas preocupaciones de que estaba haciendo un ridículo papel, por el hecho de vivir y andar constantemente al lado de una mujer que no era realmente su querida; pero cuando aguijoneado por estas cavilaciones las trasmitía á su amiga, con las más patéticas quejas y con elocuentes cargos; ésta, con la peculiar inteligencia de que estaba adornada, se defendía como una hábil jugadora de esgrima, y sin mayores esfuerzos, porque era su corazón el que hablaba, conseguía domarlo por completo, convenciéndolo plenamente de que no la guiaba ninguna especie de interés bastardo para proceder de esa manera, sino la voluntad decidida y el inquebrantable propósito de no descender á los ojos de su mismo amante, de no confundirse con las demás mujeres del oficio, en donde la necesidad la había enrolado, á fin de conservarse siempre digna y siempre á la altura del hombre distinguido á quien adoraba, á quien había entregado su alma y su corazón y por el que estaba dispuesta á hacer todos los sacrificios humanos, con excepción del que suponía que ante sus ojos iba á rebajarla.

Un domingo, en que por la tarde regresaban del *Grand Revart*, á donde habían ido á pasar el día, llegaron á la pequeña estación del ferrocarril, que hace el servicio entre ese punto y la ciudad y lentamententе se dirigieron al hotel, porque además del natural cansancio, venían asaz preocupados de la recia lucha que por el consabido asunto habían sostenido en aquella excursión. Al llegar al escritorio del *Splendide*, un empleado informó á Pérez que había llegado un cablegrama para él y que lo encontraría en la mesa de su cuarto.

Al anuncio de esa novedad, que es siempre impresionable para el viajero que está lejos de su patria, de

su familia y de sus intereses, ambos sintieron grande inmutación y llenos de curiosidad subieron presurosos la escalera.

Rápidamente introdujo Pérez la llave en la puerta de su cuarto, y por el golpe seco de la cerradura al abrirse comprendíase el estado de excitación en que sus nervios se hallaban. Entró, vió el timbrado *enveloppe* sobre su escritorio, tomólo, y entre sus manos le dió varias vueltas como dudoso de rasgarlo y de imponerse de su contenido. Siempre late el corazón y el espíritu se sobrecoge antes de fijar los ojos en la diminuta hoja que con laconismo abrumador nos trae la vibración eléctrica, que en pocos minutos ha atravesado los mares, para trasmitirnos el eco anunciador de las desgracias ó de los triunfos. Por fin, al cabo de algunos instantes de vacilación, rompió la cubierta y leyó lo siguiente :—"*Sancionada por Congreso ley de divorcio. Felicítolo.—Leyba.*"

—¿Qué es?—preguntó Jacobilla, mirándolo con angustia.—¿Acaso alguna desgracia?

—Nó,—contestó el general, con la cara radiante de satisfacción,—todo lo contrario, una excelente noticia que me envía el encargado de mis negocios, una conquista trascendental para la República Argentina; y sobre todo, una felicidad para mí; toma y lee,—añadió, pasándole el cablegrama.

Jacobilla devoró con la vista aquellas ocho palabras trazadas en el papel que en su mano trémula tenía; y por una especie de alucinación mental combinada con efectos de óptica, iban creciendo aquellas palabras al paso que las leía, hasta parecerle las letras tan grandes como árboles y las comas tan largas como mástiles de buque. En un segundo, con su clara inteligencia, lo comprendió todo, lo pesó todo y midió su situación, convenciéndose de que había llegado para ella el momento psicológico de la gran disyuntiva. Aquellas ocho palabras, trazadas tan indiferentemente por el creyón del operario, podían ser para ella la luminosa puerta de nácar y oro que se abría para darle entrada al cielo, ó podían ser también el *Manés, Thecel,*

*Pharés*, del muro de sus esperanzas, convirtiéndose en uno como negro hueco ó escabrosa pendiente que se abría ante sus pies para hacerla rodar en el abismo. Había llegado, sin duda, la hora de la tremenda decisión que iba á resolver su porvenir. Libre Pérez podía ofrecerle su mano si realmente la amaba en la proporción por el tan ponderada; pero si desgraciadamente no lo hacía, si su amor no era sino un capricho pasajero, sostenido por su firme negativa á la realización de sus deseos, pronto tendría que saberlo y entonces aunque se le desgarrase el corazón, tendría que separarse para siempre de aquel hombre que tanto amaba, porque su decoro y su dignidad así se lo imponían. Todo esto pasó por su mente como un relámpago y luégo que hubo leído, aparentando la mayor calma, devolvió el cablegrama al general, diciéndole:

—Efectivamente, amigo mío, es una venturosa nueva para tu patria y para tí. Con toda el alma me uno á la persona que te lo envía para felicitarte calurosamente!

—Cómo!—exclamó Pérez, guardando el cablegrama y estrechándole las manos.—¿De manera que tú no te felicitas? ¿Crees acaso que la noticia no es favorable á tu respecto?

—El único que puede saber eso eres tú, Martín; eso depende de lo que pienses, de lo que resuelvas, de la determinación que vayas á tomar......

Y como al decir estas intencionadas frases clavaba sus hermosos y penetrantes ojos en los del general, como tratando de adivinar sus intenciones y de profundizar su alma; como había un poema en aquella expresión tan inquisitiva, él, atrayéndola hacia sí y sentándose junto con ella en el sofá, le contestó:

—¿Por qué dudas, amada mía; no sabes que sin tí no quiero nada en el mundo; no has comprendido cuánto te adoro; no sabes que eres mi dicha, mi porvenir, mi única aspiración? Pues bien, si no lo has adivinado, si no has sospechado mi resolución, voy á decírtela: Serás mi esposa dentro de poco tiempo!

La madrileña se estremeció de pies á cabeza, su corazón latió violentamente, se humedecieron sus ojos, y exclamó:

—Oh, cielos! qué felicidad tan inesperada! Qué bueno y qué noble eres! Oye, amado mío, podré creer, será cierta tan inmensa ventura. Por tu madre á quien venero, por tus hijos á quienes amo tanto sin conocerlos, no vayas á engañarme, porque eso causaría con seguridad mi muerte!

—No hables disparates, Jacobilla,—dijo Pérez, con calor,—no me supongas capaz de semejante infamia. Yo te conozco, te he estudiado mucho y estoy convencido de que eres la mujer que necesito para los últimos días de mi existencia, para que cuide de mi casa, de mis intereses, de mi familia y de mi honra y para que, como compañera inseparable de mi vida, al ayudarme á cumplir tan sagrados deberes, lleve nueva savia á aquella mansión, de modo que pueda en esa segunda etapa, dar mayor fuerza á mis aspiraciones, ayudándome á levantar una familia nueva, que venga á consustanciarse, á complementar y á robustecer mi trunco hogar, adonde habrá de volver la perdida animación y junto con ella, nuevos hijos que junto con los actuales, que tanto amo, vendrán á ser en lo futuro, la apetecida Meca, el delicioso Cafarnaum, que una mujer santa y desgracia pobló, como heroína del trabajo y del deber, y que otra llena de juventud, de vitalidad y de ilusiones viene á sostener y aumentar, por la ley impretermitible del progreso humano, con su belleza, con su labor y con sus virtudes sin ejemplos!

Extasiada Jacobilla de placer, oía aquellas palabras como un himno celestial, y sentía que le caían suavemente en el alma, como un rocío delicioso, como una lluvia de perlas. Con voz entrecortada por la emoción, contestó:

—Cuánto te agradezco, amado mío, esa alta opinión que de mí tienes formada. Sólo puedo ofrecerte en recompensa mi lealtad y mi amor hasta la muerte. Te juro por la memoria de mi padre, que no te arre-

pentirás nunca de haber sido tan generoso conmigo. Cuenta con que sabré hacerme digna del alto puésto en que vas á elevarme, ofreciéndote que si no lo merezco hoy, mañana sabré hacerme digna de él! Un prolongado abrazo y un ardiente beso sellaron aquel juramento.

—No tenemos tiempo que perder,—dijo el general, desprendiéndose de los brazos de su prometida,—ahora, al movimiento y á poner manos á la obra, ya nada nos detiene aquí. Mañana mismo partirémos para París, en donde tengo que arreglar algunos asuntos relacionados con el Banco Agrícola, que voy á establecer en Buenos Aires. Escribiré á Génova para la salida de los inmigrantes italianos; luégo nos iremos á Madrid, en donde quedarás al lado de tu familia, mientras yo regreso á mi país, á formalizar las diligencias concernientes al divorcio.

—¿Y cuándo regresarás, Martín?—preguntó Jacobilla.—Oh! qué aburrida voy á estar durante tu ausencia. Espero que no será muy larga y que me escribirás por todas las ocasiones.

—Descuida y no te inquietes, amiga mía,—contestó Pérez.—Yo soy hombre muy activo y estoy más impaciente que tú. Ya verás como sabré empujar el tiempo y hacer volar los acontecimientos!

Conforme lo había indicado el general Pérez verificáronse las cosas: al día siguiente abandonaron los novios á Aix, estuvieron cuatro días en París; y el 4 de octubre, por el *Sud Expres*, llegaron á Madrid.

Jacobilla presentó á Pérez á su madre y á la tía Teresa, anunciándoles el matrimonio entre ellos convenido. Las buenas mujeres, asombradas de aquel suceso inesperado, se hacían cruces y no encontraban modo como manifestar su alegría, al ver regresar tan guapa y tan saludable y tan feliz á la que vieron partir un día tan llena de angustias y temores. La pobre tullida, con los ojos manifestaba al presentado su reconocimiento profundo, y Teresa no se cansaba de echarle bendiciones y de encomendarle á Dios, para que hiciera buen viaje y regresara lo más pronto.

Cuatro días después se embarcó Martín Pérez vía de Barcelona, teniendo cuidado antes, por supuesto, de sacar á su futura familia del cuartucho de la calle de Jacometrezo, instalándola en un lujoso piso de la casa número 62, de la calle de Hortaleza, dejando además, orden en el Banco de España, para que entregasen á su novia el dinero que pudiera necesitar, sin limitación alguna.

## XXXII

## MIEL Y ACÍBAR

La vida de Jacobilla en Madrid, luégo que se ausentó Martín Pérez, era de lo más ordenada y correcta que imaginarse puede. Jamás salía sola á ninguna parte. Si alguna vez iba á tiendas, á iglesias ó á mercados, siempre lo hacía acompañada de su tía Teresa; y cuando en algunas tardes en que hacía buen tiempo, se arriesgaba á más largas excursiones por la Fuente Castellana y el Retiro, llevaba á su madre junto con ella á tomar aire, arrastrada por un mozo en el carrito de extensión, que le había traído como regalo de París. Estos paseos encantaban á la paralítica, quien no pudiendo hablar, mostraba su satisfacción en el brillo inusitado de sus ojos y en la placidez de su semblante.

Cómo habían cambiado las costumbres y el *modus vivendi* de aquella familia compuesta de tres mujeres! Antes la desgraciada enferma, pasábase los días enteros casi sin comer, tirada sobre el frío lecho y contando, para distraer la gazuza, las vigas de su obscuro cuarto; la acuciosa hija, desde el alba hasta la media noche, constantemente inclinada sobre el bastidor; mientras que la beata, casi descalza y con la ropa en estado lamentable, merodeaba de continuo por las sacristías, por los locutorios y por los despachos de beneficencia, en pos de diligencias ó comisiones, que pudieran proporcionarle algunas pesetas, para

ayudar en algo á la arañita de su sobrina, que con el tejido de sus infatigables dedos, era la que sostenía aquel pobre y honrado hogar.

Ahora, las cosas andaban de otro modo, nada faltaba en aquella casa antes tan exhausta, se hacían con abundancia y á sus horas las tres comidas litúrgicas y desde el chocolate hasta el cocido, todo era de la mejor calidad. Tenían una excelente cocinera y todas estaban vestidas con decencia ; siendo de advertir, como nota culminante de mucha delicadeza, que Jacobilla no había tomado ni un maravedí en el Banco, á pesar de que Pérez, como sabemos, le había dejado carta blanca para que pudiera disponer del dinero que necesitase. El producto de sus ganancias en la Exposición y en la *Villa des Fleurs* y su ordenado sistema, le había bastado para llevar su barco y para sostenerse, si no con lujo, por lo menos, con una decencia verdaderamente confortable.

Habiendo tenido la hija de Marín tan ruidoso éxito en Francia, casi todos los diarios de la capital anunciaron su llegada, tributándole elogios merecidos, exhibiendo su retrato, presentándola como una estrella en el género, y augurándole nuevos lauros en la madre Patria. Esta circunstancia, hizo que muchos empresarios de teatros, se acercasen á ella, pretendiendo contratarla en las mejores condiciones ; y hasta que de las provincias también recibiese cartas y telegramas con las más halagoras proposiciones ; pero con extrañeza general á todos, contestó : que habiéndose separado irrevocablemente de las tablas, pasaba por el sentimiento de no poder complacerlos. Estas respuestas, que se hicieron naturalmente del dominio público, y la circunstancia de haber cambiado tan radicalmente su posición, y la de su familia, dieron margen á mil comentarios á cual más calumnioso y extravagante ; unos, decían que había recibido una cuantiosa herencia en Francia ; otros, que en Aix-les-Bains, había aceptado los favores de un rey ó príncipe, que de incógnito viajaba ; estos, murmuraban que en París había sido la querida del Sha de Persia ; aquellos,

que la vieron muchas veces pasear en *landeau* descubierto, por la Avenida de las Acacias, al lado de un inglés, que era un riquísimo lord, y, finalmente, las lenguas todavía más viperinas y que por desgracia tanto abundan en la coronada villa de Cervantes, de Larra y de Galdós, sostenían á pie juntillas, que había sido una descocada en la Exposición, teniendo amores hasta con don Raimundo y todo el mundo......

Las pocas relaciones que en su pobreza había podido conservar la familia Marín, al oír aquellas estupendas murmuraciones, resolvieron tocar prudente retirada; de manera, que la nueva mansión de la calle de Hortaleza, á pesar de los ofrecimientos de rúbrica, no era visitada por nadie. Los severos escrúpulos sociales, la habían puesto en cuarentena, mientras que el tiempo se encargaba de esclarecer las misteriosas procedencias de aquella extraña metamórfosis doméstica.

A estos respectos una tarde su tía Teresa le dijo:

—En mi vida he visto una criatura más tonta que tú, Jacobilla. ¿Cómo es posible que teniendo carta blanca en ese Banco y tratándose de un hombre tan rico como el general Pérez, no se te haya ocurrido pedir hasta hoy ni siquiera una peseta?

—Ni la pediré nunca, tía,—contestó muy seria la sobrinilla,—á ese proceder juicioso es que debo mi posición y el alto concepto en que me tiene el hombre que va á ser en breve mi esposo. Jamás en los días que hemos vivido y viajado juntos, he abusado de la ilimitada confianza que en mí ha tenido. El dinero se lo guardaba yo y me encargaba siempre de pagar todas las cuentas, por ser yo más lista y acuciosa que él en la observación de lo incorrecto y mal cargado en las facturas, en una palabra, fuí su cajera constante y con frecuencia me repetía, que no había conocido mejor financista; y ahora, que tengo lo suficiente para vivir con holgura, como lo estamos haciendo, porque tengo dinero mío y él también me dejó algo en efectivo: ¿cómo se te ocurre que yo vaya á disponer de lo que no necesito?

—Pero si no se trata de ningún capital,—insistió la tía Teresa, con ademán suplicante,—sino de algunas dos ó tres mil pesetas, que podríamos invertir en objetos sagrados, que son de la mayor necesidad para los distintos templos, y que vendrían á ser como un insignificante pago, del gran milagro que por mis constantes plegarias te han hecho los santos. Por ejemplo, lo más urgente sería: un hábito para el San Antonio de San Ginés, que ya está pidiendo á gritos reemplazo, una tohalla para el Cristo de San Andrés, un manto para la Dolorosa de San Ildefonso y un *viacrucis* para la pobre iglesia de Chamberí, pues el que tiene, se está materialmente cayendo de los muros, á causa de hallarse muy viejo y carcomido......

—Etcétera, etcétera—interrumpió riendo Jacobilla—no sigas la letanía, ni vistiendo santos, mujer, porque no acabarías ni en una hora, de enumerar las faltas y desperfectos que tienen los numerosos templos, capillas y oratorios que tenemos en Madrid,—y luégo, en tono de reproche, añadió, — ¿cómo supones tú que en vísperas de mi casamiento con Pérez, vaya yo á hacer lo que no hice nunca en los días en que ni remotamente soñaba con la dicha de ser su esposa? Además, aunque tuviera á mi disposición los tesoros de Creso, no gastaría ni un maravedí en regalos de esa especie, porque perversa é injustamente, los santurrones y las beatas, tus congéneres, son las que han abierto inicua campaña contra mí, aislándome como á una leprosa, borrándome ignominiosamente del cuadro de socias de Hermanas del Sagrario, Amantes de María y Protectoras de los Pobres, como si hubiera cometido el mayor de los crímenes, cuando desde que nací, y principalmente en estos últimos meses, he sido la mujer más honrada y virtuosa de la tierra. No, Teresa, si con la conducta que he observado y con la vida modesta que llevo, han hecho eso conmigo, ¿qué no dirían y harían si me pusiera á hacer ostentación de rica y generosa? Acabarían de descuartizarme y hasta me lapidarían!

No obstante aquella razonada y enérgica negativa, la tía Teresa en los subsiguientes días, en lugar de imitar la actitud digna de su sobrina, en lugar de retraerse, bailaba en un pie de contenta, y nunca había sido más dichosa. Bien comida, bien vestida, lavada y peinada desde el amanecer, con su portamonedas repleto, salía para la calle á su misa de costumbre, no ya como en otras épocas, á tirar sablazos místicos por los puntos consabidos, sino á darse mucho tono y á echarla de persona acomodada. Ya no era la antigua gorrona, que en los días de sesión iba á las sociedades religiosas, á atracarse de pastas y de refrescos, sin haber contribuído con el escote, y sin haber pagado su contribución mensual, ya no leía de prestado los diarios y publicaciones católicas, ya no especulaba con los cabos de velas, ni con la bendición de reliquias y amuletos; nó! esos tiempos habían pasado, ahora la procesión venía por otra calle, y el órgano sonaba muy distinto para ella, ahora echaba la casa por la ventana en todas las manifestaciones filantrópicas, gastándose, por ejemplo, hasta cuatro pesetas, comprando papelitos en las ferias de la caridad, regalando á su padre de confesión bizcochuelos y botellas de Jeréz, echando *perras gordas* en los cepillos de las puertas de las iglesias, y, lo que más halagaba su vanidad, dábase el supino gusto los domingos en la misa más concurrida, de arrojar ruidosamente una peseta sobre el platón donde el sacristán recogía el pago de los asientos y reclinatorios.

Por todas estas innovaciones había subido muchos puntos en el escalafón de los merecimientos, pues si entre la gente ortodoxa, una gran parte despreciaba á Jacobilla, la tía, en cambio, era ahora muy considerada y atendida en todos aquellos lugares en donde antes se la miraba con desprecio. Y al encontrarse en el apogeo de aquella nueva éra de consideraciones, nadie podía quitarle de la cabeza, que lo sucedido con su sobrina, era un milagro patente de San Antonio. Aquel bendito calvo, tan bonachón y venerado, ante el cual había

estado arrodillada casi desde su niñez, pidiéndole á todas horas y en todos los tonos, *un maridillo, aunque fuera de palillo,* aquel santo, que siempre se había mostrado sordo para servirla, y que en muchos días de soberbia y furia, estuvo á punto de bañar en agua caliente para obligarlo á complacerla, ahora, al fin, después de tantos años, había oído generoso sus súplicas y sus clamores, y el suspirado marido había llegado, no para ella, que estaba ya por desgracia muy madura y muy jamona para tales zarandeos, pero sí para Jacobilla á quien se le había presentado como llovido del cielo, y cuando menos lo esperaba nadie, un novio rico, inteligente, generoso, y que la quería como la niña de sus ojos, derramando sus favores y sus dádivas, no solamente sobre ella, sino sobre todos los seres que la rodeaban. Sí, indudablemente aquello no podía ser sino obra del milagroso San Antonio, que habiendo sido sordo para ella en galardones de esa especie, había querido derramarlos todos sobre la frente de su sobrina, presentándole un candidato adicto al refrán que dice: "El que quiere la col quiere las hojas del derredor." Y por la elocuencia y verdad de este antiguo adagio, encontrábase ella finalmente ahora, como la miel sobre ojaldres ó como la nata sobre la leche, *vistiendo santos* es la verdad; pero con cierto tono, con cierta dignidad y con toda la fruición de ese agradable oficio, especie de Monte Aventino de las solteronas.

Tres meses hacía que había partido el general Pérez para la Argentina, y durante ese tiempo sólo había recibido Jacobilla dos cartas suyas, una, de Las Palmas, lugar donde se detuvo el buque á hacer carbón y otra, desde Buenos Aires, que le escribió al mismo desembarcar, anunciándole haber hecho una magnífica travesía y que sobre la marcha iba á proceder con la mayor actividad en el sentido de despachar todos los requisitos relacionados con su divorcio; ofreciéndole que muy pronto, en una larga carta le mandaría detalles para tenerla siempre al tanto de los menores incidentes del referido negociado.

Por todos estos antecedentes y en los promedios ya del mes de enero, hallábase Jacobilla muy angustiada y triste en su cuarto, sentada con los pies cerca de la estufa, porque el frío estaba en Madrid en todo su apogeo. Hacía mucho rato que estaba sumida en hondas meditaciones, extrañando sobremanera no haber recibido de su novio ni siquiera una tarjeta de saludo del año nuevo, mil cavilaciones la agoviaban llegando hasta imaginar que algún incoveniente insuperable, ó alguna enfermedad hubiera podido obstaculizar los deseos y labores de su amigo, para salir avante en la empresa de que estaba pendiente su porvenir y acaso su vida misma. Así encontrábase la cuitada reclinada en un sillón y con los ojos cerrados hacía cerca de dos horas, cuando de súbito se abrió la puerta y entró Teresa diciéndole:

—Ahí está el cartero con un certificado del exterior para tí.

Jacobilla saltó del sillón como si hubiera caído un bólido en el cuarto, diciendo á Teresa precipitadamente:

—¿Pero qué aguardas, mujer? Hazlo entrar en el acto!

La buena tía salió como una exhalación y á poco entró el cartero con su porta-folios de cuero negro, del cual sacó una voluminosa carta que aventaba un sobre cuadrado, lleno de sellos y estampillas, y un libro para que la receptora firmara el correspondiente recibo. Jacobilla estaba tan emocionada y nerviosa, que al coger la carta estuvo á punto de arrancarle hasta la mano al cartero y al escribir su nombre en el libro, rompió en algunas partes el papel con los gavilanes de la pluma. No era para menos el lance. Aquella era sin duda la anhelada solución que esperaba.

Luégo que se quedó sola, con extraordinaria avidez, rompió el sobre y leyó:

## XXXIII

### FELIZ PERSPECTIVA

Buenos Aires: diciembre 16 de 1901.

Mi Jacobilla adorada:

Supongo que habrás recibido mi saludo de Las Palmas y la que te escribí de esta capital el mismo día que llegué. Ambas fueron muy cortas por razón del escaso tiempo de que pude disponer para aprovechar, primero, el cruce de los vapores en Las Canarias; y después, la salida de aquí de un trasatlántico de la línea inglesa.

Ya me supongo como estarás de inquieta é impaciente, con ese geniesito de pólvora que Dios te ha dado, y con ese hornillo de forjar malos cálculos, que El mismo te ha colocado en esa preciosa cabeza, que en tales achaques podría competir hasta con la poderosa de Medusa. Llena de angustias, temores y pensamientos punzantes, te habrás dado á comentar el laconismo de mis dos cartas, y el prolongado silencio ulterior; y en disquisiciones pesimistas, habrás perdido sueño y apetito como una mentecata, imaginando mil y mil extravagancias. Detén un momento la lectura, convierte los ojos hacia acá, y telepáticamente confiesa que tengo razón. Bien, querida mía, entremos ahora en materia y ya tendrás para rato, y para fastidio redondo, con esta cartica de ocho pliegos escritos por las cuatro caras y correspondientemente numerados para que no se te engarbullen. En ella van todos los detalles del caso, ó sea la relación de mi vida y milagros desde que puse las plantas en este mi terruño querido.

Mis amigos y coopartidarios, (que no son pocos, puedo asegurártelo), me prepararon una recepción semitriunfal, lleváronme entre vítores, cohetes y aclamaciones, hasta mi casa, situada en el centro de la calle de La Victoria, en donde se detuvo la larga hilera de coches de mi comitiva; y los demás acompa-

ñantes, caballeros y pedestres, entraron todos los que pudieron caber en la casa, quedándose en la calle los demás. ¿Y esa manifestación tan bullanguera?—preguntarás tú asombrada.—¿A qué se debió, qué significaba? Ya vas á saberlo, gran tonta. Aquí me aguardaban los expresados amigos, en esa entusiasta actitud, por tres causas poderosas; la primera, por mi triunfo en las nuevas elecciones, por las cuales, la provincia de Santa Fé, me ha honrado por tercera vez con sus votos para que yo la represente como Diputado en el Congreso; la segunda, por el nombramiento, con que también me ha distinguido el Presidente de la República, mi excelente amigo el general Roca, de jefe de una división de caballería que se está organizando á la carrera, por temores de un rompimiento de hostilidades con nuestra vecina la República de Chile; y la tercera, por el establecimiento del divorcio, de cuya idea fuí el iniciador en las Cámaras hace tres años. Ya ves pues, que además de mi regreso, tenían mis amigos muchos pretextos de actualidad, para recibirme, si no como á un emperador romano, por lo menos, como á un mandarín de la China. En esta tierra del tasajo y del *mate*, nos zarandeamos por los recibimientos y por el jaleo de cerveza, cohetes y discursos. Es cuestión de atavismo de la raza ibérica, que á cada paso nos denuncia, por más que á veces pretendamos sajonizarnos, imitando en esa chifladura á nuestros vecinos los chilenos.

En la noche continuó la gran juerga, lleváronme varias serenatas y hasta muy tarde se prolongó la sesión y el consiguiente tiroteo, ensordeciendo la manzana, en donde los pobres vecinos tienen la desgracia de que viva yo, ó sea un *leader*, ó casique de tan sonada popularidad......

Los bombos periodísticos llovieron como de costumbre, y sobrevino el ciclón de visitas, tarjetas y telegramas; en resumen, perdí cinco días en tales cubileteos y paliques, de los cuales no puede sustraerse un hombre público, so pena de pasar por un cretino; sobre todo, en esta nuestra gran metrópoli que á las

márgenes del Plata se reclina, por ser sus habitantes muy suspicaces, susceptibles y vidriosos.

Después de estos preliminares, entré en campaña franca. Lo primero que hice fué reunir á todos mis hijos y anunciarles mi firme resolución de divorciarme para contraer nuevo matrimonio; asegurándoles que su queridísima madre, mi desgraciada esposa, sería dignamente reemplazada, por una mujer de indiscutibles méritos, de virtudes extraordinarias y de honradez á toda prueba; dejándole, como era natural y lo merecía ella, asegurada, holgada renta para su sostenimiento, al mismo tiempo que se harían las particiones legales del caso entre todos ellos, reservándome solamente la mitad de mi fortuna, para formar la nueva base de familia, sin perjuicio de nadie.

Todos convinieron en el acto respetuosamente, porque educados con esmerada corrección, de tal manera saben ellos cuanto les amo, y cuanto cuido de su suerte, que aún sin esas aclaraciones, estoy seguro de que habrían convenido gustosos en mi nuevo plan de vida; primero, porque me quieren mucho para contrariarme; y finalmente porque son muy aptos para comprender, que, un hombre en la mitad de su existencia, sintiéndose aún repleto de fuerzas viriles, y teniendo la fatalidad de que su legítima esposa se haya inutilizado para las augustas funciones del matrimonio, no es posible condenarlo ni al celibato ni al concubinato; y mucho ménos á la crápula. Todos, pues, me abrazaron, sometiéndose sin titubear á mis determinaciones, aprobando desde luego, lo que yo tuviera á bien hacer en materia de interés.

Vuelvo atrás con tu permiso, pues estoy seguro de que te has quedado pensando, en eso de los dos cargos con que me encontré investido al regresar á mi patria. Versada como eres en la ciencia del Derecho Constitucional, que te enseñó tu sabio padre, no comprenderás semejante absurdo, es decir: que al mismo tiempo que las mayorías pobladoras me favorezcan con sus sufragios para representarlas en el Congreso,

también el Poder Ejecutivo me discierna un alto cargo militar. No te alarmes, querida Jacobilla, por esa bicoca, porque en estos burocráticos trigos, esa es moneda muy corriente.

He conocido ejemplares presupuestívoros tan afectos al turrón, que en varias ocasiones, no sólo han estado chupando á dos carrillos sino hasta á cuatro, amén de las gangas, ovenciones ó *trebeliánicas*, que producen los respectivos empleos. Demostración al canto: el doctor Agalludo, que actualmente tiene el *patriotismo* de desempeñar una Dirección en el Ministerio de Hacienda, una cátedra en la Universidad Central, un sillón en la Junta de Crédito ó Descrédito Público, la redacción clandestina de *El Monitor*, diario oficial subvencionado por el gobierno, total, que por fas ó por nefas, enguye cuatro sueldos que alcanzan, unos con otros mensualmente, á mil doscientos fuertes, como decimos aquí y duros como dicen en España, lo cual es, sin duda, *muy fuerte y muy duro*; es decir, que el pobre pueblo, que son las abejas, pague sus contribuciones, para engordar á semejantes zánganos.

También conozco, (esto es más gracioso), en un pueblo cerca de la capital, otro tipo de la misma clase, aunque de menor escala, mi compadre Federico Ñaragato, especie de Talleyrand de aldea, tan hábil y marrullero, que burla burlando, desde hace veinte años, ha logrado pescar en su remanga todos los cargos públicos del lugar, á saber: Secretario del Jefe Civil (alcalde allá), maestro de escuela, Recaudador de impuestos, Presidente de la Junta de fomento é instrucción; y por último, sacristán de la iglesia, porque ayuda á la misa, canta en el coro y lleva los libros en la sacristía......—"¿ Y á mí qué?—dirás tu allá, removiendo el haz de plieguecillos en la mano.—¿ Qué diablos tengo yo que hacer con esos monolitos ó distintos pulpos, que agarran los empleos por docena, y se eternizan en ellos, sirviéndoles á todos los gobiernos? Al grano, al grano, vamos á lo que nos interesa!"

Calma, querida mía, y vamos por parte. ¿No ambicionabas y estabas impaciente por recibir cartas largas? Pues ten paciencia, aguarda y diviértete! Ahora viene lo mejor, y por eso es malo tener relaciones con políticos. Te he presentado dos tipos subalternos, dos acaparadores de empleos y ahora nos falta la cabeza por desollar; es decir, dibujarte á vuela pluma un bosquejo de lo que son (con algunas honrosas excepciones) nuestros Presidentes en la América del Sur.

En esta vitola, por supuesto, no entran la Argentina ni Chile, pués por fortuna estas dos Repúblicas han sacudido el ignominioso yugo del personalismo, y han entrado ya en la ancha vía de la civilización, el respeto á las leyes, el odio á las guerras civiles y la entronización del valor civil como único escudo para combatir las tiranías, teniendo por armas la palabra y la pluma, que son entre nosotros completamente libres. Pero en el hogar de nuestras pobres hermanas, oye lo que frecuentemente pasa. En ella todo se resuelve por la fuerza de las armas y por las vías de hecho. Muere ó derrocan un caudillo y aparece otro. El general Cañabrava, pongamos por caso, aprovechándose del estado caótico del país, se subleva en alguna provincia lejana, trayendo inscrito en sus banderas, el halagador programa de siempre ó sea: "la *restauración* del imperio de las leyes, la efectividad de las libertades públicas, el respeto al orden y á la propiedad, la pulcritud en el manejo de la renta pública"; y con estas muletillas, después de algunos combates, llega á la cima del Poder.

¿Y qué hace entonces nuestro improvisado advenedizo?

Convertirse en un César de tugurio, en un Nerón liliputiense; con el mayor descaro todo lo desprecia, vulnera todos los intereses, ataca todos los partidos, ofende todas las dignidades y veja á todos los ciudadanos, implantando un gobierno de favoritos é íntimos, de serviles y de nulas personalidades; y así, en medio de aquella atmósfera de desaciertos y girando en el es-

trecho círculo de una camarilla de hombres, con la conciencia en las espaldas y la adulación por sistema, el tiranuelo, asfixiado dentro de su palacio, donde no llega sino el eco de los quejidos, y las maldiciones de la opinión pública escarnecida, implanta mal aconsejado, una era pavorosa de terror, llena los castillos, fortalezas y cárceles de la República de millares de ciudadanos, á quienes aherroja é incomunica como criminales ó galeotes, escarnece la justicia, invadiendo y anulando los fallos de los Tribunales, rompe descaradamente la Constitución, que él mismo ha jurado cumplir, despedaza la inmunidad parlamentaria, reduciendo á prisión hasta á los miembros del Congreso y al mismo Presidente, por haber sido dignos y por no haber aceptado sus imposiciones ; subordina todos los cargos militares y civiles de la administración á su única voluntad, poniendo bajo el tacón de su bota, desde el primer ministro hasta el último portero, y con instintos impropios de su indiscutible inteligencia, y valor personal, entre el peculado y la concupiscencia, se hace el árbitro y Señor de vidas, propiedades y honras, despreciando la sociedad y pisoteando todos los fueros y garantías humanas, hasta que cansada la Providencia y los hombres de tantas iniquidades, llega un día justiciero de sanción nacional, en que las multitudes airadas, con su formidable aliento, lo arrojan de aquel solio que ha hecho pavoroso hasta para sus mejores amigos, que habían puesto en sus manos la bandera de la Ley, y que lo habían ayudado á triunfar con sus espadas y con sus esfuerzos.

¡ Afortunado el país suramericano, donde después de tales períodos pavorosos, aparece un mandatario magnánimo, modesto, bien intencionado, demócrata, amante del trabajo y cumplidor de las leyes, para enjugar tantas lágrimas y curar tantas heridas !

Y doblemos la hoja, amada mía, que esta digresión va tomando las proporciones de un discurso, conque seguramente no contabas. Sigamos el hilo de nuestro asunto, sabiendo que, como futura esposa de un chifla-

do político, en cada paso te encontrarás en lo porvenir con estas ó parecidas disertaciones, á las cuales no es malo ni está demás que te vayas acostumbrando.

Volvamos pues á nuestra cuestión palpitante.

Cumplido el primer deber para con mis hijos, entreguéme de lleno á practicar las diligencias conducentes al divorcio, que son muchas y harto complicadas, pues hay que hacer solicitudes, memoriales, pruebas judiciales, avalúos, etc.; en una palabra hay que instaurar un juicio y ya sabes tú lo que significa en todas partes del mundo entenderse con jueces y con abogados; y mucho más, cuando el cliente es persona con dinero; entonces, es algo así como pasar por las dos masas de un trapiche, porque todos los resortes y piezas de la máquina crujen en demanda del bienhechor aceite que afloja todos los tornillos. Despachado el asunto, después de mil vueltas y revueltas por los tribunales, pedí copia certificada de todo lo actuado, llevándolo á los respectivos ministerios para las legalizaciones del caso, por ser documentos que tienen que obrar fuera del país. Cerca de quince días pasé en La Plata, lugar donde funcionan todas las oficinas del Gobierno, hasta dejar completamente arreglado el expediente. Como la ley tiene un requisito por el cual hay que dejar correr un lapso de seis meses, entre el divorcio y la verificación del nuevo matrimonio, no saldré de aquí sino en el mes de marzo próximo, con todos los papeles listos, para podernos casar allá en el mes de junio. Desde ahora te digo, que si no lo llevas á mal, quiero que sea nuestro inolvidable amigo el padre Ancheta, quien nos eche la bendición nupcial, pues recordarás muy bien que él nos hizo esa petición, el día en que lo despedimos para Roma.

Estos meses no los pasaré ocioso, yo te lo aseguro, me ecuparé del arreglo de partición de todos mis bienes, daré una vuelta por todos mis campos y empresas; y sobre todo, me ocuparé con preferencia del arreglo de nuestra morada, que será en San José de Flores, preciosa posesión campestre, muy cerca de Buenos Aires, en donde tengo una elegante villa,

con espacioso jardín, ameno parque y algunos terrenos de labor que la rodean. Aquí formaré nuestro nido y viviremos en el campo y en la ciudad, pues hay trenes constantemente que facilitan la comunicación; y además, tendremos nuestro coche y dos buenos caballos de silla, para ir y venir cuando nos plazca. Tengo ya preparadas varias cuadrillas de obreros para ir mañana en persona á dirigir los trabajos, tanto en la casa como en sus alrededores, pues me prometo que todo quedará á la altura de la rumbosa personilla que á ocuparla viene. Ya verás si soy hombre de gusto, no quiero anticiparte detalles, porque deseo sorprenderte.

Nada más tengo que decirte por hoy, porque estás en cuenta de lo sucedido, de mis planes, y de que sin duda alguna y á pesar del semestre de espera conque no contábamos, porque no estaba en el programa, al fin habrá de llegar el instante feliz, en que llamándote mi esposa nos reuniremos para siempre.

Saludos muy afectuosos para tu madre, un abrazo á la incomparable tía Teresa, y tú, junto con mis recuerdos, recibe mi alma, en un expresivo beso que te envío. Escríbeme pronto y largo.

Tuyo para siempre,

*Martín Pérez.*

## XXXIV

### PRELUDIOS VENTUROSOS

Fácil es suponer la impresión grata que esta carta hizo en el ánimo de Jacobilla, entre sonrisas y lágrimas la leyó y releyó varias veces en su cuarto; y después, no contenta con eso, fué al comedor donde estaba su madre y su tía y se las leyó esta vez en alta voz, haciendo en cada párrafo los comentarios correspondientes. La pobre paralítica, que como sabemos, aunque oía perfectamente, había perdido el uso de la palabra, manifestaba siempre en los ojos, sus impresiones alegres ó mortificantes. Al oír la carta, como lo hizo con profundísima atención, dos gruesas lágri-

mas corrieron por sus mejillas; pero su semblante se animó con una radiante satisfacción, haciendo hasta algunas tentativas para incorporarse en el sillón de resortes donde estaba acostada. ¿Cómo se explicaba aquel contraste manifiesto entre la alegría y el dolor? De un modo bien sencillo. Su alma se llenaba de inmenso regocijo, contemplando el porvenir dichoso que aguardaba á su afortunada hija; mientras que su corazón de madre, presentía ya en lontananza la separación, que aunque llena de rosas para Jacobilla, no por esto, dejaba de tener espinas para ella.

En cuanto á la tía Teresa, no hay para que decir que aquellas noticias la encantaron, porque con sobra de razón pensaba, que al ser millonaria su sobrina, las goteras que sobre ella podían caer en lo futuro, no iban á ser de velas del alma, sino de cirios pascuales; y como nadie le sacaba del caletre, que esa conquista de la Arcadia, que esa ascensión al Empíreo, era obra exclusiva suya, porque á fuerza de oraciones, ruegos, novenas, azotes y ayunos, había conseguido que el misericordioso solitario de la Tebaida, de quien era tan devota, metiera la mano hasta el codo en el asunto, é hiciera el más pasmoso milagro del siglo, resultaba, que ella se creía condueña de aquel maná, ó filón de oro que del cielo había bajado, y, consecuentemente, se creía con legítimos derechos á participar de las utilidades de tan divino galardón. Oh! cómo la habían sacado de quicio aquellas frases de la carta que se referían á partición de bienes, á la visita de haciendas y de hatos, á la refacción de la hermosa *villa* y al arreglo de coches y de caballos, aquello repercutía en su cerebro, como las suaves melodías del Tatum Ergo y del Stabat Mater de Rossini, ó como las conmovedoras y retumbantes entonaciones del *Inflamatur* de Beethowen. Sí, ella se creía trasplantada á una región paradisíaca á donde iría á pasar sus últimos días, tranquila, cómoda y bien hallada, en medio de la abundancia, siendo adulada y distinguida, en aquellas corporaciones religiosas donde antes la despreciaban, teniendo su despensa surtida y su bodega re-

pleta de añejos vinos, para convertirse en el paño de lágrimas de sus compañeras, y en la diosa Ceres de canónigos, vicarios, rectores y hasta de sacristanes, á quienes abrumaría de regalos y finezas. Por tales razones, después de aquella edificante lectura, abrazando, estrechando á su sobrina, exclamó :

—¿Qué dices á eso, gran incrédula, no te repetía yo siempre, que tuvieras fe ciega en mi calvito milagroso? ¿Y no me lo agradeces, y no declaras que tienes la mejor abogada del universo ? Es preciso convenir que ese general Pérez es todo un hombre ; pero que tesoro se lleva por mujer ; y sobre todo, que tía va á tener tan monumental !—y alzando las manos, añadió,—tú te irás á ser venturosa y yo quedaré aquí como tu egida, como el Angel de la guarda de la feliz pareja, cuidando á nuestra querida enferma y metida siempre dentro de las iglesias, rogando á los santos por todos !

Algunos días después de esta escena, contestó Jacobilla á su novio, en los siguientes términos :

Madrid : 28 de enero de 1901.

Hortaleza 60, Principal.

Mi adorado Martín :

He demorado en contestarte, aguardando la ocasión directa del trasatlántico español que sale de Cádiz dentro de tres días. Cuánto bien me hizo tu carta, amado mío, pues no tienes idea del estado en que se hallaba tu pobre Jacoba !

Tú lo dices, adivinándolo con ese talento superior que nadie te podrá negar, "que con mi geniecillo de pólvora; te parecía verme desde allá, llena de angustias, temores y cavilaciones por no haber recibido ninguna carta tuya, salvo las dos lacónicas de Las Palmas, y la escrita el mismo día de tu llegada." Bien

se ve que me conoces lo bastante para haber adivinado mis zozobras. Antes que todo debo decirte que no llegué á dudar ni un solo instante de tí; pero sí pasé algunos días sin probar bocado y muchas noches sin dormir, pensando en los inconvenientes, que ajenos á tu voluntad, hubieran podido presentarse en esa tierra tan movediza de América, donde los gobiernos cambian de un semestre á otro, y donde se derogan é infringen las leyes, con facilidad tan asombrosa. ¿Quién podía asegurarme que al llegar tú, no hubieras podido encontrar, por lo menos, una nueva combinación ministerial, que hubiera podido ser adversa á tus planes, ó también que en otro orden de contrariedades, hubieran surgido en el seno de tu familia, serias dificultades que acaso habrían llegado á hacerte cambiar en los propósitos que llevabas de verificar tu divorcio para quedar libre y poder ser enteramente mío? No puedo negártelo, Martín, muchas horas amargas he pasado, navegando en ese mar proceloso de ideas pesimistas y de malos presentimientos. Felizmente tu carta llegó á tiempo, como un hermoso iris anunciador de la paz en mi conciencia y de la tranquilidad de mi alma.

Ahora, que pasó la tormenta, todo lo veo claro, todo lo encuentro bello, y me siento tan ágil y tan liviana, como si me hubieran quitado una tonelada de plomo que pesara sobre mis espaldas. Te lo he dicho muchas veces y te lo repito hoy, si me hubieras engañado y olvidado de mí te hubieras enamorado de otra al llegar á tu país, ó por cualesquiera de esos motivos, que te he apuntado arriba, no se hubiera podido realizar nuestro matrimonio, yo te aseguro que, no teniendo como otras la mística sugestión de los claustros, para encerrarme en alguno de ellos á pasar la horrible decepción, me habría suicidado, te lo juro, pues me sentía con valor para ello, inspirada por el profundo desdén á la vida que muchos filósofos eminentes manifestaron en la antigüedad. La vida sin tu amor para mí, no era vida y por consiguiente estaba demás. En prueba de ello, es tiempo de confesarte las horas horri-

bles de martirio que pasé á tu lado, en aquellos días, en que ebrio de amor, lleno de pasión arrebatadora y con tu elocuencia irresistible, me suplicabas que fuera tuya, y que junto contigo apurara hasta el fin la divina copa del amor correspondido.. Cuanto luché entonces, con mis ímpetus pasionales, con mi lado flaco, con la cuerda sensible del corazón, que estuvo á punto de ceder muchas veces. ¡ Dios lo sabe, y te aseguro que sólo con fuerza de voluntad heroica, pude contenerme, porque te amaba y te amo mucho, Martín mío. Siento por tí la nota blanda de la más exquisita poesía, y el fuego del amor más poderoso, ternuras de sinsonte y vehemencias de leona !! Imagínate pues, cuanto no sufriría, teniendo que decirte constantemente *no* con los labios, cuando las ardientes ilusiones de todo mi sér, me impelían á gritarte sí y mil veces *sí!!*

Parece como si hubieras caído de un globo, y transplantado aquí en la tierra no me conocieras....! ¿Cómo se te ha ocurrido decir que me has dado mayúscula *lata*, por haber hablado de política? Tal disparate no puedes escribirlo seriamente, sabiendo que por atavismo y por afición, ese manjar de los Dioses me deleita, y, demasiado sabes, que como hija de gato, tengo que cazar ratones, porque al lado de mi padre, fuí secretaria y colaboradora de aquel diarista eminente, de aquel luchador incansable por las libertades públicas, que cayó sobre su escudo, como los antiguos gladiadores.

Aquellas vibrantes batallas cívicas, en que endurecí mi espíritu desde la infancia, al lado de aquel gran mártir y propagandista de la República española, esa circunstancia que te he referido en otra ocasión, de haber sido su aliada y su compañera, en aquella cruzada por los sublimes ideales del porvenir, esa colaboración la tengo como uno de mis mayores méritos en el mundo; siendo de advertir, que aquellos esfuerzos formaron en mí una naturaleza semi varonil de la cual no puedo sustraerme. Hablarme á mí de política es lo mismo que hablarle á una garza del

agua, á una avispa del melado, y á una golodrina del aire. Ese es mi elemento. Lejos pues de enfadarme, estoy contentísima con la presentación de los dos primeros tipos, tan gráficamente diseñados. Esos dos turroneros, el urbano y el rural, son inimitables, y los mira el lector, absorbentes, acomodaticios, melifluos é inmutables, andando de oficina en oficina, atrapando de distintas cajas, sueldos, prebendas y gratificaciones.

Aquí también existen, á centenares muchos congéneres de esa gran familia burocrática, á quien el insigne Pérez Galdós, ha inmortalizado con el nunca bien celebrado Pipaón, flor y nata de la turronería española, ejemplar de la escuela *pastelérica*, fundada por Martínez de la Rosa, cuando fué ministro, y perfil acabado, de ciertos hombres que, ora sean covachuelistas, ora mangoneen en lo alto, tienen una casaca para cada partido, y una zalema para cada nueva combinación ministerial. Esa detestable cepa es más numerosa aquí, que en ninguna otra parte del mundo, puedo asegurarte que ella es la verdadera causa de nuestra postración, y hasta de los últimos ruidosos fracasos, que hemos experimentado, en Cuba, Puerto Rico y Filipinas, porque los jefes y los subalternos en su deseo de no abandonar los puéstos públicos, que tan torpemente sirvieron, unos y otros de consuno, prestáronse de acuerdo con los superiores de palacio, á las más vergonzosas bajezas, á las claudicaciones más indignas, especulando en grande y en pequeño, con nuestro ejército, y nuestra marina, hasta el punto de escatimar y adulterar los cargamentos de víveres, que se remitían, para la alimentación, de los que estaban derramando su sangre por la honra de la Patria. Cuántos líos de esta naturaleza se han quedado en el misterio, á pesar de la energía de algunos hombres eminentes y patriotas, que han querido últimamente desenmascarar á los culpables, para entregarlos á la indignación nacional! Cuántas cosas se ignoran, ejecutadas por la influencia corruptora del oro; cuántas traiciones de esos sanguijuelas del presupuesto se han quedado en la sombra, cuántos incidentes fatales reunidos, para ha-

cer humillar ante el mercantilismo *yanky* á la altiva raza ibérica, que siempre fué dominadora del mundo, por el valor, por la nobleza, y por la gloria.

En cuanto al tercer tiro, tan magistralmente diseñado por tí, á la pintura de esos tiranuelos vulgares, que por allá surgen tan amenudo del seno de las revoluciones constantes, en que por desgracia viven esos pueblos sur-americanos, debo decirte, que para encontrar un símil de ese abominable fantoche á que te refieres, tendríamos que ir á buscarlo en la sombría época de Fernando VII y fijarnos en él Ministro Calomarde, representación acabada del absolutismo, el terror, y la crueldad; en ese hombre pavoroso, que amordazó el pensamiento, llenó las cárceles, forjó grillos, cadenas y mordazas, y levantó patíbulos en las plazas públicas, para castigar las opiniones políticas de los ciudadanos españoles.

Pero como nosotros tenemos tantas cosas importantes de que ocuparnos y que tan de cerca nos interesan echemos á un lado esas épocas espeluznantes, y esos hombres odiados, para ocuparnos de lo que más nos importa en la actualidad.

Ese plazo de los seis meses, esa especie de paréntesis colocado en el camino de nuestra felicidad, no estaba seguramente en el programa, y me ha pegado muy en lo vivo; pero qué hacer, no tenemos otro remedio sino el de someternos. Sin duda que para tí no será tan fastidiosa la espera, por el hecho de estar ocupado en todos los asuntos y arreglos importantes á que tu carta se refiere; mas imagínate querido amigo, como habré yo de pasar esta temporada tan fastidiosa; aquí estaré dentro de mis cuatro tapias, tiritando de frío y contando los días, sin más consuelo que el de leer tus cartas, y ocuparme en el bordado de mi *truseau*, lo cual te aviso, para que no te ocupes de eso, y sepas que quiero tener el gusto de que sea trabajado por mis propias manos.

Tengo que comunicarte un notición de tres bemoles, la semana pasada, llegó aquí nuestro inolvidable y colosal amigo, el padre Ancheta, y como puedes suponer, esto ha sido una gran novedad para el mundo ortodoxo, que ha echado las campanas á vuelo, por boca de sus periódicos, ponderando los grandes resultados, para el dogma, obtenidos por el comisionado en la Ciudad Santa, todos á porfía, encumbran la intachable conducta, y los ejemplares procedimientos de nuestro amigo en el viaje, sus éxitos en el Vaticano, y la circunstancia de haber recibido demostraciones tan deferentes y excepcionales de León XIII, que los demás prelados, quedáronse absortos de admiración y de envidia; agregando, que llegó hasta invitarlo á chocolate en su cámara íntima y á pasear por los jardines apoyado en su robusto brazo; añaden también los mencionados periódicos religiosos, que el padre Ancheta, trae de Roma muchas concesiones honrosas para los institutos de caridad, que á su cargo tiene, y que consiguió por allá, dádivas de mucha importancia, para sus huérfanos, para sus ciegos y para sus enfermos; anunciando, por último, como nota culminante, que el benemérito pastor había traído veinte hermanas de la Caridad, de las órdenes de San José de Tarbes y San Vicente de Paúl, para destinarlas respectivamente á la dirección y cuido de sus establecimientos; siendo de advertir que entre ellas habían venido cuatro profesoras muy instruídas é inteligentes, con las cuales pensaba fundar un colegio para niñas pobres. Este himno de alabanza, muy merecidas por cierto, pues sabes tú, que este amigo nuestro, (sin el defectillo aquel de marras), es indiscutiblemente, un verdadero apóstol de la Caridad, un intachable discípulo de Jesús, un héroe, en fin, que sin más rentas que el humilde óbolo público, vive en la brecha, luchando en favor de los desgraciados y sostiene cinco establecimientos de beneficencia; ese concierto de elogios nunca mejor tributados á un mortal, llegó, como debes suponer á los oídos de Teresa, la cual exaltadísima y llena de entusiasmo, se echó á la calle á visitar, á salu-

dar al recién llegado, á meter los ojos y hasta las narices en todos los regalos y objetos, por él traídos; penetrando hasta la casa de La Obra Pía, donde habían llegado las hermanas, con las cuales hizo tan buenas migas, que la cargaron de cruces y reliquias, todas por su puesto, benditas por el Papa. Un día entero pasó Teresa en tales andenes, y cuando ya cerca de la noche llegó á casa, bañada en sudor y colorada como una remolacha, me dijo con una fruición indescriptible:

—Tú no tienes idea, Jacobilla, de todas las cosas que he hecho y contemplado hoy; en primer lugar, tuve el placer de que el padre Ancheta, aquel santo varón, me honrara con un estrecho abrazo, mostrándome en seguida, todas las preciosidades que ha traído, entre las cuales te mencionaré algunas de las más notables, como por ejemplo, unos ornamentos preciosos, en blanco y oro para la capilla de Lourdes, de la iglesia parroquial de que es vicario, un lienzo representando á la Santa Familia, copia del gran cuadro de Rafael y que, montado en lujoso marco va á colocarse en el testero del salón de recibo de la casa del Vicario, una rica custodia para el altar de la capilla del Asilo de Ciegos, y un juego completo de trajes de oficiar que él ha traído para su uso particular, que son una verdadera maravilla, un......

—Etcétera!—le dije interrumpiéndola, temerosa de que no acabara nunca la inmensa factura,—¿qué otras particularidades tuvistes ocasión de ver? Poco me interesa esa lista de objetos místicos......

—Bueno,—continuó Teresa,—me resta contarte, que con un permiso del padre, me fuí á la casa donde llegaron las hermanas, teniendo el gusto de hablar con ellas una á una, de abrazarlas á todas y de convencerme que son un verdadero portento de corrección y unas verdaderas joyas, en cada uno de los ramos á que vienen destinadas; sobre todo la Superiora, que aunque es italiana habla el español perfectamente, me encantó sobremanera su buen trato y por la particu-

laridad de parecerse á tí como una gota á otra gota......

—¿De veras?—le pregunté, concibiendo instantáneamente una sospecha,—¿estás segura de lo que afirmas, referente á mi semejanza con la Superiora?

—Ya lo creo,—contestóme prontamente y sonriendo,—al verla de golpe me figuré que pudiera ser tú, y á punto estuve de pronunciar el nombre de Jacobilla....

Aguijoneada por esta sospecha de que te hablo, le dije al día siguiente por la mañana á Teresa, que deseaba ir con ella á La Obra Pía, á visitar á las santas mujeres, y muy especialmente, á la dignísima Superiora, que tanto á mí se parecía.

Alegre como unas pascuas Teresa, y curiosa yo como una comadre, nos fuimos allá inmediatamente, penetramos hasta el departamento que les ha sido destinado, y no encontrándolas en él, nos informó la hermana portera que habían pasado al Oratorio á ocuparse de sus rezos matinales; agregándonos, que entrando por la puerta, que se veía al fondo del corredor, podíamos llegar allá sin ningún inconveniente. Así lo hicimos, y momentos después estábamos en el Oratorio, en donde al compás del órgano, entonaban las hermanas, los rezos y palabras del Via-crucis.

—Mira,—me dijo Teresa en voz muy queda,—aquellas de grandes tocas, que están á la izquierda del púlpito, son las recién venidas; y la que está en el reclinatorio más alto, es la Superiora que tanto se parece......

Tírate de espaldas, Martín querido, arrásate contra el suelo, para que no te pegue en el pecho el proyectil que voy á lanzarte, la hermana Superiora, que tenía ante mis ojos, era nada menos que la señorita Laura Orsini! Te aseguro, que no sé como pude mantenerme seria, al encontrarme con la turinesa metamorfoseada de tal modo, sin más diferencia ó disfraz, que unos lentes de oro, que por cierto no le quedan mal, porque agracian mucho su fisonomía.

¿Qué te parece el ardid? ¿Cómo encuentras la superchería? Muy talentosa y muy chusca ¿verdad?

Eso me puse yo á considerar, desde la penumbra donde me había situado, al encontrarme en presencia de aquella ingeniosa é irreverente falsificación, que sin duda no se le había ocurrido á los culpables si no hubieran estado aguijoneados ó impelidos, por las furibundas pasiones é impetuosos arranques del amor prohibido, que no reconoce vallas, ni respeta límites por formidables que sean. Todos estos lances, todas estas incongruencias, las engañifas, los expedientes, y los tapujos de diversas clases á que tienen que recurrir los pobres clérigos, para llenar las fórmulas, cubrir las apariencias, engañarse ellos, y engañar al mundo ; todas esas ridiculeces indignas de estos tiempos, estarían demás, con permitirles el uso natural de la santa institución del matrimonio, establecido por Dios, y reglamentado por la Iglesia y por el poder civil, para la salvadora moralidad social ; de este modo se acabarían para siempre esas y otras profanaciones, é innúmeros escándalos, que frecuentemente ocurren en el seno de muchas familias honradas y de que no quiero ocuparme en esta carta, sino para decir que de semejantes desmanes no son responsables ni sus promotores ni sus víctimas, sino esa prohibición impremeditada que tantos males acarrea. Consideremos, amigo mío, cuantos casos habrán en los distintos países parecidos al de nuestro amigo Ancheta, cuantos habrá en el mundo que cojean del mismo pie, cuantos que siendo inteligentes, caritativos, honrados, justos, progresistas y abnegados, viven, dedicando sus afanes y su buena voluntad, al alivio de los menesterosos, al mayor fervor del culto, á la benefactora misión católica, y á sus hermosos resultados, cuantos serían apóstoles, héroes, y hasta insignes varones, dignos de la canonización, sino fuera por esa disculpable infracción del sexto mandamiento, que con el remedio arriba indicado, podrían convertir en el cumplimiento de un deber sublime, y los prevaricadores del presente, serían los modelos del porvenir, formando inmaculados hogares al lado de sus legítimas esposas.

Como prueba final de esta afirmación, y de la gran necesidad de la reforma indicada, como la igualmente importante del establecimiento del divorcio, viene aquí como ejemplo elocuente la presentación de los dos *casos* concretos, de que somos actores y testigos, en esta etapa de nuestra existencia, nuestros amores, y los del padre Robustiano Ancheta con Laura Orsini, ambos pecaminosos, ambos ilícitos, los dos completamente absurdos, y por el oportuno beneficio del establecimiento del divorcio en tu patria la República Argentina nos hemos salvado nosotros muy pronto, y muy pronto habremos de formar un hogar que te juro habrá de ser muy honrado, muy ejemplar, y muy feliz, mientras que la otra pareja desgraciada, quedará en los osbcuros vericuetos de una pasión invencible, sin poder regularizar su situación, sin poder abandonar ese abismo, para ascender á la cima de la perfección hasta que no suene la hora, en que brillen los rayos refulgentes de esa medida justiciera, de esa reforma indispensable, que á grito herido están reclamando la moralidad del clero, y los adelantos de este siglo innovador.

Antes de concluír esta interminable epístola, debo contarte que el nunca bien celebrado padre Ancheta, se ha conducido conmigo de un modo muy digno y con nobleza y generosidad imponderables. Al llegar á Madrid se impuso de la hostilidad y la guerra de aislamiento que habían tramado contra mí por envidia, sin duda, muchas gentes fanáticas y de almas perversas.

¿Y no sabes lo que hizo nuestro gran amigo el ilustrado sacerdote?

Se apersonó de la iniquidad como asunto propio, trabajó día y noche en pulverizar las calumnias y sin

yo haberle dicho una palabra se constituyó en mi espontáneo defensor, en el Lohengrin de mi defensa y en el reivindicador de mi honra ultrajada, consiguiendo el inmenso triunfo para mí, de que las mismas personas que tan gratuitamente me habían ofendido vinieran á mi morada á darme satisfacciones y á pedirme excusas.

Ya ves, mi querido amigo, que ni tú ni yo, nos habíamos engañado al comprender que este sujeto vale mucho y es el prototipo de todas las bondades y perfecciones humanas.

Punto y aparte, Martín amado, y concretémonos á lo que más interesa, á todo aquello que con nuestro enlace se relaciona. Tengo un deseo vehemente, que quiero comunicarte, esperando de antemano que me complacerás en ello. Como según tus cuentas, llegarás aquí á fines de junio, creo que nuestro matrimonio no se verificará sino en la primera quincena de julio, mes que como sabes, es en Madrid muy caluroso é insoportable, por cuya razón, encuentro sería muy conveniente, y así te lo propongo, que fuéramos á pasar la luna de miel á nuestro querido Aix-les-Bains, á aquel delicioso lugar, en donde se desarrolló nuestra inmensa pasión y en donde tan dichosos fuimos; quiero volverme á ver contigo, siendo tu esposa y siendo ya tuya para siempre, en los preciosos salones y jardines de la *Villa des Fleurs;* en las tranquilas aguas del poético lago de Bourget, paseando en bote á la luz de la luna, reclinada sobre tu pecho, quiero que volvamos al monte Revart, al pintoresco Marlioz, al bosque Lamartine, á todos aquellos sitios tan inolvidables en que pude medir la nobleza de tu amor, (tan espiritual como el del Rafael de La-

martine), en que pude apreciar los quilates de tus sentimientos caballerosos, y en donde supe valorar la insólita estirpe de ese afecto, delicado, puro y tan ideal, que llegó hasta el extremo de hacerte convenir como lo hiciste para complacerme, en ser mi amante platónico, demostración inconcebible, que me hizo adorarte como el rey de los hombres y como al dios de la naturaleza!

Allá nos iremos, pues, al mismo salir de la vicaría, lo cual nos evitará el aflictivo lance de la despedida de mi madre en la casa.

Finalmente, quiero que sepas, que mandé una copia de tu carta al padre Ancheta, pues creo, como sin duda habrás de creerlo tú también, que este excelente amigo, que es todo bondad y todo corazón, se alegraría infinitamente al saber el feliz resultado de nuestras relaciones, y que al fin iba á tocarle realizar con su bendita mano, lo que sus labios pronosticaron un día.

Se alegró tanto al leer tu carta, que vino en el acto á visitarme; y después de muy bellas frases congratulatorias, expresadas con su incomparable elocuencia, me dijo en voz baja, para que no oyera Teresa, que estaba con nosotros en el saloncito de recibo: "dígale al general, que voy á escribirle pronto una larga carta refiriéndole minuciosamente el resultado de mi conferencia con el eximio León XIII, sobre el asunto que él sabe fuí á tratar; y que entre tanto, quiero anticiparle, que fuí muy bien recibido."

Que pasen como un relámpago estos meses de espera, que todos tus proyectos se cumplan al pie de la letra, que el éxito corone todas tus empresas, y que tornes cuanto antes á atravesar el ancho mar en busca de tu Jacoba, que con los brazos abiertos te aguarda, son los ardientes deseos y el supremo galardón que á Dios demando!!

Tuya hasta la muerte,

*Jacoba Marín.*

## XXXV

### LA RECEPCIÓN

Era tanta la actividad, diligencia y buena disposición que para sus múltiples labores tenía el incansable presbítero Ancheta, que frecuentemente lamentaba que las semanas no tuviesen catorce días en lugar de los siete reglamentados por el almanaque, á fin de poder dejar despachados en cada una de ellas los complejos é importantes asuntos que á su cargo tenía aquel varón de hierro forjado, sin duda alguna, con la misma savia y en los mismos moldes donde se hicieron los valerosos fundadores y propagandistas, que al lado de Hernán Cortez, Valdivia y Magallanes, llevaron triunfante la cruz al lado de la espada por los vastos hemisferios que descubrió y conquistó España, en sus tiempos de poderío y de esplendor inconmensurables.

Era el abate de moda en Madrid, el indispensable en todas las fiestas, bazares de caridad, romerías y las diez y siete parroquias, los monasterios y los oratorios se lo disputaban, ora para las misas, ó bien para los sermones, pues tenía el diploma muy bien ganado de ser el primer predicador de la capital del reino castellano.

Su regreso á Madrid había sido un trascendental acontecimiento para la sociedad *chic* de la alta clase ortodoxa de la cual era el mimado, el preferido y el distinguido, hasta el extremo ruidoso de que la tarde de su llegada, había tenido efecto una verdadera ovación, pues innúmeros coches de lujo, se dirigieron repletos de damas y caballeros á la estación del Norte, é inmensa romería de personas pedestres de ambos sexos, dificultaban, por completo, el tráfico urbano por todas las calles adyacentes.

Al llegar á su morada, de aquel modo semitriunfal, se encontró con la agradable sorpresa de que sus hijas de confesión, que constituían una legión

muy respetable, de acuerdo con su ama de llaves, le habían preparado un suntuoso banquete de bienvenida, y por consecuencia, su morada era un portento de flores y regalos, tanto de las expresadas, como de los monasterios y conventos de la capital; y en ella encontró también delegados de algunas Corporaciones amigas de las provincias, que tenían el encargo de saludarlo y felicitarlo.

Para que nada faltase en aquella entusiasta recepción, que bien la hubiera tomado gustoso para sí el más prestigioso personaje político, una escogida orquesta amenizó el acto con los mejores números de su repertorio, durante todo el tiempo que el feliz recienllegado y sus obsequiantes de ambos sexos, estuvieron en la mesa; y á la hora del champaña, uno de los redactores de *El Estandarte Católico,* se expresó en estos términos:

"En nombre de todos los presentes, y en repretación de la culta prensa, defensora de los intereses católicos de la Península, ofrezco este humilde obsequio y doy la más cordial bienvenida al eminente compañero de labores en el periodismo que combate por la fe, al predicador insigne que cautiva á los fieles con su poderoso verbo, airado siempre contra los vicios que anonadan á la humanidad, y principalmente felicito al Comisionado ejemplar que concurrió á Roma con motivo de las festividades del Año Santo, en representación del clero español, y que tanto en las capitales del tránsito, como en la ciudad eterna, observó tan ejemplar conducta, y desplegó tal sabiduría, habilidad y corrección, que sin hipérboles, podríamos compararlo con la lumbrera de los santos jesuítas, con el perínclito San Luis de Gonzaga, que fué notable por el ejercicio de todas las virtudes, especialmente en las que se referían á la caridad, á la continencia y á la propaganda de las demás imposiciones del dogma cristiano. Señores: brindemos por el regreso del doctor Ancheta, y por los grandes beneficios que habremos de obtener por su honorífica misión."

Frenéticos aplausos y entusiastas hurras ahogaron la voz del orador y el abrumado padre, perplejo, dudoso y cortado, por aquellas frases, que dado sus antecedentes, llegó hasta á suponer que serían irónicas é intencionales, estuvo largo rato meditando lo que debería contestar, hasta que al fin, su gran talento se impuso, y calculando que de una manera ó de otra, él no podía tomar aquellos sospechosos ditirambos sino en serio, se puso de pies y pronunció uno de los mejores discursos de su vida, una de sus más elocuentes y sentidas oraciones, hasta el extremo de que los oyentes, hasta los más insensibles ó empedernidos, acabaron derramando lágrimas de ternura y arrobamiento místico, por tantas bellas imágenes, tantos trozos de filigrana evangélica y tantas cosas buenas, soberbias, edificantes, conmovedoras y sugestivas, como produjo en fácil é improvisada plática aquel ilustrado levita, aquel pico de oro sin segundo, á quien todos abrazaron y colmaron de elogios, retirándose al terminarse la comida, con la alegría en los rostros y con las almas regeneradas por tan inolvidables impresiones.

Cuando todos se marcharon y el recienllegado, sintiendo la necesidad del descanso, después de tantas fatigas y emociones, creyéndose solo, se dirigía en dirección de su soñado dormitorio y en pos del anhelado lecho, que por tantos meses había permanecido huérfano del peso abrumador que trituraba y molía sus desgraciadas plumas, cerdas y tejidos de blancas y sedosas telas, una sombra casi invisible, una figura casi impalpable, se interpuso entre el pasadizo y la puerta de su cuarto.

Era uno de sus acompañantes y obsequiantes que, aposta se había quedado para hablar con él, era nada menos que el marqués de los Espárragos, el cual muy cortés, sonreído y afable, le dijo:

—Dispense usted, mi querido doctor y buen amigo, que me haya quedado; pero estaba ansioso de que llegara y afanoso por verle para saber muchas cosas y contarle otras, ocurridas desde que nos sepa-

ramos en París; en una palabra, tengo hambre de conversar con usted y de desahogarme, refiriéndole algo que puede interesarle igualmente......

El padre Ancheta experimentó una gran contrariedad al encontrarse con aquella posdata ó epílogo de su recepción, lo cual, sin duda alguna, no estaba, ni en el programa de sus anfitriones, ni mucho menos en el suyo, que era el natural, cómodo y cajonero de desvestirse, sentarse un rato en su amoroso butacón, y luégo, extenderse á dormir á pierna suelta en su apetecida y muelle cama.

Pero á fuer de hombre de educación y rindiendo culto á la esclavitud de los deberes sociales, con fingida complacencia, le respondió:

—No tenga usted cuidado, señor marqués, nada hay que dispensar, tome asiento que estoy completamente á sus órdenes y siempre es placentero hablar con antiguos amigos, entre los cuales han existido nexos inolvidables de compañerismo y gratas remembranzas de aventurillas de viaje, que aunque la discreción aconseja cubrirlas con el manto del olvido, la confianza y la curiosidad se complacen á las veces, en levantar el velo por una de sus cuatro puntas para evocar calurosos recuerdos ... ¿Cómo pasó usted los últimos meses en la Exposición?

—Oh!—repuso el marqués, tomando asiento muy satisfecho, por tan afable y cordial respuesta,—aquello fué un desastre, en toda la extensión de la palabra. Después que usted se marchó en compañía del general argentino y de su pérfida é ingrata querida, de cuyo nombre no quiero acordarme, comenzó el desfile y á poco hubo completo eclipse de visitantes extranjeros. La rapacidad leonina de los especuladores produjo el vacío y causó el fracaso, y aquella hermosa feria de la civilización, del trabajo y del progreso de las naciones que tomaron parte en ella, concluyó tristemente y fué muriendo por ausencia absoluta de público, de tal manera, que en los postrimeros días, los salones y las atracciones estaban casi desiertos. Yo tuve que quedarme hasta el fin, por haber sido, como

usted sabe, el representante de la Sección española, y, por estar obligado á esperar el veredicto del certamen y la distribución de los premios, de las medallas y de los diplomas de honor. Me es muy grato decirle que nuestra gran Nación triunfó en toda la línea. Sus cuadros, sus manufacturas, sus telas, sus tejidos, sus vinos y sus demás productos, obtuvieron medalla de oro. España salió vencedora en el torneo, y su representante salió derrotado, triste y desairado.

—¿Y por qué causa?—preguntó el padre muy admirado,—¿qué le sucedió á usted? explíqueme.

—Lo que me aconteció á mí,—replicó el de los Espárragos,—ha sido el golpe más recio que he recibido en toda mi vida, el desaire más vergonzoso en mi carrera de Tenorio. ¿No lo sabe usted, no lo recuerda, muy bien, acaso se ha olvidado de la mayúscula burla que me hizo la ingrata Jacobllla?

—No señor, marqués,—contestó el padre Ancheta, lleno de asombro,—todo éso lo ignoro, y lo que me consta y puedo pregonar á la faz del mundo, es que Jacobilla es la mujer más correcta y honrada que pisa la tierra. ¿Cuál fué la burla y cuál su ingratitud?

—La burla,—repuso el de los Espárragos, crugiendo los dientes y poniéndose verde por la ira,—fué haber recibido todos mis favores y protecciones que la llevaron á la cúspide del éxito y de la fama, sin haber correspondido en absoluto á ninguna de mis pretensiones, haciéndome un desgraciado, porque yo la amaba de veras; y la ingratitud fué de las más negras. So pretexto de una contrata ventajosa, marchóse para Aix-les-Bains, á ser la pública concubina del fantoche general argentino; pero me he vengado de ella aquí, porque he contado á todos sus proezas de disoluta; y cuando quería pasar en Madrid por una santa Teresa de Jesús, por una lumbrera y por una excelsitud, la he hundido y aislado hasta el punto de que á la lujosa morada que le montó su querido, al lado del cual llegó con el mayor descaro y con el cinismo más increíble, no han ido á visitarla ni las moscas, todas las puertas se le han cerrado......

—Pero eso que usted ha hecho es infame y monstruoso!—exclamó Ancheta, sin poderse contener, indignado por tan vil procedimiento,—eso es indigno de un hombre que ostenta un título de nobleza, y por cuyas venas corre sangre ibérica. Lo que usted ha dicho de esa mujer excelsa es una calumnia atroz, ella se ha elevado por sus méritos, por sus aptitudes, por su conducta y por su fuerza de voluntad, y, ella fué el mejor ejemplar, el más perfecto dechado del feminismo moderno, que pudo presentar España en aquel suntuoso estadio de la civilización mundial. Esa gentil Minerva no ha delinquido ni con el pensamiento, ha desafiado todas las tentaciones, todas las llamas y pura como una vestal, es hoy la prometida del distinguido y apreciable general Martín Pérez, á quien aguarda para ser su esposa. Eso me consta á mí, y desde mañana mismo me ocuparé en destruir esa obra ruín suya. Esa maquinación vengativa caerá por su propia injusticia y por mi intervención, dentro de cuarenta y ocho horas. Yo se lo aseguro, y á usted habrá de pesarle tan villana acción!

Anonadado y estupefacto quedóse el de los Espárragos al oír aquella formidable andanada de frases duras y merecidas, que verdaderamente no esperaba; y como, con la misma elocuencia y autoridad conque Cavanilles, el célebre y sabio eclesiástisco valenciano, convenciera un día al rey Carlos IV, referente á una injusticia que había cometido, el airado Ancheta continuó haciéndole cargos formidables y refiriéndole todas las buenas acciones de Jacobilla, su proceder con el rey de Atenas, la generosidad de éste y todos los demás detalles que conocemos, terminando por señalarle el peligro que podría correr al regresar el general Pérez en busca de su novia. Al persuadirse del cenagoso terreno que estaba pisando, el marqués, que no tenía mal fondo, y era inteligente, comprendió que estaba procediendo muy mal y que no podía competir con un contendor de la talla del presbítero Ancheta, por lo cual, con ademanes de verdadero arrepentimiento, cambiando de tono y con humilde voz, dijo:

—Yo ignoraba todo cuanto usted acaba de referirme, mi respetado doctor, el que no sabe es lo mismo que el que no ve; y yo estaba ciego..... Perdóneme, y por el amor de Dios, guárdeme el secreto de la fea acción cometida por mí, y como castigo á mi falta le ofrezco desde mañana mismo ponerme á sus órdenes y hacer todo cuanto usted me mande para reivindicar á la pobre víctima de mi incensato rencor! Qué bueno es oír á hombres como usted, que tienen el dón de guiar á los extraviados y de sacarlos del abismo de su intemperancia!

El padre Robustiano le tendió la mano y muy satisfecho le contestó:

—Convenido y perdonado, señor marqués, mañana muy temprano lo espero para que salgamos juntos á dar comienzo á la acción reparadora. Nunca es tarde para el pecador si son sinceros los propósitos de enmienda!

El de los Espárragos se despidió meditabundo y alicaído, y el benemérito sacerdote metióse con presteza para su cuarto, exclamando para sus adentros: qué trabajoso es para los buenos apóstoles tener que vivir siempre enderezando la torcida humanidad!

## XXXVI

### EL DESIDERATUM

El domingo siguiente á su visita á Jacobilla, el incansable y activo padre Robustiano, después de haberse levantado con el alba, escrito y corregido un sermón que debía predicar el próximo domingo, después de haber dicho su misa, en San Sebastián, y repasado las pruebas de un artículo que iba á publicar en "El Estandarte," tomado un nutritivo desayuno y visitado sus planteles de caridad y de educación, cerca ya de las doce, regresó á su morada, dijo á su ama de llaves que no estaba en casa para nadie, y quitándose el sombrero y el manteo, se sentó en su escritorio con una ligereza y facilidad asombrosas, y, con su elegante y clara letra, escribió la carta siguiente:

Madrid: febrero 9 de 1901.
Atocha 104.

*Señor general Martín Pérez.*

Buenos Aires.

Muy querido é inolvidable amigo:

Acabo de llegar de Roma en donde, merced á su generosa acción, pude cumplir con todos mis deberes y llevar á cabo, los propósitos de la misión que se me confió, con el mayor brillo y con la más estricta cabalidad.

Los seis mil francos que usted tuvo la gentileza de prestarme están á su orden y en el próximo correo se los remitiré en un giro contra el Banco Nacional de esa capital; y se lo repito, mi gratitud será eterna, por su noble comportamiento material y moral hacia este pecaminoso sacerdote, que encuentra diminutas las ricas páginas del léxico español, para buscar apropiadas frases que pintar puedan, la veracidad de ese enorme agradecimiento.

Una de mis primeras obligaciones al llegar á Madrid, por algo desagradable que supe, fué visitar á la incomparable Jacobilla, y por ella tuve la satisfacción de enterarme de todo lo ocurrido y del acertado propósito de hacerla su esposa, que ya usted me había comunicado por escrito al despedirse. No extraño tan hidalgo proceder de parte suya, pues he estudiado á fondo los senos de su alma elevada y las profundidades de su excelente corazón, una y otro dignos de un rey ó de un caballero de los tiempos primitivos.

Muy bien, eximio señor general, así es como proceden los hombres honrados é inteligentes, y esa ejemplar conducta hacia una mujer que tanto vale y que es el prototipo de la femenil corrección, habrá de elevarlo á usted aún, cien toezas más sobre la altura que hoy tiene entre sus conciudadanos, y entre los extranjeros que hemos tenido la dicha de haberlo conocido y tratado.

En cambio de tan agradables impresiones y como un contraste burdo y estúpido á su plausible acción, me encontré conque las más viles calumnias, en consorcio con la maldad y la envidia, habían arrastrado á gran parte de lo que llamamos aquí *buena sociedad*, á un infame plan de aislamiento y de descrédito, contra el ejemplar de mujer ibérica que mejor haya podido conducirse en el exterior, dejando como ninguna, limpia y sin mancha su reputación, y muy en alto nuestro buen nombre y la bandera de la honradez y de la virtud, resultando por una irritante incongruencia, que la que merecía un nimbo le habían colocado una degradante coroza ó deprimente *inri*.

Así es el mundo, así es la sociedad y así proceden por desgracia la mayoría de ciertos seres que se la pasan en las iglesias dándose golpes de pecho, fingiendo una devoción que no sienten, y afilándose las uñas para desgarrar á las personas verdaderamente justas. ¿Qué no sabré yo de esos sepulcros blanqueados y de esas hipócritas que con frecuencia tengo á mis pies en el confesionario? ¿Qué no sabré yo de esa gente incongruente, disoluta y baladí, que á mí me recibieron como á un patriarca, y á ella como á una Mesalina?

Por supuesto, que al tener conocimiento de la odiosa confabulación, me puse en movimiento con la actividad que usted conoce, y en pocos días he logrado dejar la verdad en su puésto, y tan reivindicada á nuestra excelente amiga, que las sociedades que tan impremeditadamente la excluyeron de su seno, han alzado la sanción á los injustos acuerdos y han mandado comisiones á su casa, pidiéndole excusas y llevándole en cambio diplomas honoríficos.

El causante de esta baja intriga, que ya he echado por tierra, fué el marqués de los Espárragos, que para vengarse de los desdenes de la inmaculada Jacobilla, había empleado su enflaquecida mano en escribir cartas desde París á sus relacionados, ya que no tuvo, por su pequeñez de cuerpo y de alma, la abnegación y claro criterio del rey Jorge y de aquel humilde pecador que usted cono-

ce, para en idéntico caso, proclamar la excelsitud de sus méritos y ser los mejores heraldos de su honradez!

No tiene usted que ocuparse para nada de este muestrario de cruces y de medallas, de este pobre escuerzo arrepentido, pues, obligado por mí, ha tenido que ayudarme á remediar el mal que á nuestra amiga causó.

Alborozado me he impuesto también, de la plausible determinación suya, de venir pronto á esta capital en busca de su sin par prometida para verificar el matrimonio, tocando á este incontinente capellán la satisfacción y la honra de presenciarlo y bendecirlo.

Crea usted, amigo mío, que ese anhelado día, habrá de ser uno de los más felices de mi vida y lleno de júbilo lo aguardo para tener el gusto de verlo y abrazarlo, y de referirle muchos detalles que no son para escritos y que le comprobarán la razón y el acierto que tuvo usted, cuando en la redacción de aquel compromiso de marras, no quiso que estampara yo ningún juramento relacionado con los achaques ineludibles que al bello sexo se refieren y fueron, son y serán mi perenne y formidable tentación, mientras no llegue la hora apetecida de que se ponga el definitivo remedio á esa gangrena del moderno clericalismo.

Y sobre este culminante asunto, que, como usted sabe, fuí á tratar íntimamente con Su Santidad, quiero hablarle especialmente, refiriéndole con sus puntos y sus comas, la conferencia que con él tuve, muy larga, íntima é interesante.

En la tarde del mismo día en que el eminente Pontífice, llevado en hombros en la silla *jetatoria*, á la basílica de San Pedro, donde bendijo á la inmensa multitud de peregrinos, que de todas las naciones del orbe, habían venido con motivo de las grandes solemnidades del Año Santo. En esa misma tarde fuí introducido por los suizos de guardia al Palacio del Vaticano, á la tradicional mansión papal, que tanto deseaba conocer y que desde los tiempos de Carlomagno, cuando se hospedó allí para ser coronado por San León III, hasta Paulo V, ha venido recibiendo mejo-

ras y embellecimientos, hasta ser hoy un conjunto de maravillas y de regios departamentos de diversas formas y arquitecturas muy bellas todas, como que en distintas épocas han tomado parte en su construcción y ornamentación, artistas de la talla de Bramante, Rafael, San Gallo, Fontana y Bernini, sobresaliendo entre esas obras maestras, la Capilla Sixtina y la Capilla Paulina, la escalera Regia por la cual se sube á la Sala Real, la Biblioteca, la Sala de Constantino y los diversos Museos.

Al presentar mi carta en el Gran Vestíbulo, un suizo me introdujo en el acto, y otro me acompañó; y así, cambiando de uniformados guías, atravesé muchos patios, grandiosas galerías, larguísimos corredores, extensos jardines, multitud de grandes salas é innumerables departamentos, hasta llegar á la suntuosa estancia, donde me aguardaba León XIII, en su cómoda butaca de extensión, descansando de las abrumadoras faenas de aquel meneado día, de tantos números en el protocolo de los festejos.

Estaba vestido con el tradicional traje blanco de los herederos de San Pedro, y en su exangüe y perfilado rostro, semejante á un marchito lirio, se notaban los profundos estragos, producidos de consuno, por los trabajos, afanes intelectuales, luchas constantes, éxitos, contrariedades y amarguras, que había experimentado en los noventa años de su accidentada vida y en los veintidos de su laborioso y brillante período de reinado episcopal.

Físicamente hallábase muy decaído, pero en la movilidad y expresión de sus ojos, se comprendía que espiritualmente se encontraba entero y que le sobraba energía moral para seguir llevando en alto y vencedor el estandarte del catolicismo y para seguir apartando su barca de todos los escollos, sirtes y naufragios, á que la empujan y pretenden de continuo precipitar, los obsecados enemigos de la Iglesia.

Allí estaba el combatido y discutido Supremo Pastor del cristianismo, cuya habilidad, pericia y procederes diplomáticos, lo habían hecho fuerte y respetable has-

ta para los mismos extremistas sectarios del socialismo más radical, allí estaba, abatido y casi agobiado, el experto general de los ejércitos de la Fé, que sin exageración dañina y sin alardes imprudentes y con inquebrantable tesón, de prisionero del Quirinal, se había convertido en una verdadera Potencia evangélica, manteniendo con mansedumbre y sabiduría, el equilibrio indispensable entre los dos poderes vinculados en la fórmula de "al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios."

Luégo que le besé el santo anillo y las benditas sandalias, mostrándome con cariñoso ademán un sillón rojo, que á su lado tenía, y en correctísimo español, me dijo:

—Siéntate, hijo, siéntate para que hablemos. No embargante el cansancio que me abruma por los años, las dolencias y las fatigantes ocupaciones de estos grandes días, al recibir tu tarjeta y al leer en alto tu nombre tan conocido y admirado de los buenos católicos de España, al saber que eres uno de los mejores soldados que allá combaten en el púlpito, en la prensa, ya que tanto te conozco por tus escritos y por tus obras piadosas, no he querido negarte esta recepción íntima. Dime todo cuanto gustes con entera confianza!

Ante aquella insinuación tan paternal y benevolente, ante aquel acento tan suave y atrayente, que parecía el murmullo de algún torrente paradisiaco, me sentí con valor, le hice confesión general y franca de todas mis culpas y pecados, que, lo sabe usted muy bien, se reducen á las frecuentes tentaciones de las Evas, de esas serpientes peligrosas, que á cada paso se han enredado en mis pies, para perderme y hacerme delinquir. Me oyó, me perdonó y me aconsejó; y luégo, cuando animado por tan infinita magnanimidad, le abordé de lleno el discutido tema del matrimonio clerical, sacándole á relucir toda aquella batería de sólidos argumentos que usted conoce, el Santo Padre, á semejanza de un sublime é inquebrantable peñón, ante el cual se romperían, sin conmover, las embraveci-

das olas del mar, sereno é impasible, sin extrañar nada y sin asombrarse de nada, sonriente, me contestó:

—En gran parte de lo que me has dicho puedes tener razón, y veo que traes ese espinoso asunto muy estudiado por lo mismo que esas púas peligrosas del femenino sexo, son las que siempre te han hecho quebrantar la disciplina, que por recto criterio y necesidad imprescindible, tuvieron que establecer los taumaturgos en los siglos pasados. Ellos dijeron: *que la virginidad debía ser consustancial con el cristianismo, puesto que Cristo, su fundador, nació de una virgen, en forma de generación carnal y espiritual*; y añadían entre otras razones, apoyándose en la autoridad del Apóstol, *que el sacerdote no debía estar dividido, pues el que estaba casado se ocupaba del cuido de las cosas del mundo y de lo que debía hacer para agradar á su esposa; mientras que el que no lo estaba, se ocupaba del cuido del Señor y del servicio exclusivo de la Iglesia, á la cual debía consagrarse en absoluto*......

—Pero ya Su Santidad sabe,—le observé repetuosamente,—que la práctica no correspondió á tan buenas intenciones y que siempre, aunque *de ocultis*, quedaron los servidores de la Iglesia más que *divididos*, muchas veces hasta *repartidos* entre muchas impuras manos, sin haber sido bendecidas por ningún sacramento....

—No te lo niego, hijo, es la verdad,—replicó sonriendo el gran Pontífice,—y por eso fué que el muy ilustre Bonifacio VIII, en cuyas ideas de temperancia y consideración siempre me he inspirado para obrar con acierto, por eso fué que aquel preclaro astro de la Iglesia se vio obligado á suavizar en muchos puntos la rigidez de las leyes prohibitivas, otorgando, entre otras, esa concesión á que te has referido en tus argumentos, llamada *Privilegia cannonis et fori*, por eso fué que en distintos Concilios se discutió la conveniencia de extinguir el celibato, y no pudiéndose decretar por completo, se permitió á las órdenes menores tener esposas legítimas. Y, oye,—añadió, con aire misterioso, incorporándose en su sillón-cama, y haciéndome con la delgada y blanca diestra una señal

para que me acercara un poco,—oye, que te voy á hablar con toda franqueza y no quiero que ni los insectos me oigan, porque no es el Papa quien te va á hablar, sino el padre Joaquín Pecci: de ese achaque tuyo han sufrido muchos sacerdotes hasta de las más altas gerarquías, yo mismo, en mis tiempos juveniles y cuando la tiara no oprimía mi frente, comí de la dulce fruta prohibida, el mismo Pío IX, la probó con una dama muy principal de la nobleza romana, y sin duda, en lo futuro, esa falta sería la única que podría estorbar su canonización, porque en todo lo demás, fué un modelo perfecto mi augusto antecesor. Te lo digo muy en secreto, hijo mío, el celibato tendrá que desaparecer muy pronto, derrumbado por su propia incompatibilidad y por ser contrario á la naturaleza, y nada de lo que es contrario á la naturaleza es compatible con los adelantos modernos; podrán seguir sosteniéndolo las leyes canónicas, pero será un contrasentido. Los buenos pilotos no pueden nunca navegar de frente contra las impetuosas olas ni contra las corrientes formidables, porque perecen en ellas. Oye más aún, porque quiero desahogarme contigo, en virtud de que sabes mucho y has tenido la habilidad de que tus modales francos y tus palabras elocuentes, me seduzcan y atraigan. Tengo tres escaparates secretos en el departamento de los grandes archivos; en el primero, existen más de cuatrocientos expedientes de clérigos, tanto de Italia como de los demás países del orbe católico, prevaricadores é infractores del sexto mandamiento. Allí los tengo encerrados bajo llave, y mi corazón se llena de amargura cada vez que tengo que abrir el mueble ignominioso para guardar un nuevo proceso de infidencia; en otro, tengo recopiladas el millar de exhortaciones que hemos hecho los Papas al clero en pro de la corrección á ese respecto, durante muchos siglos; y en el tercero, se hallan innumerables peticiones de eminentes clérigos solicitando el restablecimento del matrimonio clerical, como medida de alta conveniencia para rehabilitar el auge de la religión cristiana.

Lleno de admiración contemplé la imponente figura de aquel centenario cuasi espiritual y divino, que tanto sabía, que tanto sentía las flaquezas de sus subalternos, y que se colocaba al nivel de todos sus desequilibrios y de todas sus grandes necesidades; y abriendo los brazos en ademán de súplica, exclamé:

—Oh! Santo Padre, que todo lo adivináis, que todo lo sabéis y que á todo le buscáis salida con vuestras dotes de energía, hermanadas con vuestros recursos diplomáticos, remediad, por Dios, ese inmenso mal que anonada y hunde á vuestro clero; quitadnos la absurda disciplina y sancionad una reforma salvadora, que inmortalice vuestro período apostólico y haga más célebre aún vuestro nombre ante la historia!

—Ese poder no está en mis facultades, hijo mío,—contestóme Su Santidad muy conmovido.—Al terminar la solemnidad de los festejos, dirigiré una encíclica á todas las diócesis de mi dependencia imponiendo la moralidad del clero en los más severos y enérgicos términos, repitiéndoles lo que ya les hemos dicho otras veces: *que la Iglesia no puede seguir encubriendo ni disimulando, ni callando tantas abominaciones que están manchando el Santuario y que nos eviten el desgarrador espectáculo de seguir contemplando innumerables sacerdotes que pasean su oprobio y su vergüenza por en medio de poblaciones asombradas y afligidas.* Eso y muchas otras cosas fuertes diré y hasta sancionaré un Decreto, disponiendo *que los sacerdotes no den aplicaciones de misas, sino á sacerdotes mayores de toda excepción; esto es, que merezcan entera confianza por su conducta, sus virtudes y el fiel cumplimiento al deber.*

Añadiré en mi próxima encíclica, que será extensa, meditada y enérgica, para procurar convencer tanto á los sacerdotes perjuros, como á los que no han claudicado y me piden á grito herido la institución de la clerogamía, que su buena conducta y su moralidad deben imponerse antes que todo, puesto que *lo que los Apóstoles fueron para todas las naciones de la tierra, eso mismo deben ser el obispo y sus subor-*

*dinados para los pueblos que les están especialmente confiados; y que por ende, deben ser los padres de sus diocesanos, sin estar unidos por los lazos de la sangre á ningún miembro de sus respectivas familias espirituales; que deben velar por la educación de los fieles, sin estar únicamente preocupados en la de sus propios hijos y que deben dedicarse como buenos pastores exclusivamente al cuido de su rebaño; y que por ningún caso deben pretender esa extravagancia de querer convertirse en padres de familia distraídos y ocupados en los cuidados y afecciones de sus casas.*

Les recordaré que el sabio y piadoso emperador Valentiniano decía: *que los buenos servidores debían obedecer tanto á las leyes de Dios como á las de los reyes; y que mientras medito y me ocupo de buscar una solución definitiva que corte de raíz el mal, les exijo é impongo, en nombre de la Iglesia, que pongan coto á sus extravíos, que vuelvan á la corrección y á la castidad, á fin de que no renieguen de Dios ni de su augusta vocación, ni falten á la fe ni á la caridad, de manera que ninguna consideración humana, ni dulces lazos, ni cadenas exóticas de ninguna especie, les impida entregarse de lleno á sus altruistas deberes, y sacrificarse, llegado el caso, por el servicio de los enfermos y de los moribundos en todas las circunstancias, aun en medio de las más espantosas epidemias; y en fin de fines, para convencer á los prevaricadores, les aconsejaré, que mientras la Iglesia, que represento, no adopte la clerogamía y derogue la disciplina que ella se vió obligada á imponer á los miembros de los tres grados de su gerarquía, cuando notó que se había enfriado el celo y el entusiasmo, conque los antiguos ordenados in sacri, ofrecían á Dios, como espontáneo voto, la obligación de la castidad; mientras eso no tenga lugar, el clero debe refrenar sus pasiones á todo trance, para evitar los repetidos casos de inmoralidad que están ocurriendo y los ecos de escándalos que sin cesar llegan á la Santa Sede......*

—Y tendrá muchísima razón, y procederá con gran acierto y madurez Su Santidad,—atrevíme á in-

terrumpirle, emocionado por tan bellos conceptos,—tendrá sobrado derecho y bastante autoridad para lanzar á la faz de la cristiandad, tan elocuentes y hermosos consejos, pero será una infructífera exhortación, un nuevo cañonazo con pólvora sola, una buena encíclica más, que leeremos en todas las vicarías, curatos y rectorados, con el mismo fervor é interés de siempre, mas al llegar como de costumbre, el fatídico instante de la tentación natural, que nos hemos propuesto á llamar *pecado*, sin hipócritas atenuaciones, puede asegurarse que los obsecados impenitentes, olvidaremos todos esos sofismas de pura liturgia escolástica para volver á nuestras respectivas andadas, por los subrecticios senderos de *picos pardos*......

—En hora buena ó en hora mala,—me replicó el Santo Padre, con acento autoritario,—tengo que hacer este postrimer esfuerzo; y si no bastare á contener la perdición del clero, entonces, dentro de dos años, sin más vacilaciones, convocaré un Concilio para que resuelva el máximo punto de la extinción del celibato, entregándole las llaves de las tres arcas de *claudicaciones*, *exhortaciones* y *peticiones*; y sacudiendo el manto de las complicidades, desgarraré el velo que cubre tantas faltas, lavaré mis manos y les diré en síntesis: *el supremo é ineludible deber está cumplido, bajaré á la tumba sin ese fardo que abrumaba mi conciencia, á vosotros corresponde discutir el modus operandi para salvar la religión católica y á sus representantes en el mundo!*

Como el Sumo Pontífice se exaltó demasiado al pronunciar estas últimas frases, y dos gruesas lágrimas arrancadas por la emoción surcaban sus descarnadas mejillas, tuve miedo de que pudiera darle el síncope ó mareo nervioso que con frecuencia le acometía, cuando trabajaba mucho con el cerebro ó se excitaba por alguna contrariedad, por lo cual me pareció prudente dar por terminada la conferencia y llamar al camarlengo como lo hice, el cual le dió á oler un pomito que lo calmó al instante y le sirvió una pequeña copa de vino especial, que lo repuso y animó en extremo.

Luégo que esto aconteció, ya de despedida, le dije:

—No encuentro palabras para manifestar á Su Santidad, mi gratitud y admiración por su persona. Entré desgraciado y salgo feliz por cuanto acabo de oír, me creía condenado y salgo regenerado, me encontraba débil y salgo fuerte, entré creyéndome perdido y salgo triunfante, alegre y lleno de esperanzas para lo porvenir!

—Bueno,—exclamó regocijado el ilustre León XIII, dándome su anillo á besar,—una vez más te encargo, que ni en el púlpito ni en la prensa, hagas públicas estas ideas mías. Espera, espera confiado, y ven con frecuencia á visitarme que las puertas del Vaticano estarán siempre abiertas para tí.

Así lo hice, á nadie referí ni media palabra de cuanto había ocurrido, volví en distintas ocasiones á visitar á aquel Patriarca tan magnánimo para con este insignificante capellán, todas las diligencias se me facilitaron, todos mis encargos pude desempeñarlos á plena satisfacción, y al terminar las ceremonias del Año Santo, regresé con el alma llena de ilusiones á esta coronada villa, trayéndome con todas las precauciones y reservas del caso, á aquella preciosa alondra del Po, que usted tanto conoce, y que convertida ahora en mística paloma, aguarda en su jaula la hora anhelada y bendita de que pueda hacerla mi legítima esposa, como es mi natural propósito, al reunirse el anunciado Concilio y echar por tierra el insostenible yugo del celibato, asegurándole de la manera más formal, que durante este interregno, habrá de ser sagrada para mí y me mantendré con ella en los límites del puro amor platónico, siguiendo el edificante ejemplo que usted me dió é imitando su acerina fuerza de voluntad, en sus inmaculadas y plausibles relaciones con la invencible y casta Jacobilla.

Usted ha tenido la fortuna de salvarse con la ley de divorcio, y yo abrigo la esperanza del salvarme también con el establecimiento del matrimonio clerical!

Véngase, pues, lo más pronto que le sea posible, que aquí lo espero, con la capa preparada, el libro abierto y el hisopo listo, para hacerlo el más dichoso de los mortales.

Soy su amigo y capellán,

*Robustiano Ancheta*

## XXXVII

## BODAS DE RÚBRICA

Diez meses después de los sucesos narrados, en los capítulos anteriores, el 25 de diciembre del mismo año bisiesto de 1901, primer día de Pascua *florida* según reza el almanaque, y último de este libro semi-histórico, según indica la nomenclatura cronológica de sus hechos y de sus personajes, que entre paréntesis, hacemos constar, una vez más, que no son inventados sino *copiados* del natural, por cuya razón no nos hemos atrevido á matar á ninguno, sino que, con permiso de don José de Echegaray, los dejamos á todos sanos, gordos y felices, comiendo buen pan y bebiendo excelente vino; en tan remarcable fecha, celebrábase una gran fiesta campestre, ó sea un pic-nic, en la Quinta Jacoba, nombre con que había bautizado el general Martín Pérez, á la hermosa finca, situada en San José de Flores, que como sabemos, se prometía refaccionar y embellecer para vivir en ella con su nueva esposa. Mas, lo que ignoran en absoluto los lectores, es que el primitivo plano de reparaciones, sufrió grandes cambios y tuvo complementarias ampliaciones, que hicieron subir su costo á mucho más del doble de la suma presupuesta; eso sí, la bella y confortable residencia quedó magnífica y en capacidad de satisfacer hasta el gusto de los príncipes y sibaritas. Allí estaba hermanado todo con talento, el lujo con la comodidad, lo útil con lo poético, lo superfluo con lo productivo, la estética con la

higiene, lo ilusorio con lo práctico, el extranjerismo con el criollismo.

Imaginaos una alta casa de dos pisos y un mirador cuyos techos terminaban en agujas, (que correspondían á distintos pararrayos, pues en esa zona son muy frecuentes las tormentas), situada en el centro de una extensa planicie, y construída sobre una meseta. Este edificio estaba rodeado de peristilos de orden gótico, que descansaban sobre unas graderías de mármol y que tenían vista á los cuatro puntos cardinales. Hacia la parte Norte estaba la entrada, con su ancha avenida de cedros, su gran jardín amenizado por graciosos juegos de agua, con grupos de las más exquisitas flores, de arbustos y orquídeas, sobre vetustos troncos, cruzados por doquiera de callejones engranzonados, con caprichosos kioskos, mesitas, sillas y bancos de hierro, pintados de amarillo y verde; y todo aquel conjunto parecido á un fragmento de Versalles, cercado por un alto y elegante enrejado, con su gran puerta dorada en el centro, con un escudo de acero bruñido en la cúspide que tenía, en letras de relieve la siguiente inscripción:

"De Dios las manos propicias,
Juntaron esta heredad,
Con las campestres delicias,
Los goces de la ciudad."

Del lado Sur, ó sea hacia el fondo, se hallaba en primer término, una hermosa arboleda, en donde había toda clase de frutas tropicales; y seguidamente, los terrenos de labor destinados á diversos géneros de cultivo. Hacia el Oriente, se veía un gran parque de forma inglesa, teniendo de trecho en trecho, pequeños lagos artificiales, en donde nadaban, gritaban, se desplumaban, y se zabullían, innumerables aves acuáticas, como cisnes, garzas, flamencos, garzones soldados, patos, gallitos y güiriríes; y hacia el Occidente, se contemplaba una dilatada pradera, sombreada por altos árboles, y cubierta de hierba del Pará, en donde pacían

numerosas vacas de raza Durham, acompañadas de dos toros africanos, muchos carneros merinos y venados de distintas clases, y entre aquellos cuadrúpedos, veíanse también multitud de gallinas, pavos, palomas, paujíes y gallinetas, pareciendo aquel conjunto pastoril, cuando unos y otros se acercaban á beber agua al arroyo artificial que atravesaba la dehesa, uno de esos inmortales cuadros con que Van Dić nos ha hecho conocer las granjas holandesas.

Los corredores que rodeaban la casa tenían el piso de fino mosaico, y los muros estaban adornados con cuadros al fresco representando batallas ó escenas de campo; y en repisas y tablones, exhibíanse preciosas colecciones de insectos y de pájaros disecos, y apoyados del elegante barandal que formaba la división entre las gradas y el piso, estaban colocados grandes jarrones japoneses que contenían extrañas plantas, y alternando con ellos, pequeñas trípodes soportando envases de cristal llenos de agua, donde se movían multitud de peces de distintas formas y colores.

Penetrando en el interior y en la planta baja, se encontraba en el frente el gran salón de recibo, estilo Luis XV, con dos antesalas al uno y al otro lado, un patio interior con un pequeño jardín, el gran corredor estilo Luis XVI; quedando todo el resto de aquel piso destinado á los baños, cocina, cuartos para el servicio, despensas, lavanderos, cochera, pesebreras, etc., etc. Subiendo al segundo cuerpo de la casa, por la ancha escalera que había en uno de los corredores interiores, nos encontramos; primero, con el inmenso salón de la biblioteca y del escritorio, el elegante dormitorio nupcial, con sus cuartos anexos de vestirse y hacerse la *toilette;* y en el resto de ese piso, seis habitaciones más, convenientemente amuebladas, destinadas á los hijos del general, y á los huéspedes ó amigos íntimos que frecuentemente llegaban á visitar la quinta, y hasta pasarse temporadas en ella. En cuanto á pinturas, mobiliarios, y ornamentaciones en general, debemos decir que todos fueron obras de los mejores artistas bonarenses, quienes se esmeraron para hacer en los

distintos géneros, un dechado admirable de buen gusto, inteligentemente combinado, con la comodidad y la estructura urbano-rural de aquella residencia modelo.

Un mes antes del día á que nos venimos refiriendo, después de haber pasado un delicioso trimestre, gustando del licor híbleo, entre Aix-les-Bains, Italia y Suiza, Martín Pérez y Jacobilla habían tomado en Génova, el trasatlántico español de la línea del Brasil, que los condujo á Buenos Aires.

Tanto por ser este matrimonio el primero que se celebraba en la Argentina, luégo de sancionada la ley del divorcio, como porque el general Pérez era un hombre tan conocido y notable, la llegada de los novios, fué un verdadero acontecimiento para la capital, llamando mucho la atención donde quiera que se presentaban, ya fuese en la ópera, en las iglesias ó en los paseos.

En la primera semana de su arribo y de su instalación en la Quinta Jacoba, pasaron á todas sus amistades las tarjetas de ofrecimiento que son de estilo; y á poco se vió la quinta favorecida por numerosos visitantes de los diferentes grupos sociales, que empezaron á llegar deseosos de conocer á la *españolita,* como vulgarmente llamaban á la esposa del general. Y cosa rara! en aquella especie de revista de inspección, la perseguida por la curiosidad no había inspirado ningún juicio adverso que pudiera lastimarla siquiera muy levemente.

Entre los hombres tuvo un éxito extraordinario, por su belleza, por su gracia, y por su ilustrada conversación, reveladora de su gran inteligencia.

El Secretario de la Legación Francesa decía, que ni una hija del Sena podía hablar más correctamente el idioma de Balzac, de Diderot y de Hugo, y el Ministro inglés aseguraba, que la señora Pérez, con quien había hablado largamente, conocía mejor que él la historia de la política de su país y sus tendencias modernas, y así sucesivamente, los más altos personajes ponderaban sus cualidades; éste había disertado con ella sobre

literatura, aquél sobre música y pintura, uno sobre ciencia y artes, otro sobre historia y política general del mundo ; y todos convenían, sin discrepancia, en que aquella mujercita encantadora, que parecía una muñeca del Louvre, valía mucho y era un verdadero portento, porque no solamente hablaba con la elocuencia de Castelar, sino que sabía tanto como Cánovas y pensaba con la profundidad de Pi y Margall; teniendo conocimientos generales sobre todos los ramos, al par de esos tres eminentes hombres de Estado.

Las mismas mujeres que como es sabido, son en todas partes y en todos tiempos, inmutables é idénticas en sus procedimientos egoístas; y son envidiosas, intransigentes, y descontentadizas, hostilizándose entre sí, hasta el punto de no ocultarse ni perdonarse las más pequeñas faltas morales, ni los más insignificantes defectos físicos, la mujeres de la capital fueron los mejores heraldos de sus méritos y lejos de criticarlos, empezaron á poner por las nubes sus elegancias, á imitar sus trajes, sus peinados, su manera de hablar y hasta su manera de andar......

Ya se comprende que con tales antecedentes, la *españolita*, (hay que llamarla así, porque á la tierra donde fueres......) se había hecho la mujer á la moda en Buenos Aires, captándose las simpatías y la estimación de la sociedad entera.

No debe silenciarse que su triunfo había sido más meritorio, por la circunstancia ingrata de que antes de su llegada, un soplo misterioso había hecho circular ciertos rumores mal sonantes, de que Pérez había ido á casarse á España con una bailarina despreciable, algo así, como una heroína del canto flamenco, especie de chula ordinaria, que lo había seducido con sus gracias canallescas y licenciosas......Mas como sucede con frecuencia en semejantes casos, al convencerse todo el mundo, *ojo videtur*, de que todo aquello era una calumnia, porque el original era el antípoda del malévolo perfil dibujado apriori, por los propagandistas de la vil especie, la reacción reivindicadora sobrepasó formidablemente á la acción maligna, y la ola impetuosa

del desagravio, lo llenó y lo dominó todo en su favor; contribuyendo á este ruidoso auge la circunstancia decisiva, de que el general Pérez, en la nueva combinación del Gabinete, había entrado á desempeñar el Ministerio de la Guerra, en cuyo importante cargo estaba prestando muy valiosos servicios con su talento y su actividad.

¿Quién podía resitir á una Helena; mejor dicho, á semejante Semiramis, que tenía entre sus manos, la gracia, el talento, la belleza, la elegancia, la riqueza y, sobre todo, el poder, ante el cual se inclinan todos en el mundo, por temor ó por interés?

La fiesta campestre de aquel día era pues de triple importancia, porque significaba el estreno del nuevo hogar, la retribución á todas las visitas, obsequios y saludos que habían recibido desde su regreso; y finalmente, la celebración del ascenso del general Pérez al Ministerio, honra que al mismo tiempo que lo encumbraba, era, como es natural suponerlo, un gran triunfo para el partido radical á que pertenecía.

Nadie faltó por tales motivos, á aquella cita de la cultura, del buen gusto y de la política; y desde las nueve de la mañana, empezaron á salir de la ciudad numerosos coches y carretelas descubiertas, con centenares de damas y caballeros, llenando de ruido, animación y vida, la gran calle de Rivadavia, que en línea recta conduce á San José de Flores, y rápidamente iba repletándose de destinguida concurrencia aquella suntuosa morada que arrancaba de todos los labios entusiastas frases de admiración.

Allí estaban representados los principales gremios, porque se veían altos funcionarios del Gobierno y del Clero, diplomáticos, parlamentarios, hombres de letras, periodistas, médicos, abogados, banqueros, comerciantes, agricultores; en fin, todo lo más valioso é importante de Buenos Aires.

A las once, la banda marcial, que sobre un alto tablado se encontraba colocada en el centro del jardín, dejó oír las vibrantes notas del himno nacional

argentino, anunciando la llegada del Presidente de la República y de su señora, quienes venían á honrar el pic-nic con su presencia.

Los amos de la casa, ó mejor dicho Sus Señorías el Ministro y la Ministra de Guerra, los aguardaron al pie de la escalinata central, para hacerles los honores, conduciéndolos al gran salón de recibo. Acto continuo la orquesta de cuerdas empezó á ejecutar el célebre valse, del mejicano Juventino Rosas, titulado "Sobre las Olas," todos bajaron á dar una vuelta por el jardín, volviendo luégo al salón y á los corredores á presidir la apertura del baile. El Presidente y su señora estaban correctamente vestidos de verano, el primero con un flux de americana de casimir color *beg* y la segunda de blanco y lila con sombrero curvo de paja italiana, adornado con plumas y cintas del mismo color del vestido; pero el traje de Jacobilla llamaba la atención general por su sencillez y elegancia; era de muselina de seda color pajizo claro: la falda completamente cubierta de volantes, que llevaban al canto, doble hilera de encaje negro de Chantilly; el corpiño de la misma muselina, diminutamente plegada; y el bolero, hecho del mismo encaje; pero las anchas bocamangas, llevaban como adorno el mismo Chantilly, no negro, sino del color de la muselina: sombrero de *crim* blanco y de este mismo color la rizada pluma; el lazo del centro, y el forro de las alas, eran de terciopelo negro.

Después del primer turno, que terminó á las doce, se sirvió el almuerzo, en multitud de pequeñas mesas, colocadas debajo de la arboleda y á las orillas de los lagos, cuyo acto amenizado por la banda militar, alternando con la otra orquesta, presentaba un golpe de vista admirable. El baile continuó durante todo el día, reinando en aquella reunión tan escogida, la mayor animación y cordialidad. Jacobilla, con acompañamiento de piano, había cantado un trozo de la ópera Carmen y unas malagueñas, pudiendo suponer los lectores, que ya conocen de atrás como sabía ella desempeñarse en tales enredos, el efecto que causaría y

la tempestad de nutridísimos aplausos que levantaría aquella sorpresa que no estaba en el programa.

Pintar la satisfacción y estado de ánimo en que se hallaba Martín Pérez en aquel día, es tarea algo difícil, por lo que nos limitamos á decir, que en el colmo de sus aspiraciones satisfechas, veía en la nueva compañera que la suerte ó el destino le depararan, una como propicia hada, que había llegado á tirar del manto á la fortuna, para inclinarla en su favor, conduciéndolo á la soñada meta de sus aspiraciones políticas; y como consecuencia de tales premisas, resultaba, que ahora estaba más enamorado que nunca de ella. A las cinco de la tarde, cuando la fiesta próxima á concluír, estaba en su mayor esplendor, quiso él apartarse un poco del bullicio, para cambiar impresiones con su esposa; y disimuladamente diéronse una escapada hacia las alturas del mirador.

Espléndido era el panorama que ante sus ojos aparecía, el cielo estaba despejado y de un azul bellísimo festoneado de color de nácar, divisándose á lo lejos la gran ciudad de Buenos Aires, el ancho río, y la inmensa pampa limitada por un horizonte extraño, pues parecía que á lo lejos la tierra se juntaba con el cielo, lo cual trataba de impedir un sol inmenso color de fuego, que lentamente descendía á su ocaso.

A sus pies se agitaban en animados grupos, cerca de dos mil personas de ambos sexos, de la parte más culminante de aquella nación privilegiada, progresista, ordenada, grande y feliz, que cada día crece más, y se recomienda más ante el buen concepto del mundo.

Jacobilla, apoyada en el hombro de su amado, quedóse extasiada en la contemplación de aquel cuadro y por uno de esos caprichos imaginativos, vinieron á su mente los recuerdos no lejanos de su anterior existencia, su aislamiento, su obscuridad, su pobreza, los trabajos y contrariedades que pasaba en su humilde cuartucho de Madrid, antes que la varilla mágica que un día metamorfoseó á la conocida Cenicienta del cuento, la hubiese también tocado á ella en la frente.

Oía los dulces ecos de la orquesta, ejecutando animadora danza, sentía el rumor placentero de la fiesta, respiraba aquella atmósfera vibrante de placer, se veía feliz, amada, rica, con alta posición, admirada por todos, idolatrada por su esposo, y no obstante eso, de sus ojos brotaron en aquel momento dos gruesas lágrimas, que muy despacio corrieron por sus mejillas.

—¿Qué tienes, qué te pasa?—preguntóle asustado Martín Pérez enjugando, con un ardiente beso, aquel par de preciosas perlas que corrían.—¿Tienes algún dolor, querida mía?

—No,—contestó con calma Jacobilla, sonriendo dulcemente,—es que me ha pasado en este instante, lo que según dice la historia aconteció á Jerjes, cuando grande, poderoso, irresistible y feliz, veía su millón de hombres embarcarse en el Helesponto, que lloró en el apogeo de su gloria, pensando en lo que sería de aquella inmensidad armada, al cabo de cincuenta años; y yo he llorado también en la cumbre de mi felicidad, pensando en las alternativas del poder y de la riqueza, y en lo que esta misma multitud que nos rodea y nos saluda, pudiera hacer y decir mañana de nosotros, si el uno y la otra nos dieran las espaldas.

—¿Quieres saberlo? pues te lo diré con franqueza: nos abandonarán calumniándonos con sus dicterios, hasta el punto de que si no tuviéramos faltas que criticar nos inventarían hasta crímenes para mancharnos con su baba, así han sido, son y serán las multitudes en todos los tiempos y en todas las naciones; por eso no hay otro remedio en el mundo, sino el de adquirir á todo trance el poder y la riqueza, conservándolos, para dominarlas y uncirlas á nuestro victorioso carro!

—Entonces,—concluyó Jacobilla, extendiendo su brazo, con la entonación lenta y solemne que usaba la profetisa de Endor en sus pronósticos—entonces, voy á darte mi opinión: ya que de eso se trata, para conservar el poder y la riqueza en la América del Sur, no hay otro camino sino el iniciado por los propagandistas de la Unión Ibero-Americana: la asimilación de la raza latina en contra de la poderosa invasión sajona,

que como el diluvio bíblico viene amenazante de las regiones del Norte. Si la Argentina rompe lanzas con Chile, Venezuela con Colombia, el Perú con el Ecuador, el Brasil con el Uruguay, y las repúblicas centroamericanas continúan en constante hostilidad; si todos estos países, no proscriben para siempre la guerra civil, en que se están devorando neciamente, el enorme cetáceo *yanky*, muy en breve los absorberá á todos; porque ya Cuba, Puerto Rico y las Filipinas han quedado ahogadas, y el monstruo viene marchando hacia las Antillas, Panamá y Nicaragua. La gran confederación de intereses diplomáticos y bélicos aconsejada por Bolívar, se impone forzosamente como único remedio. Que la proponga la Argentina, llamada por mil títulos á presidirla, y estoy segura de que todas las demás repúblicas la acompañarán. Al proceder de otro modo, al no cambiar tan perniciosos hábitos, antes de que concluya este siglo, estarán todas estas naciones entre los poderosos tentáculos del pulpo, por compra, por asimilación ó por conquista armada. Te hablo como española y como argentina, no tanto por lo que se relaciona con nosotros dos, sino pensando en el porvenir de nuestros hijos......

Hondamente impresionado por aquellas palabras, iba Martín Pérez á contestar; pero sintió la impresión nerviosa de una mano que por detrás tocaba su espalda; y al voltear el rostro vió asombrado al Presidente, quien con entusiasmo y calor le dijo:

—Dispensen ustedes esta indiscreción, pero al verlos subir desde un kiosko donde me hallaba, quice venir á sorprenderlos, subí ligeramente acercándome de puntillas, y he logrado escuchar lo que acaba de aconsejarnos la Providencia por los inspirados labios de tu inteligente esposa. Esas trascendentales palabras, que se han fotografiado en mi cerebro, serán mi programa de política futura; solamente, recomiendo á ustedes el más estricto secreto.

Cuando bajaron los tres del mirador, ya la tarde empezaba á declinar, el Presidente llamó al Ministro de Chile y ambos entraron á un kiosko, en donde es-

tuvieron hablando vivamente cerca de una hora ; saliendo sin duda, de aquella conferencia, las primeras bases del tratado de amistades que acaban de firmar ambas naciones ; y es muy posible que el acertado juicio de la heroína de este libro, sirva también para que se realice andando los días, la salvadora idea de la instalación en Buenos Aires, en Quito ó en Caracas, de una Conferencia, Dieta ó Areópago Sur-Americano, porque los grandes acontecimientos,—como dijo Víctor Hugo, refiriéndose á un incidente de la batalla de Waterloo,—dependen de pequeñas causas.....

Caracas, 1902.

FIN

# ÍNDICE

# OBRAS

— DE —

## F. TOSTA GARCÍA

**Que se encuentran á la venta en la Tipografía de "La Semana", en las principales librerías, en la Administración de "El Universal" y en todas sus Agencias de la República**

PRIMERA SERIE

| | | |
|---|---|---|
| EPISODIOS VENEZOLANOS | EL 19 DE ABRIL . . . | B. 3, |
| | LA PATRIA BOBA . . | » 3, |
| | LOS ORIENTALES . . . | » 3, |
| | LA GUERRA Á MUERTE . | » 3, |
| | LOS AÑOS TERRIBLES . | » 3, |
| | CARABOBO. . . . . | » 3, |
| | SEGUNDA SERIE | |
| | LA REFORMA EN RISTRE | » 3, |

| | |
|---|---|
| COSTUMBRES CARAQUEÑAS, 1° y 2° tomo . . | » 3, |
| LEYENDAS DE LA CONQUISTA. . . . . . . . | » 2,50 |
| DON SECUNDINO EN PARÍS . . . . . . . . | » 2, |
| POLÍTICA DE BUEN HUMOR . . . . . . . . | » 2, |
| LEYENDAS PATRIÓTICAS . . . . . . . . . | » 2, |
| JACOBILLA (novela de viajes y costumbres exóticas) . | » 3,50 |

EN PRENSA

| | |
|---|---|
| EL PODER CIVIL . . . . . . . . . . . . | » 3, |

EN PREPARACION

| | |
|---|---|
| MEMORIAS DE UN VIVIDOR. . . . . . . . . | » 3, |